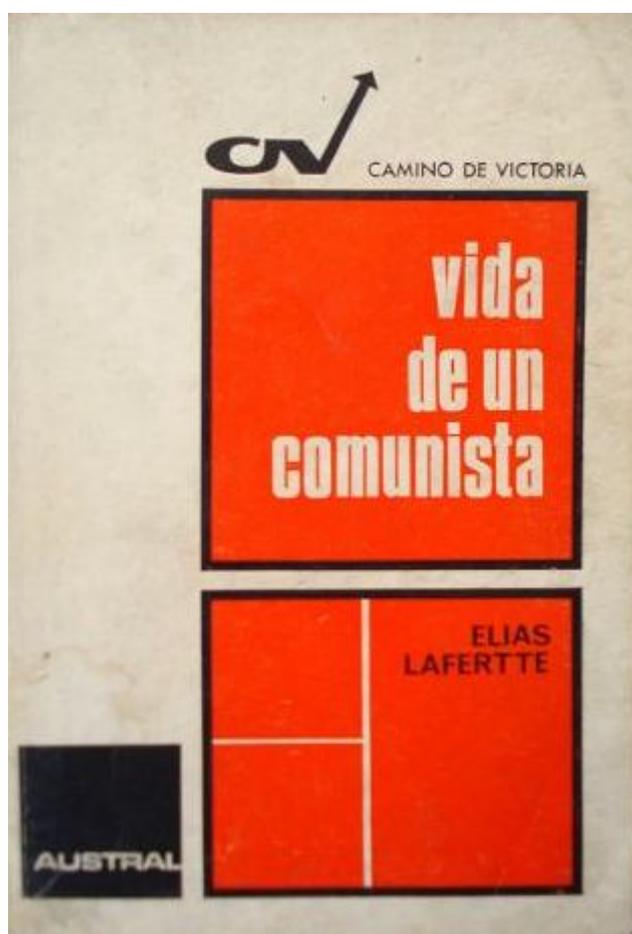


Vida de un comunista

(Páginas Autobiográficas)

Elias Lafertte



SANTIAGO DE CHILE, 1961

Vida de un comunista

EL DÍA 17 DE FEBRERO DE 1961, A LAS 19 HORAS, DEJÓ DE LATIR EL CORAZÓN DEL «HIJO DEL SALITRE», EX DIRIGENTE DE LA GLORIOSA FEDERACIÓN OBRERA DE CHILE, CANDIDATO POR TRES VECES A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, EX SENADOR Y PRESIDENTE DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, ELIAS LAFERTE GAVIÑO.

Sus FUNERALES CONSTITUYERON UNA HONDA MANIFESTACIÓN DE CARIÑO AL COMBATIENTE Y PATRIOTA DESAPARECIDO, MILES Y MILES DE PERSONAS LO ACOMPAÑARON EN SU DESPEDIDA.

EL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA EFECTUÓ EL DÍA 19 DE FEBRERO UNA SESIÓN DEDICADA A SU MEMORIA, ENTRE LOS ACUERDOS ALLÍ TOMADOS FIGURA EL DE REEDITAR SU AUTOBIOGRAFÍA QUE SE ENCUENTRA AGOTADA.

LOS EDITORES ESTIMAN QUE LA LECTURA DE ESTE LIBRO SERVIRÁ A LAS GENERACIONES PRESENTES Y FUTURAS, PARA APRENDER DE ELÍAS LAFERTTE LAS MAGNÍFICAS VIRTUDES Y EXPERIENCIAS PROLETARIAS QUE MANTUVO INALTERABLES DURANTE SU AZAROSA EXISTENCIA DE MILITANTE Y DIRIGENTE DE LA CLASE OBRERA Y EL PUEBLO.

EN ESTA SEGUNDA EDICIÓN SE HA INCLUIDO EL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA LUIS CORVALÁN, EN LAS EXEQUIAS.

9



*Porque esta lucha no termina
con una vida ni una muerte.
Esta bandera no se inclina.
Y tu corazón que germina
no tiene fin, Elías Lafertte.*

PABLO NERUDA

Discurso pronunciado por el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, en los funerales del camarada Elías Lafertte:

Venimos esta tarde a sepultar un héroe de la causa del pueblo. Nuestro corazón está de luto. El duelo sobrecoge a todos los trabajadores y se extiende a lo mejor de la nación chilena, porque ha muerto un luchador proletario que resumió en sí las mejores virtudes de la clase obrera, hizo caber en su espíritu combatiente los sentimientos más nobles y practicó en el más alto grado los atributos esenciales de los revolucionarios verdaderos: la fidelidad a la causa que se abraza, la tenacidad en la contienda, el odio al enemigo, el amor a su propia clase y a su pueblo, la

serenidad y la pasión en la lucha, la firmeza para enfrentar los rigores de la vida y del combate y la fe ilimitada en la acción de las masas y en su victoria inevitable.

El camarada Elías Lafertte fué la imagen misma del obrero chileno que sufre desde niño los latigazos de la injusticia y de la explotación capitalista y que se rebela primero espontáneamente ante el abuso para luego tomar el camino de la lucha consciente y organizada. Su trayectoria es la trayectoria del proletariado. En el camarada Lafertte el obrero siempre se vio a sí mismo y habló de él con orgullo de clase. De niño obrero era en el camarada Lafertte no sólo su reciedumbre de luchador, sino también su gracia, su modo, su dignidad sencilla y altiva.

Como casi todos los obreros chilenos para ganarse el pan de cada día empezó a trabajar desde su más tierna infancia, primero como entintador y repartidor de periódicos en Coquimbo, luego como acólito en la Iglesia de San Agustín de La Serena. A los doce años comenzó su peregrinaje por la Pampa del salitre. Fué matasapos o machucador en la oficina La Perla, herramientero en Agua Santa, oficial de maestranza en Puntunchara, "particular" en Rosario, arreador o marcador de sacos y angorillas en las minas de plata de Huantajaya, ayudante de tornería en el Ferrocarril Salitrero, otra vez minero de la plata en Collahuasi, obrero de la fragua en la oficina Argentina, ayudante de mecánico en la Ramírez, calderero en Resurrección, chancho en Santa

11

Lucía, carroceros en San Lorenzo y otras oficinas. Conoció, pues, en carne propia la explotación capitalista. No necesitó preguntárselo a nadie. Pero también conoció la fraternidad entre los obreros, la solidaridad de clase, el afán apasionado de justicia y de superación, el ansia de belleza y de cultura. La horrenda matanza de la Escuela Santa María lo conmovió hasta las entrañas. Con este baño de sangre se cerró la etapa del obrero sin conciencia y vino la del combate organizado y de la constitución del Partido de los proletarios no sólo para defender sus derechos, sino también para luchar por una sociedad sin clases. Pionero del socialismo en Chile acompaña a Recabarren en la fundación del Partido Obrero Socialista, en 1912, que diez años más tarde pasa a ser el Partido Comunista.

Como empaquetador, encuadernador, prensista o administrador de "El Despertar de los Trabajadores" y más tarde de los diarios "Federación Obrera" o "Justicia", como tesorero y luego como Secretario General de la Federación Obrera de Chile, pone todo su corazón, todas sus fuerzas, al servicio de la causa de la emancipación social del proletariado, y es por esto víctima de la furia y persecución de los gobiernos reaccionarios. Muchas veces brutalmente torturado en Investigaciones, confinado en Más Afuera, en la Isla de Pascua, en la Mocha, en Calbuco, preso en Punta Arenas, 75 días incomunicado en Iquique, detenido en Montevideo y Buenos Aires, desterrado en México, no ha habido en Chile ningún otro dirigente obrero y popular, ningún otro hombre de lucha que haya sufrido tantos tormentos de la policía, ni tan grande número de prisiones, relegaciones y destierros.

Hoy día frente a su muerte, y aún antes de ella, todos se descubren, y a nosotros, comunistas, nos parece una obra de justicia que gentes de otros campos, incluso enemigos, reconozcan la reciedumbre de este luchador gigante. Pero no podemos olvidar como se ensañaron con él los adversarios de clase, ni que los sufrimientos que le impusieron forman parte del calvario a que han sometido a nuestro pueblo, ni que las torturas de que fué víctima adelantaron la hora de su muerte.

Aún a esta altura de los acontecimientos hay reaccionarios que tienen la osadía de calumniar a los trabajadores y de presentarnos a nosotros, los comunistas, como antipatriotas, como enemigos de la democracia y la libertad, como gentes desprovistas de sentimientos humanos. Frente a la memoria y la figura de Elías Lafertte, ante los restos mortales de este hombre que por más de cincuenta años ha luchado por el bien del pueblo nosotros les respondemos: He aquí a un comunista, el más representativo de los comunistas. Y les preguntamos: ¿Fué Elías Lafertte un antipa-

12

triotas? ¿Renegó alguna vez de las tradiciones patrióticas que crearon Lautaro, O'Higgins, Manuel Rodríguez, los Carreras y Camilo Henríquez y que continuaron más tarde Bilbao, Balmaceda y Recabarren? ¿Qué hecho hay en su vida clara y limpia que pueda considerarse antipatriótico? Ninguno. Por el contrario el camarada Lafertte fué el continuador de la línea marcada por los prohombres de la Patria, de esa línea que hoy, en lo fundamental, consiste en luchar por el rescate de nuestras riquezas nacionales, por el derecho a tener relaciones con todos los países, por el bienestar, el pan y la cultura para todos los trabajadores y para nuestro pueblo. Este ha sido el camino de Lafertte y a él sacrificó su tranquilidad, sus desvelos, su vida entera. Por perseverar en esta línea sufrió toda clase de padecimientos, vivió casi la mitad de su vida perseguido, usando nombres supuestos, pasando las fronteras a pie como Manuel Rodríguez y violentando hasta los deberes más profundos de su corazón. Por no dejar de ser fiel al pueblo este hombre a quien el pueblo de Chile hoy venera se vió privado hasta de concurrir a los funerales de su anciana madre como el mismo con tanta emoción, nos lo ha contado en su autobiografía "Vida de un comunista".

¿Fué Elias Lafertte un enemigo de la democracia? No, mil veces no. En toda su vida de combatiente ha luchado por la libertad y la democracia y por el socialismo que es una forma superior de democracia.

El fué víctima de las ofensivas antidemocráticas que de cuando en cuándo las clases dominantes han descargado sobre el pueblo chileno y siempre las enfrentó con valentía. El, por encargo del Partido y con su pleno acuerdo, fué el único candidato a la Presidencia de la República que salió al paso de la dictadura militar de 1927. Y como uno de los artífices de la unidad sindical de la clase obrera, del Frente Popular y de su victoria y de la nueva unidad del pueblo, expresada en el Frente de Acción Popular, es uno de los hombres que más ha contribuido al desarrollo democrático de Chile.

¿Fué Lafertte un hombre sin sentimientos humanos? No. Su gran epopeya de luchador no la cumplió un corazón insensible, sino que un corazón rico y abierto a todos los sentimientos y a todas las emociones de la vida. Fué esposo admirable, padre cariñoso y alegre y juguetón abuelo. A su contextura de firme luchador se unía una humanidad delicada, una riqueza infinita para comprender al hombre y sus problemas. Cuando murió su compañera, solicitó a la Dirección del Partido hablar en sus funerales porque ella se lo había pedido y lo hizo con entereza, pero con la voz quebrada de dolor al mismo tiempo.

Todas las calumnias que se lanzan contra los comunis-

13

tas se desvanecen ante la figura y la vida de Lafertte. Porque Lafertte no es un milagro. Es un comunista ejemplar, arquetipo de los comunistas chilenos, la síntesis del Partido, de la clase obrera y del pueblo. Fué formado por la clase obrera, y por el Partido Comunista. Fué el depositario de sus mejores cualidades, de su combatividad, de su patriotismo y de su grandeza proletaria. El Partido Comunista formó esta conciencia de luchador y templó esta vida de acero aprovechando la arcilla popular de que estaba formado. El camarada Lafertte y el Partido han sido un todo indivisible, y por eso levantamos su nombre como un puño, como una bandera. De ahí también el inmenso dolor ante su muerte.

El camarada Elias Lafertte, como buen patriota y comunista, unió intimamente en un sólo haz su amor a Chile, a su clase obrera, a su pueblo, a sus tradiciones democráticas y culturales, a su música y su baile nacionales, a sus escritores, profesionales y artistas, con el amor a todos los pueblos, con el internacionalismo proletario. Como viejo obrero de las salitreras, donde trabajó codo a codo con peruanos y bolivianos, a quienes en la matanza de 1907 vió morir junto a sus hermanos chilenos, comprendió desde muy joven la hermandad de los trabajadores de todos los países y también el hecho de que el capital imperialista no tiene patria ni bandera. Y fué por esto mismo un ardiente defensor de la Unión Soviética, del primer país en que la clase obrera sepultó para siempre el régimen de la explotación del hombre por el hombre, y un admirador de todos los avances del campo socialista. Desde muy joven sintió el imperativo de luchar por la paz y la fraternidad entre los pueblos. Una de sus primeras detenciones se produjo en Iquique cuando se opuso a la acción terrorista de las bandas envenenadas por el

chovinismo llamadas en aquel tiempo Ligas Antiperuanas. Fué un campeón en la lucha contra la guerra del Chaco. En 1933 atravesó a pie la Cordillera de los Andes en viaje a Montevideo para asistir allí a un Congreso antiguerrero.

En sus visitas al mundo socialista, la última de las cuales la hizo el año pasado, vio la fuerza y los avances de la nueva vida y sintió más fuerte que nunca la idea de que los pueblos serán capaces de preservar la paz sobre la tierra. Su último proyecto era visitar Cuba cuya revolución le apasionaba.

Este hombre que luchó y sufrió tanto, que peinó canas ya a los cuarenta años, este viejo luchador obrero, era, sin embargo, el más joven de los comunistas cosa que él mismo lo decía con orgullo. Bastaba oírlo o verlo para darse cuenta que uno se hallaba ante un luchador que tenía la juventud en el espíritu y que se mantuvo siempre políticamente

14

joven, fiel a ese principio básico del marxismo que es la ley del eterno cambio. A través de sus cincuenta años de combate conoció no pocos virajes de la historia, tomándole siempre el pulso a la vida, sin perder jamás el sentido de los acontecimientos, y de ahí también la continuidad de su lucha y de su obra.

En su larga vida de comunista vió formarse varias generaciones de militantes y dirigentes, ayudándolos siempre con su experiencia y conquistando el aprecio de todos ellos.

La Juventud Comunista tuvo todo el tiempo en él un consejero, a un animoso amigo, a un inspirador de la lucha y del estudio, del canto, del baile y del deporte, como recreaciones sanas y métodos típicamente juveniles.

Para las compañeras tuvo siempre un trato afable, fué gentil, practicó y reclamó el respeto y el aprecio para ellas y las alentó siempre en su organización y en sus luchas.

Su espíritu de disciplina sirvió de ejemplo permanente. Era un modelo de puntualidad en todo. Jamás llegó atrasado a una cita del Partido. En su organización celular era un ejemplo de concurrencia asidua, de cotización al día, de participación en sus debates y en sus labores. Para él lo que resolviera el Partido era una ley ineludible. Este luchador tan jovial, tan cariñoso, tan amable, era un hombre encendido, un apasionado de la causa, y por eso también surgía a menudo de su espíritu el arma de la ira contra los abusos del enemigo de clase, de los patrones en la industria y de los terratenientes en el campo, contra la corrupción o la inconsecuencia de los políticos burgueses y también contra los defectos en el Partido.

Estuvo muchas veces enfermo, pero sólo esta vez presintió que se iba a morir y sabiéndolo, en medio de sus dolencias físicas no perdió nunca su ánimo de combatiente ni su sana alegría. A todos los compañeros que lo fuimos a visitar nos instó más a la pelea, a dar con todo empuje la batalla de las próximas elecciones, a luchar hasta el final por la causa que abrazamos. El día antes de su muerte sintiendo que iba a morir, sonrió, sin embargo, con Neruda hizo chistes, con un sentido humano y político que no perdió nunca.

Desde 1937 ocupaba en el Partido el honroso cargo de la Presidencia que cumplió siempre en forma digna

Presidía todas nuestras reuniones, daba siempre al final el consejo sabio y oportuno y tenía también bajo su responsabilidad las delicadas tareas de la Comisión de control y Cuadros.

Había heredado de Recabarren la bandera del Partido, de su política independiente, de clase. En los instantes más difíciles de nuestra vida partidaria, siempre fué fiel a esa bandera y a esa política. Por eso el Partido siempre miró a Lafertte como si mirara a Recabarren. Por eso el enemigo des-

15

cargó contra él tan duros golpes y por eso también, su puesto de Presidente no era sólo de honor, era un cargo político, y la Comisión de Cuadros tenía en él como Presidente a la bandera del Partido.

Tuvo una vida azarosa y una muerte tranquila. Murió en paz con su conciencia, sabiendo que había cumplido con el pueblo y con Chile, al máximo de sus fuerzas, sin eludir jamás el

sacrificio, sin dudar un instante de la justicia de la causal del comunismo y de su victoria. Por eso, Elias Lafertte es uno de los constructores de esa victoria que llegará. Y en los días de lucha que vienen y en la hora del triunfo inevitable, como Recabarren, como Ricardo Fonseca y Galo González, estará siempre presente.

El camarada Lafertte residía en una modesta casa de una población obrera. Murió tan pobre como había nacido, sin otra entrada que su pensión otorgada unánimemente por el Senado. Como Recabarren entró ya a la Historia de Chile. Es un héroe de la nueva etapa de la Historia de Chile que se inicia con la formación del Partido Obrero Socialista, hoy Partido Comunista. Es un Padre de la Patria, sobre todo de la nueva Patria que forjarán los trabajadores y nuestro pueblo con la conquista de la plena independencia nacional y la realización ulterior del socialismo con el cual soñó y por el cual luchó y entregó su vida entera.

El camarada Lafertte vio sus sueños realizados en la tercera parte de la tierra. Nuestros ojos, los ojos de sus hijos y de sus nietos, los ojos de las generaciones jóvenes, verán esos sueños cumplidos en Chile y sabiendo que Elias Lafertte fué uno de los hombres que más contribuyó a realizarlos le tendrán en su corazón imperecederamente.

16

PRIMERA PARTE

Bajo el sol de la pampa

17

Desde que comenzó a agobiarme la enfermedad que padezco y que me mantiene casi todo el tiempo en casa, me he estado preguntando cómo podría servir al pueblo chileno, a mi clase y a mi Partido. Durante toda mi vida, fue eso lo que hice o lo que procuré hacer: servir. Pero una cosa es tener el dinamismo suficiente para ir de un lugar a otro para movilizarse, viajar, y otra diferente es verse recluido en una pieza, casi todo el tiempo en cama por causa de una condenada y rebelde enfermedad. Así fue surgiendo la idea de escribir estas memorias. Muchos amigos y camaradas me animaron a hacerlo, diciéndome que de mi vida y mis luchas podrían desprenderse experiencias y enseñanzas para los trabajadores.

Estas voces amigas terminaron por convencerme de que el relato de mi vida, la vida de un obrero nortino que por su constancia y su fe alcanzó altos honores —como el de Presidente del Partido Comunista— puede ser útil. Por eso he comenzado a escribir estas páginas donde voy a dejar consignados, en forma sencilla, sincera, los hechos de mi vida, algunas imágenes de las luchas en las que durante medio siglo he participado y también siluetas de personas a las cuales estuve ligado: personas de mi clase, camaradas de las grandes batallas obreras, o personajes que dieron que hablar en la política. Deseo que mis amigos y yo no estemos equivocados y que estas memorias sirvan realmente al sector en que nací y por el cual luché: la clase obrera chilena.

* * *

A cualquiera, aunque no le interesen especialmente los árboles genealógicos, le gusta saber el origen de su familia. En la mía, poco se sabía de los antepasados.

19

Lo que oí decir, cuando niño, fue que en el siglo XIX llegaron a Chile dos hermanos procedentes de Francia, de apellido Lafertte. De uno de ellos pronto se perdió toda huella. Del otro se sabe que se casó con Martina Contador Barleta, con quien tuvo seis hijos. Este Lafertte venido de Europa era mi abuelo. Mi padre fue el tercero de sus hijos, Vidal Lafertte Contador. Los otros fueron Pedro Segundo, Teresa, Enrique, Rafael, Hortensia y Daniel.

La familia Lafertte Contador tenía diligencias que corrían entre La Serena, La Higuera, Panulcillo, Andacollo y Condoriaco, todos ellos importantes centros mineros en esa época. Mi abuelo y mis tíos manejaban la diligencia y aunque de mi padre no guardo recuerdos directos, tengo entendido que era también un experto cochero que guiaba con mano segura los tambaleantes carros que zigzagueaban por los senderos de la montaña.

Por el lado materno desciendo de artesanos. Mi abuelo, Juan Bautista Gaviño Malebrán, era carpintero enmaderador y trabajaba en la mina "Guías Verdes", de Andacollo. Allí se casó con mi abuela Juana Urrutia Alfaro. Tuvieron cuatro hijos: Juana María, la mayor, era mi madre; los otros se llamaban Lino Alfredo, Trinidad del Carmen y Juan Bautista. Mi madre, que había nacido en Andacollo, fue la que tuvo mayor instrucción de toda la familia, pues fue a estudiar en la Escuela Normal de La Serena, y aunque no alcanzó a titularse de normalista, fue nombrada profesora de la escuela de Andacollo.

Andacollo era por aquel tiempo —la octava década del siglo pasado— un floreciente centro minero, donde llegaban trabajadores de todo el norte en busca de mayores perspectivas. Los animaba el deseo de encontrar la preciosa veta con la cual sueñan todos los que llevan el cominillo minero en la sangre; pero la mayor parte de las veces terminaban por contratarse como obreros para trabajar en las minas de cobre y oro de propietarios acaudalados.

20

Allí se conocieron mi padre y mi madre. La humilde maestría joven esperaba con ansias la llegada de la diligencia, pues sabía que al pescante, enarbolando en su mano la larga huasca, venía Vidal Lafertte. Mi padre por su parte, debe haber usado el látigo abundantemente cuando su coche, lleno de viajeros y maletas, se aproximaba a Andacollo.

Pero —pueblo chico, infierno grande— pronto comenzaron las habladurías entre comadres y vecinas, y mi madre, para librarse de ellas, permutó en 1884 con la profesora de la escuela de la Villa de Salamanca, lugar donde un año más tarde se casó con mi padre.

Yo nací en Salamanca el 19 de diciembre de 1886 y al "acontecimiento" acudió mi abuela Juana Urrutia para atender a la madre primeriza. Después tendré oportunidad de hablar de mi abuela: era enérgica, seca y rápida para las decisiones. Tuvo, en realidad, gran influencia en mis primeros años. Los otros hijos del matrimonio Vidal Lafertte-Juana María Gaviño fueron mi hermana María Inés, nacida el 9 de septiembre de 1889, y Luis Antonio, nacido el 15 de diciembre de 1890 y muerto el 5 de febrero de 1941.

La familia vivía con dificultades en Salamanca. Los sueldos de los maestros eran por aquella época muy insignificantes. La sostenida lucha que han librado a través de largos años les permite hoy un poco de desahogo; pero entonces los "preceptores", como se les llamaba, eran famosos por sus levitas verdes de puro viejas y sus codos y rodillas gastados y relucientes. Mi padre había abandonado, al formar un hogar, su vida vagabunda de conductor de diligencia y se dedicaba a negocios diversos, en los cuales no le iba nada de bien. Compraba animales y frutos de la tierra en los fundos que rodean Salamanca y los vendía en las ciudades. Las haciendas del lugar eran extraordinariamente fértiles, gracias a su buena tierra de migajón. Fundos como "El Tambo", "Llimpo", "La Tranquilla" y -otros cuyos nombres no recuerdo, producían duraznos,

21

nueces y toda clase de frutas. Eran famosos los huesillos y descarozados de la región. Pero mi padre no tenía dedos para organista, es decir, era pésimo comerciante y sus negocios muchas veces terminaban en sonados fracasos. La casa, tenía que sostenerse así con el mísero sueldo de mi madre y éramos ya cinco bocas en la familia.

Mis padres eran balmacedistas. No tengo muchos antecedentes de sus actividades en este sentido, pero cuando terminó la guerra civil, tanto mi madre como mi padre tuvieron que sufrir las consecuencias de haber apoyado al primer Presidente antiimperialista de Chile. Mi madre, como muchísimos otros profesores y funcionarios, fue barrida de su humilde cargo de la escuela. Mi padre tuvo que esconderse para escapar a la persecución, pero al cabo de un tiempo no pudo soportar la vida solitaria y llena de sobresaltos de la ilegalidad y reapareció en Salamanca. De inmediato lo tomaron preso y lo llevaron cargado de grillos a Illapel. Mi madre se fue a caballo hasta ese pueblo a tratar de conseguir la libertad de su marido, pero todo lo que obtuvo fue que le quitaran los grillos.

* *

Yo era entonces demasiado niño para darme cuenta de las crujideras que debe haber pasado mi hogar, con el padre preso y la madre cesante. Mi madre me ha contado que no fueron precisamente días alegres los de finales de 1891. Al año siguiente, la familia decidió trasladarse a La Serena. Había que viajar hasta Los Vilos en mula, para embarcar allí hacia Coquimbo. Yo iba en una árguena, acomodado entre cueros de oveja y frazadas, amarrado a uno de los costados de la mula. Tres días viajamos en esa forma, hasta llegar a Los Vilos, donde nos embarcamos en un vaporcito pomposamente

llamado "Paquete Los Vilos", que nos dejó en Coquimbo después de varias horas de bailable sobre el mar.

22

En La Serena nos instalamos en una pequeña casa de propiedad de mi abuela Juana Urrutia, situada en la calle Las Casas N° 28 esquina de Infante. La construcción era muy chica y modesta, pero el patio tenía media cuadra de fondo. Lo atravesaba una acequia y teníamos allí muchos árboles: higueras, perales, chirimoyos, duraznos.

Mi abuela vendía frutas para ayudarse, aunque no creo que ganara por ese capítulo mucho dinero, ya que el canasto de fruta no valía entonces más de diez centavos. La casa estaba cerca del cerro Santa Lucía, a una cuadra del Seminario Conciliar. A los pies del Seminario funcionaba una escuela pública dependiente de éste, que dirigía el cura don Justo Pastor Donoso.

Allí me matriculó mi abuela y durante un año asistí a las clases y aprendí algunos conocimientos. Porque en aquella época yo ya sabía leer. Había aprendido en el primer colegio en que estuve, una escuela gratuita que sostenían los masones serenenses y que dirigía un prominente miembro de las logias, don Pedro Pablo Muñoz. Esas dos escuelas y la tercera a que concurrí, fueron todas "mis universidades", al decir de Máximo Gorki.

Era este un establecimiento que sostenía la iglesia de San Francisco, de los franciscanos. Un profesor contratado de Santiago nos daba las lecciones y hasta nos enseñó algunas nociones de francés. Repito que esos fueron todos mis estudios. Lo que aprendí al margen de las escuelas, me lo enseñó la vida misma, a veces con bastante brutalidad. Mi madre, profesora como era, nunca tuvo la calma ni el tiempo suficiente para traspassarme conocimientos. Los afanes de la casa, las preocupaciones económicas y conyugales —mi padre desapareció por esos días, marchándose a Bolivia— no le permitieron ocuparse de mi precaria instrucción.

En mis recuerdos yo clausuro ese período de mi niñez en 1897, cuando tenía once años, ya que a partir de esa edad tuve que ingeniármelas para vivir y para ayudar a los míos.

23

* * *

No recuerdo si fue en 1894 o 1895 cuando el gobierno acordó dar una indemnización a los maestros y empleados públicos que habían sido exonerados después del triunfo de la causa antibalmacedista. Mi madre hizo sus cálculos y llegó a la conclusión de que le tocaría una suma aproximada a los quinientos pesos, nada de despreciable en aquellos días.

Pero tenía que viajar a Los Vilos a cobrar la gratificación. Ella estimó que el viaje duraría unos diez o quince días y me dejó encargado a mi padrino de confirmación, don Roberto Patiño, en la cocina de cuya casa me daban mis comidas. Por las noches volvía a la casa que arrendaba mi madre, donde dormía.

Pero el viaje se prolongó mucho, por todos los entorpecimientos propios de la burocracia y por la falta de medios de comunicación. Un fuerte temporal destruyó los

caminos y en realidad estuve más de tres meses solo. Sentí las sollicitaciones de la calle y el día entero vagaba por muelles y playas, por calles y plazas de Coquimbo. Seguía a los marineros cuando iban a hacer sus prácticas de tiro al blanco y recogía después las cápsulas vacías, que coleccionaba como tesoros. El vagabundo más acabado del puerto no tenía nada que envidiarme, pues pronto las ropas se me fueron acabando, los zapatos se me rompieron y así viví varias semanas por las calles.

Mis amigos eran otros muchachos como yo. Juntos ganábamos algunos centavos en lo que caía, haciendo un encargo, repartiendo cartas o qué sé yo. La Plaza de Coquimbo era nuestro cuartel general y varios escaños sucumbieron ante nuestras embestidas y violentos juegos, hasta el extremo de que la policía decidió alejarnos de allí y una tarde fuimos detenidos. Más de una hora de llanto nos costó en el cuartel conseguir que nos pusieran libres. El oficial amenazó meternos en un calabozo con esqueletos, pero luego se conmovió y

24

nos dejó partir, después que le prometimos no volver a tomar como escenario de nuestros juegos la Plaza de Armas.

El olor de la tinta de imprenta me atrajo desde niño. Al lado de la casa de mi padrino se editaba el periódico liberal "El Cóndor", un tabloide que dirigía don Hipólito Pizarro y decidí echar una miradita. No me acogieron mal. Por el contrario, los tipógrafos me dejaban observarlos en su monótona tarea de parar tipos y el prensista no me decía nada cuando yo miraba con los ojos llenos de asombro entrar a la prensa hojas en blanco y salir impresas. Fácilmente "me aclimaté" en esa imprenta. Para don Hipólito, mi figura de chiquillo desastrado llegó a ser familiar. Un día me dijo:

—A ver, Elias, métele tinta a esas formas.

Yo no sabía bien lo que era rodón ni lo que eran formas. Pero comprendí que se trataba de entintar los tipos y empecé a hacerlo como pude, como había visto que lo hacía el prensista. La cosa resultó y después de unos días en que trabajaba por "monería", por curiosidad, empezaron a pagarme un pequeño salario. Me convertí en un buen entintador, a pesar de mis pocos años y luego aprendí a distribuir los tipos, después que éstos eran limpiados con parafina, tras haber cumplido su misión. Hacía mi trabajo con responsabilidad, pues sabía que los tipógrafos nunca miran el tipo al sacarlo de su casillero; las efes deben estar con las efes y no en otra parte. Más tarde hasta manejé la pequeña prensa y don Hipólito me encargó también el reparto de su periódico a los suscriptores y en los puestos. Por mi cuenta vendía algunos ejemplares, con lo que aumentaba mis menguadas entradas.

Ya, por supuesto, no llegaba a comer a la casa de mi padrino don Roberto Patiño, que era funcionario de la Aduana de Coquimbo. Prefería mil veces, comer un sandwich en la calle, o un plato de cochayuyo en cualquier cocinería del puerto. Tampoco llegaba a dormir regularmente a la casa de mi madre. Muchas veces

25

me acomodaba una cama con papeles en la imprenta o dormía en un blanco lecho de sacos harineros en la panadería del director de "El Cóndor", que compensaba sus escasas entradas de periodista con las más seguras de panadero,

Cuando se recibieron noticias de que mi madre volvía, la fui a esperar al muelle. Ella no me reconoció al desembarcar, porque en realidad buscaba con los ojos al niño modesto, pero limpio y correcto que había dejado. Y quien la esperaba era un vagabundo tirillento y sucio, sin zapatos, con una pelambreira enredada, un niño, en fin, hecho una compasión. Mi madre lloró un poco y nos fuimos juntos a la casa, donde la esperaba el relato de todas mis pilatunadas.

Vivíamos muy pobremente. Muy a lo lejos, mi tío Pedro bajaba de Oruro, donde al parecer se dedicaba con éxito a los negocios. Llegaba bien vestido, con abundantes pesos de plata y "tucadas" de billetes en los bolsillos. Eran los únicos días en que se comía bien en casa de los familiares de mi padre. Mi tío me mandaba comprar vino y las comidas eran suculentas y alegres. Después, me decía:

—A ver, Elias, recítame una poesía.

Yo había aprendido de memoria un buen repertorio de melodramáticos poemas que le gustaban mucho a mi tío. Lo emocionaban, lo ponían sentimental y entonces sacaba un peso y me lo daba. Eran unas enormes monedas de plata, relucientes y pesadas. Poco a poco fueron achicándose, en medio del escándalo de la gente, hasta convertirse en lo que ahora son. Un peso, para un chiquillo como yo, era una fortuna, la perspectiva de grandes cosas, de muchas compras, de infinitos placeres.

Nunca supimos muy claramente a qué actividades se dedicaba mi tío, pero sus negocios eran prósperos, pues poco a poco fue llevándose a sus hermanos a trabajar con él. También se llevó a Oruro a Vidal Lafertte, mi padre, y éste no volvió más. Nunca volvió a saberse

26

de él, y en casa, cuando se mencionaba al papá, se hablaba de él en voz baja, como de un muerto. En una ocasión hubo rumores de que había regresado y se hallaba en Valparaíso, viviendo con otra mujer, pero jamás estos rumores pudieron ser comprobados.

Otro de mis tíos, éste de la rama materna, empezó a enseñarme algo que él llamaba un oficio: el de monaguillo, es decir ayudante del cura durante la misa. Lino Alfredo Gaviño había estudiado en el Seminario de La Serena y hasta lo tonsuraron, lo que quiere decir que estuvo a punto de ordenarse sacerdote; pero una enfermedad lo obligó a abandonar la carrera eclesiástica. Para mí representaba un tremendo sacrificio aprenderme de memoria las largas frases en latín que me enseñaba, pero no tuve más remedio que metérmelas en la cabeza, porque mi tío empleaba muy a menudo los contundentes métodos pedagógicos de la época: la "biricoca", una especie de coscorrón con ida y vuelta, que producía dos golpes en vez de uno, en plena cabeza. ¡Y cada equivocación me costaba una "biricoca"! Por suerte mi memoria no era mala y por suerte también, más pronto de lo que yo creía, este aprendizaje iba a servirme para

tomar el primer empleo estable que tuve: el de acólito en la Iglesia de San Agustín, en La Serena.

El cura me ofreció siete pesos al mes, lo que no estaba mal para un chiquillo de cortos años. Mi obligación consistía en preparar los elementos de la misa, ver que las vinajeras estuvieran llenitas, ayudar al sacerdote a ponerse el alba, la estola y la casulla y luego ayudar a la misa.

El primer día, entré casi temblando a la iglesia, precediendo al cura, pues estaba casi seguro de que todo se me iba a olvidar, que iba a confundir las frases en latín, cuyo significado ni siquiera sabía, y en fin, que mi trabajo de acólito iba a ser un desastre. Pero nada de eso ocurrió y por el contrario, mi memoria funcionó perfectamente. Cuando el cura dijo: —*Ostende nobis, Dómine, misericordiam tuam* (Muéstranos, Señor, tu

27

misericordia), yo respondí como un experto: —*Et salutare tuum da nobis* (Y danos la salvación). Todo fue desarrollándose normalmente. El sacerdote invocó: —*Dómine exaudi orationem mean* (Escucha, Señor, mi oración). Yo contesté: —*Et clamor meus ad te veniat* (Y llegue hasta ti mi clamor) —*Dominus vobiscum* (El Señor sea con vosotros). —*Et cum spiritu tuo* ...

No duré mucho en la iglesia de San Agustín, pues luego me echó el ojo el cura de la Catedral y me contrató con 10 pesos mensuales. Digo mal, no era un cura, sino un obispo, "Nos, Florencio Fontecilla, por la gracia de Dios", como él mismo decía, y durante un tiempo aporté esos diez pesos al presupuesto de la casa.

Mi madre, después de muchos afanes y trajines, había logrado obtener un cargo de inspectora en la Escuela Normal de La Serena. La directora se lo dio a instancias de la portera de la escuela, que era amiga de mi madre. Las condiciones eran precarias y humillantes. Tenía que servir y cuidar a las alumnas internas y dormía en una especie de covachita debajo de la escalera. La Escuela Normal estaba situada en la Plaza de Armas, en una propiedad que actualmente es la casa de un personaje de quien tendré que ocuparme con desagrado más adelante: Gabriel González Videla.

Para poder ver a mi madre, yo tenía que hacer prodigios de agilidad, pues la directora, doña Isabel Bongar, famosa por su sequedad con alumnos y profesores, prohibía que a esa pobre inspectora la visitara su hijo. Tenía que entrar subrepticamente y a escondidas llegar hasta el estrecho dormitorio de mi madre. Las alumnas al parecer no lo pasaban mejor que la inspectora, bajo la férula de tan enérgica cancerbera, y hasta sufrían hambre. Un día mi madre me mandó a comprar panes de leche (valían cinco centavos) que las alumnas encargaban para mejorar su comida. Cuando yo llegué con ellos al lugar donde debía esperarme mi madre, no estaba ella, sino la directora y me vi en duros aprietos para explicar lo de los panes de leche sin delatar a mi madre.

28

* * *

La vida de los pobres se caracteriza entre nosotros por la desorganización provocada por la miseria. Las familias se separan por necesidades del trabajo, los hijos tienen que vivir lejos de sus padres, ya sea porque éstos no pueden mantenerlos, ya porque las condiciones les impiden estar con ellos. Eso me ocurrió a mí muy temprano. Primero, mi padre desapareció de la casa en busca de mejores horizontes y no volvió más. Después, cuando tenía diez años, tuve que separarme de mi madre porque su famoso empleo en la Normal de La Serena no le permitía siquiera verme. Entonces decidió mandarme a Iquique, a donde se habían trasladado mi abuela y mis tíos.

Tuve que hacer el viaje solo, lo que me llenaba de inquietud, de esa cosa indefinible, alegre y triste, al mismo tiempo, con un fondo de miedo, que siente un niño que va a embarcar solo. Mi madre conocía a un "pacotillero" y le pidió que me llevara como ayudante. Era un hombre gordo, alegre y elegante, que se ganaba la vida en los barcos. De viaje hacia el Norte llevaba frutas, provisiones y legumbres, que por allá son oro puro, y que iba vendiendo en los puertos. De regreso, traía al Sur frutas tropicales, plátanos, piñas, paltas, principalmente.

Mi equipaje consistía en un canasto de peras que le llevaba a mi abuela y en un saco harinero donde iban dos sábanas y un cuero para dormir. Pero sobre la cabeza llevaba un tesoro que me llenaba de orgullo y me consolaba un poco de la separación: un sombrero de fieltro negro que me había comprado mi madre. Un sombrero espléndido, suave al tacto, precioso, uno de esos sombreros que yo había visto muchas veces como algo inalcanzable en las vidrieras de las sombrererías o en las cabezas de los niños ricos.

Mi madre me fue a dejar a bordo del vapor "Perú", me abrazó y me besó y bajó a tierra cuando ya me vio en contacto con mi nuevo patrón, ayudándole a acomodar sus mercaderías.

29

En el viaje todas las cosas fueron bien. Alterné con los pasajeros y ayudé a mi patrón en todas sus faenas. Pero un día, poco antes de llegar a Iquique, una racha de viento me voló el sombrero de fieltro de la cabeza, el cual cayó al mar. La desesperación me invadió y no pude retener las lágrimas. Habría querido que el capitán detuviera el barco y mandara un bote a recoger el sombrero, que había perdido por mi propia culpa, porque no me lo saqué de la cabeza ni un solo minuto durante todo el viaje. En realidad, sólo en la noche, cuando me acomodaba en un rincón, junto a las mercaderías del "pacotillero", para dormir, me quitaba el sombrero de fieltro, le alisaba el pelo con la mano y con el pañuelo le limpiaba la tierra que hubiera podido pegársele.

Me puse, pues, a llorar y el cuadro conmovió a algunos pasajeros, que me habían visto tan orgulloso con mi sombrero. Tres o cuatro de ellos me regalaron sombreros. Un peruano me dio uno de paja, en el cual habrían cabido dos cabezas como la mía. Otro me obsequió una gorra, con lo cual mis lágrimas se calmaron un poco.

Cuando el "Perú" ancló en Iquique, yo no pude desembarcar de inmediato, porque tenía que ayudar al "pacotillero" a vender sus mercaderías. Cuando terminamos, monté en la lancha y desembarqué con mi saco harinero y mi canasto de peras.

Tenía que encontrar a mi abuela, que vivía en un conventillo, en la calle Errázuriz 7. Iquique era algo nuevo para mí, una ciudad tan grande como nunca las había visto. La bahía estaba llena de barcos de vapor y de vela y en los muelles había un movimiento que me pareció febril. Eran los famosos embarques de salitre, que por aquel tiempo estaban en su apogeo. La ciudad misma me hacía abrir los ojos llenos de asombro, con tantas tiendas, calles, plazas, restaurantes, negocios. A fuerza de preguntas a los "pacos" y a cualquiera que se me cruzara en el camino, logré llegar a mi destino, pero allí me esperaba una sorpresa: mi abuela ya no

30

estaba allí. Había dejado sus pertenencias guardadas con la mayordoma del conventillo y se había ido a la pampa, a la oficina salitrera "Providencia", donde vivía con sus dos hijos, mi tío Juan, que trabajaba en la pulpería de esa oficina. Mi tía Carmela, por su parte, que había visto a mi madre hacer sus clases en Salamanca, había instalado una escuelita donde enseñaba a leer a los hijos de los trabajadores.

La noticia no me amilanó ni me desanimó. La mayordoma me ayudó mucho, me dio comida y alojamiento esa noche y al día siguiente me dejó embarcado en un coche de tercera con un boleto hasta Santa Rosa, estación ferroviaria que servía a las oficinas "La Viz", al sureste de Iquique, y "Providencia", donde vivía la abuela. El tren empezó a trepar lentamente por los cerros, bajo un sol mucho más fuerte que el que yo conocía en el Norte Chico.

En Santa Rosa bajé del tren y pregunté cómo podía seguir hasta "Providencia". Pero parece que andaba con el paso cambiado, como se dice, pues supe que hasta el día siguiente no habría carretela que pudiera llevarme a "Providencia", que era una oficina que operaba con capitales franceses. Pero he ahí que de pronto se detuvo un breque manejado por un señor que me pareció extranjero. . Era efectivamente, el administrador de la oficina, un francés a quien llamaban "Musiú" Perrer. Los vecinos le dijeron que yo era sobrino de un empleado de la pulpería y él accedió a llevarme, pero solo, sin mi pequeño equipaje.

Los mulos corrieron arrastrando el breque varias horas hasta que llegamos a "Providencia" y pude abrazar a mi abuela. Me bastó llegar para confirmarme en la idea de que las cosas no andaban del todo bien: la oficina estaba "de para" y todo el mundo emigraba de allí. Nosotros no pudimos salir porque la tía Carmela se enfermó de tifus y tuvo que cumplir una cuarentena, aislada, mientras mi tío hacía el balance para ver qué es lo que quedaba en la pulpería de esa oficina que se disponía a cerrar.

31

II

Cuando la clásica herradura fue clavada en la puerta de la pulpería de "Providencia" tuvimos que emprender el éxodo hacia la oficina "La Perla", donde el tío Juan había encontrado trabajo en la bodega de materiales. El sol de la pampa me hacía cosquillas en la espalda, pero pronto me acostumbré a él. Al principio recorría solo el campamento observando el trabajo, conversando con los pampinos, haciéndome de relaciones en todas partes. Cuando estuve familiarizado con las faenas, éstas no me parecieron tan

terribles, y un día se me ocurrió que a pesar de mis pocos años yo también podría trabajar y ayudar a la familia.

Así fue como tomé mi primer trabajo en la pampa salitrera y este fue de machucador de salitre o "mata-sapo", como se nos llamaba. Eramos dos muchachos casi de la misma edad los que, con sendos combos de luma, apaleábamos los trozos de salitre demasiado grandes, que por su tamaño no cabían en los sacos o podían herir las espaldas de los cargadores. Eran doce horas las que pasábamos cada día, a pleno sol, dándole a los terrones de salitre hasta reducirlos a pedacitos. Pero como éramos un par de chiquillos de escasa importancia en la oficina que ganaban sesenta centavos diarios cada uno, nadie se preocupaba de nosotros. Los capataces no nos controlaban y así podíamos dedicar un tiempo apreciable cada día a jugar al león, en un tablero de cartón que escondíamos entre los enmaderados de las bateas.

Más tarde pasé a la bodega de materiales, donde trabajaba con mi tío, y aquí se me acabaron los juegos y largos descansos de "matasapo", porque mi tío me vigilaba. Mi tarea consistía en reducir madejas de pita, de la que se usaba para coser los sacos de salitre, de modo que no se perdiera ni un solo centímetro del material. Con lo que gané en ese año que duró mi primer contacto con la pampa salitrera, pude comprarme ropa y hasta llevarle cien pesos a mi madre.

32

Al cabo de ese año, mi tía Carmela se casó con un carpintero modelista español Almanzor Zarzaga, con quien se trasladó a Pozo Almonte, a la oficina "La Palma". Mi tío Juan encontró trabajo en esa misma oficina. Mi abuela y yo, después de vivir un tiempo en Pozo Almonte, regresamos a La Serena, donde mi madre, para poder trabajar, había tenido que meter a sus dos hijos menores en el asilo de niños La Providencia.

El 24 de diciembre de 1900, a mi abuela se le ocurrió ir a pagar una manda que había hecho a la virgen de Andacollo y yo tuve que acompañarla. Las fiestas de Andacollo tenían mucho más esplendor en esa época que ahora; peregrinos de toda la región y aun del Norte Grande iban a ellas, algunos con espíritu religioso, otros a hacer negocios y los más simplemente a disfrutar del espectáculo, los bailes, procesiones, congregaciones de "chinos" "hermanaciones", comilonas y la gran borrachera final, que dejaba tendidos por los caminos a cientos de fieles.

La manda de mi abuela consistía en ir a pie desde El Peñón hasta Andacollo, una distancia aproximada de unos quince kilómetros, que ambos, la viejecita y el niño que la acompañaba, resistimos valientemente. Las fiestas fueron brillantes y hubo muchos lugares donde divertirse antes de la procesión, en la que participaron los cuatro obispos chilenos, entre los que se contaba don Ramón Ángel Jara, que pronunció uno de sus famosos sermones, y el obispo de La Serena, que había sido mi patrón, "Nos, Florencio Fontecilla, por la gracia de Dios".

* * *

De nuevo tuve que partir al norte, donde mi familia estaba instalada ahora en la oficina "Agua Santa", junto al ferrocarril salitrero. Me embarqué en Coquimbo en el vapor

"Mapocho" y un sábado en la tarde desembarqué en Caleta Buena, un puerto al que el salitre le había dado bastante auge, situado entre Iquique y Pi-

33

sagua. Recuerdo que había un andarivel de tres pisos que subía carros de mercadería y bajaba los sacos de salitre que habrían de embarcarse para el extranjero. Quedé varado tres días en Caleta Buena, pues a causa del carnaval no había medio alguno de movilización. El carnaval era celebrado en grande, al estilo peruano. En las calles la gente se lanzaba globos rellenos de harina o de tinta de colores vivos.

Finalmente llegué a "Agua Santa", donde encontré trabajo como herramientero, faena que por lo general desempeñaban muchachos de trece o catorce años como yo. Era una de las oficinas más cosmopolitas, pues junto a obreros chilenos, trabajaban argentinos, peruanos y bolivianos. El jefe nuestro, de los herramienteros, era el "corrector" argentino Leonor Juárez, que nos vigilaba cada mañana cuando salíamos, cada uno a cargo de dos mulas que cargaban las herramientas que se llevaban a la pampa. Allí, en plena pampa, había una fragua para arreglar los barrenos, que eran de propiedad de cada barretero y las barretas, que eran de la compañía.

Los barreteros tenían que preparar los tiros que arrancaban el caliche de los yacimientos. Yo los miraba trabajar con mucho interés, cuando abrían los cañones, dentro de unas especies de cráteres, con las barretas y los barrenos. Los cañones tenían aproximadamente un pie de circunferencia y su profundidad variaba de acuerdo con las condiciones del terreno. Luego, debajo del cañón abrían un espacio, extrayendo la tierra o arena del fondo, para que la pólvora abarcara más espacio y la explosión se extendiera todo lo posible, arrancando así más caliche. Después se colocaba la mecha. Los barreteros hacían su trabajo con la mayor conciencia. Se les pagaba por pies cavados y ellos tomaban como asunto de honor evitar los tiros "arrebataos", que lanzaban el caliche demasiado lejos, o los "echados", que no explotaban. Por lo general terminaban su trabajo a mediodía, pero los disparos no se hacían hasta las últimas horas de la tarde. El que encendía la mecha

34

lanzaba el clásico grito de "¡Con fuego ... tiro grande!" y todo el mundo corría, alejándose del lugar donde iba a verificarse la explosión. Lo prudente era estar a un kilómetro o un kilómetro y medio del foco de la explosión. El otro grito que diariamente se escuchaba era el de "¡Ya está corriendo!", cuando la mecha estaba encendida.

Las barretas que yo transportaba a la pampa en mis mulas eran de tres clases: "tocoadoras", las más pequeñas, con las cuales se iniciaba el trabajo de cavar; después venían las "seguidoras", para continuar el trabajo; éstas eran más delgadas para ir haciendo el cañón y la punta terminaba en una especie de pico de loro; las otras eran las "acabadoras" y con ellas se ponía término a la tarea.

Por esos días, siguiendo la costumbre de los pampinos, una costumbre venida de Bolivia, aprendí a "armar", esto es a mascar de un modo organizado y muy complejo las hojas de la coca, que la pulpería de la oficina vendía a los particulares y barreteros a un

peso el puñado. Entre la hora de almuerzo y el momento de hacer explotar la dinamita, los pampinos se sentaban en plena pampa a "armar". Esto consistía en echarse a la boca una masa formada por yuta y ceniza de carbón de madera de espino, revuelta con papa cruda molida, que, en la boca se mezclaba con las hojas de coca. La masa hinchaba los carrillos de los "armadores", que al mismo tiempo fumaban. Nadie hablaba. Sólo se veían los carrillos subir y bajar, durante una media hora, que duraba el "armado". La primera vez que yo, imitando a mis mayores, "armé", se me descompuso el estómago y tuve violentos vómitos.

La coca, que traían desde Bolivia en sacos o fardos a lomo de mula, representaba una ganancia más, y no pequeña, para las pulperías.

El jefe de los cinco muchachos que trabajábamos como herramienteros en "Agua Santa" era el "Zorro" Vargas y uno de mis compañeros fue Zaratiel Vergara, a quien muchos años más tarde encontré en la Escuela

35

de Minas de La Serena. Los dos viejos compañeros de trabajo habían abandonado los soles de fuego de la pampa: Zaratiel era profesor de la Escuela de Minas y yo senador de la República. Gerente de "Agua Santa" era don Santiago Humberstone, un inglés que se hizo famoso en toda la pampa salitrera. Una oficina que aún existe y que se llamaba "La Palma" lleva en su honor el nombre de Humberstone.

Entre los poquísimos acontecimientos que quebraban la monotonía de la vida en la oficina, recuerdo el matrimonio de su hija Luisa con el administrador de la misma oficina, don Carlos Ultza. Concurrieron más de doscientos administradores, contadores y altos empleados de oficinas salitreras de ese cantón y de otros vecinos. La cancha de tenis de "Agua Santa", donde naturalmente sólo jugaban los ingleses, se llenó de "colas de pato", es decir chaqués, sin faltar los *fracs* y *smokings* de los invitados, que habían llenado varios trenes con sus equipajes y regalos de boda para la pareja. Nosotros mirábamos la fiesta desde detrás del enrejado de alambre que cercaba la cancha de tenis. La pulpería nos distribuyó algunas botellas de cerveza para que también participáramos de algún modo en la fiesta de boda de la hija del patrón. Después, en medio de gran algarabía de invitados y trabajadores, los novios partieron a Pisagua, donde iban a embarcarse en viaje de luna de miel a Europa. Nosotros rivalizábamos con los invitados en las expresiones de despedida y un pampino a quien se le había pasado la mano en la cerveza, galanteaba a la novia duro y parejo.

Mis tíos Alfredo y Juan trabajaban en la bodega de la compañía, uno triturando la cebada con que se alimentaba a las mulas. La abuela, por su parte, tenía una vaca y vendía leche a los pampinos. El tío Juan manejaba la bodega del carbón que se usaba como combustible. La vida social en "Agua Santa" se reducía a algunos partidos de fútbol entre los dos equipos, el "Agua Santa" y el "Estrella de Chile" y a unas pocas representaciones teatrales del cuadro artístico.

36

Un día mi tío me invitó a la bodega, a ver un ensayo de una obra teatral que los empleados iban a representar. Para mí fue ese momento una gran revelación, como si se me abriera un mundo nuevo. Tendido sobre los fardos de pasto, veía a los jóvenes y muchachas engolar la voz para ensayar las escenas de "Flor de un día", melodrama de

Campoamor en un prólogo y tres actos. Los escuchaba con la boca abierta y los parlamentos en resonantes versos me repercutían en el corazón. Creo que ese instante determinó una afición al teatro, que andando los años iba a desarrollarse y a pasearme por veinte escenarios obreros diferentes. ¡Y quién iba a decirme que esa obra, precisamente "Flor de un día", iba a servirme para una aventura teatral, nada menos que en el papel principal, el de marqués de Montero!

Después del ensayo, había que ir a dejar a las muchachas que tomaban parte en la obra y que eran vecinas de Negreiros, un pueblo situado a doce kilómetros de "Agua Santa".

Los domingos, vestido con mi cota, camisa de tocuyo o saco harinero, abierta sobre el hombro izquierdo, y mi pantalón de borlón o diablo fuerte, frecuentemente "encayapado" o sea con parches, me dedicaba a pasear, a trabar amistades y no pocas veces aceptaba en las tardes un trabajo extraordinario para procurarme unos centavos más de salario. El trabajo consistía en "hacer huella", limpiar los caminos para que pudieran pasar después las carretas con su carga de caliche.

Los herramienteros frecuentemente realizaban estas faenas. Un domingo, en otra sección de la pampa, un barretero mató casualmente a un niño herramientero. El hecho nos impresionó profundamente, sobre todo a los muchachos, que acudimos en masa a los funerales. Un entierro en la pampa es de por sí un espectáculo sobrecogedor y mucho más tratándose de un niño. En los funerales habló un señor Vergara, a quien apodaban "el político" por lo circunspecto, grave y aficionado a pronunciar discursos. Concurrió también un

37

hombre que por aquella época tenía gran nombradía como poeta y periodista satírico y anticlerical: don Juan Rafael Allende, que se hallaba en la pampa organizando la Mancomunal, una asociación con finalidades reivindicativas y mutualistas para la defensa de los obreros. Allende me impresionó por su apostura distinguida y su melena de cabellos crespos. Pregunté a uno de los trabajadores de más edad quién era y me dijo que era un escritor ante cuya pluma temblaban frailes y políticos. Se comentaba risueñamente, me contó este compañero, una broma que don Juan Rafael había gastado en su revista a don Miguel Luis Amunátegui, quien, siendo muy anciano, se había enamorado de la actriz francesa Sara Bernhardt cuando ésta visitó Santiago ... Años después, en la capital, me mostraron a un hijo de don Juan Rafael, el músico Pedro Humberto Allende, y me sorprendió el parecido que tenía con su ilustre padre; éste era, sí, de mayor estatura.

Después de más de un año en "Agua Santa", la familia decidió trasladarse a "Puntunchara", en el mismo cantón de Negreiros. Por aquel tiempo, el fenómeno más característico de la pampa era precisamente el de emigrar de una en otra oficina. Nadie echaba raíces en un sitio y era muy difícil hallar, como ocurre en los campos, a gentes que han envejecido en el mismo sitio. No, los pampinos eran gente trashumante y vagabunda, que no duraba mucho en la misma oficina. Afortunadamente había trabajo abundante y aunque las compañías sabían a quienes se despedía por faltas graves, a los simplemente inquietos no se les negaba el trabajo. La gente se iba por quítame allá unas pajas. Las oficinas abrían, se cerraban, volvían a abrirse. Los pampinos se

cambiaban por ganar unos pesos más, porque les interesaba una mujer en una oficina a varios kilómetros de distancia, porque hallaban mejores alojamientos o porque la comida era mejor en otra parte. Si a alguien se le hubiera ocurrido hacer una encuesta, seguramente se habría asombrado de saber

38

el número de oficinas que cada pampino conocía. Yo mismo a los veinte años, había trabajado en una larga cadena de centros salitreros.

Esa vez nos fuimos a "Puntunchara" porque mi abuela había tenido dificultades para la mantención de su vaca en "Agua Santa". Allí cambié mi cota de herramientero por el overol azul de oficial de la maestranza y mi condición de "asoleado", como se llamaba a los particulares y en general a todos los trabajadores de plena pampa, por la de "tiznado", o sea obrero de la maestranza y los trenes, que no eran lo mismo que los "embarrados", los que trabajaban en las máquinas de la oficina salitrera.

Aprendí a conocer las herramientas del mecánico, las distintas llaves con sus nombres extranjeros, y en fin, todos los instrumentos que se emplean en la maestranza. Mi salario era de dos pesos noventa centavos diarios; me pagaban una mínima parte en dinero y lo demás en fichas, que sólo eran canjeables en la pulpería. Las fichas me gustaron mucho: eran de metal plateado, bruñidas y brillantes, muy diferentes de las de hueso, concha o carey, que usaban en otras oficinas. Había fichas de un peso, de veinte y diez centavos.

El objetivo de las pulperías consistía, fundamentalmente, en no dejar salir de allí el dinero que los trabajadores ganaban. Hacer un viaje mensual a Negreiros a comprar provisiones, habría sido una medida muy conveniente para los trabajadores. Pero había que comprarlo todo en la pulpería, con las famosas fichitas, a precios que fijaba la compañía y que eran bastante elevados. Empresas salitreras hubo que no ganaban mucho con los embarques de salitre, pero que se llenaban la bolsa con los negocios de sus pulperías.

Cuando ya dominaba mi trabajo en la maestranza, un día fui a entrevistarme con mi jefe, el ingeniero Cesáreo Flores, y le pedí aumento de salario. Al principio, el ingeniero me miró muy enojado, asombrado de que un chiquillo tuviera coraje suficiente nada menos que para pedir más sueldo ... Después me trató

39

con más benevolencia, me nombró fogonero de las locomotoras y me aumentó el salario en... diez centavos, con lo que pasé a ganar,.. tres pesos diarios.

Lo que salí ganando, en realidad, fue la vida al aire libre, que me gustaba mucho más que estar encerrado en la maestranza. Era interesante ir paleando carbón, de estación en estación, fraternizando con los trabajadores que cargaban y con mis jefes, los dos maquinistas. Estos, Dionisio Pastenes y Guillermo Wilson, se aclimataron en la pampa y se quedaron trabajando allí hasta el extremo de que largos años después, siendo yo senador, encontré a Pastenes en María Elena, durante un viaje de propaganda electoral. Era el mismo que había acogido cordialmente, palmoteándolo con sus manos tiznadas, a

un niño que había llegado a trabajar con ellos cuarenta años antes, en la oficina "Puntunchara"...

Un nuevo traslado de la familia en bloque, me llevó a la oficina "Rosario", de Negreiros, donde entré a trabajar junto a mi tío, que había conseguido un puesto de particular. El trabajo se volvía duro para mí. Las herramientas me pesaban hasta hacerme doler la espalda y me machucaban las manos. Pero éstas se fueron endureciendo y ya eran manos de pampino cuando abandoné por segunda vez la pampa para regresar a La Serena.

Mi madre se encontró con un muchacho de catorce o quince años, fuerte y de cara tostada por el sol, que le prometió no volver nuevamente al norte si no era con ella.

III

En 1901, después de diez años de cesantía, mi madre volvió a la enseñanza. Había sido exonerada por el gobierno que sucedió al de Balmaceda y tuvo que esperar dos lustros, acosada por la miseria y desempeñando precarios empleos, para volver al trabajo. Fue nombrada profesora en la Escuela Mixta N^o 28 de Huan-

40

tajaya, un mineral de plata cercano a Iquique, frecuentada por los hijos de los trabajadores de las minas de toda la región: la "Descubridora", la "San Juan", la "San Pedro" y "San Pablo". Mientras mi madre, con la colaboración de su ayudante, Angela Fraga, echaba a andar la abandonada escuelita, yo empecé a recorrer la región, a hacerme de amistades y a echar el ojo a los laboreos, buscando trabajo. Hasta entonces, mi experiencia no pasaba de las salitreras. Nunca había trabajado en minas.

Las minas de esa región tenían una larga historia de pleitos, riquezas y miserias, florecimiento, decadencia, asaltos y robos. Jorge Chess, un marinero inglés, desertor de su barco, tomó posesión de la "San Pedro" y "San Pablo", ricos yacimientos de los cuales sacaba plata en barras y semibarras. El historiador Benjamín Vicuña Mackenna era propietario de una mina en ese mismo cerro, Las Marías. Los deslindes de las propiedades del aventurero inglés y del escritor chileno se confundían y durante largos años la justicia ventiló uno de esos largos, fatigosos e interminables pleitos de minas. Las minas gozaban de una fama tal de ricas que a menudo eran objeto de asaltos. Así, por ejemplo, una cuadrilla llamada "Los Compadres", la asaltó tres veces consecutivas, haciendo enorme y provechoso botín.

Podría creerse que estos "Compadres" eran bandidos regionales o algo así, pero no había tal cosa, pues luego se descubrió que eran trabajadores de la misma mina. Parecerá extraño que los mineros se entregaran a fechorías de esa naturaleza, pero hay que situarse en esa época, en que el trabajador no tenía defensa alguna contra los industriales, ni sindicatos, ni leyes sociales, ni siquiera conciencia de la organización. Pero en ellos un sentimiento instintivo les hacía pensar que tenían que luchar contra sus patrones, que éstos eran sus enemigos, puesto que los sometían a una explotación tan dura. Se explica así que los mineros adopta-

41

ran estas equivocadas formas de lucha, como otras a que me referiré en seguida.

Eran famosas también esas minas por las grandes pepas de plata que se producían y que los mineros solían robarse usando los medios más curiosos. Así por ejemplo, los que trabajaban en el laboreo, una vez que se hallaban fuera de la mina, en sus casas, se sacudían las ropas y recogían mucho polvo de plata que quedaba pegado a ellas. Para evitar esa forma de sustracción, la compañía los obligó a trabajar con overol, que tenían que sacarse antes de salir. Era la propia compañía la que los sacudía para aprovechar el polvo de plata pegado a la tela. Además, antes de salir, cada trabajador era obligado a desnudarse y sus ropas registradas para prevenir cualquier filtración... Pero el ingenio es inagotable y contra estas medidas, los aficionados a lo ajeno idearon un complicado sistema: la "cangaya" o el "mono", que consistía en moldear la piedra con plata hasta darle la forma y el tamaño de un cigarro puro; luego la envolvían en un trapo o pabilo, la aceitaban con sebo y se lo introducían en el ano, hurtándola así a los ojos vigilantes de los custodios de la mina. Una vez fuera se la extraían, frecuentemente con gran dolor, y hasta solía ocurrir que todos sus esfuerzos para sacar el mineral eran inútiles. Entonces tenían que acudir a los médicos de Iquique, los cuales era *vox populi* que les exigían la mitad del producto de la piedra, como honorario por la operación.

Por fin encontré trabajo en una mina que acababa de iniciar su faenas, la "Laura". Me contraté como arriador y mi tarea consistía en vigilar el trabajo de los caballos que hacían la "saca", es decir extraían del pique la tierra que quedaba como producto de las excavaciones. Pero yo no estaba conforme con este trabajo y quería otro de mayor responsabilidad y más paga. Así, todos los sábados entraba con los barreteros para aprender el trabajo de éstos, pero la faena era demasiado pesada para un niño de mis años. Yo era

42

fundamentalmente sano, pero no de constitución fuerte.

La "Laura" resultó un fracaso. No se pudo encontrar una buena veta y las que habían rendían muy poco metal, el caso es que muy pronto terminó el trabajo y los boquetes fueron cerrados.

Quise emplearme en la "Descubridora", pero el administrador, un escocés llamado Roberto Prain, se negó a darme trabajo, aduciendo como razón el que yo era hijo de la profesora... No me amilané por esto, y aprovechando un viaje a Europa que hizo este caballero, logré colocarme como tarjador de sacos y angarillas en la cancha de la "Descubridora". Mi tarea consistía en botar las piedras y arnear el metal, en lo que me ayudaba mi hermano menor, a quien llevé a trabajar conmigo. Cuando Prain regresó de Europa y me encontró instalado en su mina, rindiendo un trabajo efectivo, no tuvo más remedio que dejarme allí. Cuando terminó el trabajo en la cancha, tuvimos que cambiar de faena, siempre en la "Descubridora": Luis se hizo cargo de los barrenos, como herramientero, y yo trabajé de apir. Con un capacho de recio cuero a la espalda, tenía que ir recogiendo el producto de la mina y sacándolo fuera. Era un trabajo terriblemente pesado, que me dejaba molido cada tarde. A menudo tenía que cargar más de sesenta kilos en los hombros.

En la mina trabajaban dos turnos: uno desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde; el otro desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana. Al salir cada equipo, un gringo a quien apodábamos el bolero, nos registraba para asegurarse de que

no llevábamos robada cantidad alguna de plata. El apodo provenía de que este hombre entre sus muchos métodos de control, tanteaba los testículos de los trabajadores que salían para convencerse de que no llevaban plata robada debajo de ellos, como solían hacer algunos mineros, que se amarraban un cinturón especial... Un día que yo salía, me encontraron una piedra en el bolso donde acostumbraba a llevar rni comida, y

43

hubo un pequeño escándalo. Pero luego las cosas se aclararon, cuando un barretero explicó lo que había pasado: me había metido la piedra en el bolso para hacerme una broma, pensando que yo la iba a descubrir antes de salir. Prain movió la cabeza y dijo que estaba bien, que comprendía las pequeñas bromas de sus trabajadores. Pero, ni lerdo ni perezoso, hizo examinar la piedra. La molieron y afortunadamente no encontraron en ella ni un miligramo de plata...

La vida en Huantajaya era para mí más bien monótona, interrumpida sólo por breves viajes a Iquique. Esto ocurría cuando el administrador de la mina me pedía que le bajara al puerto los caballos que montaba para jugar al polo. Tal vez fue esa monotonía, ese transcurrir de los días sin alternativas de ninguna especie, lo que me acercó a los demás trabajadores, inclinándome a las actividades societarias: entré a formar parte del equipo de fútbol, aunque nunca logré desta-carme como goleador; me hice miembro de la cooperativa de consumo y también presenté mi solicitud de admisión a la Filarmónica, cuyas reuniones y bailes terminaban tradicionalmente con una cazuela o un ponche. Ingresé, asimismo, a la Sociedad Minera Internacional de Huantajaya, una entidad mutualista que funcionaba por aquellos días de comienzos del siglo.

* * *

A fines de 1904 bajé a instalarme en Iquique, donde se había radicado mi abuela —que era una especie de matriarca— con sus hijos: mi tío Alfredo trabajaba como profesor primario, aprovechando los conocimientos que había adquirido en el Seminario de La Serena, mientras mi tío Juan se las batía como carpintero mueblista. Pero no descansé mucho en Iquique, porque cuando recién comenzaba a familiarizarme con los muelles y las calles, mi abuela Juana Urrutia me tomó del brazo y me llevó al Ferrocarril Salitrero a ver si me daban trabajo.

44

Me aceptaron y me destinaron a la maestranza, sección tornos, donde se reparaban carros y locomotoras, un enorme establecimiento de mecánica donde trabajaban más de dos mil "tiznados". Allí, por ejemplo, se reparaban los desperfectos sufridos por las locomotoras de dos trompas, que funcionaban quemando carbón en bloques, que se traía de Cardiff (Inglaterra), pues el de Lota no tenía bastantes calorías; el maquinista trabajaba en un lado de ella y el fogonero en el otro, separados por la caldera. Empecé en la tornería trabajando con el cepillo de bronce pequeño, en los descansos de bronce donde las bielas se juntan con la rueda. Mi labor duraba de seis a once de la mañana y de doce y media a cinco y media de la tarde, es decir diez horas diarias. Ganaba setenta y dos centavos oro al día, salario que fluctuaba de acuerdo con la libra esterlina. Nos pagaban los sábados basándose en el cambio registrado el día jueves de cada semana.

Me asustó la responsabilidad del trabajo, pues llevaba apenas una semana de aprendizaje en la tornería, cuando me dejaron solo. Por fortuna trabajaba allí un muchacho con experiencia, que conocía muy bien la faena y que tenía un gran espíritu de solidaridad. El me ayudó, me orientó, me alentó, me dio confianza en mí mismo y esta actitud fraternal me unió tanto a él que llegó a ser uno de mis mejores amigos, uno de los mejores que he tenido a lo largo de toda mi vida. Después de la ayuda de Jerónimo —se llamaba Jerónimo Zambrano Carvajal— las tareas del cepillo pequeño dejaron de parecerme una cosa del otro mundo y a los seis meses no me pareció extraordinario que me trasladaran a trabajar en el cepillo grande.

Mi amistad con Jerónimo crecía a medida que transcurrían los días. Como no teníamos tiempo para ir a almorzar a mediodía en nuestras respectivas casas, solíamos comer en los restaurantes de los chinos —había muchos en Iquique— donde valía diez centavos el plato. Los platos muy buenos costaban quince centavos, pero era un lujo que nosotros nos dábamos muy de vez

45

en cuando. Un día sábado invité a Jerónimo a Huantajaya, a que pasáramos el domingo en casa de mi madre y noté que la seriedad de Jerónimo le caía bien a mi madre y que ella estaba contenta de mi amistad con él. Ibamos juntos a los partidos de fútbol y fue en uno de ellos, cuando el club del Ferrocarril de Huantajaya bajó a jugar a Iquique, cuando me tocó pronunciar el primer discurso de mi vida. Había que agradecer las atenciones que se habían dispensado al equipo visitante, y los compañeros echaron sobre mis hombros esta tarea. Al comienzo me pareció que nunca iba a ser capaz de "echar un discurso". Pero ya lanzado en la cosa, no tartamudee y salí más o menos airoso de la comisión.

Un tiempo después, el torno chico de la maestranza, que manejaba Jerónimo, pasó a mis manos, pero jamás pude aprender bien la operación de cortar los hilos, por la sencilla razón de que no sabía matemáticas. Jerónimo sabía muchas cosas que yo ingenuamente ignoraba y que poco a poco fueron penetrando en mi con paciencia a través de las conversaciones con él. Supe, por ejemplo, muchas cuestiones relacionadas con la Mancomunal y el Partido Demócrata y con sus objetivos. Supe también —y esto lo cito sólo como ejemplo— que los equipos de fútbol eran en el fondo prolongaciones de los partidos y las tendencias políticas. Así, en el "América" predominaban los balmacedistas, mientras el "Tarapacá" era radical. Jerónimo pertenecía al "América", que dirigía la familia González: Alberto, Roberto, Gustavo y Ricardo —un tornero cojo y muy serio. Gustavo jugaba de *forward* y Ricardo de *back*, pero ambos jugaban mucho más al balmacedismo. Durante dos años seguidos, el "América" había ganado la copa, que se llevaría si ganaba tres años, disputándosela al elegante equipo de los gringos, . "Iquique Sport".

Fue por esa época cuando sentí los primeros cominillos políticos, a raíz de mis conversaciones con Jerónimo. Antes, en La Serena, siendo un niño, había

46

concurrido a un teatro donde se proclamaba al candidato balmacedista Enrique del Campo, hermano de la famosa doña Sara del Campo; desde el anfiteatro había escuchado atentamente los discursos que se pronunciaron. Una semana después, cuando quise entrar a la proclamación del candidato conservador, quizás por mi excesiva juventud, quizás por la pésima calidad de mis ropas, me lo impidieron. Yo quería penetrar por el elemento sorpresa que un teatro puede brindar a un niño, recordando que unas semanas antes me había colado a la misma sala y había tenido oportunidad de ver una película "sólo para hombres". Era una cinta de carácter científico, en la cual el doctor Doyer, un médico bizco, cortaba la pierna a su paciente ante la mirada atónita de los espectadores. Esa vez, algunos lanzaron gritos y yo estuve a punto de desmayarme de la impresión...

En Iquique, se habían abierto las inscripciones electorales y los encargados de hacerlas eran los tres alcaldes, todos balmacedistas. El cacique político era un abogado tartamudo, don Arturo del Río, que, aun cuando yo no tenía los diecinueve años exigidos por la ley, me inscribió pensando que conmigo el balmacedismo ganaría un voto.

Las elecciones se realizaron en 1906 y en ellas voté por primera vez. El cohecho y la intervención electoral eran descaradísimos. Don Arturo del Río, que pagaba diez pesos por el voto, contrató todos los coches de Iquique el día de la elección, para que sus adversarios no tuvieran en qué movilizarse. El matonaje y la burocracia trabajaban a la vista del público. Los balmacedistas ofrecían puestos y trabajaban febrilmente por sus candidatos, apoyados por el diario "La Patria", haciendo votar no sólo a los ciudadanos con derechos cívicos sino a los menores de edad y aun a los muertos. Yo fui uno de los que votó —por los candidatos balmacedistas— sin tener derecho legal.

Pero estas decepcionantes prácticas electorales no eran sólo patrimonio de los balmacedistas. Todos ha-

47

cían lo mismo, con tal de ganar las elecciones: radicales, liberales, conservadores. Los votos subían o bajaban de precio de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, el día de la elección. Se presionaba, se cohechaba, se recurría a todo para hacer triunfar una candidatura.

Los viciados registros electorales en los cuales yo fui inscrito sin la edad necesaria, se mantuvieron vigentes hasta 1915. Y los clubes deportivos seguían jugando cada domingo en honor de los diferentes partidos políticos, reforzándose los equipos con jugadores de la pampa y otros lugares, como por ejemplo, el famoso goleador Diego Pérez, que fue llevado desde Coquimbo a Iquique, la afiebrada capital del salitre.

* * *

En los primeros meses de 1906, abandoné la maestranza del Ferrocarril Salitrero y me fui a Collahuasi, a trabajar otra vez en las minas, con el marido de mi hermana, Oscar Meléndez Alcayaga. Ese año me correspondía hacer el servicio militar, pero yo no podía darme el lujo de pasar un año inactivo y "me lo saqué" con la ayuda de mi madre.

Empecé a recorrer las minas, a conocerlas y a trabajar en una multitud de ellas. Pasé por el mineral del Pato, mina "Santa Jovita" y por la "Poderosa", francesa, y la "Grande", inglesa, ambas situadas en el mismo cerro. Desde allí salían las carretas cargadas de metales, tiradas por mulas, hacia Paipote, en la línea del ferrocarril a Antofagasta, donde el cargamento era trasladado al tren. Las carretas que desfilaban por un camino muy empinado y peligroso sobre los cerros, sólo bajaban mineral de mucha ley; lo demás lo dejaban ahí. Las minas de Collahuasi tenían una vida muy irregular: algunas daban mineral, otras, como las "Julias", donde trabajé, no producían ni un gramo. En septiembre de 1906, tuve un disgusto con mi cuñado y contra su voluntad, bajé a Iquique a ver a mi madre.

48

Usaba yo una juvenil, pero no por eso menos poblada barba, que me había dejado crecer "para que me viera mi madre". Cuando me encontré con Jerónimo surgió la idea de tomarnos una fotografía juntos. Esto me vino de perlas, porque además de inmortalizar mi barba, quería yo lucir un flamante sombrero Tarapacá que me había comprado en la tienda "El Sol". Pensé que íbamos a pasar un buen "Dieciocho" en Iquique, pero la celebración de las fiestas patrias se habían suprimido como duelo nacional por el terremoto del 16 de agosto de 1906, que había destruido Valparaíso y causado graves daños en otros puntos del país. El caso es que nosotros, por la carencia de noticias, no teníamos idea de que tal suceso había ocurrido. En el norte no se había sentido temblor alguno.

Mi madre no estaba descontenta de mí. A pesar de mi inestabilidad, de mis vagabundeos trabajando aquí y allá —muy propios por otra parte de la gente de la pampa— yo era un hijo atento, que no la olvidaba. Me había hecho hombre, estaba curtido por el trabajo en las minas y en las salitreras. Expulsado de la pulpería, había tenido que entrar a "carretillar" y a barrenar, trabajo muy duro, en el cual todo el cuerpo se resiente. Había pasado hambres, fatigas, fríos y calores y sabía, por experiencia personal, lo que es la vida del barretero minero.

En febrero de 1907, volví a encontrarme con Jerónimo en Iquique. Mi madre había sido trasladada a la escuela del Alto de San Antonio y decidí ir

a verla y aprovechar para buscar trabajo en una oficina cercana y poder estar con ella. Jerónimo

no quería abandonar su trabajo en la maestranza del Ferrocarril Salitrero, pero terminé por convencerlo y hasta le pagué el pasaje;

Cuando llegamos a San Antonio nos encontramos con un hervidero humano. Había actividad, comercio, trabajo y diversiones. Inmediatamente nos enrolamos

en la oficina "Argentina", cerca del Alto, Jerónimo como tornero y yo como oficial de fragua. Pero no iba-

49

mos a durar mucho allí. La inquietud de la gente de la pampa es grande y poco después nos trasladamos a la oficina "Ramírez", donde se hallaba un hermano de Jerónimo y pude conseguir un puesto en la maestranza.

El año 1907 nos encontró, a Jerónimo y a mí trabajando en la oficina "Ramírez", Jerónimo como tornero y yo de ayudante de mecánico. Administraba la oficina un inglés seco y ceremonioso llamado Thomas Low y apodado, por el subido color de su rostro, "Cara de Jaiva". En las noches, aunque se encontrara completamente solo, se vestía de *smoking* para tomar su cóctel y comer. Low era además inspector de las oficinas de la casa Locked Brothers. Pero no se crea que todas las oficinas eran de capitalistas ingleses. En el cantón Alto de San Antonio, por ejemplo, la oficina "Cataluña" era de españoles, la "Esmeralda" de peruanos y la "Gloria" y la "Palmira" de yugoslavos.

En septiembre me trasladé al cantón Altos de San Antonio, uno de los más prósperos de toda la pampa salitrera. Funcionaban en aquel tiempo en el cantón, de Norte a Sur y Este, las oficinas "San Pedro", "Hanssa", "Palmira", "Argentina", "San Pablo", "Cataluña", que después cambió su nombre por el de "Coruña", "Santa Clara", "La Perla", "Santa Ana", "Esmeralda", "San Agustín" (después "Resurrección"), "Iquique", "San Lorenzo", "Santa Lucía" y "La Gloria".

En la oficina "San Lorenzo", entré a trabajar con Ernesto Araya, mecánico de la máquina, cuya madre era amiga de la mía. Me pagaban tres pesos sesenta al día, lo que me alcanzaba para el alojamiento y las comidas, que por lo general hacía en la cantina. Aparte del trabajo normal, frecuentemente ganaba algunos pesos extras por trabajos especiales. Por las noches solía despertarme el grito de "¡Alza arriba oficial!" Era que se había descompuesto alguna pieza en la máqui-

50

na elaboradora y maestro y ayudante tenían que levantarse para repararla.

En la oficina había dos campamentos: el superior y el inferior. El maestro Araya y yo vivíamos en el de arriba, que era más pequeño. Las comidas las hacíamos en la cantina que tenían las señoritas Oyanedel, apodadas "Las Coquimbo". Aparte del padre y de la madre la familia Oyanedel se componía de tres señoritas y tres jóvenes. Ellas eran el alma y los pilares fundamentales de las fiestas de los domingos y de los bailes que organizaba la Filarmónica.

Un día, un compañero de trabajo me invitó a una reunión de la Filarmónica. Me puse mi mejor traje, cuello duro y corbata, y concurrí. En la sesión sucedió que renunció el presidente, un particular llamado Francisco Cáceres, y se les ocurrió elegirme a mí para reemplazarlo. La Filarmónica era un centro social para estimular entre los pampinos el deporte, el baile y las representaciones teatrales. Tres noches a la semana, los martes, jueves y sábados, había "academia para caballeros", sesiones en que los obreros aprendían a bailar a los compases de la música que tocaba Ismenia Vargas. Se bailaba la cuadrilla, el vals, la mazurca, la polka, el pas de *quatre* y el pas de *pattiner*. El shotis apareció más tarde. Todo se desarrollaba en un ambiente tranquilo, ordenado y respetuoso y jamás se vieron peleas, borracheras o cosas parecidas. La Filarmónica funcionaba sobre la base de comisiones: comisión de invitaciones, de recepción, de orden, etc. En otras oficinas las filarmónicas se regían por reglamentos distintos. En "Agua Santa", por ejemplo, los empleados tenían la obligación de ponerse *smoking* para ir a la Filarmónica y las niñas usaban el clásico carnet donde anotaban las peticiones de bailes.

También me incorporé al cuadro artístico que funcionaba en la oficina San Lorenzo. Por esos días estaba preparando el estreno de la obra cómica nacional "Don Lucas Gómez", de Mateo Martínez Quevedo. Se ensayaba en la casa de la familia Bazán, porque la ni-

51

ña de la casa, Zoila, desempeñaba uno de los papeles principales. Zoila era una morena atractiva, muy viva, con unos ojos negros que desde el principio me gustaron mucho. Se expresaba con facilidad, recitaba, tocaba el piano, la guitarra, el acordeón y el arpa. Yo hacía el papel de don Lucas en la obra, por lo cual teníamos que estar casi siempre juntos, en ensayos y reuniones. Primero nos hicimos amigos y luego esta amistad se transformó en romance amoroso, el primero de mi vida, y que me costó muchos desvelos. El 8 de diciembre se representó "Don Lucas" en el local de la Filarmónica y el éxito fue tan grande que se pidió repetición. El cuadro artístico acordó reponer la obra la noche de pascua. Los acontecimientos que siguieron, y que voy a relatar, impidieron que se repitiera la función.

La noche del 10 de diciembre sonó por tres veces el pito que despertaba al mecánico y a su ayudante. Ernesto Araya se levantó y acudió al llamado. Yo seguí durmiendo y a la mañana siguiente me despertaron con la noticia que había estallado la huelga. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién había declarado la huelga? Todo se había hecho tan silenciosamente que para muchos, y entre ellos yo, la noticia constituyó una completa sorpresa.

¿A qué obedecía esta huelga? Mientras trabajé en la maestranza del Ferrocarril Salitrero, yo había visto que mi salario subía y bajaba, de acuerdo con las fluctuaciones del cambio, pues en realidad nos pagaban en moneda inglesa, libra esterlina. Pero el régimen de pagos en la pampa era muy distinto. Aquí se trabajaba a trato, por pieza o por salario fijo. El cambio había bajado de 18 a 7 peniques y, en consecuencia, muchos artículos, y principalmente la ropa y los alimentos, subieron de precio, en algunos casos casi al doble. Había miseria y hambre en la pampa, sobre todo en las familias numerosas, pues entonces ni siquiera se soñaba con algo parecido a la asignación familiar, leyes sociales o de accidentes del trabajo. El movimiento

52

reivindicativo había sido subterráneo porque no había entonces organizaciones sindicales que pudieran asumir la representación de los trabajadores. En la oficina "San Lorenzo", lo dirigían los hermanos Ruiz, los que mayor inquietud revolucionaria sentían. Antes en Tocopilla, habían escuchado los discursos de Luis Emilio Recabarren y luchaban, aunque aun de un modo muy primario, por los derechos de los trabajadores.

El día 11 de diciembre, los hermanos Ruiz y otros trabajadores fueron a plantearle la petición de aumento de sueldo al administrador de la oficina, un inglés llamado Francisco Turner. Este les contestó con su cerrado acento que nada podía hacer sin consultar a la gerencia, que tenía su sede en Iquique. Durante todo el día una ola de rumores invadió los campamentos. Se dijo que la huelga había terminado y que al día siguiente la gente saldría al trabajo. Pero en la noche se reunió un grupo de unos treinta y se acordó seguir adelante el movimiento.

A la mañana siguiente, Turner les comunicó que se negaba todo aumento. Los improvisados líderes de la huelga, reunidos en casa de los Bazán, que yo frecuentaba debido a mi amistad con Zoila, acordaron seguir el movimiento. Veinticuatro horas más tarde un grupo de unos treinta trabajadores portando banderas chilenas y carteles, salió en romería hacia la oficina más cercana, "Santa Lucía", a unos ocho kilómetros de distancia, que estaba trabajando, y consiguieron que las faenas pararan. La columna se fue engrosando con los pampinos que se agregaban a ella y la peregrinación continuó de oficina en oficina, hasta llegar a la "Perla". Por la noche regresaron trescientos en vez de los treinta que habían salido.

En la oficina "Santa Ana" trabajaba José Brigg, un obrero de ideas anarquistas, que se plegó de inmediato a la huelga, transformándose rápidamente en uno de sus dirigentes. Las columnas de trabajadores debían

53

pasar la noche en plena pampa, a la orilla de improvisadas fogatas, para combatir el frío. El tercer día de huelga se corrió la voz de que el intendente de la provincia subiría al Alto de San Antonio a discutir con los obreros y éstos empezaron a trasladarse allá en grandes grupos. Era una noticia falsa, desde luego, porque el intendente, Tomás Eastman, se hallaba en Santiago y lo reemplazaba en el cargo el secretario, Julio Guzmán García, quien nunca pensó en subir a entrevistarse con los huelguistas.

Aferrado a Zoila Bazán, yo no sentía en mi interior el deseo ni la necesidad de acompañar a los trabajadores en todos los ajeteos propios de una huelga. No es que quiera justificarme por mi falta de sensibilidad social, pero muchas veces me he preguntado qué me pasaba, por qué no sentía yo ninguna inquietud en medio de aquella fiebre que me rodeaba. Tal vez Zoila ocupaba demasiado de mí mismo o mi conciencia social aún no despertaba. El caso es que ni siquiera me propuse viajar al Alto de San Antonio con mis compañeros de trabajo. Pero por la mañana, al ir a desayunar a casa de las niñas Oyanedel, con Ernesto Araya, una de ellas se encaró a nosotros, frunció las cejas y nos dijo con tono violento:

—¿No piensan ir al campamento de abajo ... ? Si a las doce del día no les han sacado los pantalones, nosotras nos encargaremos de hacerlo.

Sentí un poco de vergüenza y me puse a pensar que si todo el mundo bajaba a pedir justicia, justicia para ellos y para mí; si hasta las mujeres se embarcaban, llevando víveres para sus compañeros, yo no podía menos que hacerlo. Así, pues, conseguí que me dieran treinta pesos en fichas y acompañado de Ernesto emprendí a pie el camino hacia el Alto de San Antonio.

El pueblo bullía de animación, repleto de trabajadores de diversas oficinas. Improvisados oradores hablaban desde el quiosco de la música o de pie sobre los carros planos en la estación del ferrocarril. Yo escuchaba los discursos: todo el cantón — decían aquellos

54

líderes surgidos al calor mismo de la lucha— estaba en huelga; no se podía seguir viviendo con los miserables salarios que ganaban; había opresión, represión y ex-

plotación; una marraqueta grande valía un peso, es decir la cuarta parte de lo que ganaba en un día un trabajador.

Por la tarde compré un poco de comida y vino e invité a unos diez compañeros a comer y a dormir en el local de la escuela, donde vivía mi madre. Pasamos la noche tendidos sobre los bancos escolares, mientras cientos de trabajadores dormían a la intemperie, en la estación o en los carros del ferrocarril.

La consigna de bajar a Iquique en vista de que el intendente no se dignaba subir al Alto de San Antonio, empezó a correr como un reguero de pólvora entre los diversos grupos de pampinos. Si la montaña no viene hasta nosotros, nosotros iremos hasta la montaña.

Antes que aclarara, mis amigos abandonaron la escuela. Yo había decidido bajar también a Iquique pero no a pie, sino en el tren. Mi madre no me impidió ir, pero se opuso sí, a que mi hermano menor bajara. Yo sospechaba que Luis de todos modos seguiría a los huelguistas hasta el puerto. Pensé que iba a encontrarlo en Iquique, en casa de los tíos, que vivían en la calle Unión.

A las once de la mañana de ese sábado, el cuarto día de huelga, tomé en San Antonio el tren que iba de Lagunas a Iquique. Entre los pasajeros reinaba expectación y todo el mundo comentaba las alternativas de la huelga. Se decía que paralelamente a la columna del cantón Alto de San Antonio, bajaba hacia Iquique la del cantón de Pozo Almonte. La pampa era cruzada por miles de trabajadores que iban a pedir justicia, dejando abandonadas, apagadas y en silencio las oficinas del salitre.

Cuando llegamos a la estación de Carpas, vi grandes grupos de trabajadores sentados en los andenes, muertos de cansancio, con los zapatos destrozados por la larga caminata. Muchas mujeres y muchos niños forma-

55

ban en la columna, pues los pampinos ni aun en esas difíciles circunstancias querían abandonar a los suyos.

—¡Que se bajen todos los hombres del tren y sigan a pie...!

¡ Que las mujeres ocupen el tren!, gritaban los huelguistas.

Pero el tren no esperó que esta consigna se cumpliera y reanudó su marcha hacia Iquique, donde llegó a las cinco de la tarde.

El quinto día de huelga, que era domingo, aparecieron por la mañana sobre los cerros los primeros grupos de obreros. En Iquique reinaba gran expectación. Los trabajadores marítimos y de otros gremios comentaban con calor el heroísmo que significaba el que los pampinos realizaran esa larga y sacrificada marcha llevados por sus ansias de justicia. Las autoridades, en cambio, eran presa de la más tremenda alarma. Se hizo venir a la ciudad los regimientos Húsares y Esmeralda, pues coincidía la huelga de los pampinos con la de los trabajadores portuarios, agobiados también por los problemas económicos. El gran temor de las autoridades era que pampinos e iquiqueños tomaran contacto e iniciaran una ofensiva en conjunto. Para impedir que esto ocurriera, a medida que los grupos de trabajadores del salitre iban llegando a la ciudad, eran empujados hacia recintos cerrados en los suburbios de Iquique. Allí se

hallaban el hipódromo o Sporting Club, el velódromo y las canchas de fútbol. El ejército los fue cercando y empujando hacia el Sporting Club, donde quedaron concentrados.

Yo me había alojado en casa de mis tíos. En la mañana salí con uno de ellos hacia el Sporting Club, para tomar contacto con mis compañeros. No me dejaron entrar, pero a través de las rejas hablé con muchos conocidos.

En la tarde, Iquique estaba lleno de soldados, marineros y policías. Resonaban bandas militares y las calles se veían atestadas de gente. Los obreros estaban ya convencidos de que las cosas se habían arreglado y decidieron regresar a la pampa. La columna partió,

56

cercada a ambos lados por soldados montados y de infantería, abandonó el Sporting Club y enfiló por la Avenida Balmaceda. Siguió la calle Vilar, dobló por Riquelme, ahí se hallaba el cuartel del regimiento Carampangue, y por Amunátegui continuó hacia el norte, hasta llegar a una explanada donde pasaba la línea del ferrocarril y, allí, se suponía que los pampinos embarcarían para volver a sus respectivas oficinas. Yo mezclado con muchas gentes de Iquique, seguía la columna marchando por la vereda. De pronto vi un coche que se detenía junto a mí. Era un vehículo del ejército y en su interior iban el abogado Antonio Viera Gallo, a quien conocía de vista desde La Serena, y el coronel Ledezma, jefe de las fuerzas militares.

—Sí, coronel —decía Viera Gallo—. Hay que impedir de cualquier manera que la gente de la pampa se junte con la de Iquique.

Era este Viera Gallo un abogado de origen humilde, hijo de un ebanista serenense. Pero él se había encumbrado socialmente y en este conflicto llevaba la voz cantante por parte de las compañías salitreras, en las conversaciones de arreglo que se celebraban entre éstas, las autoridades y los trabajadores. Representando a los obreros participaba en las pláticas José Brigg, que había asumido la dirección de la huelga.

Era impresionante la concentración que esperaba el paso del tren. Los huelguistas de Iquique habían subido al cerro de La Cruz, que dominaba la explanada y desde allí agitaban sus banderas y gritaban:

—¡No se vayan, compañeeeeros ...! ¡Que se queden los pampinos... !

Se sintieron los silbidos del tren y una locomotora arrastrando varios carros planos hizo alto. Algunos obreros, no muchos, treparon a los carros, pero otros subieron y violentamente los hicieron bajar.

—¡No somos animales, compañeros...! ¡No queremos viajar como sacos! ¡Que pongan coches!

Entretanto, desde el cerro de La Cruz las banderas

57

seguían flameando al viento y la súplica de los portuarios de Iquique resonando: —¡No se vayan, compañeros, no se vayan...!

El grueso de la columna de pampinos había llegado a la explanada y ocurrió que los militares que custodiaban a los trabajadores quedaron completamente a merced de éstos,

rodeados y embotellados. Pero nadie levantó una mano contra los soldados ni hizo el menor ademán de agredirlos. A los gritos de "¡A la Plaza de Armas!" sucedió la consigna que en pocos minutos se generalizó: "¡A la Intendencia!"

Era domingo y la Intendencia a esa hora normalmente debería estar cerrada. Pero el secretario Guzmán García vivía al frente, a pocos pasos de ella, y fue llamado. Unas diez mil personas esperaban, entre gritos, vivas y canciones, mientras Brigg y los otros líderes pampinos hablaban con los representantes de la autoridad civil. Cuando Brigg se asomó a uno de los balcones de la Intendencia, de inmediato se produjo un silencio impresionante.

—¡Compañeros! —gritó Brigg—. Compañeros, el señor intendente nos ofrece por alojamiento a los hombres el convento de San Francisco y a las mujeres la Casa Correccional...

—¡No ... ! gritó la muchedumbre. No queremos nada con "cacheros". (Aludían a un reciente y muy sonado escándalo de homosexuales entre gentes de iglesia).

¡Se vio a Brigg entrar otra vez a la sala del intendente. A los pocos minutos volvió a salir para consultar a la asamblea que llenaba la calle. Esta vez usó un tono más irónico.

—El señor intendente nos ofrece ahora el Regimiento Carampangue y el de Húsares.

—¡No, no!, gritaron otra vez los pampinos. ¡Con los milicos, no!

Una natural desconfianza los llevaba a rechazar un hospedaje que olía a prisión.

Hubo aún un nuevo mutis del dirigente y una nueva

58

reaparición en el balcón de la Intendencia. Esta vez su tono había cambiado.

-Compañeros, ahora se nos ofrece como alojamiento la Escuela Santa María!

—¡Bravo, bravo!, gritó la gente.

Y de inmediato y dentro del mayor orden, la columna de trabajadores enfiló hacia el establecimiento educacional, cuyos alumnos al parecer se hallaban en vacaciones. El ejército mandó algunas cocinas de campaña y las mujeres de los huelguistas comenzaron a guisar pescado y porotos.

Estaba oscuro. ¡Mi tío y yo, que habíamos seguido la columna en todas sus evoluciones desde que abandonara el Sporting Club, nos fuimos a la casa a comer y luego regresamos a la Escuela Santa María. En las salas de clases dormían los pampinos. En la azotea del edificio, la directiva trabajaba sin cesar, barajando fórmulas de arreglo al conflicto. Lo que se había dicho en la tarde no era más que una expresión de los anhelos de todos. En realidad, al terminar el quinto día de huelga, el domingo, no se divisaba solución alguna.

La visión nocturna de la Escuela ocupada por los pampinos era un espectáculo impresionante. Sobre los bancos escolares, los obreros dormían confiados, fatigados después de la larga y esforzada marcha. Un circo, el Circo Sobarán, que funcionaba en la plaza, frente a la Escuela Santa María, había suspendido la función por solidaridad, y bajo la carpa, acostados en las sillas de la platea o en el aserrín de la pista, roncaban sonoramente los hombres de la pampa.

Juan Sobarán, el dueño del circo, era iquiqueño y ex luchador. Era su circo el escenario de los matchs de boxeo que, para una concurrencia de pampinos duros y fuertes,

constituían el espectáculo favorito. Pero tenían que ser combates violentos y no peleas de boxeadores livianos o simples "tongos". Así en el Circo Sobarán se habían disputado peleas "a finish", es decir hasta que uno de los adversarios quedara en el

59

suelo o se rindiera, como por ejemplo la que sostuvieron el inglés James Perry y el norteamericano William Daly, que duró desde las nueve de la noche hasta pasada la una de la madrugada.

Algunos locales vacíos de la calle Barros Arana, cerca de la Escuela Santa María, como el galpón de la peruana Isabel Ugarte, habían sido cedidos también esa noche y los días siguientes a los pampinos.

El lunes, sexto día de la huelga, los trabajadores del salitre seguían bajando de la pampa y llenando las calles de Iquique. Llegaban en grandes grupos, con sus mujeres y sus chiquillos, a pie o en trenes que ellos mismos manejaban. El Ferrocarril, solidarizando con las empresas, había suspendido su servicio, pero no faltaban trabajadores que supieran manejar locomotoras y movieran los convoyes cargados de pampinos. Un muerto, la primera víctima de la represión, había llegado en uno de esos trenes: había caído bajo los disparos de los militares en la estación Buenaventura.

Y todos los días siguientes continuó esta avalancha humana, hasta el jueves, en que treinta y cinco mil pampinos repletaban la ciudad de Iquique. Para ese día se había anunciado la llegada del intendente de la provincia, Tomás Eastman, quien traía desde Santiago, se decía, instrucciones precisas para arreglar la huelga. No iba a pasar mucho tiempo sin que los obreros supieran cuáles eran esas instrucciones.

Mientras tanto las conversaciones proseguían en la Intendencia entre el secretario Guzmán García, el representante de las compañías, abogado Viera Gallo (que años más tarde vendió la mitad de su clientela al ex anarquista Valentín Brandau) y los trabajadores.

Estos habían constituido una directiva en la que se contaban Brigg, el pintor Luis Olea, anarquista, Morales, el gasfiter Enrique Salas y delegados designados por cada oficina y por las diversas modalidades de trabajo: máquinas, maestranzas, particulares, etc.

A las dos de la tarde del jueves, noveno día de huelga, junto a los acorazados "Zenteno", "Pinto" y "Cha-

60

cabuco", vimos anclar otro barco de guerra: era el que traía al intendente. Llenaban el muelle los pampinos, que aguardaban llenos de esperanza, vigilados por un fuerte contingente militar, pues las autoridades, alarmadas por la importancia que en la ciudad iban tomando los trabajadores, habían trasladado a Iquique al regimiento de guarnición en Arica y al "O'Higgins" de Atacama.

Los pampinos realizaban todos los días desfiles por las calles y grandes asambleas en las que los oradores no se cansaban de recomendar que se guardara la calma y el orden, que nadie bebiera y que, si desobedeciendo estas órdenes, algún pampino indisciplinado

se emborrachaba, fuera llevado de inmediato a la comisaría por sus propios compañeros. Se quería evitar así cualquier pretexto para que la fuerza pública atacara a los obreros y eso se consiguió plenamente. No hubo, durante los días que los pampinos permanecieron en Iquique, ni un solo desorden, ni el más mínimo atentado contra la propiedad privada, nada que pudiera dar margen a la intervención siquiera de un policía. El comercio funcionaba normalmente, en las cocinas prestadas por el ejército los pampinos preparaban sus propios alimentos, los diarios salían cada día informando sobre la llegada de más y más pampinos. En las asambleas, los oradores casi con lágrimas en los ojos, condenaban la violencia y llamaban a respetar el orden y la autoridad.

A las dos de la tarde de ese día jueves, pues, llegó Eastman, que era un viejo delgado, enjuto, vestido de negro. Apenas desembarcó fue cogido en andas por los entusiasmados pampinos y llevado en esta forma hasta la Intendencia. Si alguna vez este señor soñó con la popularidad, ese día tuvo su cuarto de hora. A los requerimientos de las masas, se asomó a uno de los balcones y pronunció una frase, una sola, que por ser de esperanza, llenó de júbilo el corazón de los trabajadores. —No pensaba volver — dijo—, pero me habéis hecho

61

desistir de ello. Traigo la palabra oficial del gobierno para arreglar el conflicto. No agregó ni una sola sílaba más, pero como era este arreglo el que todos queríamos, los más exagerados ¡vivas! y ¡bravos! saludaron su breve intervención.

Pero, según se empezó a comprender más tarde, esta palabra oficial del gobierno se parecía mucho a la de las empresas salitreras, que se expresaban por boca del abogado Viera Gallo. Yo había participado en la mayor parte de los mítines y, aunque seguía viviendo en casa de mi tío, pasaba casi el día entero con mis compañeros de trabajo. El día viernes empecé a pensar que las cosas iban mal y esta idea se me confirmó después de escuchar un discurso de José Brigg, el primero que este dirigente pronunciaba después de varios días de permanecer afónico. Brigg habló de la dureza y de la mala disposición de los patrones, que se negaban a proseguir las conversaciones mientras los trabajadores no regresaran a la pampa, como si los chilenos no tuvieran derecho a circular libremente por el territorio nacional.

V

El sábado 21 de diciembre, los pampinos, ávidos de noticias, se precipitaban a recoger los volantes que imprimía la Mancomunal y se arrebataban los diarios de Iquique buscando en ellos la ansiada nueva del arreglo. En la mañana salía "El Pueblo", una hoja demócrata que dirigía Osvaldo López (El Mocho), y el diario radical "El Tarapacá", fundado por don Enrique Mac Iver. Ambos publicaban una noticia tan dura como inesperada: se había decretado el estado de sitio.

Las calles se llenaron de soldados y marineros y se prohibió la circulación de todo grupo de más de dos personas. Los huelguistas eran corridos de cualquier sitio en que se encontraran y fueron replegándose hacia las playas. Yo iba de un sitio a otro, presa de gran nerviosidad. Cerca de la una llegué a la Escuela Santa

62

María y vi como los soldados se llevaban sus cocinas. ¿Cómo se las irían a arreglar mis compañeros para comer? Pensé que quizás se trataba de alejar a los pampinos y recluirllos nuevamente en el Sporting Club, como desde el comienzo lo deseaban las autoridades.

Al volver, por la tarde, vi que estaban emplazando ametralladoras frente a la Escuela. Los policías empujaban a la gente diciéndoles que el intendente iba a dar respuesta a sus peticiones. Pero en realidad, la orden que las tropas del ejército, la marina y la policía habían recibido era la de evacuar por cualquier medio, la Escuela Santa María, disposición que los trabajadores se negaron a acatar.

A las dos y media de la tarde una alarmante visita llegó a la Escuela. Eran los cónsules de Perú, Bolivia y Argentina. Pidieron hablar con los obreros de esas nacionalidades que se hallaban entre los huelguistas y los instaron a abandonar el local escolar, advirtiéndoles que si se negaban, los cónsules no responderían de ellos. La cosa era grave, pues los militares tenían órdenes de disparar y las balas no discriminarían entre chilenos y extranjeros.

Los pampinos esperaron con curiosidad la actitud que iban a tomar los trabajadores extranjeros. En el trabajo, hay que señalarlo, existía perfecta igualdad entre ellos y los chilenos. En esa época, en que se viajaba sin pasaporte y no había las barreras y las leyes discriminatorias que existen ahora, argentinos, bolivianos, peruanos eran para nosotros exactamente como compatriotas, con iguales derechos y deberes. ¿A qué pampino se le habría ocurrido disminuir a un argentino o a un peruano, por su nacionalidad! Si llamábamos "che" o "cuyanos" a los argentinos, "cholos" a los peruanos o "cuícos" a los bolivianos, era simplemente por caracterizarlos de algún modo, así como a los morenos se les dice "negro" o a los rubios "rucio".

La respuesta de los trabajadores extranjeros fue ins-

63
tantánea: argentinos, peruanos y bolivianos se negaron a desertar. Estos últimos respondieron a su cónsul: —Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos.

Hacia las 3.30 a cuatro de la tarde, terrible expectación reinaba en el interior de la Escuela Santa María. Tropas del ejército apuntaban sus fusiles contra los obreros y contra la azotea, donde se hallaba en reunión permanente la dirección del movimiento. En cuanto a las ametralladoras, en manos de marineros de los barcos surtos en la bahía, estaban dirigidas directamente contra las apretadas filas de pampinos.

A esa hora entró el coronel Roberto Silva Renard montado, como Napoleón, en un caballo blanco para esta desigual batalla. Un corneta que iba a su lado lanzó al aire algunas notas de su instrumento, las cuales provocaron uno de esos pavorosos silencios anunciadores de cosas terribles. Entonces se oyó la voz de Silva Renard ordenando a los pampinos que evacuaran de inmediato la Escuela y se trasladaran al Sporting Club. Pero no salió nadie y por el contrario, los trabajadores seguían llegando y engrosando las filas de los concentrados, por las calles adyacentes, que habían sido previa y cuidadosamente evacuadas por el ejército, de todos sus habitantes. Igualmente se había hecho evacuar el dispensario y la casa del doctor Silva Valderrama, situados en el propio edificio.

—¡No!... ¡No nos movemos! ...

—Nadie se va...

—¡No nos moveremos mientras la huelga no se solucione!

—Queremos arreglo ...

Frases de este tipo fueron la respuesta a la orden de Silva Renard. Entonces éste hizo tocar atención a su corneta y dio la orden del crimen. Fríamente dio la orden de fuego. El ruido de los disparos fue ensordecedor. Los fusiles disparaban contra la azotea, mien-

64

tras las ametralladoras tres veces lanzaron sus cargas contra el grueso de los pampinos, tres ráfagas bastaron para llenar la escuela de cadáveres. Tras un silencio provocado por el asombro y la muerte se elevaron los gritos de ías mujeres, los lamentos de los heridos, los llantos de los niños y las airadas voces de indignación de los sobrevivientes del crimen que se acababa de cometer.

Yo había salido de la casa de mi tío y caminaba hacia la plaza cuando tropecé con un hombre que llevaba el pantalón ensangrentado y corría gritando con voz trémula. En palabras entrecortadas me dijo lo que había ocurrido y entonces eché a correr desesperadamente hacia la Escuela Santa María. Pero no me fue posible llegar hasta allí: todas las bocacalles adyacentes estaban custodiadas por tropas de infantería y a caballo. Hasta mis oídos llegaron algunos gritos de indignación. Alguien que gritaba: —No soy más chileno... Me voy de aquí... Gobierno asesino ... Me voy de Chile para siempre...

Por las calles empezaron a pasar carretones de la basura que venían de la Escuela Santa María cargados de muertos y heridos. A los bomberos, bajo el mando de su jefe John Locked, un inglés que era gerente de la firma Locked Brothers, se les había asignado la macabra tarea de llenar las carretas con cadáveres. Los rumores corrían vertiginosamente por la ciudad y la cifra real de pampinos muertos era multiplicada por cinco o por diez en la imaginación de la gente. Se decía que el comandante Aguirre, de uno de los barcos de guerra anclados en la bahía, se había negado a permitir que sacaran de su nave hombres y ametralladoras para asesinar a los obreros.

El estado de sitio establecía las seis de la tarde como hora de queda; después de las seis, nadie que no tuviera un pase especial podía circular por las calles de

65

Iquique. Pocos minutos antes de esa hora, temblando de indignación llegué a casa de mis tíos. Allí me esperaba mi hermana Inés, quien me recibió llorando y entre lágrimas me contó que Luis había venido desde el Alto de San Antonio y que lo habían matado en la Escuela Santa María.

Yo estaba casi seguro de que mi hermano no había bajado a Iquique, pero la angustia de Inés me hizo vacilar, y al día siguiente salí de la casa para buscarlo. Corrí al hospital, pero éste se hallaba clausurado. Pude, sin embargo, entrar al Lazareto, en una de cuyas salas, los cadáveres, tirados uno encima de otro, formaban un montón de un metro y medio de altura. Miraba rápidamente esos rostros muertos, contorsionados, algunos

con los agujeros de las balas a la vista y a medida que proseguía la búsqueda, la angustia se iba apoderando de mí.

Llegué luego al cementerio número dos, donde vi dieciocho cadáveres de pampinos; sólo dos habían sido reconocidos por sus familiares; los otros dieciséis fueron echados a la fosa común y de inmediato los sepultureros los cubrieron de tierra. Corrí de nuevo al hospital, donde esperaba una gran cantidad de gente, que iba entrando por grupos. Una vez dentro, me fui hacia la Morgue, que constaba de dos salas: en una de ellas había un mesón con tres corridas de cadáveres. En la otra, los muertos formaban montón. Los de encima estaban desnudos y los angustiados familiares les cubrían con sus pañuelos los órganos sexuales. Mi hermano Luis tampoco estaba allí. Toda la noche desfilaron las carretas para poder trasladar y hacer desaparecer los dos mil muertos, víctimas de Silva Renard. Los médicos civiles, del ejército y de la marina trabajaron sin descanso curando heridas, haciendo operaciones de urgencia, arreglando mandíbulas desencajadas.

Por segunda vez entré a la Morgue, donde los cadáveres comenzaban a oler, debido quizás a la descomposición. El cuerpo de mi hermano no aparecía.

66

A medianoche, los soldados rodearon el Hospital, el Lazareto y la Morgue y en carros del ejér-

cito y carretones de la basura se llevaron a todos los muertos, a todas las víctimas del crimen

y los echaron a la fosa común, en un hacinamiento indescriptible. ¿Estaría entre ellos mi hermano Luis?

Entretanto, la evacuación de los sobrevivientes de la Escuela Santa María había comenzado. El general Silva Renard, montado en su caballo blanco, dirigía la gloriosa operación, después de ganar la heroica batalla en que sus soldados y marineros, armados hasta los dientes de fusiles y ametralladoras, habían derrotado a los obreros, el total de cuyas armas —según se comprobó más tarde— no pasaba de veinte cuchillos de trabajo y cuatro revólveres.

Los trabajadores, entre espesas columnas de soldados de caballería y a pie, fueron llevados al hipódromo, como quien lleva a un piño de animales, y, según se dijo con insistencia en Iquique, quinateados aquella misma noche. Buscaron febrilmente a los dirigentes de la huelga, para hacerlos desaparecer —¿quién puede dudarlos?— pero afortunadamente no los hallaron. Estos se habían confundido con la masa, para evitar ser detenidos. Brigg, esa misma noche se afeitó los bigotes con un vidrio y no fue encontrado, a pesar de que las autoridades lo conocían tan de cerca.

(Años más tarde, el anarquista Ramón Román hirió de una puñalada a Silva Renard para vengar a su hermano, caído en la matanza de la Escuela Santa María).

Al día siguiente, los pampinos fueron seleccionados por cantones y trasladados en carros planos hacia sus oficinas respectivas. El tren los esperaba en el alto del cerro, precisamente en el cruce del camino de autos, y debieron subir a pie, para abordarlo, unos cinco kilómetros por el camino de las carretas que van a Huantajaya.

Me impresionó el aspecto de mis compañeros. Formaban una romería silenciosa.
Se veían rostros
67

desencajados, puños apretados, cejas fruncidas de una cólera sorda. Muchos iban aterrorizados por la visión de la tarde anterior: las ametralladoras matando indiscriminadamente a hombres, mujeres o niños; los montones de cadáveres, la horrible falta de piedad con que se había liquidado a dos mil pampinos por el terrible delito de pedir justicia.

Entre las filas de fusiles parecían hombres abatidos por la desgracia, que tardarían mucho tiempo en erguirse de nuevo. Pero la procesión iba por dentro. El golpe era terrible y había sido dirigido contra una masa inorgánica, sin experiencia, con instinto de clase pero sin conciencia de ella. El tiempo, sin embargo iba a mostrar que los pampinos sacarían de aquella sangrienta lección una consecuencia que terminaría por hacer cambiar sus vidas: la unidad.

68

SEGUNDA PARTE

A LA SOMBRA DE RECABARREN

69

70

VI

Cuando llegué al Alto de San Antonio, me esperaban mi madre y mi hermano Luis, que no había bajado a Iquique. A pesar de su habitual presencia de ánimo, mi madre no estaba muy tranquila por mi suerte. Los rumores que habían llegado al Alto sobre los sucesos de Iquique no eran como para tranquilizar a nadie que tuviera un hijo, un pariente o un amigo entre los trabajadores que habían bajado al puerto creyendo que hallarían comprensión y justicia.

Yo llegaba también muy impresionado por lo que había visto y aunque en mi interior no me había hecho ningún propósito de dedicarme a luchar contra injusticias tan brutales como las de la Escuela Santa María, creo que entonces empezaba a comprender algunas cosas. Faltaba sólo que alguien me impulsara, me alentara, me señalara el camino verdadero que había de seguir. Esto iba a producirse un tiempo más tarde.

Luis Reyes, un calderero boliviano a quien apodaban "Cara de Perro", me contrató para trabajar con él en la oficina "Argentina". Eramos cuatro oficiales los que trabajábamos con Reyes, de diez a doce horas diarias, entre los enormes calderos tubulares, de veinte metros, con dos tubos interiores, en cuyas bocas estaba el carbón. El agua bañaba estos tubos y el vapor hasta de sesenta atmósferas, movía los motores de la usina. Nosotros teníamos que sacar los tubos, parcharlos, componerlos, limpiarlos y volverlos a instalar con sus correspondientes remaches. Era una tarea larga, fatigosa y difícil, que a veces

duraba meses. Mientras el maestro Reyes recubría los remaches con una capa protectora, yo tenía que aguantarlos, sostenerlos, con una herramienta de muy difícil uso llamada "dale". A veces se me iba el "dale" y entonces me

llovían las

71

palabrotas de los caldereros, famosos por su vocabulario ... _

Pero con todo eso, la labor era interesante. A mí me gustaba el sonido de los martillos sobre el remache caliente y luego del macho sobre la "copa" que recubría el remache. Nunca he podido olvidar esa especie de música, que ahora, escuchada a tantos años de distancia, me suena como una especie de canción del trabajo.

Luis Reyes era casado con una arrogante viuda, Hortensia Femenías, que de su primer matrimonio tenía dos hijos: Willy y la buenamoza Celia, a quien galanteaban de lo lindo los ayudantes del calderero que tenían pensión en casa de Reyes. Del matrimonio de Hortensia, y Reyes habían nacido cuatro hijos.

Tampoco duré mucho en la "Argentina", porque Luis Reyes se trasladó a la oficina "Resurrección" y me llevó consigo. Esta oficina no trabajaba con el sistema Shanks, como todas las de la pampa en esa época, sino con un método ideado por el ingeniero Fadella. En vez de cachuchos horizontales se usaban unos enormes huevos verticales para la elaboración del salitre. Anteriormente la oficina se había llamado "San Agustín" y por largo tiempo estuvo de para. En el cantón, era la que quedaba después de la "Perla" y frente a la "Iquique". La había resucitado (por eso le pusieron "Resurrección") don Francisco Rivas Vicuña, entusiasmado con el invento del ingeniero Fadella.

Como se acostumbra con los inventos recientes, se había querido guardar en secreto el nuevo procedimiento y por eso se trabajaba de noche. El ingeniero reformó todos los métodos empleados hasta entonces para elaborar el salitre. Invirtió uno de los huevos y lo llenó de caldo de alta ley para granularlo. Al segundo huevo le echó caliche en trozos mayores. En el tercero puso costra acendrada y en el cuarto pedazos de caliche grande y en bruto. Metió vapor en el primero de los huevos e hizo pasar el calor a los otros tres. Teóricamente debía salir un espléndido salitre

72

granulado... pero en cambio salió una borra que fue muy difícil arrancar de las paredes metálicas del huevo.

Rivas y Fabella consideraron no obstante que el experimento había sido un éxito. Rivas Vicuña fumaba puros que solía distribuir entre los trabajadores. Por las noches, mientras se preparaba febrilmente el experimento, pedía café y cajas de sardinas a la pulpería y personalmente servía a los obreros. El ingeniero no era tan rangoso; fumaba los populares "Yolanda", a chaucha la cajetilla. Cuando comenzaron los trabajos, Rivas Vicuña salió para Iquique, dejando de administrador a su señor de apellido Irrarázabal. Fabella, entretanto, no hallaba cómo sacar la costra de salitre pegada a las paredes interiores de los huevos, hasta que se decidió a usar dinamita.

Dos años viví trabajando entre las oficinas "Argentina", "Resurrección", "San Lorenzo" y "Santa Lucía", donde vivía Zoila Bazán, mi amiga del alma. A comienzos de 1910 quedé cesante y me fui a vivir al Alto de San Antonio, en casa de mi madre. Tengo que reconocer que este período, en que frecuentaba a los "notables" del pueblo, no me sirvió

de mucho en mi formación. Alternaba con el subdelegado, don Alfredo Santa María, con el juez David Vega, con el jefe de policía, Luis Madariaga, con los comerciantes chinos y árabes y con el jefe de estación, Ricardo Palma, a quien llamaban "von Pam"; éste me ayudó nombrándome empleado supernumerario del ferrocarril.

En septiembre se celebraron las fiestas del centenario de la Independencia, que duraron cuatro días y que fueron financiadas con aportes del comercio. Se inauguró la escuela nueva y llegó un tren con centenares de niños de cinco oficinas del cantón, que venían a ver el nuevo recinto escolar. Hubo juegos artificiales, discursos, conciertos de improvisadas bandas formadas por obreros aficionados a la música, recitación de poesías patrióticas y un discurso de la profesora, es decir de mi madre. Hubo también partidos de fútbol, en los

73

que jugué de *wing* derecho, y carreras planas, cortas y largas, como también de obstáculos, animadas con la presencia de dos famosos corredores de la provincia, el "Chino" Pizarro y William Wilson. Yo me inscribí en ellas y gané tres segundos premios, imitando la forma en que Wilson salvaba los obstáculos.

Cerca de la escuela, donde vivía con mi madre, había una imprenta abandonada, de propiedad del juez David Vega. Un día se me ocurrió entrar en ella y mirar un poco el estado en que se hallaban los elementos de trabajo. Yo no tenía otra experiencia que la recogida cuando niño en la imprenta de "El Cóndor" de Coquimbo, pero me pareció que allí había lo fundamental para imprimir. Le hablé del asunto al juez, pero como éste había quebrado fraudulentamente, no podía montarse el negocio a su nombre. Se inscribió entonces a nombre mío y empezó a publicarse un periódico semanal "La Voz del Pueblo", que dirigía el oficial civil Diógenes Castillo y administraba yo. Llevamos un tipógrafo de Iquique y yo hacía también de prensista. Aunque me di maña para colocar suscripciones en las oficinas del cantón y para contratar algunos avisos en el comercio local, la verdad es que "La Voz del Pueblo" nunca pasó de ser un periódico de muy escaso tiraje.

A fines de 1910 yo estaba aburrido de esta vida de desocupado o de trabajos insignificantes. Una mañana llegó en el tren chico un calderero de la oficina "San Lorenzo" y me invitó a trabajar con él. Pensé en mis tiempos en "Argentina" y "Resurrección", me acordé de la canción de los golpes de martillo en los remaches y de inmediato acepté el trabajo. Arreglé un bulto con mi cama y mis cosas más indispensables y esa misma tarde me despedí de mi madre y me embarqué en compañía de mi nuevo patrón.

Pero ocho meses de vagabundo, lejos de las faenas salitreras, me habían desacostumbrado las manos de las labores rústicas, y el primer día que tuve que cortar los remaches del espejo de un caldero, se me llenaron

74

de ampollas y llagas. Tuvieron que pasar muchas jornadas antes que el manejo de la "zapatilla" o del combo me curtieran y encallecieran las manos, hasta transformarlas en manos de obrero.

Cuatro o cinco meses más tarde, cambié de oficina y volví a trabajar en "Ramírez", donde encontré a mi querido amigo Jerónimo, que trabajaba como tornero en la maestranza, y con quien me fui a vivir. Jerónimo consiguió con el jefe de su sección el "Chino" Ríos, que me trasladaran a la maestranza, donde trabajé en el arreglo de los carros del caliche.

Un día, Jerónimo y yo pedimos permiso para bajar a Iquique. Había muerto la abuela de mi amigo y queríamos ir a los funerales. Después de cumplir este deber, y casi sin ponernos de acuerdo, recorrimos el cementerio. Nada, ni una huella, ni la más humilde lápida recogía el recuerdo de los muertos en la Escuela Santa María.

Incorporados a la vida normal de los trabajadores del salitre, Jerónimo y yo participábamos en las únicas actividades sociales de la oficina "Ramírez": el fútbol, la Filarmónica y las veladas teatrales o culturales. Jerónimo solía recibir cartas de Iquique, pero no me las mostraba ni me hablaba de ellas. Un día me invitó a Huara, pero yo me negué a acompañarlo, porque sabía lo que significaban para los pampinos los consabidos viajes a Huara: vino y prostíbulos. Pero Jerónimo insistió: —Tenemos que ir, te digo. Llega Recabarren y hay que esperarlo.

El nombre de Recabarren no me decía nada ni Huara me atraía en absoluto. Yo hacía una vida tranquila en "Ramírez". Mis amigos eran Jerónimo, Justo Jelom, Badani Carvajal, casado con una mujer muy interesante y letrada; el "Chino" Ríos, jefe de la maestranza; Tomás Connally, capataz de la cuadrilla del Chancho; el "Viruta" Natalio Morales (padre de Félix Morales, que murió años más tarde en el primer campo de concentración de Pisagua) y otros trabajadores.

75

Pero la influencia de Jerónimo era fuerte y yo sabía que mi amigo estaba medio enamorado de una niña de apellido Linares, que vivía en Huara. Pensé que más que ver al misterioso Recabarren, lo que Jerónimo quería era ver a la muchacha. Así, pues, me dispuse a acompañarlo. Nos afeitamos, nos pusimos traje de parada y partimos a pie hacia Huara.

El tren de Iquique, en que venía Recabarren, debía llegar a las tres y media a la estación. Allí encontramos a tres pampinos que, como nosotros, estaban esperando a Recabarren. Eran de oficinas distintas: uno de "Constancia", otro de "Rosario" y el tercero de "Santa Rosa". Jerónimo y yo éramos los que habíamos venido desde más lejos. Uno de estos trabajadores decía haber visto a Recabarren en Santiago, pero ninguno lo conocía personalmente.

Cuando el tren llegó y empezaron a bajar los viajeros, yo me preguntaba cuál podría ser Recabarren. De pronto vimos bajar a un hombre de cabellos y bigotes negros, ojos capotudos y porte desgarbado. Usaba pantalones anchos y los bolsillos de su chaqueta parecían llenos de papeles. Embarazado con tres o cuatro maletas y algunos paquetes, miraba en torno suyo, como buscando a alguien. Inmediatamente nos acercamos y nos saludó, uno por uno. Nos preguntó de qué oficinas éramos y luego nos repartimos su equipaje y nos encaminamos con él al hotel. Después que se lavó en su pieza, lo

convidamos a tomar once, que en la pampa se llama lonche y no consiste sólo en café y pan. No. En el comedor particular del dueño del hotel, nos instalamos en una mesa y nos trajeron carne, huevos, cebolla y té, "Horniman Puré Tea".

Recabarren comió poco, pero habló mucho. Al principio yo me preguntaba qué estaba haciendo ahí junto a ese desconocido a quien no me unía nada, sino el deseo de complacer a Jerónimo. Pero los otros comensales no se cansaban de hacer preguntas a Recabarren, a quien trataban ya como a un amigo, pero de un modo muy respetuoso. Recabarren hacía todo el gasto de

76

conversación, porque cada pregunta de los compañeros era respondida por él en forma muy amplia. Nos contó que venía llegando de Europa, donde había visto cómo funcionaban los partidos políticos de los obreros, los partidos socialistas, y nos hizo vividas descripciones del carácter y el físico de los grandes líderes que había conocido, como Vandervelde, en Bélgica; Jean Jaurés, en Francia; Pablo Iglesias, en España y otros. Nos habló de la imperiosa necesidad que teníamos los trabajadores de organizarnos, de unirnos, como única defensa contra los abusos del capital.

Era extraordinaria la forma en que hablaba ese hombre. No usaba un tono dogmático o sentencioso ni frases que se parecieran a discursos, nada de eso. Por el contrario, su charla era sencilla, tranquila, pero animada y llena de enseñanzas. Infundía confianza oírlo, se despertaba el optimismo de uno, los deseos de actuar.

Cuando Jerónimo y yo pensamos que teníamos que regresar a pie a "Ramírez", era ya... la una y media de la madrugada. Sin sentirlo, habíamos estado nueve horas oyendo hablar al hombre de ojos capotudos. Era tarde ya y peligroso partir a tales horas, de modo que decidimos dormir en Huara. A las cinco de la mañana salimos camino de nuestra oficina, mientras en el hotel dormía Recabarren, quien, tal vez sin sospecharlo, había abierto un surco en mi espíritu. Yo tampoco sabía que esa noche de junio de 1911 mi camino junto a la clase obrera de Chile había quedado trazado para siempre.

VII

En la oficina "Ramírez" proseguía mis actividades en la Filarmónica y en el conjunto dramático, tan abruptamente interrumpidas cuatro años antes por la huelga del salitre y los amargos días de Iquique. La Filarmónica daba a los rústicos trabajadores de la Pampa ciertas enseñanzas, principalmente en relación

77

con la mujer. La forma misma de los bailes en boga —que aprendíamos en un manual escrito por el profesor don Francos Zubicueta— establecía ciertas normas de cortesía, de delicadeza hacia la mujer. En la pampa las mujeres eran mucho menos numerosas que los hombres y frecuentemente había escenas de celos y hasta crímenes provocados por la pasión. Las cuadri-llas que se bailaban en esa época obligaban a los hombres a hacer

saludos, venias, inclinaciones y una serie de muestras de respeto y acatamiento hacia la mujer. Estas cuadrillas eran de tres tipos: francesa, lanceros, ingleses y la república; esta última forma era un arreglo de Francos Zubicueta que mezclaba figuras de las dos anteriores y terminaba el baile con la cueca chilena.

Frecuentemente nos reuníamos a oír cantar a pequeños conjuntos. Vivía entonces en la oficina un muchacho bohemio, muy melancólico, llamado Carlos Muñoz, que con sus tristísimas canciones conquistaba los corazones femeninos y a quien más de una vez tuve que considerar como un rival en mis relaciones con Zoila. Actuaba en las obras teatrales que se representaban y cantaba, acompañándose de su guitarra, canciones de letra tan melancólica como ésta:

*En una noche clara, de majestuosa luna
se ve en el cementerio un ciprés descollar.
La loza funeraria que el musgo ha cubierto
el nombre oculta acaso del que no existe ya.*

También me tocó tomar parte en la representación de la obra en verso de Campoamor "Flor de un día", que años antes, siendo muchacho, había visto ensayar por los empleados de la oficina "Agua Santa", en la bodega donde trabajaba mi tío. Yo hacía el papel del Marqués de Montero y tuve que aprenderme de memoria las largas tiradas poéticas de la pieza de Campoamor.

Dirigía el conjunto un obrero de apellido Loyola y
78

un día decidió poner en escena una obra nacional, en verso también titulada "Eleuterio Ramírez", que trataba de la batalla de Tarapacá y ensalzaba las glorias de este militar. Soportando las continuas bromas de Jerónimo, a quien la obra no le gustaba por su acendrado carácter patrioter, desempeñé el papel de un oficial chileno. Los ensayos los hacíamos en casa de Loyola y después de ensayar la batalla de Tarapacá, en que se batían a espada chilenos y peruanos, la habitación quedaba hecha una ruina, las sillas en el suelo, las almohadas lanzadas por el aire como proyectiles, y todo en fin, en el más completo desorden.

Ya la oficina "Ramírez" no estaba tan aislada, pues de tiempo en tiempo solían llegar noticias y periódicos de Iquique. Un día se supo que Recabarren iba a dar una conferencia en la oficina "Valparaíso". Entre los trabajadores se corrió la voz y cinco decidimos ir a escucharlo. "Valparaíso" se hallaba a unos veinticinco kilómetros de distancia, pero esto no rebajó nuestro entusiasmo y a las dos de la tarde del domingo, día de la conferencia, salimos caminando, bajo el sol pampino, Jerónimo, Isauro Cortés, Natalio Morales, Tomás Connally y yo.

Dos horas y media más tarde llegábamos a la oficina "Valparaíso". Recabarren se hallaba ya allí, hospedado en la casa de un obrero demócrata. Gentes de diversas oficinas habían llegado a escucharlo, atraídas por la fama de su palabra sencilla y convincente, que se extendía ya por toda la pampa.

La conferencia comenzó a las 4.30 de la tarde. Recabarren habló en el pequeño escenario con la misma tranquilidad con que lo había hecho aquella noche, sentado a la mesa en el hotel de Huará. Hablaba con palabras al alcance de todos, accionaba poco,

pero sabía con su propia voz, remachar algunos conceptos. Habló sobre el socialismo y su desarrollo en Europa, sobre lo que había visto en cuanto a organización obrera, en países como Francia, España y otros que había visitado y puso el acento en las cooperativas, como un

79

medio de que los trabajadores alcanzaran ciertas conquistas. Recalcó también la necesidad de crear un partido de los obreros, con ideología propia de los obreros y no de los burgueses, un partido socialista, en fin, y un fuerte movimiento sindical.

Después de terminada la conferencia se vendieron entre los asistentes folletos y libros de Luis Emilio Recabarren y de otros autores. Los folletos valían sesenta u ochenta centavos y los libros un peso. Yo compré "Ricos y pobres", "La huelga de Iquique" (en la que yo había participado en 1907) y "Mi juramento"; un folleto en que Recabarren explicaba con la versión de la Cámara la cuestión del juramento en la Cámara, cuando se le quitó su investidura de diputado en 1905. Relataba que, en realidad, él no se había opuesto al juramento, pues cuando se le preguntó si juraba por Dios respetar la Constitución, había respondido: "Sí, prometo". Todo había sido una sucia maniobra de la burguesía para introducir en la Cámara de Diputados al candidato Espejo, a quien Recabarren había derrotado limpiamente en las urnas, en Tocopilla.

Al terminar la Conferencia y después de estrechar la mano de Recabarren, los cinco volvimos a Huara, para seguir, muy noche ya, hacia "Ramírez". Yendo cinco, no había peligro de que nos asaltaran. Ibamos felices con nuestros paquetes de libros y comentando la conferencia: Recabarren había hablado con lenguaje sencillo de cosas de la vida, de asuntos que a todos nos interesaban.

* *

A fines de 1911, dejé la oficina "Ramírez" y me fui a "Santa Lucía", a donde habían trasladado a mi madre. Contratado por Rufino López comencé a trabajar como ayudante de calderero. Ya mi interior era un hervidero de inquietud política. A menudo llegaban a mis manos ejemplares del semidiario "El Grito Popular", que Recabarren y los demócratas publicaban en una vieja

80

imprensa de Iquique. Meses antes, una de las viejas "Ligas patrióticas" que surgían por aquellos años y que en realidad eran hordas de bárbaros que inflamados por el chovinismo asaltaban a los residentes peruanos, había desvalijado y empastelado la imprenta de un periódico llamado "La voz del Perú". Las máquinas quedaron rotas y los tipos revueltos en un montón. Recabarren compró los restos de la imprenta y pacientemente reconstruyó máquina por máquina.

Pero a fines de diciembre de ese año, por cuestiones electorales, Recabarren rompió con los demócratas. En 1912 iban a realizarse elecciones de parlamentarios y aunque hasta el propio presidente del Partido Demócrata, don Ángel Guarello, había reconocido el mejor derecho de Recabarren para ser candidato a diputado, el diputado en ejercicio, Pedro Segundo Araya, se negó a retirar su precandidatura. Recabarren entonces se fue

con sus tipos, sus formas y la vieja y noble prensa "Marinoni" y buscó quien lo respaldara en la tarea de publicar un diario popular.

La persona que demostró comprensión para sus proyectos fue un ecuatoriano, David Barnes, propietario de un almacén y de una casa grande en Iquique. En esta casa, situada en Barros Arana 9, casi esquina de Sotomayor, se instaló la imprenta, y en una de las piezas vivía Recabarren con Teresa Flores, su compañera. La casa estaba junto a una escuela de niñas y frente al local de la Masonería. Hacia el norte, la calle Barros Arana estaba cerrada por unas instalaciones del ferrocarril. El segundo piso era una azotea que servía de teatro.

Allí fue donde comenzó a imprimirse el nuevo diario obrero, que iba a tener largos años de vida y a convertirse en una fecunda contribución al movimiento de los trabajadores. El 16 de enero de 1912 salía a la calle el número uno de "El Despertar de los Trabajadores".

En "Santa Lucía" yo había sido agente de "El Grito Popular" y continué siéndolo de "El Despertar". Día

81

por medio iba a la pulpería, donde la correspondencia era "cantada" en presencia de todos, y recogía mi paquete de diez ejemplares, que distribuía entre los obreros más desarrollados políticamente.

Coincidía esta tarea con el trabajo electoral, pues en las elecciones de 1912 los obreros llevaban a Recabarren como candidato a diputado, aparte de tres candidatos a regidores municipales: el gáster Enrique Salas, el relojero José del Carmen Aliaga y el boticario de Pozo Almonte, Luis Hormazábal. Yo recogía dinero para ayudar a las candidaturas y hablaba a los que estaban inscritos en los registros electorales, uno a uno, explicándoles las ventajas de elegir a esos hombres, hombres nuestros, para reemplazar a los balmacedistas y radicales que dominaban en Iquique y que nada hacían por la clase trabajadora.

Un domingo de febrero estaba yo metido dentro de un caldero, calafateando un parche, cuando oí que me llamaban. Salí del caldero y me encontré cara a cara con Recabarren, que me miraba sonriendo. Me tendió su mano cordial y me dijo que acababa de llegar, en jira electoral, acompañado de un propagandista, el "Flaco" González, y que había pensado que yo podría presentarlo a los trabajadores de mi oficina.

Lo invité a casa de mi madre, con quien yo vivía, y vi que Recabarren era acogido con gran simpatía. Esa misma tarde, en el local donde funcionaba la Filarmónica, me correspondió presentarlo como candidato a diputado de los pampinos. Yo no merecía un honor como ese, nada menos que presentar a ese hombre, letrado y hábil, popular y sabio, querido por el pueblo y odiado por la burguesía. Pero tuve que salir adelante con la tarea. Después habló Recabarren, con su acostumbrada calma, mostrando con una claridad admirable a la gente la necesidad de que la clase obrera votara por sus propios candidatos y no por los de la burguesía.

Luego se marchó, para continuar la jira por otras

82

oficinas, donde los comités electorales lo esperaban, Recabarren y González se fueron en una "zorra", como le llamaba a los carros de mano que iban por la línea del ferrocarril, arrastrados por una mula. Junto a ellos, los paquetes de folletos y libros, de los cuales no se separaba Recabarren mientras viajaba.

La víspera de las elecciones, las compañías pusieron trenes especiales para que bajaran a Iquique los pampinos que tenían que votar. Yo llegué al puerto a media tarde del sábado y desde la estación me fui al local del diario, donde se centraban todas las actividades de las candidaturas obreras. Había allí enorme ebullición. Desde la azotea de la casa, durante todo el día los oradores exhortaban al pueblo a elegir diputado a Recabarren y regidores a los compañeros Salas, Aliaga y Hormazábal.

Jerónimo, Connally y todos los amigos estaban allí. Como yo, habían bajado de la pampa para acompañar en esta jornada al hombre que tanto admirábamos. A pesar de que yo carecía totalmente de experiencia electoral, fui provisto de un documento que me acreditaba como apoderado y me instalé el domingo muy de mañana en la mesa receptora de sufragios, donde me correspondía votar, presidida por un balmacedista. Uno de los vocales era radical.

Como en todas las elecciones que se realizaban en Iquique, el cacique balmacedista senador Del Río manejaba a su entero gusto las votaciones. Los matones y "acarreadores" trabajaban a vista y paciencia de todo el mundo. Los "carneros" eran llevados en coche a votar. Naturalmente, Del Río había monopolizado todos los coches de la ciudad.

A mediodía, después de permanecer cuatro horas en la mesa, sin moverme, para evitar una intervención más descarada, aburrido y fatigado, vi llegar a un mensajero del senador Del Río, que entregaba un sobre al presidente de la mesa: el sobre contenía quinientos pesos, para el almuerzo. Este mandó a comer al secre-

83

tario y a un vocal de la mesa y, cuando volvieron, me , dijo amistosamente:

—Mi amigo, lo invito a almorzar al hotel Fénix.

Era el hotel mejor y más elegante de la ciudad y sus comidas, principalmente los mariscos, eran famosos en Iquique.

—Muchas gracias, señor —le respondí—, pero no puedo moverme de aquí.

—¡Entonces usted me desprecia!

—No, señor, no lo desprecio, pero tengo instrucciones de mi candidato de no moverme hasta que la votación termine. Le repito que le agradezco su invitación, pero no puedo aceptarla. Además, pronto van a traerme almuerzo.

Yo confiaba en que los compañeros iban a cumplir su promesa de llevarme un par de sandwiches. Muy disgustado por mi negativa, el presidente de la mesa se marchó. En realidad, yo frustraba sus deseos de despojar de todos sus votos a los candidatos no balmacedistas. Pero de todos modos, él se las arreglaría para hacer lo que quería, aunque de un modo más violento y cínico.

A las cuatro de la tarde, cuando terminó la votación e iba a comenzar el recuento de los votos, las tripas me crujían de hambre, porque no me habían llevado nada de comer. Vi

que el presidente de la mesa, en la forma más prepotente y arbitraria, hacía expulsar a empujones del recinto al apoderado radical y rompía todos los votos obtenidos por los candidatos de ese partido.

Ahora me va a tocar a mí, pensaba yo, máxime cuando este señor está ofendido conmigo porque no acepté su invitación. Pero el presidente de la mesa se limitó a mirarme y a decirme secamente:

—No lo echo a usted, joven, porque trae poder de Recabarren. Mi padre es demócrata y le tiene mucho cariño a Recabarren...

Cuando se hizo el escrutinio en aquella mesa se vio que todos los sufragios eran para los candidatos balma-

84

cedistas, menos cinco votos obtenidos por Recabarren que acumulados por cuatro, dieron veinte votos. Los cómputos generales dieron el triunfo a dos balmacedistas y al demócrata Araya. Recabarren, a pesar de las precarias condiciones en que se presentó a la lucha, sin el respaldo de ningún partido y con el encono de una parte de los demócratas, obtuvo una apreciable cantidad de votos.

El hecho de no ser elegido, no lo desanimó, por cierto, y esa misma tarde, hablando a sus partidarios desde la azotea de la imprenta de "El Despertar", los exhortó a, seguir adelante en la lucha.

—Este ha sido —dijo—, sólo un primer paso hacia las largas batallas que nos esperan y en las cuales hemos de marchar siempre unidos.

VIII

El 30 de abril de 1912 bajé de nuevo a Iquique. Había leído en "El Despertar" la noticia de que los trabajadores iban a celebrar solemnemente el Primero de Mayo. De distintas oficinas bajó gente al puerto, no en forma organizada, sino en grupos de tres o cuatro personas por oficina.

Llegando a Iquique me fui directamente al local del diario, que se me antojaba un poco mi hogar, quizás por ser hogar de tantos trabajadores. En la noche hubo un acto preparatorio al del día siguiente. Yo no sabía, en realidad, lo que había ocurrido un primero de mayo, en el siglo pasado. Lo

supe después de escuchar a Recabarren, quien explicó a la crecida concurrencia el significado de esa fecha, la heroica lucha sostenida por los trabajadores de Chicago, quienes habían hecho el sacrificio de sus vidas por conquistar un nuevo derecho para la clase obrera mundial: la jornada de ocho horas de trabajo.

Pero, Recabarren no relató los hechos de Chicago como un simple episodio aislado en la historia, como una batalla cuyo heroísmo se aprecia mucho y se olvida. No, él relacionó el sacrificio de los mártires de

85

Chicago con la lucha mundial y permanente de los trabajadores. Aquello fue un paso adelante en la carrera de las conquistas obreras. Pero quedaban para el futuro muchas otras conquistas, entre ellas la del Poder, para acabar con la más grande lacra de la humanidad: la explotación del hombre por el hombre.

Ese viaje fue definitivo en mi destino. Tuve una larga conversación con Recabarren. Era un hombre que inspiraba tanta confianza que uno ni se daba cuenta cuando estaba contándole sus cosas, sus aspiraciones, sus anhelos. Yo le hablé de mis experiencias como obrero gráfico, primero en Coquimbo, cuando era niño, y luego en el Alto de San Antonio, donde había impreso y administrado un pequeño periódico. Recabarren me miró y me preguntó de pronto:

—Eliás, ¿no querría venirse a trabajar con nosotros, cuando haya una vacante?

—Por supuesto que me gustaría mucho, respondí.

—¿Y cuáles serían sus aspiraciones en cuanto a salario ?

—Lo suficiente para comer.

Recabarren pareció satisfecho con mi respuesta.

—Bien, Eliás, me dijo. Espere que lo llamemos. Se me figura que va a ser muy pronto.

En efecto, había transcurrido apenas un mes, cuando recibí una carta de Recabarren invitándome a ocupar un cargo en el diario. Sentí una gran satisfacción. Recabarren me llamaba a trabajar con él, a colaborar a su lado. Cuando consulté el asunto con mi madre, sus palabras fueron como un jarro de agua fría sobre mi entusiasmo. Ese trabajo, me dijo, no me convenía, era inseguro, peligroso. Yo haría mejor en quedarme como obrero en las oficinas salitreras.

Le escribí a Recabarren una carta evasiva, sin participarle estas ideas de mi madre, pero postergando el viaje. La respuesta no se dejó esperar. Recabarren, en un tono más seco, me decía que me fuera de inmediato a Iquique, pues después ya no podría responderme del empleo.

86

Entonces me decidí. Dejé pasar la fiesta de San Juan, el santo de mi madre, y al día siguiente arreglé mis cosas, embalé mi cama, mis libros y mi ropa y bajé a Iquique. Recabarren me recibió afablemente y me instaló en una pieza de la casa de Barros Arana, donde vivía él con su compañera, Teresa Flores, aparte de uno de los redactores de "El Despertar", el español Nicolás Aguirre Bretón.

Mis funciones abarcaban las actividades más diversas. Empaquetaba los ejemplares del diario que iban a la pampa, a Antofagasta y otros lugares, y luego, en una carreta tirada por dos burros iba a embarcar los paquetes a la estación. Aparte de eso, encuadernaba folletos y hacía otros trabajos que la imprenta recibía para sostenerse. Por ejemplo, me entregaron la confección de los blocks de papel de cartas que particulares y comerciantes mandaban a imprimir con sus nombres y direcciones. Yo imprimía las hojas, luego las pegaba con cola, hacía los blocks y los entregaba a los clientes. Cada block nos salía costando unos dos pesos en materiales y los vendíamos, impresos y encuadernados, en ocho.

—Eliás, usted va a comer conmigo me dijo Recabarren.

Junto a su habitación, había un pequeño comedor, donde comíamos los tres. Teresa hacía la comida y luego ella, Recabarren y yo nos sentábamos a la mesa. Recabarren era muy sobrio no sólo para comer, sino para todo. Muy de vez en cuando bebía un vaso de vino. Sus ropas eran sencillas y generalmente deformaba muchos los bolsillos de la chaqueta, pues llevaba en ellos verdaderos archivos: folletos, notas para artículos, cartas y papeles. Cuando leo algunas descripciones que lo pintan como a un "apóstol" laico, las desmiento de inmediato, pues Recabarren no era nada de eso. Era un maestro, de los trabajadores, si, porque sabía inmensamente más que todos nosotros y cada palabra suya era una lección. Pero no tenía nada de

87

místico ni de soñador. Era un trabajador metódico y realista, un hombre alegre y vivo, que encontraba la fuente de su alegría en el estudio y en la lucha. Oyéndolo hablar, principalmente a las horas de comida, yo sentía que crecía en mi convicción, confianza en la capacidad de los trabajadores. Cada día ganaba más y más experiencias.

Teresa Flores, su compañera, era por aquellos días la verdadera mujer de un líder proletario, que no sólo lo acompañaba como tal, sino también en las actividades políticas. Recabarren había sido casado, pero se había separado de su esposa, que vivía en el sur, con un hijo de ambos. Con Teresa no tuvo hijos.

El local del diario siempre estaba lleno de amigos y de obreros que sustentaban la idea socialista. En todos ellos había prendido la necesidad de crear un partido de los trabajadores, pues el Partido Demócrata en el que hasta poco antes habían militado muchos obreros y aún el propio Recabarren, ya no era lo que había sido. El tiempo lo había burocratizado y convertido en un centro dedicado exclusivamente a las actividades electorales. En resumen, todos reconocían que había dejado de ser la herramienta de liberación de los trabajadores.

El propio Recabarren, por lo menos desde el día que yo lo conociera en Huara, no se cansaba de machacar en torno de la necesidad de un partido con ideología obrera, o sea, de un partido socialista. Esto lo decía en cada conferencia en la pampa, en cada artículo en "El Despertar", en cada discurso.

Cuando estimó que había una conciencia formada y bien definida a este respecto, conferenció con sus colaboradores más cercanos, entre los que me contaba yo, y se decidió dar vida al partido. Reunidas en el local del diario unas veinte personas, el 4 de junio de 1912, fundamos el Partido Obrero Socialista. Entre los fundadores nos contamos: Luis Emilio Recabarren, su medio hermano, Néstor Recabarren Vial; Julio Arredondo, empleado de una firma embarcadora de salitre;

88

Enrique Salas, profesional gáster; un carretero de apellido García; José del Carmen Aliaga, Teresa Flores, Ruperto Gil, carpintero mueblista, cuyo hijo, un niño aún, trabajaba como tipógrafo en "El Despertar"; Nicolás Aguirre Bretón y yo. Secretario del Partido fue elegido Néstor Recabarren. No nombramos para este cargo a nuestro líder

indiscutido, para dejarle mayor libertad de movimientos en las tareas de organización, que debían extenderse a todo el país.

Hicimos una exposición de motivos, un reglamento y un programa mínimo. En la exposición de motivos se establecía que el fin último de nuestras aspiraciones era la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clase hasta conseguir que haya una sola clase de trabajadores, dentro de un régimen en que la producción sea un factor común y común también el goce de los productos. El reglamento establecía que el Partido procuraría unir a todas las fuerzas proletarias del país para mejorar la suerte del proletariado, en agrupaciones seccionales que funcionarían en cada pueblo, fábrica, mina u oficina salitrera, con un mínimo de siete afiliados. Había también en el reglamento serias advertencias sobre los pactos, de cualquier naturaleza, con partidos de la burguesía.

El programa mínimo contemplaba medidas de orden económico, político y cultural, así como un capítulo especial para los trabajadores del salitre y las minas. Estábamos por un régimen de libertad para todos, supresión del ejército, justicia popular, por elección, separación de la Iglesia y del Estado, igualdad civil de hombres y mujeres, abolición de la pena de muerte y sustitución del Presidente de la República por una Comisión Ejecutiva directamente elegida por el pueblo.

En el orden económico íbamos más lejos. Aspirábamos a la abolición de casi todos los impuestos a industrias y profesiones, cargándolos en cambio, en forma directa y progresiva, a las rentas, propiedades y herencia. Se luchaba por la creación de una Cámara del Trabajo, destinada a estudiar las necesidades de la in-

89

dustria y de los obreros, reglamentando el trabajo los propios trabajadores y fijando jornada máxima y salario mínimo. Se quería seguros para los trabajadores, abolición del trabajo de niños y mujeres embarazadas, creación de poblaciones obreras, pensiones de vejez e invalidez y otras medidas que ni siquiera hoy después de tantos años de lucha, han sido conquistadas.

Para los pampinos queríamos supresión del sistema de pago en fichas y de las pulperías obligatorias, control obrero en la medición y examen del caliche, para que no los "pasaran por el aro" en el pago, y urbanización e higienización de los campamentos.

No se puede decir que el Partido Obrero Socialista tuvo un crecimiento rápido o repentino. No. Lentamente fuimos ampliando nuestras filas. Por las tardes, después que llegaba el tren de la pampa, empezaban a caer al local, obreros, agentes viajeros, jóvenes, empleados. Allí se leían los diarios de Santiago y no pocos periódicos del extranjero, de Argentina, de Uruguay, y se vendían también los folletos de Recabarren. Desde Francia llegaba periódicamente "L'Humanité", órgano del entonces Partido Socialista francés, que dirigía Jean Jaurés; desde España llegaba "El Socialista", que hizo muy familiares entre nosotros los nombres de Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y otros líderes del socialismo peninsular. "El Socialista" era el diario favorito de todos nosotros. Los compañeros se lo arrebatában, porque en realidad, aparte de Recabarren y de Aguirre Bretón, nadie era capaz de leer francés u otros idiomas.

Las relaciones que Recabarren había trabado en Europa, principalmente en Bélgica, con dirigentes de la Segunda Internacional, representaban una fuente de materiales que se iban acumulando en el local: periódicos, folletos, libros. También venía material de Buenos Aires y Montevideo, principalmente periódicos de los anarquistas, que habían constituido importantes núcleos políticos en esas capitales.

Así, leyendo, oyendo a Recabarren, que sabía con-

90

densar admirablemente las teorías de los filósofos y sociólogos, íbamos adquiriendo una cultura política y penetrando en las bases del socialismo. En este proceso, uno de los factores más importantes fue la publicación de un folleto de Recabarren titulado "¿Qué es el Socialismo?", que aclaró en muchas mentes obreras la cuestión de la propiedad privada y la propiedad socialista.

A fines de 1912, la casa del ecuatoriano Barnes se nos había hecho pequeña para el movimiento del Partido y Recabarren decidió que había que buscar un local más amplio. Después de recorrer todo Iquique, nos trasladamos a una casa antigua y muy grande que había sido residencia del doctor Marín, en la décima cuadra de la calle Bolívar, entre Vivar y Amunátegui., Tenía diez piezas, un vestíbulo, una azotea y una especie de cochera.

Instalamos la imprenta, el salón de actos, las oficinas del diario y las del Partido, aparte de casa habitación para Recabarren, Aguirre Bretón y yo. Para montar el taller y la sala de actos, con un pequeño escenario, trabajamos todos, auxiliados por voluntarios y carpinteros del Partido. Recabarren no era de esos "capitanes Araya" que tanto abundan y fue el primero en sacarse la chaqueta y comenzar a clavar tablas y a acomodar calaminas viejas para dar al escenario su forma y proteger la imprenta de la intemperie. Recabarren y Teresa se reservaron tres piezas, para dormitorio, comedor y cocina. Yo me instalé en una pequeña habitación, como asimismo Aguirre Bretón, que tenía un loro del cual jamás se separaba. En poco tiempo y, a pesar de nuestros precarios medios, la voluntad del grupo dirigente había montado algo que parecía una imprenta obrera y un partido de trabajadores. La azotea era bien aprovechada para hablar desde ella al pueblo y el salón de actos jamás estaba vacío, pues le dimos mucha vida y actividad y semanalmente había actos culturales, representaciones teatrales (ahora con obras muy diferentes por cierto de

91

"Flor de un día") y conferencias. Los conferencistas más notables eran Luis Emilio Recabarren y Víctor Domingo Silva, que había llegado a Iquique precedido de su fama de poeta notable, para realizar una jira por la pampa.

El Partido Obrero Socialista crecía, pues, no sólo habían adherido a él numerosos trabajadores, sino también algunas figuras políticas que empezaban a tener significación, como Salvador Barra Woll, quien se había desprendido de su balmacedismo y solicitado el ingreso; Luis Víctor Cruz, que acababa de dejar su trabajo de botarripió en la oficina "Aurora" para trasladarse a Iquique; Pedro Reyes, que

trabajaba en la oficina "Alianza"; el industrial panadero Ernesto Jorquera, el doctor Isidoro Urzúa y otros.

Iquique, que por aquellos días era la más próspera ciudad del norte gracias a las ganancias que dejaba la industria salitrera, empezaba a atraer a figuras culturales y compañías teatrales y musicales que no dejaban de causar un impacto de inquietud en la población. Oí cantar a María Barrientos y a Sofía del Campo. Allí conocí a Armando Mook, autor teatral que iba al frente de una compañía cuyas figuras principales eran Arturo Bhürle y Elena Puelma. Pusieron en escena varias obras de Mook, como "Isabel Sandoval, modas" y "Los perros", esta última una comedia con atisbos de inquietud social.

Llegó también por aquellos días una famosa conferencista anticlerical española, Belén de Zárraga, que con sus conferencias logró electrizar a los elementos más liberales de Iquique y también a nosotros, los socialistas. Era una mujer arrogante, que cuando jovencita debe haber sido muy hermosa. Viajaba acompañada de su secretario, Porta Bernabé, que arreglaba los programas y recepciones, y a quien los detractores de ella, inmediatamente, calificaron de amante de la española. Ofreció ocho conferencias que llenaron el Teatro Municipal y provocaron uno de los más grandes escándalos que recuerda Iquique. Los curas la inju-

92

riaban en los diarios reaccionarios y hacían propaganda contra ella en el púlpito, en la calle y también de casa en casa.

Belén de Zárraga, seguía impertérrita su tarea de divulgación del laicismo y mostrando al desnudo la política universal del clero. Visitó varios diarios, incluso "El Despertar". Recabarren se encontraba ausente y fue atendida por Barra Woll y Luis Víctor Cruz. Conversó con todos nosotros con gran naturalidad. Era una mujer alta, arrogante, sumamente atractiva, cuyos largos años de conferenciante le habían dado una enorme capacidad de seducción con la palabra.

En su primera conferencia habló con palabras de fuego contra la confesión y mostró el papel de los curas en relación con la juventud. Señaló que al interrogar a las muchachas sobre sus experiencias sexuales, los curas realizaban en el confesionario una verdadera defloración moral. El entusiasmo del público era tan grande, que los jóvenes radicales desengancharon los caballos del coche que debía llevarla al hotel y se dispusieron a arrastrar ellos mismos el vehículo. Pero Belén de Zárraga se negó a aceptarlo. —Viajar así —dijo— aunque sea unas pocas cuadras, no es democrático. Si no colocan de nuevo los caballos, me iré a pie.

La víspera de cada conferencia, Belén de Zárraga no se movía de su hotel, preparando los elementos de su trabajo. Pero al día siguiente de ella, se paseaba por todas partes, sin temor a agresiones de los elementos clericales, departía con periodistas y no rehuía la discusión con políticos. Invitada por el doctor Isidoro Urzúa, que era miembro de nuestro Partido, pasó dos días en la oficina "Aurora", en la casa de este médico, y conoció de cerca la vida de los pampinos.

Días después, cuando dio sus conferencias en Antofagasta, Belén de Zárrega se encontró con Recabarren, con quien sostuvo largas y provechosas conversaciones, Pues le sirvieron para conocer la lucha de los obreros

93

chilenos a través de uno de sus conductores más destacados.

* * *

El Partido Obrero Socialista salía casi todos los sábados a la calle. En la plaza Condell se reunía al pueblo en amplias conferencias públicas, donde nuestros oradores llamaban a los trabajadores a la organización, les hacían ver el papel del imperialismo británico en la explotación del salitre y los instaban a desprenderse del lastre religioso. Uno de esos sábados, los asombrados asistentes vieron trepar al quiosco de la plaza a un cura de Iquique, Daniel Merino Benítez, quien anunció que el sábado siguiente daría una conferencia.

Los socialistas, que nunca rehuían la polémica sino que por el contrario la buscaban como una manera de esclarecer las cosas en la mente de los trabajadores, fueron a escucharlo combatir lo que él llamó "las perniciosas doctrinas del socialismo".

Al sábado siguiente, Recabarren lo refutó, usando , argumentos serios, contundentes, y un tiempo más tarde, Merino Benítez le mandó una carta invitándolo a sostener una conferencia polémica en la plaza Prat, desde los balcones de la Municipalidad. Recabarren aceptó la polémica, pero por razones tácticas, acordamos que no fuera él a la tribuna donde hablaba el cura, sino otros compañeros en representación suya. Nosotros daríamos el golpe al hacer hablar a Recabarren, después de la polémica, no desde los balcones municipales, sino en el quiosco de la plaza.

A la hora señalada, la plaza estaba llena, de bote en bote y en los balcones del municipio se hallaban el cura Merino Benítez y sus acompañantes y los compañeros mandados por el Partido; uno de ellos era un socialista argentino, Mariano Rivas, que venía de Bolivia donde había estado un tiempo trabajando en la legación de su país. Era hombre de gran cultura y Recabarren lo había juzgado capaz de pulverizar con

94

argumentos serios al cura. El otro contendor era un empleado de Iquique, Luis Guzmán. A las ocho de la noche, con la plaza llena y un formidable despliegue de policías que se habían situado frente al Teatro Municipal, se abrieron los balcones y aparecieron los polemistas y sus acompañantes. Pero, las primeras palabras del sacerdote, de las puertas de la Sociedad de Comercio, que estaba al lado, surgió un grupo de unas cuarenta personas que formaban un estrépito infernal, haciendo sonar tarros, pitos y cuelgas de cohetes que encendían y lanzaban sobre la gente. El chivateo era indescriptible, pero por encima de él se escuchó la voz del cura Merino Benítez, que gritaba:

—¡No son los socialistas los que me atacan, sino los radicales! ¡Radicales de pito y cartón ... !

Efectivamente, los que formaban la atroz batahola era gente del Partido Radical, que por aquella época estaba imbuido de un fuerte sentimiento anticlerical.

Era imposible seguir adelante el acto. Cada vez que el cura comenzaba a hablar, los improvisados pitos y tambores de los jóvenes radicales se dejaron oír, interrumpiendo sus palabras. Nada mejor quería el jefe de la policía, que inmediatamente hizo tocar a su corneta la orden de ataque. El apaleo se inició, indiscriminadamente, y los que más machucones recibían eran los socialistas. Los palos iban y venían y se escuchaban los gritos de los que resultaban con un brazo roto o el cráneo partido.

A Pedro Reyes le rompieron la cabeza y después de curarlo en una farmacia, lo llevaron al local del Partido. Recabarren logró imponerse con su clásica presencia de ánimo. Cuando un "paco" levantaba sobre él su palo, Recabarren sin moverse, lo miró y le dijo con energía:

—¡Soy Recabarren!

No sé qué dominio ejercía sobre los demás, el caso es que el policía, por más ganas que tenía de dejarle caer encima su arma, bajó el palo y se retiró.

Huyendo de una carga de "pacos" a "caballo, corrí

95

hacia Baquedano, pero luego volví a reunirme con los compañeros. Ya la plaza estaba siendo despejada, y el juez, Ismael Poblete, acompañado de otras autoridades se imponía de los orígenes del desorden. Recabarren entretanto, sin perder un segundo su calma, se había dirigido a la imprenta. La polémica había fracasado y nunca más se intentó repetirla.

* * *

El Primero de Mayo de 1913, por primera vez los socialistas salimos a conmemorar el día del trabajo en plena calle, fuera de los locales sindicales o partidarios. Habíamos convocado al pueblo para un mitin en la plaza Prat y logramos, en realidad, reunir a una buena cantidad de gente. Desde el quiosco de la plaza, varios oradores explicaron el significado del Primero de Mayo, como preliminares del discurso de fondo, que iba a estar a cargo de Recabarren.

Desde una esquina de la plaza, un provocador gritaba, de vez en cuando, interrumpiendo a los oradores. No nos habría costado mucho acallararlo por la fuerza, pero nos habíamos propuesto no emplear nunca la violencia mientras no fuéramos agredidos de hecho. Así, cada vez que el provocador gritaba, los compañeros se limitaban a hacerlo callar con una rechifla.

Pero cuando subió Recabarren a la tribuna arreciaron las voces del tipo. Era nada menos que Julio Santander, director de un diario que aunque se llamaba "El Nacional", bien poco tenía de nacional, órgano, como era, del Partido Monttvarista. Su propietario era Luis Vergara. Vociferaba ese individuo contra Recabarren, llenándolo de insultos como mentiroso, calumniador y antipatriota, calificativo que en aquella época se usaba mucho para señalar a todo el que no fuera un chovinista recalcitrante.

Recabarren no se dignó contestarle y no le habría hecho caso tampoco si sus voces no hubieran

amenazado con interrumpir el acto. Entonces, con toda cal-

96

ma lo invitó a subir al quiosco y le ofreció tribuna, dispuesto a pulverizarlo después con un discurso. Pero Santander, a gritos, alegó que él no polemizaba en calle, pero que estaba dispuesto a hacerlo en un teatro. Su desafío fue aceptado y cuando el provocador, a quién la policía ayudaba ostensiblemente, se hubo retirado, el mitin continuó adelante, entre aplausos, vivas al Partido Obrero Socialista y los infaltables cordones policiales. Una vez que terminó, desfilaron hacia el local del diario y desde la azotea, los oradores siguieron arengando a los obreros.

Me encargaron que organizara la polémica con Santander, pero en la primera entrevista que sostuve con este señor, se expresó en forma tan tremenda de Recabarren, que me vi obligado a preguntarle:

—Y si usted cree que es un bandido y un demonio, ¿para qué entonces va a polemizar con él?

Se convino en que la polémica se llevaría a cabo en el teatro Variedades, en la calle Barros Arana, casi esquina de Thompson, que nos fue cedido por su propietario, Enrique Viterbo. Más que teatro, aquello era sólo un bodegón con platea, algunas divisiones que pretendían ser palcos y la sucia galería. La polémica se realizaría un domingo a las tres de la tarde y versaría sobre el tema patria y patriotismo. El primer orador, designado por la suerte, dispondría de una hora para exponer su materia. Después hablaría el otro, rebatiéndolo, durante el mismo período de tiempo. Finalmente habría sendas réplicas de quince minutos cada una. El total de las entradas fue dividido en dos lotes, uno que repartirían los socialistas y otro que habría de distribuir Santander, cuyo diario, según era público y notorio en Iquique, vivía de la extorsión a los comerciantes chinos y a otras personas.

El día de la polémica, mucho antes de las tres, me instalé, en la puerta del teatro para impedir la entrada de curiosos que no tuvieran tarjeta. Numerosos obreros para quienes no habían alcanzado las entradas distribuidas por nosotros, habían ido a pedir las a "El Na-

97

cional", donde se las dieron con mucho placer creyendo que se trataba de enemigos de Recabarren. Así, pues, al empezar la polémica, un sesenta y cinco por ciento de los asistentes era partidario de Recabarren, a quien le correspondió hablar primero. Usó su tiempo justo y mostró de un modo vivo y gráfico que los obreros, al producir con su trabajo la riqueza, eran mucho más patriotas que los que usaban esta palabra con fines politiqueros o chovinistas. Habló de los que entregaban la patria, jirón a jirón, industria a industria, a los imperialistas británicos. Esos son los verdaderos antipatriotas, dijo, llámense gobernantes, gestores, abogados, periodistas. Quienes se oponen al poderío y la suficiencia de las grandes compañías extranjeras, explotadoras de las riquezas nacionales, son los verdaderos patriotas.

Luego, sin abandonar su calma, comenzó a señalar a Santander, que escuchaba cabizbajo, amurrado, muchas formas de hacer verdadero patriotismo, sin necesidad de llenarse la boca con altisonantes frases. Cuando nosotros luchamos contra la lacra del alcoholismo, que la oligarquía viñatera fomenta todo lo que puede, hacemos patriotismo; cuando queremos alejar a los trabajadores de los vicios, del juego, de los naipes, de los

hipódromos, hacemos verdadero patriotismo; cuando combatimos el vicio más sucio creado por la sociedad, la prostitución, hacemos patriotismo; cuando luchamos contra las guerras, que la ambición suele desatar de tiempo en tiempo, mandando a las muchedumbres a la muerte, hacemos patriotismo. Este es el verdadero amor patrio y no el que consiste en hablar de dudosas glorias militares y fomentar el odio con los pueblos vecinos. El verdadero patriotismo, nada tiene que ver con lo que hacen los patrioteros que, fuera de palabras, nada aportan, ningún sentimiento, ninguna acción, en favor de lo que nosotros consideramos la patria.

Una salva de aplausos remató su intervención que había sido, como todas las suyas, tranquila, sin pala-

98

bras altisonantes y perfectamente comprensible para los obreros, poco politizados, que llenaban el teatro, después habló Santander, entre los vivas de sus partidarios y las pifias de los socialistas. Pero su discurso fue pobre y sin ideas, sin argumentos. Se limitó a citar a O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, las batallas de Chacabuco, Maipú y Rancagua e hizo, en fin, un recuento de las glorias militares chilenas.

-¡No queremos que nos vengai a hacer clases!, le gritaban sarcásticamente algunos asistentes, mientras Recabarren llamaba a la calma para que el periodista pudiera continuar su peroración. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Santander, que no encontró en su memoria más fechas ni descripciones de batallas, se sentó entre pifias y unos cuantos aplausos de sus pocos partidarios, que habían disminuido en el curso del acto.

Tranquilamente se levantó entonces Recabarren para usar su cuarto de hora de réplica, y destruyó, uno a uno, los argumentos de su contrincante. Mucho antes de que terminara, Santander había tomado las de Villadiego, siguiéndolo algunos de sus partidarios. Al concluir Recabarren, se produjo una verdadera apoteosis y los obreros lo sacaron en andas. Era la señal que esperaba la policía para comenzar su consabido apaleo, pero se formó en torno del líder una muralla humana que lo protegió de los golpes. La gente, de inmediato, improvisó un desfile hacia el local del Partido, donde los discursos siguieron desde la azotea. Recabarren tuvo que hablar otra vez.

Su intervención en aquella polémica fue reconstruída por Recabarren y publicada posteriormente en un folleto que se llamó "Patria y Patriotismo".

En 1914, Víctor Domingo Silva, que se hallaba en Iquique donde había ofrecido recitales poéticos, representaciones teatrales de sus obras y conferencias, incluso en el local de "El Despertar", realizó una larga jira

99

por la pampa. Durante ochenta días viajó de oficina en oficina, vio todo lo que había que ver, pero que muchos se negaban a mirar, y escribió después un completo y bien documentado reportaje sobre las lacras de la explotación del salitre.

Este reportaje comenzó a publicarse en una serie de artículos en el diario radical "El Tarapacá", de propiedad de don Enrique Mac Iver y dirigido por un periodista de apellido Zavala. Los primeros artículos fueron sensacionales y la gente se arrebataba el diario para ver cómo un intelectual valiente destapaba esa inmensa olla de podredumbre. Todo estaba allí: explotación obrera, robos y negociados con las fichas y las pulperías, capitales que se iban subrepticamente fuera del país, autoridades chilenas vendidas a las compañías salitreras...

El tiraje de "El Tarapacá" subió considerablemente, pero los grandes avisadores se empezaron a retirar y el diario tuvo que suspender la publicación después del cuarto o quinto artículo,

Nosotros pensamos en seguir adelante la publicación en "El Despertar", pero sacamos cuentas y vimos que no había con qué pagar al autor. Silva obtuvo medios por otros lados y el 11 de noviembre de ese año comenzó a publicar el periódico "La Provincia", donde continuó sus denuncias. Era un diario de ocho páginas, muy combativo, muy bien presentado, que después sirvió de base para la campaña electoral de senador de don Arturo Alessandri Palma. Esta campaña, de la cual hablaré más adelante, se realizó en 1915, cuando la guerra europea, desatada el año anterior, había dado origen a la paralización de las oficinas salitreras.

IX

Lo que llevo relatado sobre el entusiasmo no sólo de los radicales, sino aún de los socialistas frente a la prédica anticlerical de Belén de Zárrega, puede hacer sonreír a los militantes actuales de los partidos socialistas

100

y del Partido Comunista. Ahora indudablemente no perdemos tiempo en cuestiones como el clericalismo, pues sabemos que son vicios y defectos sociales que desaparecerán sólo cuando los fundamentos de la sociedad cambien. Pero nuestra ideología, en aquella época, era muy incipiente. Creo que ninguno de nosotros —salvo Recabarren— había leído a Marx o a Engels. Los libros de estos pensadores eran escasísimos. Indudablemente el hombre más capacitado de todos los que formábamos en el movimiento era Recabarren, pero entre Recabarren y nosotros había una enorme distancia en cuanto a preparación, madurez política y formación ideológica.

Además eran tiempos en que recién se organizaba el primer partido obrero. El Partido Demócrata, más que a los núcleos obreros, había dado cabida a artesanos, pequeños comerciantes y pequeño burgueses. En nuestro P.O.S. se habían vaciado gentes que

anhelaban contar con una organización, porque intuían que eso era una condición necesaria para salir adelante. Venían desde todos los campos. Había demócratas, anarquistas, sin partido, obreros, pequeños comerciantes, intelectuales, profesionales. Predominaba sin embargo la masa obrera, la gente de la pampa, los trabajadores de Iquique, los panaderos. Muchas tendencias o costumbres propias de los anarquistas, afloraban en nuestras filas, como por ejemplo la resistencia a las leyes (a algunas), el amor libre, el anticlericalismo.

No éramos propiamente marxistas. El marxismo llegó al P.O.S. andando el tiempo, a través de los estudios, de los libros que vinieron de Europa, de las relaciones internacionales, de los viajes de los compañeros y de la cooperación de la Internacional Comunista. Pero teníamos en nuestro interior, me refiero a los militantes socialistas, la materia prima para forjar luchadores: la capacidad de lucha, la resistencia a la injusticia, el espíritu de organización, el sentimiento de la unidad, el orgullo proletario y, sobre todo, el sentido de clase.

101

Los materiales eran escasos. Aparte de algunos libros que llegaban de Buenos Aires y Montevideo, de los periódicos que venían de Europa y de las obras de Luis Emilio Recabarren, era muy poco lo que podía servirnos. Circulaba, por ejemplo, un "Catecismo Socialista", publicado en Santiago, en 1900, por don Alejandro Bustamante, en el que se citaban frases elogiando el socialismo de Bilbao, la Pardo Bazán, Castelar, Bastial y Bébel. Este "Catecismo" estaba lleno de contradicciones, decía cosas justas y absurdos científicos, alababa el socialismo y repudiaba la democracia, a la que llamaba "meretriz"; atacaba tanto la guerra como la lucha de clases ... En una de sus páginas, decía don Alejandro Bustamante: "Pretender en nuestros tiempos la lucha de clases, sería negar el origen *noble* de nuestros fundadores, tales como Voltaire, Saint Simón, conde y coronel de ejército, Carlos Marx, abogado y descendiente de una de las más nobles familias alemanas, Volney, conde, el general Cluseret, el mariscal Foix, el general conde de Lafayette, el príncipe León Tolstoí, el cardenal Lammenais, etc." Recabarren, afortunadamente, rechazaba folletos como éste, que más que iluminar, confundían la mente de cualquiera con sus contradicciones y sus ensaladas ideológicas.

Por esos días se imprimía en los talleres de "El Despertar" un semanario anticlerical de cuatro páginas llamado "El Bonete" que aparecía publicado por una "Junta de Sanidad Social" y dirigido por un hipotético "I. Padre Aiglón". Valía diez centavos, decía tener "Corresponsales en todas las iglesias y conventos de ambos sexos del país y extranjeros" y "Telegrafía inalámbrica directa con la región celeste y con los profundos infiernos". Debajo del título se leía:

*Órgano anticlerical
satírico y de alegría
destinado a olfatear
conventos y sacristías.*

102

Pero el lema que mejor caracterizaba a ese periódico era el siguiente:

*Palo a burro blanco,
palo a burro negro*

*palo a todo burro
que no ande derecho.*

El semanario satirizaba cruelmente a autoridades, curas y enemigos de los trabajadores y, como rezaba el lema, a todo el que se desviara. Así fue como un día apareció una audaz caricatura en que se mostraba la cara del juez Ismael Poblete junto a la de su amante, una conocida prostituta iquiqueña.

Inmediatamente el juez hizo instaurar un proceso y en el Partido se estudió quién afrontaría a la justicia como director. En realidad "El Bonete" era redactado casi íntegramente por Aguirre Bretón. Recabarren escribía uno que otro artículo. Pero tácticamente no convenía que ninguno de ambos apareciera al frente de la publicación. Se acordó que fuera yo el director responsable. Citado Recabarren ante el juez, se limitó a decir que la imprenta de "El Despertar" imprimía "El Bonete", pero no respondía por su contenido. La ley de imprenta era diferente de la de hoy.

Me citaron a declarar y luego me detuvieron por un breve tiempo. En realidad, mi primera prisión, precursora de muchísimas otras que describiré en estas páginas, duró sólo veinticuatro horas. Declarado reo por el juez Poblete salí en libertad bajo fianza de trescientos pesos. Fui condenado en primera y segunda instancias. Apelé a la Corte Suprema, que en 1921, al cabo de ocho años, me sobreseyó.

* * *

El P.O.S. se empezaba a extender. Se habían fundado secciones en distintos puntos del país y "El Despertar de los Trabajadores" no sólo se leía en Iquique
103

y en la pampa sino en todos los lugares donde había socialistas. Esto determinaba una gran cantidad de correspondencia, que Luis Emilio Recabarren atendía personalmente.

Una vez tuvo que viajar a Antofagasta, donde se empezaba a constituir un importante núcleo y permaneció allí más tiempo de lo previsto. El diario quedó a cargo de Enrique Salas, pero los que quedaron trabajando descuidaron sus labores y las cosas empezaron a cojear. No se pagaban los salarios ni las cuentas, el despacho de "El Despertar" se atrasaba y los trabajos de la imprenta corrían igual suerte, por lo que varios clientes se nos alejaron.

Cuando Recabarren supo esto, regresó alarmado a Iquique. Yo lo fui a esperar a bordo y en el bote que nos llevaba a tierra empezó a preguntarme lo que ocurría. Inmediatamente se realizó una reunión en la que se analizó fríamente la cuestión. Recabarren intervino y sin abandonar la afabilidad con que siempre se dirigía a los compañeros, planteó enérgicamente la necesidad de hacer un serio esfuerzo para enderezar las cosas. Así se hizo y todo volvió entonces a sus cauces habituales. Todos éramos culpables. Recabarren no era un cancerbero que vigilara inquisitorialmente a los que trabajaban con él. Quizás, sí, lo que nos había faltado era su aliento creador, el estímulo que permanentemente infundía en nosotros.

"El Despertar" tuvo otros administradores: un anarquista de nombre José Arenas, José Zuzulich y otros. Yo me hice cargo de la administración en 1914, respaldado por Recabarren, que muchas veces me defendía de críticas no del todo justas. Tomé muy en serio mis labores: todo andaba al día, el despacho se hacía sin atrasos, el local siempre

se hallaba limpio y "El Despertar" era ya un verdadero diario, pues aparecía todos los días.

Yo me pasaba el día entero metido en la imprenta, procurando que todos los resortes de aquella máquina estuvieran bien aceitados. Un día, Ruperto Gil se es-

104

taba comiendo un plátano y dejó la cascara tirada en el vestíbulo de la casa. De inmediato me fui a buscarlo a la oficina en que estaba trabajando y lo hice volver y recoger la corteza, lo que cumplió entre amostazado y risueño. Pero era preciso hacer sentir la autoridad y despertar en los compañeros el sentido del orden y del aseo.

Alternaba mis labores de administrador del diario con mis tareas de miembro del conjunto teatral, que actuaba todos los sábados en el local, bajo la dirección del compañero Jenaro Latorre. Naturalmente este conjunto tenía un sentido político, de enseñanza, de utilización del arte en la tarea de madurar a los trabajadores y no ponía en escena obras como aquellas en que yo había trabajado en las oficinas salitreras, en las que abundaban los marqueses, las condesas, los nobles y el adulterio. Representaba, en cambio, obras que si bien no eran de gran valor teatral, respondían a las necesidades y al gusto de los socialistas. Entre éstas estaban "De la taberna al cadalso", drama en verso en tres actos, de Juan Rafael Allende; "Redimida", en un acto, de Luis Emilio Recabarren; "Flores rojas", de Aguirre Bretón; "Justicia", una pieza española de tendencias anarquistas, cuyo autor no recuerdo; "La Mendiga" y otras. En "La Mendiga" hacía el papel protagonista Aída Osorio, hoy compañera de Juan Vargas Puebla.

La segunda parte del acto de cada sábado la constituían cantos, recitaciones y el discurso político de Recabarren, que la gente esperaba con mucho interés.

Toda esta labor se desarrollaba en medio de la comprensión de los trabajadores, pero bajo el fuego graneado de la prensa burguesa, las autoridades y los elementos políticos enemigos. "Disolventes", "subversivos", "vendidos al oro peruano" eran los calificativos más suaves que se nos aplicaban. Esto de "vendidos al oro | peruano" era uno de los insultos más gratuitos y divulgados. Se le colgó la etiqueta a los estudiantes *el año* 20 y hasta al propio Alessandri. Fue una frase precursora del "oro de Moscú" que se usó años más

105

tarde y que ahora ha desaparecido, pues ya ni en los cerebros más estrechos puede caber la idea de que los comunistas reciban "oro de Moscú".

Tan poco "oro peruano" recibíamos que los medios económicos de que el P.O.S. disponía para su vasta obra eran precarios, escasísimos. El diario prácticamente no tenía avisos comerciales y para sostenerlo teníamos que apelar a todos los recursos, colectas, donaciones, trabajos de imprenta, venta de folletos y también grupos de libros españoles, que dos librerías de Iquique entregaban a Recabarren con descuento.

Pocos días antes de que estallara la primera guerra mundial y durante un viaje a Antofagasta de Recabarren, Luis Víctor Cruz había quedado a cargo del diario. Una mañana, hallándome en la oficina de administración, sentí entrar a Cruz y llegar hasta su

oficina. Luego oí caer pesadamente un cuerpo al suelo. Corrí a ver lo que pasaba y encontré a Cruz por tierra, víctima de un síncope. Había sido la impresión que le produjo leer en la prensa la noticia del asesinato del gran líder socialista francés Jean Jaurés, muerto a balazos por un fanático chovinista, por su oposición a que Francia entrara en la guerra.

Al estallar la guerra, nuestra posición fue clara: denunciábamos el carácter imperialista y el sentido injusto de la conflagración, a diferencia de muchos socialistas europeos. "Guerra a la guerra" fue la éonsigna que lanzaba a diario "El Despertar" y que desarrollaban nuestros oradores en los mítines. Incluso dijimos que esta guerra iba a perjudicar los intereses chilenos y esto se confirmó pronto, cuando las exportaciones de salitre disminuyeron de inmediato y comenzó la paralización de las oficinas y el éxodo de los trabajadores. Instalados los barcos de guerra alemanes en los alrededores de las islas Malvinas, sus cañones detenían toda nave cargada con salitre que entraba al Atlántico por el Cabo de Hornos o el Estrecho de Magallanes. Recuérdese que el Canal de Panamá no funcionaba en ese tiempo.

106

El puerto perdió, pues, su movimiento y centenares de veleros y barcos de vapor quedaron inmóviles en la bahía. Durante los meses de noviembre y diciembre del 14 estuvieron bajando trabajadores de la pampa y sus familias. Este éxodo recordaba un poco la llegada siete años antes, de los pampinos en huelga. Pero entonces eran hombres orgullosos que bajaban a luchar por su pan. En cambio ahora eran gentes que llevaban sobre sí el peso de la cesantía, de la incertidumbre y del hambre.

Los que tenían relaciones con el Partido iban a pedir alojamiento en el local del diario, donde ubicamos a todas las familias que podían caber. Los otros eran atendidos por la Asociación Salitrera, institución formada por las compañías, y enviados a Santiago con la mayor rapidez posible. Las autoridades no querían cesantes en Iquique, pues ya tenían bastante con los marítimos que habían quedado sin trabajo a causa de la paralización de los embarques de salitre. El hambre y la angustia eran los fantasmas que la guerra europea agitaba entre los trabajadores de la pampa, a medida que las oficinas empezaban a cerrarse. Algunos regresaron a los campos del sur, donde habían sido enganchados. Otros pasaron a engrosar los primeros miserables albergues que las autoridades habían creado en la capital.

* * *

Recabarren, que había conocido en Europa algunos tipos de cooperativas, tenía predilección por éstas. La imprenta misma de "El Despertar" era, desde luego, una cooperativa que se había formado a base de acciones de valor de veinte pesos cada una, que los obreros pagaban con un peso semanal. Bajo el orgulloso título "El Despertar de los Trabajadores" podía leerse: "Diario de la Cooperativa de Tipógrafos". Más tarde, en una reunión de accionistas en que primó la opinión de

107

los trabajadores de la pampa, se acordó donar la imprenta al P.O.S. y así se hizo legalmente.

Después, Recabarren organizó una cooperativa de pan con el propósito de ayudar a la población, que pagaba a precio de oro este alimento. Las acciones valían cien pesos y se pagaban en cuotas de cinco pesos. Cuando se hubo constituido un capital de catorce mil pesos se empezó a trabajar, echándose a andar una panadería. Dirigía la tesorería de la cooperativa Ruperto Gil y en los primeros tiempos la iniciativa alcanzó un éxito inmenso. Se arrendó la Panadería Inglesa de la calle Serrano, que se hallaba cerrada, y se empezó a fabricar pan de mejor calidad y más barato que el que se vendía en el comercio. La demanda era tan grande, que fue preciso instalar una nueva panadería. Ambas resistieron largos meses, con el beneplácito de las dueñas de casa y los obreros iquiqueños.

Se había empezado amasando quince quintales diarios y en dos o tres meses se llegó a amasar cien quintales. Esto hizo que los industriales panaderos, que veían frente a sí una seria competencia, empezaran a hacer la guerra a la cooperativa; hacían pan más grande y, a pérdida, lo vendían más barato; luego acapararon, con sus fuertes capitales, toda la harina que existía y consiguieron que nadie diera créditos a las panaderías obreras para poder defenderse.

Por otro lado, los panaderos nuestros que tenían acciones, pasado el entusiasmo de las primeras semanas, empezaron a fallar, a descuidarse en el trabajo. La harina se echaba a perder, el viejo motor de la panadería se paraba y ellos, en vez de arreglarlo, cegados por la rabia, le daban patadas, destruyéndolo más. Por otra parte, las contradicciones internas que existían en la Cámara del Trabajo terminaron por dar al traste con esta iniciativa que duró sólo seis meses. Pero seis meses durante los cuales Iquique tuvo pan bueno, abundante y barato.

Pero he mencionado la Cámara del Trabajo y es necesario, que explique qué era este organismo. Había

108

sido fundado por consejos de un diputado socialista, italiano que pasó por Iquique, Seiro Valenti. Casado con una chilena, Valenti había venido al país a arreglar algunos asuntos relacionados con bienes de su esposa. Se ligó pronto a los dirigentes del P.O.S. y a menudo ha-blaba de la Cámara del Laboro que existía en Italia, explicando su funcionamiento y utilidad.

En Iquique, a ejemplo de ésa, se creó la Cámara del Trabajo, a base de las uniones y gremios que ya existían como tales en la ciudad: Unión de Obreros de Imprenta, Gremio de Artes Mecánicas, etc. La Cámara arrendó una casa en el centro de la ciudad —donde había estado el Hotel Genova— se instaló una gran sala de actos y se constituyó una cooperativa de consumos, de la cual pasó a depender también la cooperativa panadera fundada por Recabarren. La Cámara del Trabajo se amplió muy pronto gracias a que ingresaron a ella los marítimos, de tendencias anarquistas, con todos sus efectivos: estibadores, lancheros, cargadores, jornaleros y calafates. También entraron los panaderos y el gremio de la costura.

En ausencia de Recabarren y sin siquiera consultarlo, lo que no era lógico, pues era el hombre que siempre daba los mejores consejos y designaba a los hombres precisos, se nombró administrador de la cooperativa de consumos a Nicolás Aguirre Bretón, que había dejado su trabajo en el diario, marchándose, siempre con su loro, del local de "El

Despertar". Esto disgustó mucho a Recabarren, quien al regresar deshizo el nombramiento. Los panaderos propusieron entonces dos nombres y entre ellos se eligió a Palma.

Pero estos hechos disgustaron a no pocos compañeros, que en vez de llevar sus reclamos a nuestro diario, atacaron la resolución de Recabarren en órganos de la prensa burguesa y pidieron que el P.O.S. tuviera representación en la Cámara del Trabajo, cosa que fue rechazada por

los anarquistas.

Todas estas batallas intestinas dieron malos resultados. Salvador Barra Woll fue expulsado del Partido

109

y Aguirre Bretón, privado de su cargo de administrador, fue a buscar empleo en el diario "La Provincia", que dirigía Víctor Domingo Silva.

Al terminar la cooperativa del pan, siguió funcionando únicamente la de consumos, que administraban los anarquistas.

X

En marzo de 1915 correspondía elegir senador, diputados y regidores. En 1914 la campaña empezó a tomar vigor y a finales del año casi toda la vida de Iquique giraba ya en torno de la elección. La pugna tenía dos ejes fundamentales: los balmacedistas, para quienes el norte había sido por largos años un indiscutido feudo electoral, y Alessandri, un joven y combativo caudillo liberal que pretendía romper este monopolio, haciéndose elegir senador.

Nosotros, los socialistas, por otra parte, aunque con escasa potencia electoral, luchábamos impetuosamente como fuerza obrera, abriéndonos paso hacia los elementos trabajadores y democráticos de la zona.

Para esas elecciones correspondía renovar, en todo el país, los gastados y viciosos registros electorales, y la nueva confección de inscripciones se haría también con nuevas normas. La ley establecía que procederían a formar los registros electorales, como junta inscriptora, los nueve mayores contribuyentes individuales. Y aquí vino la gran sorpresa para los balmacedistas, pues resultó que ellos tenían sólo tres, la tercera parte, de estos privilegiados ricachones; los otros seis eran radicales. Estos constituyeron mayoría en las juntas inscriptoras y empezaron a trabajar varias horas diarias. ¡Me imagino la cara que debe haber puesto el senador Del Río cuando se dio cuenta de que el cacicazgo se le iba de entre las manos y que otros confeccionarían los registros electorales de acuerdo con su propia conveniencia!

El P.O.S. acordó llevar nuevamente a Recabarren como candidato a diputado. A mí me dieron mis cre-

denciales de apoderado y partí a Pisagua a vigilar las inscripciones de nuestra gente en los registros electorales. Las dificultades empezaron para mí el día mismo que me presenté a ejercer mi control, pues mi poder fue desconocido, arbitrariamente, desde luego. Pero yo no cedí, y aunque me hicieron salir varias veces del lugar donde se realizaban las inscripciones, otras tantas volví. Poco a poco me fui ganando la confianza del comisario de la junta inscriptora y éste me defendía de los que se empeñaban en expulsarme del recinto.

Entretanto, en Iquique la propaganda electoral comenzaba a rodearse de un marcado tono de violencia. En el mes de noviembre los radicales —que apoyaban a don Arturo Alessandri Palma— realizaron una manifestación en el Chalet Suizo, un elegante restaurant y sitio de reunión cuyas terrazas se hallaban sobre el mar, ahí un hombre resultó muerto a tiros: se trataba de un ex oficial de policía, Sergio Montt, que había ido a provocar a los radicales en su propio nido; quien disparó sobre él fue un obrero de la fábrica de calzado Fardella, apellidado Perry. Un mes después, durante un tiroteo cayó herido y murió posteriormente, un oficial de policía de apellido Maira.

El clima era tenso y la violencia se desataba por quítame allá unas pajas. Los balmacedistas no se resignaban a perder su feudo, y por el contrario, lo defendían con todos los recursos. Para ellos era indispensable reelegir al senador Arturo del Río y éste tenía a sus partidarios muy bien colocados en todos los puestos claves desde el punto de vista electoral, aunque hubiera perdido la juntas inscriptoras. Pero oficiales de policía, funcionarios, periodistas, eran hombres suyos. El alcalde de Iquique era su propio sobrino Carlos del Río.

En enero la anunciada llegada de Alessandri hizo crecer la tensión.

Los matones balmacedistas se prepararon y por todos lados se advirtieron claramente las maniobras para restar brillo a la llegada del entonces joven caudillo liberal. El barco en que viajaba Alessandri debía amanecer

III

en Iquique un domingo; a las nueve de la mañana el candidato desembarcaría y sería acompañado, en un gran desfile, por todos sus partidarios hasta el Chalet Suizo, donde se iba a realizar la manifestación política. Durante toda la noche anterior y hasta las siete de la mañana de ese día, los carros regadores de la municipalidad estuvieron echando agua en la calle Baquedano, ruta elegida para el paseo triunfal, que a las 9 de la mañana era un barrial completo, por donde ninguna manifestación, coche ni transeúnte habría podido pasar sin quedarse pegado en el lodo. Pero la suerte acompañó al candidato liberal, pues el barco se atrasó, no fondeó hasta mediodía y cuando Alessandri bajó a tierra, el sol había secado la calle y la manifestación y el desfile resultaron impresionantes.

* * *

Alessandri viajaba acompañado de los candidatos a diputados de su lista, Ramón Briones Luco y Luis Malaquías Concha. En el Chalet Suizo, ante una reunión de ciudadanos tan concurrida que hizo palidecer a los balmacedistas, Concha aseguró que no habían ido a Iquique a luchar, porque no hacía falta, sino simplemente a triunfar, y comparó al trinomio Alessandri-Briones-Concha con el ABC, el bloque continental que por aquellos días formaban Argentina, Brasil y Chile.

Arturo Alessandri, en un discurso muy vibrante y agresivo, arremetió impetuosamente contra la oligarquía, que quería eternizarse en los cargos directivos del país, contra el balmacedismo, contra las maffias organizadas por éste y contra los matones que pululaban en las calles de Iquique.

Cuando regresó a Iquique, en enero, Alessandri tuvo ocasión de volver a mencionar en sus discursos a estos matones, que, noche a noche provocaban graves incidentes en las manifestaciones alessandristas. Los matones formaban un verdadero batallón al servicio del senador Del Río. Eran equipos completos de boxeador-

112

res jubilados, luchadores, que actuaban bajo el mando de los tres hermanos Pavelich, el "Cara de carne-ro" y Jesús Cortés. Estas gentes por lo general no atacaban a los socialistas, sino exclusivamente a los alessandristas y a los radicales. Estaban intruídos por quienes los pagaban, para actuar así.

El clima de violencia tuvo un nuevo y sensacional estallido dos días antes de las elecciones, al anochecer de un viernes, durante una manifestación callejera de las huestes alessandristas, una de las raras manifestaciones en la calle, pues generalmente se juntaban en recintos cerrados. Los balmacedistas, por su parte, jamás hacían desfiles o concentraciones al aire libre. Nosotros en cambio, trabajábamos de preferencia en la calle, con mítines, concentraciones y desfiles. Esa vez, el comando alessandrista quiso cerrar la tremenda campaña de propaganda realizada con un desfile público, que iba a pasar por la plaza, desembocando por la calle Tarapacá. A esa hora, en la calle Serrano hervían de gente los "choclones" de Alessandri y de Del Río, cuyos ocupantes se insultaban mutuamente y de tiempo en tiempo se iban a las manos. Alessandri estaba hospedado en la casa de un radical, el boticario Godoy, situada frente a las oficinas del Telégrafo del Estado. En ellas se hallaba, en esos mismos instantes, el prefecto de policía, comandante Delgado, enviando al Ministerio del Interior un telegrama en que daba cuenta de la tensa situación reinante. Delgado, que era jefe de policía en Antofagasta, había ido a Iquique a reemplazar al prefecto titular, el "Sordo" Ramírez.

Yo me hallaba en el diario, imprimiendo un manifiesto electoral. En la azotea de "El Despertar", los oradores arengaban a los obreros, invitándolos a votar por los socialistas. Hasta el taller llegaban las palabras de un discurso que pronunciaba en ese instante el Panadero Jorquera, cuando se oyó un tiroteo proveniente de la plaza. Con otros compañeros, corrí hacia allá para saber qué ocurría; allí nos enteramos de que, bajo el impacto de las balas alessandristas, habían caí-

113

do el prefecto Delgado y algunos civiles. Vidrios rotos y chapas destrozadas mostraban las huellas de la violencia. Por mucho tiempo se aseguró que quien había disparado contra el comandante Delgado había sido el propio Alessandri, aunque nunca se comprobó este aserto.

La propaganda electoral del Partido Obrero Socialista contemplaba como mínimo, cinco concentraciones callejeras en la semana. Los candidatos eran: a senador el doctor Isidoro Urzúa, un hombre de carácter tranquilo, que sabía que frente a sus dos

poderosos contendores no tenía posibilidad alguna de ser elegido pero, como disciplinado militante socialista, había aceptado la candidatura porque comprendía que los votos de los trabajadores no debían ir a nutrir los recuentos de balmacedistas o alessandristas. Recabarren iba como candidato a diputado y tres obreros luchaban para ser elegidos regidores.

Nuestra campaña era valiente, impetuosa, audaz. Los oradores, subidos en cualquier cajón o en una ventana, arengaban en plena calle al pueblo, en medio de las pullas o las pedradas de los alessandristas, que nos atacaban allí donde podían hacerlo. Ellos estaban muy molestos porque, a pesar de toda su demagogia, Alessandri no había podido ganar para su candidatura los votos socialistas. Los balmacedistas, en cambio, que comprendían que nosotros podríamos quitarle algunos votos a Alessandri, se mantenían al margen de estos ataques callejeros y hasta sus terribles matones nos respetaban.

Las concentraciones populares solían realizarse en la Plaza Eleuterio Ramírez, frente a la Escuela Santa María, donde siete años antes había corrido la sangre obrera, derramada por las ametralladoras de Silva Renard. Ese episodio de sangre y de muerte a menudo era esgrimido por nuestros oradores para mostrar cómo obraban, desde el poder, los burgueses, llamáranse balmacedistas o liberales. Después de los mítines, la gente hacía bulliciosos desfiles por la calle Vivar, que se

114

disolvían en el local de nuestro Partido, después que los compañeros arengaban a la masa desde la azotea.

Otros camaradas recorrían la pampa, oficina por oficina convenciendo a los trabajadores de que el día de la elección debían bajar a Iquique a votar por los candidatos del pueblo.

El domingo de la elección, trenes llenos de pampinos llegaban a Iquique. Los candidatos habían contratado trenes especiales, así como también los coches de la ciudad. Las calles bullían de animación, llenas de grupos de votantes, policías, trabajadores ... Los matones balmacedistas hacían de las suyas siguiendo las instrucciones que tenían de atacar a todo presunto elector de Alessandri. Siguiendo la tradición electoral —tradición que por lo demás continúa en plena vigencia y que en los últimos años se ha agravado más con la existencia de la famosa ley de "defensa de la democracia"— el fraude, la suplantación de personas, el acarreo, los sobres brujos, el cohecho y las encerronas, alcanzaron límites nunca vistos.

Por la mañana, las secretarías de Arturo del Río ofrecían cínicamente diez pesos por el voto. El comando alessandrista, que había instalado su choclón principal en una gran bodega de frutos del país, ofreció veinte pesos. Del Río, alarmado cuando vio que muchos votos le iban a engrosar el efectivo electoral de su gran enemigo, subió a treinta pesos sus ofertas y, en un asqueroso remate en que lo subastado era la dignidad del hombre, los alessandristas" ofrecieron cuarenta y cincuenta pesos. Del Río no pudo seguirlos en esta competencia.

Provisto de un poder de Recabarren y de un cuadro electoral muy minucioso y completo que había confeccionado Ruperto Gil, para ir anotando en él los votos de cada candidato, me fui, después de las cuatro de la tarde, a la notaría donde debían realizarse los cómputos. Allí, en la notaría de don Francisco Subercaseaux del Río —sobrino,

naturalmente, del senador balmacedista—. se centralizaban las actas de todas las mesas

115

receptoras de sufragios. El notario se opuso a que yo me quedara allí, pero el cuadro que llevaba, y que había mostrado a algunos apoderados balmacedistas, despertó la curiosidad de éstos. Luego vieron su utilidad y se pusieron a copiarlo, lo que me dio margen para quedarme ahí.

Todas las actas que llegaban, desde el principio, indicaban el triunfo de Alessandri. Sus votos iban, mesa por mesa, superando a los de Del Río. Cuando llegó el acta de la mesa de Punta de Lobos, unas salinas de propiedad de Arturo del Río, donde trabajaban dos mil quinientos hombres que invariablemente votaban por su patrón, y se vio que Alessandri había obtenido allí cuatro votos, los balmacedistas bajaron la guardia y se echaron al suelo. El notario dijo:

—Si en este feudo de mi tío, Alessandri ha sacado cuatro votos, quiere decir que estamos perdidos.

Efectivamente, los cómputos electorales eran claros y contundentes y la euforia del triunfo se derramó inmediatamente por las calles: Alessandri ganaba por amplio margen y habían sido elegidos también sus acompañantes, Briones Luco y Concha, aparte de dos diputados balmacedistas.

Pero sería ingenuo atribuir ese primer triunfo de Alessandri, precursor del que iba a obtener cinco años más tarde al ganar la Presidencia de la República, solamente a que en la práctica del cohecho había pagado más por el voto que el candidato Del Río. No. Había otras causas y bastante profundas, que me limitaré a mencionar. Con Alessandri irrumpía en la política chilena un impetuoso sector de la burguesía nacional, cuyos intereses no se identificaban con los de la oligarquía tradicional. Esta gente aspiraba a procedimientos nuevos, que rompieran moldes gastados y Alessandri había sabido interpretar sus ideas; ellos veían en el caudillo liberal a quien iba a devolverles su antigua prosperidad económica, afectada por diversas causas, especialmente por la guerra europea, que había deter-

116

minado la paralización de una buena parte de la industria salitrera.

Pero tampoco puede discutirse que Alessandri ganó muchos votos populares, votos de los trabajadores. El lenguaje que había usado en esta campaña electoral fue violento, agresivo y sumamente demagógico. Engañados por largos años, los trabajadores pensaron que este político iba a hacerles justicia y seducidos por su palabra insinuante, le dieron sus sufragios, lo cual permitió al abanderado liberal barrer en las urnas con los tradicionales triunfadores balmacedistas.

Dos días después, para celebrar el triunfo, Alessandri ofreció una gran manifestación en el Chalet Suizo, a la que invitó a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y a personajes de todos los bandos, incluido el P.O.S. Los dos candidatos derrotados de nuestras filas, Luis Emilio Recabarren y el Dr. Urzúa, fueron convidados, pero no concurrieron al festejo, que alcanzó un sonado brillo, pues en él se dieron cita todos los connotados de Iquique, sin faltar el propio obispo de la diócesis, Monseñor José María Caro, hoy Cardenal Arzobispo de Santiago.

En las elecciones municipales que se realizaron el mismo año 1915, el Partido sacó un regidor por Iquique —Enrique Salas— y dos en Pisagua, donde triunfaron además tres radicales y dos balmacedistas. Alcalde fue elegido el radical Jesús Guzmán y segundo alcalde el socialista Lorenzo Crossley, un obrero mecánico, de acuerdo con un pacto que firmaron en Negreiros socialistas y radicales. Este pacto establecía que la secretaría de la Alcaldía correspondería a los socialistas y la tesorería, secretaría municipal y abogado de la corporación, a los radicales. La comisión evaluadora estaría compuesta por dos socialistas y dos radicales y se creaba un puesto de inspector de servicios municipales en la pampa, que servirían los socialistas. Las dificultades serían solucionadas por un radical y un socialista, quienes, en caso de desacuerdo, podrían nombrar un tercero para dirimir las discordias.

117

Los socialistas de Pisagua dieron mi nombre para secretario de la alcaldía y partí a hacerme cargo de este puesto en Mayo de 1915, con mi compañera Ilya Gaete. Mi matrimonio con Ilya había tenido características muy especiales. La había conocido en Iquique, en casa de mi medio hermano Carlos Laferte, hijo de un matrimonio anterior de mi padre. Carlos, antiguo tipógrafo, y ahora panadero, se había encontrado conmigo en los actos del Partido y de vez en cuando me invitaba a su casa. Un domingo coincidí allí con Ilya, que era prima de la mujer de Carlos, y había ido de visita con su hermana Josefina y un encuadernador de apellido *Homero*, que después se casó con ésta.

Las dos muchachas solían concurrir a los actos del Partido y yo las invité a que se incorporaran al conjunto dramático. Ilya, delgada, morena, muy simpática, tenía disposiciones para el teatro y pronto pasó a ocupar los primeros papeles en cada obra que representábamos. Nuestras relaciones, de simplemente amistosas se transformaron en amorosas y decidimos casarnos, pero como nosotros, en ese tiempo, abominábamos del matrimonio civil y mucho más del religioso, inclinándonos por el amor libre, buscamos otra vía para unirnos. Estábamos poniendo en escena una obra de Recabarren llamada "Redimida" que contaba la historia de una pobre mujer sola y abandonada, a la cual la revolución ganaba para una vida digna y de lucha. Ilya representaba el papel de Libertad, que en la última escena termina uniéndose al protagonista masculino que estaba a mi cargo. Esa noche, un sábado, yo le había dicho a Recabarren que la escena final de su obra no iba a ser sólo teatral, sino real, pues esa era la forma que Ilya y yo habíamos elegido para unirnos.

Así lo hicimos y, aunque yo era administrador del diario, dejé la pieza que ocupaba en el local y me fui a vivir en la casa de Ilya.

118

TERCERA PARTE

LA LUCHA POLÍTICA

119

XI

En Pisagua alquilé una casita en un cerro, al cual había que subir por largas escaleras. Teníamos allí una salita con una ventana a la calle, donde instalé mesas y bancas. Allí tenía diarios, "El Despertar" desde luego y algunas publicaciones de Santiago, como "La Opinión" que dirigía don Tancredo Pinochet, y folletos y libros, a disposición de todos los obreros que quisieran leer. También empecé una tarea de alfabetización con niños del pueblo, hijos de los obreros. No sé a cuántos enseñé a leer allí, pero lo poco que yo sabía lo puse siempre a la disposición de los demás, fueran niños o adultos. Junto a mi casa, arrendó una el regidor socialista Lorenzo Crossley, quien, designado segundo alcalde de Pisagua, había abandonado su trabajo de mecánico en la oficina "Aurora", para irse a vivir en el pequeño puerto salitrero.

Como secretario de la Alcaldía, ganaba quinientos pesos mensuales. Mi trabajo abarcaba gran parte del papeleo municipal: decretos administrativos, de pagos, providencias, nombramientos y mil cosas más. Mis relaciones con el alcalde eran muy buenas. Era éste Jesús Guzmán, un ex estibador de los barcos, de filiación radical. Su situación económica había cambiado desde sus tiempos de obrero marítimo y ahora era propietario del Hotel Cavancha, aunque este establecimiento aparecía inscrito a nombre de su hijo.

En ese trabajo, como en el de administrador del diario en Iquique, y como asimismo en mis muchos trabajos en el salitre y en las minas, yo ponía todo el empeño posible para que las cosas marcharan por un camino fácil y expedito. Habilité el Teatro Municipal, que se hallaba en estado ruinoso y cubierto de telarañas, para que pudieran celebrarse actos culturales. Tuve que limpiar la sala con mis propias manos y haciéndome ayudar por compañeros de buena voluntad.

Entre las personalidades que por aquellos días llegaron, a Pisagua recuerdo a don Tancredo Pinochet, cuyas valientes campañas de bien público en su diario

"La Opinión" habían repercutido en todo el país. Los ecos de los audaces reportajes de Pinochet *habían llegado* hasta el lejano puerto de Pisagua, como por ejemplo de aquél que había hecho en un fundo del Presidente de la República, para lo cual sé disfrazó de inquilino y estuvo varios meses trabajando en la hacienda de don Juan Luis Sanfuentes. Acompañé a don Tancredo por la ciudad y sus alrededores, sirviéndole de cicerone, y conseguí que se le facilitara el teatro para que diera sus conferencias. También estuvo en Pisagua, durante su segundo viaje al norte, Belén de Zárraga, a quien había escuchado y conocido personalmente en Iquique, cuando ella visitara las oficinas y talleres de "El Despertar de los Trabajadores". La conferencista llegó en tren y después abandonó Pisagua en el "Chancay", un vaporcito que hacía la carrera de Arica a Iquique llevando *carga y pasaje*. Le sorprendió agradablemente encontrar que la esperaban en el andén el alcalde de la ciudad, los regidores de la *mayoría, socialistas* y

radicales, y unas quinientas personas. En cambio a sus conferencias principalmente a la primera, asistió muy poca gente, con gran indignación de su representante Porta Bernabé.

A la segunda acudieron unas ciento cincuenta personas y después se le ofreció una recepción en el Hotel Cavanha, donde se hospedaba. Belén, que era una mujer extraordinariamente progresista para su época, hizo pasar esa noche un bochorno al abogado municipal, Eduardo Valenzuela Muñoz, cuando le preguntó al serle presentado:

—¿Y que hace el abogado para dar a conocer a los ciudadanos sus derechos y deberes?

Al doctor Víctor Caffarena le preguntó también qué *hacía para educar al pueblo en el aspecto sanitario*. Entre las compañías teatrales que fueron a Pisagua durante el período en que yo trabajé allí, recuerdo a la de don Julián Cobos, que estaba constituida por toda la familia de este actor. Trabajaban él, su esposa, sus dos hijos y sus dos hijas, en comedias sencillas, naciona-

122

les, como "Don Lucas Gómez" y otras. Después de la comedia o el sainete, hacían un fin de fiesta en que las niñas, Lila y Angelita, cantaban los cuplés de moda. También llegó a Pisagua una compañía infantil peruana, que dirigía un actor de apellido Retes y en que los principales actores eran niños, sus hijos: Rogel, Eugenio y Rafael, que después arraigaron en Chile y son hoy actores tan nuestros como los nacidos aquí. Mis trabajos en la alcaldía se combinaban con las tareas de alfabetización que hacía entre los niños, a mi manera, sin métodos pedagógicos, y con las tareas partidarias para ampliar y solidificar el P.O.S. en Pisagua. Pero pronto empezaron a producirse roces y discordias internos en el Partido. De los regidores socialistas, Crossley era, como he dicho, mecánico. El otro, Serapio Vega, era pescador, y su trabajo lo obligaba a veces a permanecer en el mar hasta cuatro o cinco días. Cuando regresaba, yo lo informaba escrupulosamente de todo lo que había ocurrido no sólo dentro de la Municipalidad, sino también en la vida política del puerto. Serapio, desgraciadamente, era muy dado a la bebida, cosa que muchas veces le critiqué en nuestras conversaciones privadas. Pero como estos consejos fraternales no dieron ningún resultado, abordé el asunto en reuniones partidarias. Yo no tenía tejado de vidrio para hablar de estas cuestiones, pues venía de la escuela de Recabarren, que era una escuela de sobriedad intachable." Yo no bebía, ni siquiera una cerveza de tiempo en tiempo, y era intransigente para señalar a los compañeros el verdadero camino socialista, de sobriedad y dignidad.

En una reunión que sostuvimos, el asunto se discutió y aunque en este aspecto me apoyó Lorenzo Crossley, pronto surgieron otros asuntos difíciles y en aquella reunión se perfilaron dos corrientes: una que seguía a Crossley y otra que me respaldaba. Los hechos hicieron crisis posteriormente. Surgieron intrigas en las que yo aparecía declarando que los regidores socialistas recibían coimas de los radicales, para poder vivir

en Pisagua. Cosa que jamás había dicho. Si hubiera pensado siquiera tal cosa, no me habría demorado mucho en denunciarla en el seno del Partido.

Un día el alcalde Guzmán me llamó a su despacho.

—Los regidores socialistas se han quejado de usted don Elias —me dijo—. Aseguran que usted los acusa de recibir dinero de nosotros ...

—Jamás he dicho una cosa semejante, alcalde.

—Bueno, a mí se me presenta un problema, don Elias. Ellos me han pedido que lo saque de su puesto. Yo no quisiera hacerlo, porque usted es un funcionario cumplidor ... Pero no se puede romper el pacto radical-socialista ... Este es un problema de ustedes. Arréglense ustedes y ojalá las cosas queden en nada...

Al día siguiente, la intriga había prosperado. Fueron llamados a declarar dos socialistas que trabajaban en la Municipalidad: Julio Cruz y José Zuzulich, oficial mayor, y ambos atestiguaron en mi favor. Pero Serapio Vega no cesaba en su empeño de hacerme saltar.

El alcalde me pidió la renuncia y yo le dije que de ningún modo la presentaría, porque eso equivalía a hacerme cargo de un delito que no había cometido. Le agregué que podían echarme, si así les placía. A fines de mes, volvió el alcalde a pedirme que renunciara y yo volví a negarme. Entonces Guzmán llamó al tesorero municipal y le pidió que extendiera el decreto correspondiente por el cual se me separaba de mi cargo, sin aducir ninguna razón, y se designaba para secretario de la Alcaldía a José Zuzulich. Hice un viaje a Iquique para informar a los compañeros de lo que ocurría y regresé a Pisagua a buscar a mi compañera y a mi hijo, que había nacido en ese puerto y al que había dado los nombres de Giordano Américo. Mi salida había producido malestar en todos los sectores, incluso entre los balmacedistas.

Pedí un certificado de conducta durante el desempeño de la secretaría y que se expusiera en el documento el motivo de mi separación. El alcalde lo expidió, en

124

él hablaba de mi capacidad y eficiencia, pero eludía todo lo que se refería a la salida...

Con los quinientos pesos que recibí como desahucio y con el producto de la venta de mis muebles tome pasajes para Valparaíso y en el mes de julio de 1916 embarqué con mi familia en el vapor "Magallanes". Iban también con nosotros, Josefina y su marido Víctor Romero, la madre de las hermanas Gaete y el marido de ésta, Jacinto Córdova. Yo había recibido un golpe, una puñalada de mis propios camaradas, pero no estaba amargado ni abatido, sino al contrario, lleno de ánimo, porque en Valparaíso iba a encontrar a un hombre que era para mí más que un maestro, alguien a quien consideraba como un padre: Recabarren.

Esos meses que había permanecido alejado de Recabarren, yo en Pisagua, él en Valparaíso, en Punta Arenas, en Argentina, infatigable, trabajando, organizando, creando periódicos y núcleos socialistas, me habían parecido muy largos y a menudo echaba de menos sus consejos, el aliento que sabía infundir con unas pocas palabras. Había vivido tan ligado a él, durante años, trabajando a su lado, comiendo en su mesa, que llegue a tener con él una confianza que muy pocos camaradas lograron. Confianza que no siempre supe conllevar, pues mis ímpetus juveniles me arrastraron a adoptar actitudes que ya iba a tener tiempo después de reprocharme a mí mismo. Recuerdo por

ejemplo, que una vez, de sobremesa, me estaba hablando de una teoría que parece tener muchos adeptos en Oriente: la de reencarnación de las almas. Acababa de leer un libro sobre esa materia y me explicó la teoría de la reencarnación. Supongo que yo estaba enojado con él, el caso es que le dije:

Si fuera cierto eso de la reencarnación, me gustaría reencarnarme en un burro y que usted se reencarnara en un perro, para tramarme a patadas con usted.

Pasó por alto mi estúpida insolencia y sonriendo, me dijo:

125

—Elias, por lo visto usted no quiere salir nunca de la familia ...

Había aprendido a conocerlo, a estimarlo, a admirarlo. Sólo pensar que lo tenía de respaldo, me daba ánimos para trabajar y para luchar. A través de recuerdos que me contaba a la hora de comer, cuando vivíamos juntos, relacionando frases sueltas y escuchando relatos de compañeros más viejos, yo había llegado a reconstituir, aunque de un modo fragmentario, una parte de su vida de luchador por la liberación de la clase obrera.

Así, por ejemplo, sabía que en 1891, siendo un muchacho de quince años, se había enrolado en el ejército balmacedista con el ánimo de desertar en la primera oportunidad para pasarse a las tropas opositoras. Lo habían sorprendido con un periódico clandestino, "El Opositor", que él mismo redactaba e imprimía. Se le había sometido a un juicio sumario y sólo gracias a las gestiones de su familia y a que era menor de edad, se libró de ser fusilado.

Más tarde se había afiliado al Partido Demócrata de don Malaquías Concha y fundado los periódicos "La Vanguardia" y "La Reforma", en Santiago. Fundar periódicos era para él una especie de obsesión. Atribuía a la prensa obrera un papel de primer orden en la lucha revolucionaria, coincidiendo con un luchador de su misma época, pero para Recabarren entonces totalmente desconocido: Lenin. En cada pueblo donde llegaba, Recabarren dejaba sembrada la semilla del periódico proletario, aunque hay que reconocer que no siempre los encargados de hacerla germinar, lo conseguían. Así, había fundado "El Proletario" y "Trabajo", en Tocopilla, dotándolos de sus respectivas imprentas, conseguidas con donaciones, ayudas y con el sistema de cooperativas. Estos periódicos llegaban a la pampa e iban penetrando, de un modo difícil y lento, pero seguro, en la conciencia de los trabajadores. No era fácil romper una dura corteza formada por la ignorancia y la larga explotación.

126

En 1906, después de su fugaz aparición en la Cámara de Diputados, cuyo asiento le fue robado del modo más cínico por el radical Daniel Espejo, a quien dos veces consecutivas venció en las urnas, maniobra que motivó la protesta de toda la prensa nacional, incluso "El Mercurio", Recabarren había sido sometido a un proceso. Las compañías salitreras, cuyos abusos denunciara, y las autoridades, cuya pasividad señalara con palabras de fuego, no podían permitir, claro está, que un hombre

desconocido, un diputado frustrado, les cantara tantas claridades en sus diarios. Salió clandestinamente del país y fue condenado en rebeldía.

Al regresar a Chile, en 1909, creyendo que eso estaba ya olvidado, reinició sus actividades de agitador. Pero al terminar una conferencia en la Sociedad de Artesanos de Santiago, fue apresado y enviado a la cárcel de Los Andes, donde se le tuvo recluido durante un año y medio. La cárcel no iba a amilanar a un hombre de su temple y aprovechó el tiempo escribiendo artículos y folletos. Fue allí, precisamente, donde redactó "Ricos y pobres", "Mi juramento" y "La huelga de Iquique", aquellos tres folletos que yo había comprado una noche, en 1911, cuando fui a pie, desde la oficina "Ramírez" donde trabajaba, hasta la "Valparaíso", para escucharle una conferencia. Después había llegado a Iquique, donde fundara primero "El Grito Popular", luego "El Despertar de los trabajadores" y también el Partido Obrero Socialista. Yo lo había visto allí vivir, trabajar, estudiar, leer, escribir, hablar a la masa, parar tipos en la imprenta, como uno más de nosotros. Lo conocía como pocos y el pensamiento de encontrarlo de nuevo en Valparaíso, para reanudar junto a él la lucha interrumpida en Pisagua me llenaba de esperanza.

Pero Recabarren no se hallaba en Valparaíso. Había partido para Punta Arenas, donde, casi simultáneamente con Iquique, se había constituido una seccional del P.O.S.

127

Existía allí un fuerte núcleo proletario formado por obreros del puerto, de los frigoríficos y de las estancias y Recabarren creyó necesario trabajar un tiempo con ellos, hasta que el Partido tomara cuerpo y entrara en la tierra derecha de su desarrollo. Después había seguido a la Argentina, donde se ligó estrechamente a los socialistas, acompañándolos en su lucha contra los anarquistas, bajo cuya bandera navegaban grandes núcleos obreros. Allí había sido uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional (que en 1920 pasó a ser el Partido Comunista) y su primer secretario general. Más tarde, en Montevideo, había fundado asimismo, el Partido Socialista Internacional uruguayo, que como su hermano argentino, pasó a transformarse en Partido Comunista y sección de la Tercera Internacional.

* * *

En Valparaíso nos instalamos precariamente en unas piezas, en calle Independencia y, naturalmente, la primera visita que hice fue al Partido, en la calle San José (hoy Juana Ross) cerca de la Plaza Brasil.

Igual que en Iquique, en el local del Partido se hacían fiestas y actos políticos y se redactaba e imprimía el periódico "El Comunista", dirigido por Roberto Arias, un antiguo obrero tabacalero. Este despuntar de la prensa obrera, era obra de Recabarren. Ya "El Despertar" de Iquique no estaba solo. Se publicaban periódicos en Valparaíso, en Punta Arenas y uno en Calama, "El Comunista" se llamaba también, que dirigía Luis Víctor Cruz, y en Taltal uno que dirigía Roa Medina.

En Valparaíso estaba asimismo la sede central del Partido. Allí funcionaba el Comité Ejecutivo socialista, por acuerdo de un congreso que acababa de celebrarse en Santiago, dirigido por un hombre de quien se supo después que no era sino un provocador pagado por la policía: el "Pelado" Ríos. Secretario general del

POS era González, obrero ferroviario, de Barón y formaban parte del Comité Ejecutivo Ramón Sepúlveda Leal y Manuel Leiva, ambos zapateros de Viña del Mar; Ramón Laza, empleado bancario de Valparaíso y el gáster Carlos Flores. Empecé a trabajar en el periódico, con un salario muy bajo. El padrastro de mi compañera, Córdova, halló trabajo en una carpintería, y Romero en la Imprenta Universo. En Valparaíso me tocó ver grandes mítines de los trabajadores, que se reunían en la Plaza Victoria y llenaban las calles principales con sus gritos y protestas. Recuerdo una concentración que me impresionó por su número y combatividad. Había sido organizada por el Sindicato de Carpinteros, a raíz de un reciente escándalo: un muchacho que formaba parte del gremio había sido detenido por la policía de investigaciones y violado en la Sección de Detenidos. El mitin fue largo y violento y sólo se deshizo después de las doce de la noche, junto al edificio de "El Mercurio", desde cuyos balcones hablaron los oradores y los fotógrafos tomaron sus vistas al magnesio. Recuerdo que los discursos más sobresalientes fueron los de los redactores de crónica obrera de los grandes diarios de Valparaíso: Pizarro, de "La Unión" y Primitivo Ajaga Maruri, de "El Mercurio". Con gran asombro mío, ya que mis experiencias periodísticas habían transcurrido entre la pobreza técnica de la imprenta de "El Despertar", las fotografías tomadas a medianoche aparecieron publicadas al día siguiente en "El Mercurio", cuyos primeros ejemplares circulaban antes de las seis de la mañana.

Yo tenía grandes deseos de conocer Santiago, pero era imposible, por la pobreza, hacerlo. Juntando lo que los tres hombres ganábamos, la familia apenas alcanzaba a comer y pagar las piezas que ocupaba. ¿Cómo distraer entonces un centavo siquiera para darse ese gusto? La oportunidad se me presentó cuando las sociedades de socorros mutuos contrataron un tren especial para que sus asociados fueran a ver la exposi-

ción industrial que por aquellos días se realizaba en la Quinta Normal. El viaje fue breve. Santiago se me presentó como una asombrosa ciudad, más grande, complicada y agitada de todo lo que hasta entonces había visto, y la exposición me permitió conocer muchas novedades. Pero no había mucho tiempo por delante y después de una breve visita al local del Partido, en la calle San Diego, tuve que tomar el tren y regresar aquel mismo día a Valparaíso.

XII

En abril de 1918, decidimos regresar a Iquique. El sur no se nos presentaba muy propicio. Recabarren lejos, en Valparaíso poco trabajo y mal pagado, el grupo familiar pasaba demasiadas estrecheces. Cuando llegamos a Iquique, me esperaban algunas cartas de mi madre, que me decidieron a subir a "Santa Lucía" para visitarla. Lo que le ocurría era que estaba llena de temores por mí. El clima antiobrero que había desatado en Iquique, la acción de las famosas "ligas patrióticas" y la certeza de que yo nunca progresaría desde el punto de vista económico, la indujeron a pedirme que no trabajara en la imprenta. No me convenía, me dijo, y era además muy peligroso en esos momentos: La tranquilicé como pude, sin prometerle, naturalmente, que no trabajaría en la imprenta. Primero tenía que conversar con los compañeros para saber a qué atenerme.

No tardé mucho en darme cuenta de que no sólo la imprenta, sino todos los asuntos del Partido estaban por el suelo. Qué había ocurrido durante mi ausencia, no logré saberlo, pero las cosas no podían ir peor. El diario, a cargo del carpintero Pedro J. Sandoval, salía muy de tarde en tarde. Se debían varios meses de arriendo, les habían cortado la corriente eléctrica, que era

130

indispensable para mover el taller, los salarios de los tipógrafos no se pagaban; cuando mucho, se les daba un vale para que retiraran mercaderías en las tiendas de los avisadores.

En lo que se refiere a la vida del Partido, ésta parecía muerta; no se realizaban actos ni en la calle ni en el local. Varios dirigentes habían abandonado Iquique; Luis Víctor Cruz entre ellos, que ahora vivía en Antofagasta.

Yo me había despedido de mi madre el 30 de abril y bajado a Iquique para la celebración del Primero de Mayo, que me figuraba iba a ser un acto importante. Pero no hubo tal. En el local del Partido no se reunieron más de treinta personas.

Los compañeros me insinuaron que tomara el mando de aquel buque a punto de naufragar. Yo les contesté:

—Muy bien, camaradas. Si me hubiera quedado en Valparaíso, no me habría venido aunque me hubieran llamado. Pero puesto que estoy aquí y las cosas están como están, y puesto que ustedes lo desean, vuelvo a tomar la administración.

Volví, con mi familia, a vivir en el local del diario y asumí la administración. Sandoval continuó a cargo de la dirección, pero poco después debió trasladarse a Antofagasta y, además de la administración, tuve que tomar la dirección del diario. Había que empezar de nuevo en todo y la tarea fue dura. Todo el día y buena parte de la noche trabajaba para hacer funcionar ese engranaje, lo que se fue consiguiendo poco a poco. Se regularizó la salida del diario, primero una vez por semana, y luego tres veces. Cuando los compañeros vieron que las cosas se enderezaban, empezaron a volver a la imprenta. Algunos socialistas comenzaron a escribir regularmente en "El Despertar", entre ellos Mariano Rivas, quien llevó consigo a un zapatero anarquista, que solía escribir artículos y editoriales. Se llamaba Francisco Pezoa y entre otros de sus aportes literarios al movimiento, se contaba el "Canto de la Pampa".

131

Pezoa había cambiado la letra a una canción muy en boga en aquel tiempo, que decía:

*Cómo se han ido volando, ingrata,
las ilusiones que yo forjé ...*

transformándola en un canto de lucha y rebeldía de los trabajadores del salitre, aunque de tono y versos profundamente melancólicos:

Canto a la pampa, la pampa triste,

*reproba tierra de maldición
que de verdores jamás se viste,
ni en lo más bello de la estación,*

que luego prendió entre los pampinos y se hizo muy popular en el norte. Aún hoy el "Canto de la Pampa" es cantado en las concentraciones, y aunque los jóvenes no siempre lo conocen, para los viejos pampinos es un cúmulo de recuerdos, un símbolo de luchas y rebeldías de ayer.

Pezoa y Rivas redactaban la mayor parte de los artículos de "El Despertar", lo cual me dio oportunidad para trabajar de preferencia en la administración. Empezaron a pagarse las deudas, la luz volvió a la vieja casona que Recabarren eligiera para sede del Partido, y se regularizó también el pago de los salarios a los trabajadores. Agentes de "El Despertar" subían semanalmente a las oficinas salitreras a conquistar lectores, suscriptores y cooperadores. Es inútil decir que la mayor parte de los que nos ayudaron a resucitar el diario eran obreros. (Fueron chauchas y pesos difícilmente ganados por los pampinos, los que entonaron la economía de nuestro periódico. Y es lógico que fuera así, porque el carácter de "El Despertar" no había cambiado: seguía siendo un diario de lucha que reflejaba —lo mejor que podía— las aspiraciones de los trabajadores. Naturalmente en el aspecto noticioso no podía competir con los diarios burgueses.

132

En octubre de 1917 esos diarios, que podían pagar servicios cablegráficos del extranjero, empezaron a publicar noticias sobre la revolución de los bolcheviques rusos, a quienes se llamaba los "maximalistas", una traducción tal vez no muy perfecta; más adecuado habría sido sin duda "mayoritarios", pues eso es lo que significa bolchevique. Pero los trabajadores chilenos —incluso los socialistas— no teníamos entonces bastante perspectiva histórica ni bastante información para tomar el peso a la tremenda transformación que comenzaba a operarse en un país inmenso, al tomar el poder en sus manos los comunistas y comenzar la edificación del socialismo. Los diarios burgueses no hablaban como es natural de estas cosas; para ellos, la revolución de octubre en Rusia era sólo violencia, sangre y muerte. Se hablaba de las luchas en las calles, de crueldades, de hambrunas, etc. La muerte del zar Nicolás les dio abundante material para explayarse sobre las "barbaridades" que estaban ocurriendo en Rusia.

Apoyando las huelgas, los pliegos, las peticiones y movimientos reivindicativos de los trabajadores del norte, el diario empezó a irse para arriba. Cuando el tiraje aumentó y en sus páginas comenzaron a verse algunos avisos y los pedidos de la pampa aumentaron, propuse que "El Despertar" saliera todos los días. Luis Víctor Cruz, que había regresado a Iquique a asumir la dirección, se opuso; pero, planteada la cuestión ante la asamblea del Partido, se impuso la tesis de que las condiciones estaban dadas para que el diario, reducido a dos páginas y conservando su precio de diez centavos, apareciera todos los días.

Otro de los hechos que contribuyeron a aumentar el tiraje del diario, fue un escándalo ocurrido por aquellos días, que los otros diarios de Iquique silenciaron

convenientemente. En Pica, una especie de oasis enclavado en la pampa salitrera, hacia la cordillera, frente a la estación Pintados,

133

un marido engañado mató a balazos al amante de su mujer, que era un cura. Cuando la noticia se publicó en "El Despertar", nuestro diario fue acusado.

En esa época, los juicios de imprenta se ventilaban en forma muy diferente de la actual. Se elegía un jurado compuesto por siete personas, que debía dictaminar previamente si había o no lugar a la formación de causa. Ambas partes presentaban sus listas en las que se incluían personas que debían estar inscritas en los registros electorales. El diario perdió este jurado, pues de su lista fueron elegidas sólo tres, y cuatro de la lista contraria, que declararon, naturalmente, que sí había lugar a la formación de causa. Entonces se elegía un segundo jurado, que era el encargado, después de escuchar los alegatos, de dar la pena correspondiente, que podía consistir en multa o prisión o multa y prisión al mismo tiempo.

El revuelo que el asunto causó en Iquique fue extraordinario y el tiraje de "El Despertar" aumentó considerablemente. No sólo el tiraje, sino también la simpatía popular. Adelantándose a un posible fallo en contra, las gentes visitaban el diario y dejaban dinero a fin de ir formando un fondo para el pago de la multa. Sin embargo, ganamos el segundo jurado, compuesto por nueve ciudadanos, al conseguir que se eligieran siete de nuestra lista contra dos de la contraria. Uno de los jurados designados por "El Despertar" fue Alberto Brandau, director del diario radical "El Tarapacá". En medio de un clima de sensación que conmovió a todo Iquique, hizo su acusación el fiscal y más tarde pronunció el discurso de descargo el abogado designado por el diario, el radical Alejandro Cuadra Lazo.

En 1918 estalló una huelga de los obreros marítimos, por mejores condiciones de vida. El diario la apoyó, informó sobre ella y editorializó sobre las justas aspiraciones de estos trabajadores. Nuestra campaña se concentró sobre la necesidad de que otros gremios ayudaran a sus hermanos de clase, declarando la huelga solidaria.

134

Esto ocurrió muy pronto y a los marítimos se sumaron los trabajadores del ferrocarril y los del salitre. El movimiento adquirió así una enorme importancia y mucha semejanza con una huelga general.

Pero a los ocho días de huelga, la gente del salitre ya no podía resistir, cercada por el hambre, con las pulperías cerradas por las compañías y éstas negando toda ayuda o adelanto. Entonces, en un gesto de gran nobleza proletaria, fueron los propios marítimos los que rogaron y al fin convencieron a los pampinos de que volvieran al trabajo, pues con esos ocho días de solidaridad, el movimiento estaba ya casi ganado. Efectivamente, de esa huelga datan la redondilla y otras conquistas alcanzadas por los gremios del puerto de Iquique.

De nuevo todo el mundo en el trabajo, el incumplimiento de lo pactado obligó a los marítimos a volver a la huelga. Fue un movimiento largo y difícil, al cual "El Despertar" daba su diario apoyo.

Pero no había pasado una semana, cuando Iquique se vio lleno de tropas de ejército, hasta el punto de que sus calles me recordaban los aciagos días de diciembre de 1907. Trajeron buques de guerra y desembarcaron a las tripulaciones para que los marineros reemplazaran a los obreros en las faenas.

En medio de un clima tenso y preñado de amenazas, los krumiros uniformados desembarcaron sacos y más sacos, cuando una mañana, a las once y media, se oyó en los muelles un fuerte estampido. Luego las noticias empezaron a llegar al diario: una bomba, escondida dentro de un saco, había estallado, matando a un soldado. Las cárceles se llenaron de presos con una rapidez increíble y la represión amenazó extenderse más y más. Ese día no había nadie en la imprenta, salvo mi familia y yo. Rivas se hallaba en Arica, y Pezoa, como era su costumbre, a esa hora estaba bebiendo. A las dos y media de la tarde, un pelotón de policía bajo el mando del mayor Ernesto Grez, se hizo presente en el diario.

135

—¿El señor Elias Lafertte?

Yo me había presentado en mangas de camisa, pues me hallaba trabajando.

—Yo soy.

—Tiene que acompañarme. Traigo una orden de prisión para usted, emanada del juez del segundo juzgado, don Bonifacio Toledo.

¿Orden de prisión contra mí? ¿Qué diablos habría hecho que me tomaban preso?

—Muy bien, señor, respondí. ¿Puedo irme a poner la chaqueta?

Me llevaron al cuartel y esa misma tarde me pasaron a la presencia del juez. —¿Qué sabe usted de las bombas?

Aparte de la que había estallado en el muelle, parece que había explotado otra el mismo día.

—¿De las bombas? Absolutamente nada.

Me trasladaron al calabozo, donde quedé incomunicado. La cárcel estaba llena de trabajadores marítimos. Nos habían detenido en relación con el estallido de la primera bomba —que había explotado a las once y media en punto—, y gracias a las sutilezas detectivescas de la policía. Después supe toda la cuestión y no pude menos que reírme de tanto genio deductivo. Al lado de estos policías, Sherlock Holmes habría parecido un niño de pecho. Resulta que en La Puntilla tenía un negocio el boxeador Santiago Mosca, que era muy popular, negocio a donde los marítimos iban a comer pescado, a tomarse sus botellas de vino y a echar sus partidas de brisca. Ese mismo día, algunos obreros habían pintado con rústicas letras un letrero que decía: *Hoy a las 11 y media: Pichanga.*

Como a esa misma hora había estallado la bomba, la policía no había encontrado nada mejor que relacionar las horas y llenar la cárcel de marítimos. Y claro, a un socialista, administrador de "El Despertar", no estaba de más llevarlo a pasar unos días entre rejas.

Pasé varios días incomunicado, solo en una celda. Veía al carcelero dos veces al día, cuando me entregaba la comida que me llevaba Ilya. A veces me sacaban para interrogarme y luego me volvían al calabozo. Más adelante detuvieron a todo el personal del diario, por las airadas protestas que traía "El Despertar" por la arbitraria detención de su administrador. Ilya y el niño quedaron como únicos moradores de la casa. La policía le dio un salvoconducto que permitía a mi compañera entrar y salir, porque siempre había una guardia de dos "pacos" con la orden de impedir la entrada.

Llevaba ocho días en el calabozo cuando un día oí que un policía llamaba por sus nombres a los compañeros del diario que estaban presos, siguiendo luego la esperanzadora orden: "Vengan con todos sus monos", lo cual quería decir con su colchón y ropas. Esto me hizo pensar que iban a ponernos en libertad. Alrededor de las seis de la tarde estaban todos reunidos en el patio, cuando oí la voz del policía que me llenó de alegría.

—Eliás Lafertte con todos sus "monos".

Era la libertad. En el cuerpo de guardia pedí que me devolvieran mi reloj Waltham, del cual me habían privado al llegar, y salí.

Alcancé a divisar en la calle a Ilya, que me esperaba con el niño en brazos, y a mi madre, que al saber la noticia de mi detención había bajado desde "Santa Lucía". Pero antes de que alcanzara a reunirme con los míos, otros policías se habían dejado caer sobre mí.

—¡Queda detenido por orden superior!, me dijeron y me llevaron al cuartel de policía, donde fui introducido en una oficina. Pero, de paso por el cuarto de guardia, había visto a un compañero, a quien tenían también detenido: Guillermo Madariaga, quien continuamente viajaba por la pampa, vendiendo distintos objetos. Su oficio de mercachifle le venía de perillas porque no le era difícil llevar escondidos folletos, volantes y propaganda en general, que distribuía en las oficinas salitreras.

Desde la ventana de la oficina en que me dejaron,

podía ver a mi madre y a mi compañera, que se paseaban por la calle, esperando comunicarse conmigo. El oficial de guardia permitió que entraran y pudimos cambiar algunas palabras. Luego se fueron y me dispuse a pasar la noche allí, sentado en una silla.

A las ocho de la mañana, desfilando de a dos en fondo, Madariaga, yo y otros compañeros fuimos conducidos al juzgado. Yo tenía prohibición de cambiar palabras con nadie, pero no podían prohibirme que llevara los oídos atentos y así pude saber, o deducir mejor dicho, de las palabras de los presos, que esta vez no se trataba ya de las bombas, sino de unos volantes que le habían sorprendido y requisado a Madariaga,.

El juez se hallaba enfermo, de modo que no hubo audiencia. Me llevaron al cuartel de Investigaciones y ahí esperé hasta la tarde, en que, nuevamente en una fila de

"subversivos", fui conducido al juzgado. Uno a uno mis compañeros entraron a prestar declaración. Al último que llamaron fue a mí.

El juez tomó un impreso que tenía sobre la mesa.

—¿Conoce usted este volante?

Le eché una mirada. Era un volante del Centro Arte y Revolución, que funcionaba en el local del Partido.

—Sí, señor, lo conozco. Fue impreso en la imprenta de "El Despertar", de la cual soy administrador.

—¿Y qué significa esto de revolución?

—Bueno, es una cosa artística ...

—Sí, artística, dijo el juez irónicamente. Luego tomó otro volante y me lo pasó:

—¿Y esto, lo conoce?

Era un volante clandestino, llamando a la huelga.

—No, señor, éste no lo conozco.

—¿No fue impreso en su imprenta?

—No, señor. Ni siquiera tenemos allá estos tipos. Puede hacerlo comprobar.

Era uno de los volantes que le habían sorprendido a Madariaga y, efectivamente, no había sido impreso en "El Despertar".

Ese mismo día fui puesto en libertad y obtuve un

138

salvoconducto para poder entrar en la casa, a la cual no tardó la justicia en levantar la clausura y la vigilancia, puesto que ninguna relación pudieron hallar entre la Imprenta de "El Despertar de los Trabajadores", las bombas y los volantes clandestinos que llamaban a los marítimos a declarar la huelga.

XIII

La fatídica noche de un sábado de noviembre de 1918, resurgió violentamente una de esas agresivas ligas patrióticas que de tiempo en tiempo salían de la sombra para atacar a los peruanos. Secretamente organizado, un grupo de unos cincuenta individuos asaltó todos los negocios de Iquique que pertenecían a ciudadanos peruanos, pero por extraña casualidad resultaron destruidos en sus instalaciones, vidrios, etc., y robados, únicamente los negocios menores: las panaderías, verdulerías, la sastrería de Gamarra y un comercio de gramófonos y máquinas de escribir que había en la calle Tarapacá frente a la Plaza Condell. Los negocios de peruanos ricos, en cambio fueron escrupulosamente respetados. Se guardó muy bien ese Ku Klux Klan criollo de atacar, por ejemplo, la botica de Garlazo, cuyo propietario era un potentado peruano.

La liga patriótica —llamémosla así— formaba aquella noche una extraña procesión en su camino de odio y destrucción. Primero iban los "heroicos" atacantes, con palos, porras, piedras y armas, por supuesto. Seguían, en calidad de retaguardia protectora, algunos hombres de la policía y el ejército, y detrás de todos, solo, callado, sin actuar, pero observando atentamente lo que ocurría, marchaba un cura. Era el cura Merino Benítez, del Obispado de Iquique, el mismo que años antes había desafiado a una polémica pública a Luis Emilio Recabarren. Ese acto, como he relatado, no llegó a efectuarse por la intransigencia de los jóvenes radicales, que lo sabotearon. Cuando llegaban al negocio de un modesto comerciante

139

peruano, los "patriotas" se detenían y a una voz de su jefe, empezaban a romper los vidrios, a destrozar las instalaciones y cuanto encontraban y también a echarse al bolsillo, sin mucho disimulo, dinero o mercaderías.

La patota pasó frente al diario. Nosotros nos habíamos instalado en la azotea, con algunos compañeros pensando cómo podríamos defendernos de la horda! Conteniendo los latidos de mi corazón, oí que uno gritaba:

—¡La imprenta!

Otro, que seguramente estaba investido de mando, respondió:

—No, la imprenta no. Por esa vez, nos perdonaban la vida. Al día siguiente, mientras cobraba algunas cuentas del diario, oí una conversación de dos representantes de lo más florido del hampa iquiqueña.

—Puchas que tengo mala suerte, decía uno de ellos. Fíjate que anoche me curé temprano, así que no pude ir con los gallos de la liga patriótica... Pero los que fueron se armaron, con plata y cosas que pescaron... ¡La estaban dando!

He dicho que el cura Merino Benítez marchaba solo, a la retaguardia de la liga patriótica, y en su honor debo declarar que este sacerdote no tomaba parte en las barbaridades que los forajidos cometían, sino que iba tras ellos para observar y denunciar sus cobardes actividades. Sabía quizás que en medio del entusiasmo "patriótico", nadie lo habría escuchado si él hubiese hecho alguna insinuación cristiana de respetar a los semejantes. Entonces se dedicó a observarlos para poder después figurar como un testigo de sus iniquidades.

Así fue como envió algunos telegramas a "El Diario Ilustrado" relatando los hechos y protestando airadamente por ellos y por la impunidad que las autoridades militares y civiles garantizaban a sus autores. ¿Pero qué puede hacer un buen cura de provincia contra poderosos "patriotas" bien protegidos? El no estar de

140

parte de estos hampones con carta blanca, le valió la intriga que posteriormente significó su salida de Iquique. Pero la acción de los "patriotas" no se detuvo allí y los asaltos tuvieron cola. Cumpliendo con su deber, el cónsul peruano en Iquique protestó ante las autoridades por las vejaciones y atracos a sus compatriotas. Entonces, oficiales del ejército lo cogieron y lo embarcaron violentamente en un barco que iba hacia El Callao. La esposa del cónsul tuvo que quedarse a arreglar los asuntos de su marido. El martes, "El Despertar" protestaba airadamente contra este "pogrom" antiperuano. Nadie nos dijo nada ni se intentó represalia contra nosotros. Pero, como se verá por lo que voy a relatar en seguida, nos la tenían guardada.

El 19 de enero de 1919 había una huelga de los trabajadores marítimos de Iquique. Recuerdo que temprano llegó al diario Luis Víctor Cruz con dos o tres trabajadores que iban a darle informaciones. A las nueve de la noche, ocho hombres en plan de guerra penetraron como una tromba en el local. A pesar de que vestían de civiles, se vió por los tratamientos que se daban (mi cabo, mi sargento) y por los revólveres de que iban armados, que eran del ejército.

Nos amarraron los brazos a la espalda, a Cruz, a los marítimos y a mí, y después de pegarnos y patearnos, entraron al taller y oímos cómo empezaban a romper las

máquinas, a destruirlo todo, a empastelar los tipos mientras disparaban al aire, quizás para amedrentarnos, quizás como expresión de su euforia "patriótica".

Logré deslizarme hasta un corredor, por donde salí a un portón vecino a la puerta de la imprenta. Allí pude convencerme de que los asaltantes no eran civiles ni espontáneos miembros de alguna "liga patriótica": una fila de militares de caballería mandados por un oficial, custodiaban la entrada a la imprenta.

Pensé que era un poco inútil apelar a ellos, puesto que evidentemente estaban allí para proteger a los asaltantes.

141

Pero "El Despertar" era un diario legal y decidí denunciar a los que destruían la propiedad del Partido. Entonces grité: —¡Señores, están destruyendo la imprenta! — ¡Que se entre ese individuo!, gritó el jefe militar por toda respuesta. ¡Nadie puede salir! Entré por el portón hasta el fondo de la casa y escalando una muralla, me dejé caer hacia la casa vecina. No había otra cosa que hacer, que esperar.

Cerca de allí a no más de doscientos metros, el intendente interino de la provincia, Rubén Morales, esperaba el resultado de las "operaciones", acompañado del jefe militar, el famoso "Macho" Parada. Apenas se hubieron marchado los asaltantes y antes de que nosotros pensáramos en hacer la denuncia, ambos se hicieron presentes en la imprenta, y el propio Parada, hipócritamente, desató a Cruz.

Este me llamó y, anhelantes por conocer la cuantía de los perjuicios que nos habían causado, encendimos la luz y seguidos por las autoridades, nos dedicamos a inventariar los destrozos. Fue fatal para nosotros expresar en voz alta nuestra satisfacción porque la imprenta del diario no había sufrido en absoluto: toda la saña de los vándalos se había concentrado sobre la sección de obras. ¡Ese fue un gran error del cual más tarde Cruz y yo tuvimos que lamentarnos!

Pronto empezaron a llegar los compañeros a imponerse de los destrozos sufridos, a comentar los hechos y a maldecir a los cobardes asaltantes. Pero pronto también se fueron y sólo quedamos en la imprenta, mi familia y yo.

A la una y media de la mañana, cinco agentes de investigaciones llegaron a buscarme. —Tenemos orden de llevarlo a declarar.

—¿Ahora... ? ¡Cómo se les ocurre! En la mañana iré a declarar.

—No, señor, tiene que ser inmediatamente. Y si no va por las buenas, irá por las malas.

142

No tuve más remedio que vestirme y seguirlos. En el cuartel de investigaciones me encerraron en una pieza, dejándome incomunicado. A las cuatro de la mañana, sin haber prestado declaración alguna, me dijeron que podía irme. Al llegar a la imprenta, mi compañera me esperaba para darme malas noticias. Apenas había salido yo, nuevos personajes llegaron a la imprenta, encerraron a las mujeres en la sala de redacción y se dedicaron, ahora de un modo sistemático, a destruirlo todo. Y esta vez no le tocó a la sección de obras, sino a la del diario.

Mientras un soldado, carabina en mano, las amenazaba con darles de culatazos si se movían, hablaban o gritaban, oficiales del Carampangue y del Granaderos, armados de mazos y combos, rompieron las máquinas, destrozaron los rodillos uno a uno, vaciaron las cajas de tipos y destruyeron todo lo que era susceptible de ser destruido.

Tres días más tarde me mandaron llamar de la Intendencia.

—Tenemos entendido que ustedes han echado la culpa del asalto de la imprenta a oficiales del ejército...

—Sí, señor, ellos fueron.

—¿Qué pruebas tiene para hablar así?

Yo tenía el testimonio de un vecino, que a través de las ranuras de las tablas que separaban su casa del taller donde se imprimía "El Despertar", había identificado a los asaltantes. Pero me guardé muy bien de decirlo.

—De modo que les advierto que tengan mucho cuidado ... Si culpan a los oficiales, puede costarles caro...

Me llamaron a prestar declaración ante el juez Brücher. Era un hombre despectivo, insolente, acostumbrado a gritar a los pobres y a humillarse ante los poderosos.

—¿Su nombre?, me preguntó secamente.

—Elías Lafertte Gaviño.

143

—Elías Lafertte Gaviño, repitió dirigiéndose al actuario, que tomaba notas.

—¿Dónde nació?

—En Salamanca.

—En Salamanca, España, repitió Brücher mirando con un aire muy elocuente al actuario. Y aunque no lo dijo, en su tono estaba vibrando la acusación, que entonces era tan socorrida como ahora, de agente extranjero que viene a inmiscuirse en nuestros asuntos ...

Pero yo le quité la satisfacción, al decirle, bien recalcado:

—No, señor. Nací en la villa de Salamanca, departamento de Illapel, provincia de Coquimbo. Salamanca Chile, no Salamanca España.

—Muy bien, muy bien, no hay necesidad de que se enoje...

Y como si todo esto fuera poco, la imprenta destruida, el diario sin poder salir para denunciar los vergonzosos hechos protagonizados por militares y dirigidos por las autoridades civiles, aún nos llovió sobre mojado. Dos meses de atraso en el pago del arriendo de la casa, que era de propiedad del Banco Italiano, determinó el embargo: la justicia hizo retirar quince sacos llenos de tipos, que depositó en una bodega.

Y más aún, luego vino un estado de sitio por treinta días que el gobierno de Juan Luis Sanfuentes obtuvo del Parlamento so pretexto de un mitin que había anunciado en Santiago la Asamblea de Alimentación. La patente obtenida por el gobierno para apalea a los trabajadores en Santiago, le servía también para intentar intimidarlos a lo largo de todo el país.

Los compañeros y yo tuvimos que escondernos y vivir en la ilegalidad esos largos treinta días.

Otra vez había que empezar de nuevo. Pero Recabarren nos había enseñado que si el enemigo mil veces nos destruía, nosotros mil veces teníamos que levantarnos para seguir adelante.

144

Nuestra clase, nos decía, es la más fuerte. Sólo se necesita unirse, organizarse, engrandecerse. Después la burguesía pasará a segundo término y la clase obrera a dirigir el país y el mundo. Promovimos una gran campaña económica destinada a levantar nuestra casa, la casa del Partido, desde las ruinas que nos habían dejado. Todo el mundo contribuyó generosamente: los marítimos, los empleados de comercio, los panaderos, sindicalmente muy pagados de sí mismos, que se hacían llamar el "gremio-rey"; y sobre todo, los pampinos, los bravos hombres del salitre.

Peso a peso, centavo a centavo, se fue reuniendo la cantidad que necesitábamos, primero para pagar el embargo y luego para buscar una casa, reparar las máquinas dañadas, reemplazar las herramientas destruidas, comprar tipos, cancelar deudas. Cuando ya todo estaba hecho y comenzábamos de nuevo la lucha, en la que sin modestia debo decir que me cupo una parte importante, surgió una miserable intriga contra mí, fomentada por un hombre de apellido Romero, a quien habíamos dado cartas apelando a la solidaridad de los pampinos, que él llevaba en persona, aprovechando las facilidades que le daba su condición de agente viajero. Regresaba de las oficinas trayendo los generosos aportes de los pampinos para el diario y para el Partido. Este Romero insinuó nada menos que yo me había robado dinero del diario.

La calumnia me cogió de sorpresa y logró quitarme toda la serenidad con que había aprendido a afrontar las dificultades. Reconozco que esa vez se me olvidó todo y monté en cólera. ¡Yo robar dinero del diario, del Partido! ¡Yo, que desde 1912 no hacía otra cosa que entregar todo mi esfuerzo al Partido y al diario! Pedí una reunión para esclarecer este asunto y deshacer la intriga, pero en vez de escuchar con calma las mentiras de Romero y destruirlas con hechos, lo que habría sido muy sencillo, enceguecido por la furia, me porté de modo violento y agresivo, rebelándome contra la autoridad del Partido.

145

Fui expulsado, más que por la falsa acusación de robo, que en realidad ninguno de los compañeros tomó en cuenta, por mi actitud altanera e indisciplinada.

Muchos compañeros fueron a verme para manifestarme su solidaridad. Algunos me propusieron levantar tienda aparte, es decir constituir otro Partido Socialista. Pero yo rechacé de plano este temperamento.

—Nada de fracciones, les dije. El Partido debe conservarse unido. Mi expulsión es una tremenda equivocación, pero quizás la merezca por no haber sido capaz de obrar serenamente.

Nuestro pueblo suele decir que una desgracia nunca viene sola y esto es justamente lo que me pasó a mi en aquellos desventurados días. Junto a mi rompimiento con el Partido, vinieron otras calamidades a abatirse sobre mí. Murió mi cuñada Josefina, que se hallaba enferma de tuberculosis. Luego murió mi hijo Giordano Américo, a los cuatro años de edad. Lo atacó una meningitis cerebro-espinal y rápidamente se nos fue.

Abrumado moralmente, sin trabajo ni posibilidades de obtenerlo en Iquique, decidí marcharme a un pueblecito en lo alto del cantón Pozo Almonte, llamado La Guaica, en plena pampa, donde crecen el tamarugo y el algarrobo. En una carreta me embarqué con mi compañera, invitado a trabajar por un hombre que nos había acompañado largo tiempo en las tareas del diario: Nicolás Aguirre Bretón, que había dejado el periodismo por la agricultura. Había hecho sociedad con otro español, un señor Mendizábal, para explotar las excelentes tierras de La Guaica, donde se producían los más exquisitos melones de Chile. Pero Aguirre soñaba con producir no melones, sino verduras, choclos, hortalizas, que Iquique tanto necesitaba.

Yo no tenía ninguna experiencia en la agricultura. Sólo sabía lo que algunos pampinos, que anteriormente habían sido campesinos en el sur, me contaban, pero jamás había metido mi mano en tareas de la tierra. Fue, pues, una experiencia absolutamente nueva la que tuve, pala en mano, abriendo surcos o sembrando.

146

Pero parece que yo no tenía vocación para campesino y que no iba a echar raíces allí. Un día tuve un disgusto con Aguirre Bretón, por cuestiones del trabajo, y decidí volver a Iquique, donde las cosas no se me presentaron mejor.

Después de vagar algunos días por las calles, cesante, casi sin tener que comer, resolví volver a mis viejas querencias: me llamaba la pampa, donde había empezado, siendo un niño, golpeando con un pequeño combo de luma, los trozos de salitre. En la pampa no habría de faltarme trabajo.

Eso era al menos lo que yo creía. Pero los administradores de las oficinas tenían otra idea. Para ellos no era lo mismo el muchacho inocente de ayer que después del trabajo sólo se interesaba en las actividades teatrales o en el equipo de fútbol, que el hombre de más de treinta años que volvía hoy con experiencia política, que había trabajado junto al más temido enemi-

go de los patrones ávidos: Recabarren; el hombre que había administrado el diario que mostraba al desnudo sus peculados y abusos.

Con todo, logré encontrar trabajo en la oficina "Paposo", de la Dupont, en el cantón La Noria, donde me pusieron a cargo de las compresoras —dos chicas y una grande— que daban el aire a los filtros, para uno de los tres sistemas con que esa oficina trabajaba. Eramos dos obreros para esa tarea y teníamos que hacer guardias de siete, ocho y nueve horas seguidas. Mi jefe era un chileno de apellido Meyer, pero el supervisor era norteamericano.

Interesado ya para siempre en las cuestiones políticas y sociales, leía todos los días los diarios de Iquique, "El Despertar de los Trabajadores" y "La Provincia". "El Despertar" salía ya regularmente, en manos de nuevos compañeros. Un pampino iba diariamente a La Noria, a la hora que pasaba el tren, y desde él arrojaban un paquete con los diarios. Un día entró el norteamericano a controlar la presión de las compresoras y me sorprendió leyendo "La Provincia",

147

que, al igual que "El Despertar", atacaba a las compañías salitreras. Me despidió sin más trámites. Ya un sereno me había advertido que los gringos me vigilaban, porque conocían mis actividades en Iquique. Meyer quiso llevarme a trabajar con él en los filtros, pero el jefe yanqui se opuso y tuve que abandonar la oficina.

De regreso en Iquique encontré trabajo como tipógrafo en "El Tarapacá", que dirigía el balmacedista Felipe Alarcón. Regente de ese diario era Alejandro Zavala, un antiguo compañero del Partido. Allí trabajé hasta 1922.

El día 19 de enero de 1920, al cumplirse el primer aniversario del asalto, destrucción y empastelamiento de "El Despertar" por oficiales del ejército, los socialistas decidieron realizar un acto en el local del Partido. Entre los espectadores me hallaba yo. Los compañeros me miraron con interés y curiosidad, como si estuvieran impresionados al ver allí, entre ellos, como antes, como si nada hubiera ocurrido, a un antiguo socialista que volvía a reconocer cuartel.

* * *

A partir de ese día, me acerqué de nuevo al Partido y al diario, alentado por la fraternal acogida que los compañeros me habían dispensado. Aunque oficialmente no estaba reincorporado, seguía con interés los asuntos políticos y poco a poco fui recuperando la confianza de todos. Continuaba trabajando en "El Tarapacá" para ganarme la vida, pero dedicaba todas mis horas libres a yudar en el diario, parando tipos, compaginando o manejando la prensa.

Entretanto, Luis Emilio Recabarren había regresado de su viaje por Argentina, un viaje, desde luego, profundamente importante para la causa del socialismo y se hallaba en Antofagasta dirigiendo la Federación Regional del Salitre, que él había creado, y el diario del Partido. Se promovió entonces una conferencia en

148

Concepción, destinada a reorganizar la Gran Federación Obrera, que existía desde 1909, pero como una simple institución mutualista y Recabarren acudió a defender la tesis de que tan estrechos moldes debían tirarse por la borda, para que esa central obrera se convirtiera en una herramienta de combate, destinada a ganar mejores y mejores posiciones para la clase obrera.

Defendía la posición contraria, es decir la de conservar a la Gran Federación Obrera su restringido carácter mutualista, el abogado conservador Pablo Marín Pinuer, pero desde los primeros momentos se vio que la tesis de Recabarren se imponía por abrumadora mayoría. Así ocurrió y la conferencia de Concepción cambió radicalmente el carácter, el programa y hasta el nombre a la antigua organización, que salió robustecida, dotada de un verdadero empuje revolucionario y con seccionales en casi todo el país. Se le quitó al nombre la palabra "gran" y quedó sólo como Federación Obrera de Chile, la que iba a ser en el futuro la combativa y heroica FOCH, que incluyó en su programa la aspiración de socializar los medios de producción y dar al trabajo su papel de verdadera fuente creadora de vida.

Con esto se producía una mayor concordancia entre la ideología general de los trabajadores, que comenzaba a ser una ideología revolucionaria, totalmente diferente de la ideología burguesa, y los propósitos de su central sindical. Porque la FOCH, organizada a lo largo de casi todo el país, pasó a ser una herramienta para la lucha de

todo el proletariado chileno. Sindicatos y federaciones que antes marchaban cada uno por su lado, Mancomunales regionales y obreros pertenecientes a todas las fuerzas políticas, ahora tenían una bandera sindical que los cobijaba. En la FOCH estábamos los socialistas, los demócratas y los anarcosindicalistas, aun cuando éstos tenían una organización propia, de carácter internacional: la Industrial Workers of the World

149

(Trabajadores Industriales del Mundo), llamada comúnmente "La I.W.W." Secretario general de la FOCH fue elegido en el congreso de Concepción el obrero santiaguino Enrique Díaz Vera.

Al calor mismo de la lucha, se realizaron serios y profundos trabajos de organización, de los cuales nunca estuvo ausente Recabarren. Los trabajadores se agruparon en consejos provinciales, cada uno de los cuales llevaba un número: Consejo Ferroviario, número uno; Consejo Tranviario, número dos. Yo fui elegido secretario del Consejo Provincial de la FOCH en Tarapacá, al cual estaba adherido en mi calidad de obrero gráfico.

1920 fue, por otra parte, un año de intensa agitación política. Alarmada por este pujante movimiento de los obreros, la reacción gobernante veía por otro lado un serio peligro en la candidatura a Presidente de la República de Arturo Alessandri Palma. Buscando precisamente la forma de impedir la elección del caudillo de la Alianza Liberal, el gobierno de Sanfuentes inventó un conflicto con el Perú, con el cual estaba pendiente de arreglo la cuestión de Tacna y Arica, y se ocupó de crear, un clima chovinista y antiperuano tan fuerte que pudiera permitirle incluso decretar la movilización. Fue una pantomima tragicómica que le costó muchos millones a la economía nacional, a la cual se llamó "la guerra de don Ladislao", aludiendo al entonces ministro de guerra Ladislao Errázuriz Lazcano, que tanto entusiasmo puso en la maniobra. En todo el país se empezó a reclutar trabajadores y estudiantes para movilizarlos a Arica y Tacna, que estaba entonces bajo el dominio de Chile. Pero en los cuarteles solían ocurrir cosas curiosas, que desalentaban a los conservadores, que manejaban el aparato "guerrero". Cuando a los reclutas se les hacía dar un paso al frente y se les ordenaba que gritaran ¡Viva Chile!, frecuentemente gritaban ¡Viva Alessandri!

Los estudiantes, que en esa época comenzaban a ligarse a los obreros, comprendieron claramente que la

150

"Guerra de don Ladislao" era un sánete político y lucharon organizadamente contra ella. Los dirigentes fueron apresados, relegados o tuvieron que esconderse. De esa época data la muerte de un estudiante y poeta afiliado a la I. W. W., a quien las generaciones nuevas consideran como un mártir de la causa estudiantil: Domingo Gómez Rojas, muerto a causa de los malos tratos recibidos en la cárcel y en la Casa de Orates, a donde se le condujo después.

Las elecciones se presentaban muy peleadas, pero los observadores políticos comprendieron que el partido pelucón no podría detener a Alessandri, pues su demagogia había prendido en las masas. Por primera vez, en efecto, un político burgués llamaba crudamente las cosas por su verdadero nombre. Fue entonces cuando se popularizaron términos como "oligarquía", "canalla dorada", "viejos del Senado", todos ellos tomados de los discursos de Alessandri.

Pero su demagogia no llegó a nuestras filas, porque nosotros teníamos un concepto más o menos claro de la cuestión de clases, que habíamos aprendido de Recabarren, y comprendimos que ningún voto socialista podía darse a Alessandri. Como un saludo a la bandera, proclamamos candidato a Recabarren, en un manifiesto que fijaba nuestra posición, en el que aparecían numerosas firmas, entre otras las de José Ibsen Cohén y Manuel Hidalgo Plaza.

Un diputado demócrata llegó a Iquique a tratar de convencernos de que abandonáramos la candidatura de Recabarren para proclamar a Alessandri, pero el Partido dijo que no. La elección, en la cual Recabarren sacó muy pocos votos, fue muy agitada. Los representantes de Alessandri y de su contendor, Luis Barros Borgoño, cohecharon en forma desvergonzada y la intervención en favor del conservador tuvo caracteres igualmente cínicos. Ganada la elección por Alessandri, los reaccionarios, que no se decidían a entregar el poder al caudillo de la Alianza Liberal, que tan suelto de lengua se había mostrado en

151

su audaz campaña política, empezaron su tira y afloja en el tribunal electoral.

Por aquellos días se produjo una huelga de los trabajadores de la imprenta de "La Provincia", la cual contrató krumiros para reemplazarlos. Luis Víctor Cruz y yo asumimos la dirección de la huelga y después de muchas peleas y escaramusas callejeras, conseguimos que los krumiros fueran retirados. Las autoridades se aprovecharon de esto para acusarnos, a Cruz, a Barra Woll y a mí, de agentes de la revolución alessandrista y tuvimos que escondernos para no caer presos. ¿Qué había de este pretendido alessandrismo nuestro?

En los momentos en que el tribunal electoral discutía aún el triunfo de Alessandri, había llegado a Iquique un diputado conservador, pero alessandrista fervoroso, Ricardo Bueno Cruz, a conseguir que los socialistas, con su enorme influencia en la pampa, presionaran en favor del caudillo liberal. Nosotros estudiamos el problema y llegamos a la conclusión de que entre los dos candidatos burgueses, el menos desfavorable era Alessandri. Además, reflexionamos, había que impedir que triunfara una práctica tan viciosa como esa de desconocer el resultado de las urnas, que ya una vez había dado por resultado el robo de su diputación a Recabarren. Así, pues, decidimos darle nuestro apoyo y presionar para que el triunfo de Alessandri fuera respetado.

Después que el tribunal de honor declaró por fin, y gracias a una gran presión popular que se ejerció a través de todo el país, que Alessandri era el elegido, el diputado Bueno Cruz nos invitó, a Cruz y a mí, a almorzar en Cavancha. Quería, dijo, hablar de política con "tan generosos y leales amigos". Yo no pertenecía oficialmente al Partido Socialista, de modo que decliné la invitación y propuse que en mi lugar fuera Salvador

Barra Woll. En este almuerzo se habló, efectivamente, de las elecciones de parlamentarios, que debían verificarse en marzo del año siguiente. Los camaradas le expresaron a Bueno Cruz que los socialistas deseaban

152

llevar un candidato a diputado por Tarapacá y pidieron el apoyo de los alessandristas. Estos estuvieron de acuerdo, así como también los radicales, uno de cuyos hombres había asistido al almuerzo en Cavanha. Así fue como en 1921 presentamos como candidato a Luis Víctor Cruz y éste fue elegido.

Como se ve a través de mi relato, mis relaciones con el P.O.S. eran muy buenas. Mis antiguos detractores, entre ellos Romero, ya no estaban en Iquique o habían cambiado de actitud. Yo continuaba trabajando en "El Tarapacá" y dando mi esfuerzo gratuito, fuera de las horas de trabajo a "El Despertar de los Trabajadores".

A comienzos de 1921, Recabarren, de regreso de un viaje a Santiago, fue esperado en la estación del "Longino" Aguas Blancas, cerca de Antofagasta, por una delegación de pampinos que le pidieron fuera a ofrecerles algunas conferencias en la oficina salitrera "San Gregorio". Recabarren aceptó de inmediato. Su política era la de no negar jamás su colaboración a la clase obrera. Su permanencia en "San Gregorio" no duró más de dos días, al cabo de los cuales regresó a Antofagasta, donde su candidatura a diputado había sido proclamada por los socialistas.

Días más tarde estalló en "San Gregorio" una huelga y a pesar de que las peticiones de los trabajadores eran de orden menor y todo hacía creer que serían solucionadas satisfactoriamente y por acuerdo mutuo, las cosas se encresparon. Los pampinos querían entenderse directamente con el administrador, un inglés de apellido Johnson, que era persona bastante tratable, con quien los trabajadores a menudo llegaban a acuerdo. Pero el intendente, como ocurría también muy a menudo, ávido de ganar el aplauso del gobierno y las compañías, se "pasó de preparación" y de inmediato hizo subir tropas del ejército y de carabineros, éstas últimas al mando del capitán Cristi y del teniente Argandoña. Precisamente un día que se iba a realizar un parlamento entre Johnson y los pampinos y que éstos

153

avanzaban hacia la administración de la oficina, el capitán Cristi, sin justificación alguna, ordenó disparar.

La descarga dejó en el suelo a varios obreros. Algunos de éstos, que llevaban armas, dispararon a su vez y cayeron el administrador inglés y el teniente Argandoña. Esto desencadenó la masacre y numerosos pampinos cayeron bajo las balas de soldados y carabineros. Pero los trabajadores repelieron el ataque y obligaron a huir a Cristi y sus hombres.

Entre el montón de caídos, había varios pampinos heridos, que aún podían ser salvados, y sus compañeros se encargaron de llevarlos, en un viaje lleno de esfuerzo y heroísmo, hasta Antofagasta, donde los ocultaron en un altillo del local obrero de Covadonga Nueva. Secretamente se llevaban médicos que los atendieran y casi todos, a pesar de las condiciones tan precarias en que se hallaban, lograron recuperarse de sus heridas.

Naturalmente, las autoridades quisieron aprovechar esta oportunidad que se les brindaba para cargar los hechos de San Gregorio a la cuenta de Recabarren y lo hicieron detener. Pero la demostración hecha por el líder socialista, de que los únicos culpables eran los carabineros y militares, y la enorme presión popular que se desató, obligaron al gobierno a ponerlo en libertad.

* * *

El primer domingo de marzo de 1921 se realizaron las elecciones parlamentarias y los pactos electorales de socialistas con radicales dieron buenos resultados. Dos diputados obreros fueron elegidos por amplia mayoría: por Antofagasta, Recabarren, que iba en la lista del candidato a senador radical Héctor Arancibia Lazo, Y por Tarapacá Luis Víctor Cruz, que iba en la lista de Ramón Briones Luco. El P.O.S. consideró como un gran triunfo el hecho de poder mandar por primera vez al Parlamento, a dos de sus mejores hombres.

Antes de partir a Santiago a incorporarse a la Cámara

154

de Diputados, Recabarren decidió hacer una jira de ocho a diez días a Tarapacá. Inmediatamente programamos visitas, actos y conferencias del diputado electo, mientras nos disputábamos cordialmente el placer de hospedar a nuestro líder. Recabarren alojó en la casa de Barra Woll y almorzó en la mía y en las de otros compañeros.

Para el día anterior a su partida a Santiago habíamos acordado realizar un acto público en la Plaza Condell. Cuando Recabarren, desde el quiosco, estaba pronunciando su discurso, se oyeron varios disparos que partían desde el auditorio. Alguien dio la voz: ¡Al suelo! y varios de los camaradas se echaron a tierra para capear las balas. Yo permanecí en pie, junto a Recabarren, mientras algunos socialistas se precipitaron sobre los agresores para impedir que siguieran disparando. Estos resultaron ser elementos balmacedistas.

Los policías intervinieron cuando ya los compañeros habían reducido a los agresores y quisieron suspender el mitin. Pero Recabarren, que con gran serenidad había eludido los disparos, continuó su discurso y el acto siguió adelante hasta su término normal. Al día siguiente, Recabarren y Luis Víctor Cruz se embarcaron para Santiago, donde los esperaba una intensa jornada de lucha.

Posteriormente se realizaron en Iquique las elecciones municipales. Los radicales, que se habían dormido sobre sus laureles electorales, subestimaron un movimiento que había surgido, apoyado por los reaccionarios y por Monseñor Caro, llamado Concentración Obrera, para contrarrestar el ímpetu del movimiento popular que encabezaban los socialistas. Estos pseudo obreros tenían sus secretarías electorales en plena plaza pública y el día de la elección, con gran sorpresa de todo Iquique, obtuvieron cinco candidatos triunfantes: el estibador Avalos, conocido como jugador y hombre de mala vida: un jornalero de apellido Portillo; un obrero de la Maestranza de los Ferrocarriles, un carpintero y un carretero.

Los radicales eligieron sólo a tres de sus candidatos y los socialistas a uno, Enrique Salas.

En la primera sesión municipal se produjo un enorme escándalo cuando los regidores de la Concentración Obrera sacaron a luz los trapos sucios de los radicales que habían tenido el dominio de la administración anterior. El radical Armando Valenzuela, tesorero municipal, tuvo que esconderse para eludir la furia popular y durante más de cuarenta días permaneció oculto.

Para elegir tesorero, los de la Concentración Obrera necesitaban los dos tercios de los votos, es decir seis, y sólo contaban con cinco. Entonces se decidieron a solicitar el voto socialista. Salas lo dio, pero dejando a salvo su responsabilidad por lo que pudiera ocurrir.

Fue una precaución muy prudente, pues a poco andar, estos "obreros" protegidos por la Iglesia, empezaron a hacer de las suyas, dejando pálidos los escándalos de los radicales: los suyos fueron mucho más desvergonzados. Los dineros municipales fueron dilapidados, cuando estos "trabajadores" entraron a saco en las arcas para darse buena vida. Todo Iquique dio muestras de repudio cuando el estibador Avalos abandonó sus ropas de trabajo para vestir la levita de los burgueses. No tenía reparo este sujeto en pasear en coche abierto por las más concurridas calles de la ciudad, acompañado de prostitutas de cartel, a quienes llevaba luego a comer a los restaurantes más caros de Cavanca.

Todos los regidores "obreros", sin excepción, fueron a parar a la cárcel acusados de robo y al reorganizarse la municipalidad, resultó elegido alcalde el socialista Enrique Salas.

XV

No he contado que, entretanto, me había separado de Ilya Gaete, mi compañera. Después de la muerte de nuestro hijo y cuando debiéramos quizás habernos unido más, la vida común comenzó a hacerse difícil, y entonces decidimos apartarnos.

Yo me uní a otra mujer, Leonor Rojas, pero a menudo teníamos dificultades a causa de un compañero que ella había tenido anteriormente y, por consejos de mi madre, acordamos marcharnos al sur para evitar las persecuciones de un obsesionado. Nos embarcamos, pues, hacia Valparaíso, a donde llegamos el primero de abril de 1922.

Nos fuimos a vivir en casa de un compañero del Partido, Roberto Arias, donde permanecimos alrededor de un mes. Encontré empleo en un periódico llamado "El Herald", que vivía de la publicación de los edictos municipales, reuniones, citaciones, permisos, decretos, pedimentos de minas, etc. Leonor halló trabajo en un taller de costura.

Pero esto no duró mucho. Apenas Recabarren supo que me hallaba en Valparaíso, me escribió pidiéndome que me trasladara a Santiago, donde había para mí un cargo de

ayudante de compaginador en el periódico "La Federación Obrera", que había empezado a publicarse diariamente en la imprenta que la FOCH tenía instalada en calle Tenderini esquina de Agustinas, frente al Teatro Municipal.

Partimos a Santiago el último día de abril y desde la estación Mapocho me fui directamente al local de la FOCH, donde iba a trabajar. Me encontré con una imprenta en forma, muy diferente por cierto de la de Iquique. Había dos linotipias, máquinas que yo jamás había visto, y un taller muy bien montado en el primer piso de Tenderini, donde funcionaba además la administración del diario. En el segundo piso estaban las oficinas de la Junta Ejecutiva de la FOCH.

Al día siguiente, Primero de Mayo, salí en un automóvil con Recabarren. Fuimos a visitar los albergues, donde el gobierno de Alessandri mantenía en pésimas condiciones de vida y de salubridad a los obreros del norte que había traído a Santiago a raíz de la

157

paralización de numerosas oficinas salitreras. Estuvimos en tres albergues, donde encontré a algunos viejos compañeros de mis días de pampino. En todos ellos acogían a Recabarren con grandes demostraciones de cariño y respeto. En la tarde fuimos a un mitin en la Alameda, donde Recabarren pronunció un discurso lleno de contenido y agitación.

Recabarren nos invitó, a mí y a mi compañera, a compartir la casa donde él vivía con Teresa, en Andrés Bello 360, al llegar a Manzano. Vivía también allí Eduardo Bunster, un hombre muy ligado al movimiento obrero, que poseía en la calle San Diego una zapatería llamada "El Soviet". A través de largos años y pasando por gobiernos, cada cual más reaccionario que el anterior, el orgulloso letrado "El Soviet" se mantuvo impertérrito en la zapatería, hasta que ésta desapareció o quizás fue vendida y el nuevo dueño le cambió nombre. La casa de Andrés Bello era bastante grande y Recabarren ocupaba en ella un dormitorio, una cocina y un comedor. Luego venía la pieza de Bunster y finalmente la mía y mi cocina y comedor.

Luis Emilio Recabarren había envejecido, aunque sólo en su aspecto exterior. Ya no usaba los erguidos bigotes negros con que yo lo había conocido el año 11, iba afeitado y sus sienes griseaban de canas. Pero interiormente era el mismo hombre incansable, con capacidad para trabajar veinte horas seguidas y después ... seguir trabajando. Sus discursos eran igualmente vibrantes y al mismo tiempo igualmente serenos. ¡Cuanto había aprendido en esa década, en sus viajes, en los libros y al calor mismo de la lucha! El Partido y la FOCH, bajo su dirección, eran entidades grandes y respetables, que cada día conquistaban a nuevos sectores de la clase obrera. Pero Recabarren no se había envanecido por estos grandes progresos. No, seguía siendo tan modesto como antes, tan afable en su trato con los compañeros, tan sereno en sus relaciones con los políticos de otros bandos, como lo había conocido en Iquique.

158

En la imprenta me encontré con viejos conocidos de Iquique y de la pampa. Estaba desde luego, Luis Víctor Cruz, diputado y director del diario "La Federación Obrera"; Tomás Connally trabajaba como cajero. Trabé conocimiento con compañeros que allí

trabajaban y amigos del movimiento obrero, entre los que recuerdo a Alfredo Montecinos, que era ayudante del cajero; al escritor José Santos González Vera, que trabajaba en la corrección de pruebas; a Enrique Díaz Vera, Manuel Hidalgo Plaza y Carlos Alberto Martínez, que eran miembros de la Junta Ejecutiva de la FOCH; a Castor Vilarín y Carlos Alberto Sepúlveda, de la junta provincial, y a tantos otros.

Ese año estuvo señalado por una intensa agitación obrera y estudiantil. Frecuentemente se realizaban mítines que terminaban con apaleos y detenciones de obreros y universitarios. Los diputados socialistas eran los encargados de ir a sacarlos de las comisarías. Yo me había incorporado a la FOCH, pero a través de un Consejo Ferroviario, pues los gráficos no estaban aún afiliados a la central obrera.

Como dirigente gráfico, me correspondió actuar y ayudar a ganar una huelga de los trabajadores de las imprentas. Previamente tuvimos que sacar, usando la violencia, a los krumiros que Universo había contratado, lo que hicimos en las barbas mismas de la policía y de su jefe, el prefecto Manuel Concha Pedregal, en el local de calle Romero esquina de Matucana.

También me incorporé, siguiendo mis viejas aficiones, al conjunto dramático que funcionaba en el local que los gráficos teníamos en Eleuterio Ramírez. Mi compañera Leonor trabajaba igualmente en las obras que poníamos semanalmente en escena.

Muy pocos meses antes de mi llegada a Santiago, en 1922, se habían realizado dos congresos en Rancagua: primero el de la Federación Obrera de Chile, que acordó en él su afiliación a la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú; el otro había sido el del Partido Obrero Socialista, que cambió su nombre por el de

159

Partido Comunista y solicitó su inclusión como sección chilena de la Internacional Comunista. Yo no pertenecía en esa época al Partido, pues, como he relatado había sido expulsado en Iquique, aunque en realidad gozaba de la confianza de los camaradas y especialmente de Recabarren. No estuve en esas reuniones, de modo que de ellas sólo conozco lo fundamental, los trascendentales acuerdos adoptados, y no los detalles. Pero más adelante tendré oportunidad de hablar de estas materias, del internacionalismo proletario que guió los pasos del Partido Comunista desde sus primeros días y también del papel que desempeñó la Internacional Comunista en el desarrollo de nuestro Partido y de otros partidos comunistas.

A fines de 1922, Recabarren emprendió un viaje a Rusia, donde permaneció algunos meses. Asistió a una reunión de la Internacional Sindical Roja y, a través de su viaje, envió algunas correspondencias que se publicaron en "La Nación". "La Nación" era entonces un diario independiente, que dirigía su fundador, el político liberal Eliodoro Yáñez, y no había pasado a ser aún órgano del gobierno ni concentraba sobre sí el enorme repudio que ha alcanzado después, en distintas épocas de su existencia, y principalmente bajo la dirección de "Volpone". El zarpazo se lo dio más tarde la dictadura de Ibáñez. Eliodoro Yáñez fue desterrado a Europa y varios de los redactores que con él trabajaban y que él había formado periódicamente, pasaron a ser conspicuos y entusiastas panegiristas del "Chile Nuevo" de Ibáñez.

Regresó Luis Emilio Recabarren en 1923 e inmediatamente emprendió una amplia acción para dar a conocer las características principales de la transformación que se estaba operando en Rusia. Todas las especulaciones que la reacción ha hecho sobre una pretendida decepción sufrida por él en Rusia, son simples calumnias interesadas. Aunque le correspondió visitar el primer Estado obrero en años difíciles, en que aún no terminaba el cerco militar de los imperialistas y las

160

condiciones económicas eran tan duras que Lenin había tenido que acudir a la política que se llamó NEP, Recabarren captó y comprendió de inmediato la importancia de Rusia, de la Revolución de Octubre y la necesidad de su subsistencia como país socialista, para el movimiento obrero de todos los países. Esto consta de sus conversaciones, de sus artículos, de sus discursos en sus jiras y de su folleto "Rusia obrera y campesina", escrito inmediatamente después de su regreso.

En 1923, llevando varios paquetes y maletas llenos de material de propaganda, principalmente de su folleto sobre Rusia, Recabarren partió en una jira por Tarapacá y Antofagasta, acompañado de Ramón Sepúlveda Leal. Recuerdo que éste no tenía muchas ganas de ir, pero finalmente se le hizo ver que era un deber político hacerlo. Partieron en el Longitudinal y como casi todos los que emprendía Recabarren, fue éste un viaje accidentado, con zozobras y éxitos. En la estación de Pintados, donde mi madre trabajaba, Recabarren la vio y le dio noticias mías. En Zapiga tuvo que permanecer largas horas y pasar una noche a la intemperie, en un corte del ferrocarril, porque los policías, no obstante su condición de diputado, no lo dejaban seguir a la oficina "San Antonio" de Zapiga, ni tampoco a la estación Zapiga. Pero la jira se completó, como siempre, con un gran trabajo de propaganda y organización.

Entretanto yo había caído enfermo, con terribles dolores al estómago y al hígado y los compañeros llevaron, para que me visitara, al doctor Lois, un radical famoso más que como médico, como ateo y enemigo del clericalismo. Lois me hizo un rápido examen y luego dijo tajantemente:

—Este hombre se va a morir ... Está muy viejo... de todos modos le voy a dejar esta toma.

No me sentí muy bien que digamos después de escuchar diagnóstico tan pesimista. En cuanto a mi "vejez", hay que tener en cuenta que no cumplía aún treinta y siete años.

161

La "toma" me produjo dolores terribles y una especie de locura, que se tradujo en delirios y otros síntomas. Al cabo de ocho días, me levanté muy maltrecho y fui a ver al doctor Juan Gandulfo, uno de los más famosos estudiantes perseguidos el año 20, y que era asiduo visitante de "La Federación Obrera". Gandulfo me mandó al hospital San Vicente, aconsejándome que me fuera al pensionado.

¿Cuánto valdría el pensionado? Había camas de quince, doce, diez, cinco y dos pesos. Tomé una de dos pesos, la número trece de la sala San Antonio, que dirigía el doctor Ernesto Prado Tagle. Allí me atendieron el doctor Quijano, que estaba ligado al movimiento socialista, y el doctor Aldunate Phillips. Este último fue el encargado de hacerme la historia clínica. Me preguntó nombre, edad, peso, etc. y al llegar al capítulo "religión", le contesté muy orgullosamente.

—Soy ateo.

—Yo también soy ateo, me dijo el médico, pero llevo esta medallita colgada al cuello, porque me la regaló mi madre.

Me llevaron al laboratorio Sanitas, en la calle Huérfanos, para hacerme una radiografía, que en aquella época no se hacían en los hospitales, y al cabo de diez días me dieron de alta.

* * *

En 1923, el Partido Comunista celebró un congreso en Chillan. Se realizó también un congreso de la FOCH. En él fui elegido, a propuesta de Recabarren, para formar parte, por primera vez, de la Junta Ejecutiva de la FOCH, en la que estaban también Carlos Alberto Martínez, Luis Víctor Cruz y, como secretario general, Roberto Salinas Astudillo, un pintor de automóviles (padre del ex diputado socialista Sergio Salinas) . Manuel Hidalgo, a quien Recabarren tenía visible distancia, no fue reelegido. A mí me nombraron tesorero nacional.

162

Poco tiempo después, la casa de la calle Andrés Bello se deshizo y mientras Recabarren y Teresa se iban a vivir a la calle Dominica, en casa de las hermanas de Luis Emilio, mi compañera y yo alquilamos una pieza en una casa de la calle Lillo esquina de Recoleta, donde vivían algunos artistas.

Ese mismo año se produjo una vacante en el Senado y otra en la Cámara de Diputados, ambas por Santiago, y el Partido decidió presentar candidatos para ambos cargos. Para diputado lanzó la candidatura de Ramón Sepúlveda Leal, quien debía competir con el conservador Tito Lizzoni. Candidato a senador fue proclamado Manuel Hidalgo. Se vio entonces una cosa tan curiosa que nos resistíamos a creerla. En vez de instalar su secretaría electoral con Sepúlveda Leal, como era lógico, Hidalgo la instaló con... Tito Lizzoni. Ambos candidatos se perdieron y un tiempo después, Hidalgo fue marginado del Partido.

Una pérdida sensible experimentada aquel año por la FOCH fue la de los ferroviarios, quienes en un congreso realizado en San Fernando acordaron levantar tienda aparte de la que agrupaba a la mayoría de los trabajadores chilenos. Con ellos se fue Carlos Alberto Martínez.

XVI

El 5 de septiembre de 1924, después de treinta y tres años, se quebró la normalidad constitucional al producirse el golpe de estado militar contra el gobierno de Alessandri. El Presidente de la República fue desterrado a Europa, sin que nadie pensara siquiera en defenderlo, tan estéril había sido su gobierno, y una junta de generales se hizo cargo del poder, en medio del más entusiasta apoyo de los conservadores. Nosotros enfocamos el asunto, fundamentalmente, como el reemplazo de un gobierno reaccionario y antiobrero, por otro más reaccionario, pero sin dejar de advertir que

163

mientras el gobierno de Alessandri era legítimo, de tipo constitucional, el de la Junta Militar era de facto.

Desde el principio, el gobierno trató de atraerse a los gremios con promesas que iban de lo humano a lo divino, pero los trabajadores comprendieron muy bien, no sólo por su propia intuición de clase sino también a través de las discusiones en sus organismos, que una Junta Militar no podía ofrecerles garantías. Rechazaron, pues, de plano, la idea de ligarse a los militares golpistas.

Recabarren, que ya no era diputado y no tenía, en consecuencia, la tribuna parlamentaria para exponer su pensamiento, dio tres conferencias para explicar al pueblo las características de la nueva situación política.

Al terminar su período de diputado, se había presentado a una nueva postulación, esta vez por Santiago, pero no resultó elegido. A pesar del fervor que su nombre y su palabra despertaban en los medios proletarios, la cuestión electoral en Santiago era muy difícil, pues todos los vicios electorales que existían (y aún subsisten), en la capital se acentuaban aún más.

He leído en una biografía de Recabarren recientemente publicada que el líder no se presentó a la reelección, lo cual es un error histórico que quiero rectificar. Para respaldar esta afirmación equivocada se hacen algunas consideraciones sobre el concepto que Recabarren tenía acerca del parlamento burgués. Al respecto, puedo asegurar que para él el parlamento era un medio, no el principal, por cierto, para luchar. Pero creía también que los socialistas debían aprovechar cualquier resquicio que dejara el edificio montado por el capitalismo, para meter una cuña. Además, no tenía razón para haberse decepcionado, porque a través de su período parlamentario, había dicho en la Cámara, con su habitual valentía, todo lo que tenía que decir: había manifestado su asco por la corruptela que cada día se develaba en mayores y más sucios escándalos; había expresado el pensamiento de los obreros frente a los traficantes, los abogados de compañías extranjeras,

164

y los profítadores; y había llevado también la voz de los trabajadores que pedían justicia contra los abusos capitalistas.

Cuando Recabarren iba a hablar, en la Cámara se producía expectación. Nosotros íbamos, a la galería a escucharlo y aplaudirlo. Hablaba ante los honorables, lo mismo que ante los obreros, sin modificar su vocabulario sencillo y claro, su tono tranquilo, sus convicciones firmes. Las cosas que tenía que decir las decía tranquilamente, impertérrito ante las interrupciones indignadas de sus enemigos de clase. No tenía empacho en plantear las cuestiones más revolucionarias; todo lo exponía con la sinceridad del que tiene bien arraigadas sus convicciones. Tanto era así, que un diputado muy nombrado, un tal Grez Padilla, llegó a pedir que la Cámara estableciera un tribunal de censura para poder atajar "la agitación revolucionaria" que contenían los discursos de Recabarren ...

En enero de 1924, a raíz de la muerte de Lenin, le rindió un homenaje haciendo un sobrio retrato del gran revolucionario ruso y pidió que se enviara un telegrama de condolencia al gobierno de Moscú. ¡Para qué decir que la indicación fue rechazada!

Al terminar su período, en marzo de 1924, postuló, pues, junto a otros camaradas, a cargos parlamentarios. En sus tres conferencias, Recabarren rechazó de plano la idea de colaborar con los generales facciosos. Una de éstas se verificó en el teatro Esmeralda, otra en el O'Higgins, y la última en el Septiembre, teatros todos del circuito Valenzuela Basterrica. Otra tuvo lugar en Valparaíso, el día 8 de diciembre de 1924. ¡Quién iba a decirnos que ésta sería la última actuación pública del líder obrero!

Antes de marchar a Valparaíso, Recabarren me había pedido que le preparara un estado de las cotizaciones de los consejos regionales de la FOCH a través de todo el país. En Valparaíso, Recabarren, dando muestras de un espíritu visionario realmente notable, planteó una aspiración que infortunadamente los gremios

165

de empleados, agrupados en la Unión de Empleados de Chile, rechazaron: la unidad de obreros y empleados. Aspiración táctica de enorme envergadura, si en aquella época se hubiera realizado, otro habría sido el destino de los asalariados chilenos. ¡Hubo que esperar casi treinta años para que esta unidad, esta conjunción de trabajadores manuales y empleados se hiciera realidad, en el seno de la Central Unica de Trabajadores!

Por esos días se realizó un acto en el Teatro Septiembre, situado en Lira esquina de Alameda, para protestar contra la deportación a Argentina que el gobierno militar acababa de hacer del abogado y antiguo líder estudiantil, Daniel Schweitzer. Luis Víctor Cruz, en un discurso de fuego, fustigó esta medida dictatorial. Se había acordado realizar un desfile después del acto, pero la policía lo impidió con uno de sus clásicos apaleos.

Aunque veía casi diariamente a Recabarren en los talleres del diario, donde yo seguía trabajando como compaginador, o en las oficinas de la FOCH, donde realizaba mis labores de tesorero nacional, creo que la última conversación con él fue la que tuve el 17 de diciembre.

—Elias, me dijo, ¿se acuerda del informe que le pedí sobre el estado de las cotizaciones de los consejos regionales?

—Claro.

—Bueno, necesito que lo amplíe aún más. Quiero conocer el estado de las cuotas, no ya de los consejos industriales, sino de las secciones de estos consejos.

—Muy bien, camarada, se lo prepararé en el menor tiempo que pueda.

Luego se alejó de mi oficina y yo me pregunté para qué quería estos datos. Mucho he reflexionado sobre ello, sin llegar a ninguna conclusión. Por aquellos días, Luis, Emilio Recabarren no vivía ya con sus hermanas, sino en arriendo común con otro obrero de la imprenta y con Teresa, su compañera, en la calle Santa Filomena

166

más arriba de Loreto. Sus hermanas vivían en Loreto, muy cerca, por cierto, de la casa de Recabarren.

* * *

La mañana del 19 de diciembre me hallaba en mi casa cuando a eso de las diez vi entrar a Tomás Connally. Estaba pálido, con los ojos saltados y las manos temblorosas. No alcancé a preguntarle qué le pasaba, porque me dijo a boca de jarro:
—Recabarren ha muerto... Se suicidó esta mañana de un tiro de revólver.

Me quedé mudo, sin creer tan tremenda noticia. Pero allí estaba para atestiguarlo Connally, quien venía de la casa de Recabarren. Mi mente se llenó de pensamientos atropellados, que se agolpaban, sin que pudiera aclarar nada. ¡Recabarren muerto! Si frecuentemente, cuando a uno le anuncian la muerte de un pariente o un amigo a quien se ve a menudo, la noticia resulta increíble, ¡cómo no iba a resultar para mí increíble que ese hombre a quien estaba tan ligado, hubiera muerto! ...
¡Y hubiera muerto por su propia mano, él, a quien el enemigo ni en los peores momentos conseguía hacer caer en la desesperación! ¡Era tan sereno, tan tranquilo, tomaba las cosas siempre con una calma tan envidiable, que resultaba absurdo pensar que hubiera podido quitarse la vida!

Corrí por las calles, entré incrédulo y desesperado, hasta llegar a la casa de Recabarren. La noticia de su muerte se había empezado a divulgar y en la casa, junto a Teresa y a las hermanas de nuestro camarada, había ya unos cuantos políticos y dirigentes obreros. Entré a verlo. El cadáver estaba tal cual había sido hallado, en una pieza que le servía de escritorio, donde guardaba libros y papeles. Tenía puestos los pantalones, las zapatillas de lavantarse y una camiseta. Sobre la sien gris de canas, una mancha de sangre, que

167

se extendía por el suelo. Pero a pesar de verlo allí tendido, cubierto de sangre, todavía seguía yo incrédulo. Nunca me había imaginado lo que sería el movimiento obrero chileno sin ese hombre que había contribuido como nadie a crearlo y hacerlo grande, con su palabra y su fe, con sus conocimientos y sus convicciones, en las minas, en los puertos, en los frigoríficos, en los campos. Nunca me había imaginado tampoco qué sería de mí mismo sin el aliento que su sola presencia infundía.

Y luego estaba la cuestión candente: ¿por qué se había suicidado? ¿Qué motivo y de qué orden lo había llevado a empuñar el arma, una pistola que había comprado en Alemania, y quitarse la vida? ¿Causas políticas, causas personales, alguna perturbación nerviosa que a nosotros se nos había pasado inadvertida?

Era tan increíble que Recabarren se hubiera suicidado que inmediatamente surgió la sospecha de que hubiera sido asesinado. Pero los hechos contradecían totalmente esta sospecha. Esa mañana Teresa se hallaba en la cocina, preparando el desayuno, cuando había oído los disparos. Había corrido hacia la pieza y allí estaba el cuerpo de Luis Emilio, sin vida, en la misma posición en que yo lo estaba viendo. Había muerto instantáneamente.

Ya en la tarde comenzaron a llegar a Santiago delegados de los gremios de distintas provincias y dirigentes locales del Partido Comunista. El "asesinato" de Recabarren era vox populi. Si para nosotros, tan ligados a él, era difícil comprender el suicidio, hay que imaginarse lo imposible que sería para los sencillos compañeros de provincias creer que un hombre de la serenidad del maestro, un hombre de su optimismo para afrontar la

vida y de su inmensa confianza en la clase obrera, pudiera haber adoptado tan desesperada resolución.

Aquella misma tarde, en el local del Partido, reunidos dirigentes del PC y de la FOCH, recibimos una visita de personeros del Partido Radical que venían a

168

proponernos que oficialmente se declarara que Recabarren había sido asesinado por agentes del gobierno. Según su teoría, la indignación que la noticia causaría daría margen para que un fuerte movimiento popular derribara al gobierno de los generales.

Nosotros, que sabíamos que esto era falso, nos negamos a aceptar semejante determinación.

pero había que sobreponerse y pensar en un funeral digno de su categoría. Quizás yo me eché sobre los hombros la enorme responsabilidad de organizar los funerales, precisamente para que mi pensamiento estuviera ocupado en otras cosas y no en esa candente pregunta a la cual no hallaba respuesta: ¿por qué se suicidó Recabarren?

Pensamos que un local digno, por su tamaño y significación, para velar sus restos era el de los ferroviarios, en la calle Bascuñán Guerrero. Pero cuando fui a hablar con estos amigos, estuve a punto de cometer un disparate por la indignación que me produjo su respuesta:

—Imposible que le prestemos el local, compañero, porque para mañana sábado tenemos organizado un baile, me dijo el concesionario del local.

Salí apretando los puños, sin responder. ¡Un baile, mientras la clase obrera de todo Chile lloraba a su líder muerto!

Trasladamos ese mismo viernes el cuerpo de Recabarren al local de la FOCH, en Tenderini. Pero poco después llegó una comisión de ferroviarios a dar excusas por su increíble respuesta anterior.

—El compañero que negó el local ha sido ya sancionado, por su falta de sensibilidad, —nos dijeron—. Reclamamos que se vele al camarada Recabarren en nuestro salón de actos.

Se trasladó, pues, el ataúd con los restos a Bascuñán Guerrero, y un desfile interminable empezó esa misma noche, duró todo el sábado y las primeras horas del domingo, día en que se iba a celebrar el funeral. La clase obrera había recibido un golpe duro y todos querían

169

ver el rostro del maestro, de "don Reca", del "viejo", como muchos lo llamaban cariñosamente, aunque el día de su muerte aún no cumplía cincuenta años. Desfilaban los gremios, con sus estandartes, y los obreros individualmente, junto al ataúd: venían los estudiantes, los políticos, gentes de todos los partidos, el zapatero que lo había conocido en Antofagasta, el cesante que lo había oído hablar en los albergues... Pasaban en silencio, con respeto y en actitud casi religiosa junto a él, hombres, mujeres y niños. Y muchas lágrimas caían sobre el ataúd, cubierto de flores rojas sobre la bandera del partido, y la ayuda solidaria sobre la alcancía.

El funeral iba a realizarse en la mañana del domingo 21, pasando el cortejo por la Alameda y la calle Estado hacia el Mapocho. El gobierno, al principio, prohibió que se usara la calle Estado, pero como el rumor de indignación que surgió de los pechos obreros, llegara a escucharse en La Moneda, luego echaron pie atrás.

Yo había hablado con el administrador del Cementerio General haciéndole ver que la afluencia de gente iba a ser inmensa y que era más prudente levantar las tribunas para los oradores en la plazuela del Cementerio y no en el interior. Estuvo de acuerdo conmigo y en distintos puntos de la plaza se colocaron tribunas.

La concurrencia fue, en realidad, inmensa. Creo que jamás había visto tanta gente junta como la que concurrió a los funerales de Recabarren. Como Sepúlveda Leal y yo, por nuestra calidad de organizadores, teníamos que estar en todas partes, hubo momentos en que debimos abrirnos paso a golpes.

Pasó el cortejo entre una doble fila de obreros que tomados de la mano formaban dos cadenas increíblemente largas, pues llegaban desde la Alameda esquina de Bascuñán Guerrero hasta el propio Cementerio General. Cuadras y cuadras de trabajadores seguían el ataúd por las calles de Santiago, en una de las demostraciones populares más impresionantes que me ha tocado presenciar.

170

Habían hecho bien los militares de La Moneda en no prohibirnos pasar por la calle Estado... ¡Ni con toda la policía del país habrían sido capaces de detener al río humano que llevaba entre sus olas el cuerpo del maestro!

Detrás de la doble cadena de obreros, se agolpaba la multitud a ver pasar a ese hombre famoso al que los trabajadores tanto querían. En las ventanas de las casas se asomaba la gente como racimos. Todo Santiago veía pasar con respeto los restos de ese "subversivo" que había conocido más prisiones que nadie sin haber cometido jamás un delito.

—¡Mira, ahí van los tranviarios!

Sí, y no sólo los tranviarios, sino los ferroviarios, los albañiles, los trabajadores del cuero, los cocheros, los estudiantes, los metalúrgicos, delegaciones de mineros y de pampinos, de marítimos y de los hombres del carbón. Los estandartes sindicales desfilaban con un crespón negro sobre las letras bordadas en el terciopelo.

Como ocurre casi siempre que el pueblo se manifiesta con unidad y decisión, los policías habían desaparecido como por encanto de las calles. ¡Y ni falta que hacían tampoco! Los trabajadores se bastaban para mantener el orden, que nadie, por otra parte, intentó perturbar.

En la plazuela del cementerio comenzaron los discursos. No era cosa de que hablara primero un orador y luego otro, porque no se habría terminado en todo el día. Simultáneamente, desde las pequeñas tribunas, hablaban diez o más oradores. Algunos, a falta de tribunas, se subían a los barrotes de las ventanas de las casas y desde allí despedían los restos de Recabarren. Hubo un instante en que conté hasta quince personas hablando simultáneamente a la muchedumbre.

Hacia las tres de la tarde, cansado y hambriento —hacía dos noches que no dormía— me fui a mi casa a almorzar. Cuando volví, a las cinco, continuaban los discursos y continuaba la romería. Alrededor de las seis, acordamos dar por terminadas

171

las despedidas y el cadáver fue introducido al cernenterio, y depositado en un lugar llamado "*de profundis*" donde debía quedar hasta el día siguiente. El lunes fuimos unos cuantos al acto de sepultación, que se hizo en la cripta de uno de sus abuelos de apellido Serrano (Luis Víctor Cruz se halla sepultado en la misma cripta).

Recuerdo que se filmó una película de la sepultación. Ojalá existiera aún alguna copia, para exhibirla a los trabajadores chilenos de tiempo en tiempo. No porque exista el peligro de que algún día se olvide la figura del más grande organizador de la clase obrera, sino para que las nuevas generaciones conozcan gráficamente el fervor popular que acompañó a su tumba a Luis Emilio Recabarren.

El lunes 22 de diciembre, tres días después de la muerte de Recabarren, la FOCH y el Partido nombraron una comisión formada exclusivamente por personas de fuera de Santiago para que hicieran una investigación sobre las causas de la muerte del líder obrero. Estas personas conversaron con los familiares de Recabarren, estudiaron sus papeles y cartas, pero no llegaron a ninguna conclusión.

172

CUARTA PARTE
PRISIONES Y DESTIERROS

173

174 en blanco

XVII

La FOCH seguía funcionando en la calle Tenderini, pero el periódico, que no se llamaba ya "La Federación Obrera" sino "Justicia", se imprimía en la calle Río de Janeiro. En el orden político, un movimiento encabezado por oficiales jóvenes del ejército, entre ellos por Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez del Campo, coroneles ambos, había dado un golpe de estado contra la junta de generales conservadores, en enero de 1925, y traído de nuevo al país a Alessandri, para que terminara su período. Pero ya no era Alessandri quien mandaba. Todo el poder se había concentrado en las manos de su ministro de guerra, Ibáñez, quien jugaba con cartas marcadas. Mientras por un lado quería atraer a las masas trabajadoras, por el otro buscaba la manera de destrozar el movimiento obrero, porque sabía que a la larga era éste un obstáculo para sus planes a largo plazo. Planes ambiciosos, por lo demás, que el tiempo se fue encargando de mostrar a los chilenos.

La FOCH continuaba su lucha contra la legalización de los sindicatos, porque tal cosa, en tales momentos, equivalía a una domesticación de los elementos obreros y nosotros estábamos entonces, y estamos ahora, por una clase trabajadora erguida, revolucionaria, capaz de conquistar por sí misma su propio bienestar. Por cuestiones tácticas, la FOCH peleaba contra las leyes 4054, de seguro obligatorio, 4055, 4056 y 4057, que preconizaban la legalización de los sindicatos. Pero el desprecio del gobierno por la clase obrera no había variado gran cosa y esto quedó al desnudo cuando se produjeron, a comienzos de junio de 1925, los sucesos de "La Coruña". Una huelga en esta oficina salitrera adquirió de pronto, debido a la acción de las fuerzas armadas, caracteres de masacre. Un disparo

175

de un trabajador fue contestado por miles de balas policiales y los rumores que llegaron a Santiago hablaba de dos mil trabajadores muertos.

Los sucesos de "La Coruña" habían tenido su origen en una gran efervescencia económica y política que existía en los sindicatos del salitre. Había un estado de alarma grande, pero todo hace pensar que las autoridades prepararon fríamente esa masacre, pues el día antes de que comenzara, fue clausurado "El Despertar de los Trabajadores" de Iquique, que dirigía Rufino Rozas, se detuvo a docenas de dirigentes sindicales de distintas filiaciones políticas y se les embarcó hacia el sur. El Estado Militar, como se llamaba entonces a la Zona de Emergencia, daba carta blanca para las barbaridades más grandes, como dictar órdenes de fusilamiento, detenciones en masa, etc.

En "La Coruña" las cosas se agudizaron y en ello tuvo parte un dirigente anarquista, Carlos Garrido. En el Alto de San Antonio, los organismos dirigentes de la FOCH ocupaban un local que antes había sido prostíbulo. El 1º y el 2 de junio habían celebrado reuniones los dirigentes, las cuales

fueron disueltas amatonadamente por la policía. Cuando los obreros de "La Coruña" se dirigían al campamento de su oficina, a una hora y media de camino del Alto, fueron detenidos por un grupo de policías, y se produjo una reyerta, a raíz de la cual resultaron muertos dos miembros de la fuerza policial. La cosa se agravó con motivo de un incidente ocurrido en la pulpería de "La Coruña": el pulpero golpeó a la mujer de un trabajador, usando de una vieja prepotencia que se gastaban estos empleados de las compañías. El marido de la ofendida entró a la pulpería y mató al pulpero.

Exaltados los ánimos por todos estos sucesos, los trabajadores invadieron primero la pulpería y luego se apoderaron de la administración de la compañía. Cuando de inmediato empezaron a llegar fuerzas de policía, los pampinos hicieron un círculo alrededor de la oficina, armados con cartuchos de dinamita. Ninguna

176

fuerza policial se atrevió a acercarse, pero la respuesta de los uniformados no tardó en producirse: fuerzas militares emplazaron varias piezas de artillería en el campamento Pontevedra, a unos cinco kilómetros, y comenzaron a disparar, a disparar sin piedad y sin preocuparse siquiera de que estaban causando una carnicería entre los pampinos.

Cuando varios centenares de obreros habían muerto, éstos levantaron bandera blanca. No podían hacer otra cosa.

Lo que no sabían era que los esperaba una represión salvaje, desproporcionada, increíble. En Huará hubo fusilamientos a granel, prefiriéndose a los obreros comunistas. Rufino Rozas, con orden de fusilamiento en su contra, tuvo que "fondearse" y esperar que la tormenta pasara antes de salir a la circulación. El oficial de policía Humberto Letelier, que tenía su cuartel general en San Antonio, había dado a sus subordinados la orden de matar y matar, para vengar a los dos policías que habían caído en la pelea con los pampinos. No tenían que pensar ni preguntar nada, ni tampoco podían dejar heridos: matar, matar, esa era la orden. En su afán de venganza, Letelier obligó al zapatero Juan Corro y a otros dirigentes, a arrodillarse ante los cadáveres de los dos carabineros y a pedir perdón.

Después vino lo que se llamó el "palomeo". Este era una especie de deporte que habían inventado las tropas militares, dentro de su locura represiva. El "palomeo" consistía en disparar, de cerca o de lejos, de día o de noche, contra cualquier obrero que encontraran en la pampa, en los caminos, allí donde fuera. La señal era la cotona blanca de los pampinos. Donde se viera una, se disparaba. Al caer, el trabajador con cotona blanca, agitando los brazos, parecía una paloma. El "palomeo" no sólo afectó a la gente de "La Coruña", sino de casi toda la pampa. "Palomear" a un trabajador era un timbre de orgullo para los verdugos.

177

Las noticias de la horrorosa masacre despertaron indignación en Santiago. Nuestro diario las publicó y todos los trabajadores exigieron que se hiciera una prolija investigación de los hechos y que se castigara a los sanguinarios culpables. El gobierno, no obstante que el Presidente Alessandri y el Ministro de Guerra Ibáñez, habían mandado sendos telegramas a los masacradores, felicitándolos por su hazaña, fingió acceder a estas demandas. Manuel Hidalgo y Luis Víctor Cruz fueron llamados a La Moneda, donde se les propuso que un dirigente de la FOCH, premunido de poderes, fuera a investigar los hechos.

Se reunió la Junta Ejecutiva de la FOCH y se acordó enviarme al norte, como buen conocedor de la pampa, a investigar. El pasaje no lo pagó el gobierno, naturalmente, sino la FOCH y, premunido de

una carta de Carlos Ibáñez ordenando se me dieran todas las facilidades del caso, me embarqué en la tercera clase del vapor "Aconcagua".

Al llegar el barco, dos días después, a Antofagasta, me dispuse a desembarcar para conseguir que algún dirigente regional de la FOCH me acompañara en la investigación, cuando subió un agente de investigaciones y, por orden del intendente, me llevó a tierra. El intendente, un marino en retiro de apellido Maldonado, que se hallaba en ese instante acompañado del comandante de las fuerzas militares de la provincia, el coronel Kasch, me preguntó irónicamente qué iba a hacer en Iquique. Le respondí que iba a investigar la matanza de "La Coruña" y le mostré mi salvoconducto, es decir la carta de Ibáñez.

Sospecho que ya había recibido noticias de Santiago, porque siguió en su tono jocoso.

—Muy bien, mi amigo, que le vaya muy bien entonces.

Eso no auguraba nada bueno, indudablemente, porque me decía a las claras que Ibáñez estaba obrando con dos caras. Pero yo había sido instruido por la FOCH para cumplir una tarea y no me iba a quedar a medio camino.

178

Apenas quedé libre, me fui a Covadonga Nueva en busca de los compañeros. Conocí allí a Salvador Ocampo, a Jorge Neut Latour, a José Santos Córdova y a otros miembros del Partido. Ante mi requerimiento, nombraron para que me asesorara a un compañero de apellido Molina, llamado "El Ñato", que bien escasa ayuda me iba a prestar.

Al día siguiente llegué a Iquique, que se encontraba lleno de fuerzas de ejército, de policía y de agentes de Investigaciones. Antes de dejarme desembarcar, los policías me registraron escrupulosamente, tal vez porque creían que llevaba yo un arsenal para renovar la pelea. En el muelle me esperaba mi hermana Inés, que me abrazó llorando, temerosa de que me fuera a ocurrir algo. Un pesquero se instaló a mis talones y no me dejó ni a sol ni a sombra, durante todo el tiempo que estuve en Iquique. Los compañeros me instalaron en el Hotel Americano, un establecimiento muy modesto. Cada vez que salía a la calle, salía tras de mí el pesquero, y tras de éste el "Ñato" Molina.

El tránsito hacia las salitreras estaba estrechamente controlado por los militares, que "colaban" los trenes o cualquier otro vehículo que saliera de Iquique hacia la pampa. Logré sostener una entrevista con los compañeros Braulio León Peña, Rufino Rozas, Azola y Jenaro Valdés, que se hallaban viviendo en la ilegalidad. Después de conocer los antecedentes que ellos me dieron, comprendí que iba a ser imposible que subiera a "La Coruña" (ex oficina "Cataluña", en el cantón San Antonio) sin obtener un pase de las autoridades. Así, pues, me fui a ver al comandante general de armas, general Florentino de la Guarda —el que había recibido las felicitaciones de Alessandri e Ibáñez por su heroico comportamiento—. Tenía este señor su cuartel general en la calle Latorre, en un local que había sido de los obreros y que el gobierno les requisó. El general de la Guarda me atendió desdeñosamente, y a pesar de la carta de Ibáñez, que yo pensaba iba a ser

179

una especie de "Sésamo, ábrete", me negó el salvoconducto.

Me fui a ver entonces al intendente, un señor Recaredo Amengual. Esperé que llegara, porque le gustaba almorzar con calma y al parecer con bastante vino, porque cuando llegó estaba ebrio. Lo acompañaba el director del diario "La Provincia", Luis Bustamante Cordero.

No bien le hube formulado mi petición, cuando el flamante intendente montó en cólera y se desató en una serie de injurias. Más que un representante del gobierno, parecía por su lenguaje un representante del hampa más distinguida.

—Lo que usted viene a hacer es instalar los soviets aquí... ¡Qué se ha figurado tal por cual... ! Déjeme a mí arreglar a estos subversivos... ¡Los fusilo a todos, carajo ... !

Guardé la serenidad.

—¿Y el salvoconducto, señor?

—¿Salvoconducto? No le doy nada y mándese cambiar de aquí.

Me retiré de allí con toda la calma que pude. Además de aficionado al vino y a las palabrotas, el intendente Amengual era enemigo declarado de los obreros. No había nada que hacer allí.

Pero en la oficina del general de armas había conocido yo a Javier Ibáñez, jefe en uno de los regimientos acantonados en Iquique y hermano del Ministro de Guerra. Por fin la tarjeta de Carlos Ibáñez iba a servir de algo. Javier Ibáñez me dijo:

—Si estuviera en mi mano, lo autorizaría para que subiera a "La Coruña", pero no puedo hacerlo. Pero están a mi cargo los trabajadores presos en el velódromo. Si quiere verlos, saludarlos de lejos, se lo puedo permitir. Pero no puede hablarles.

Fui a verlos. Eran los sobrevivientes de la masacre. Estaban presos, sentados en el suelo, amarrados de los brazos, mirando unos hacia el mar, otros hacia los cerros. Tuve que contener las lágrimas ante esos quinientos

180

o más compañeros, tratados como animales por el mismo gobierno que en Santiago se fingía amigo de los obreros. ¡Y, sin embargo, podían darse con una piedra en el pecho, porque siquiera vivían! Un par de miles de sus compañeros yacían en fosas comunes, en plena pampa ardiente. El pique de San Antonio, un pique abandonado que se hallaba detrás de la iglesia había sido relleno con cadáveres de pampinos.

Por aquellos días se encontraba en Iquique una delegación del Ministerio de Previsión y Trabajo — que servía el doctor José Santos Salas— haciendo propaganda a la legalización de los sindicatos, de acuerdo con la Ley 4057. La presidía Gaspar Mora Sotomayor, ex militar, y formaban parte de ella el profesor Eugenio González Rojas, el periodista Ramón de Lartundo, el poeta Roberto Meza Fuentes y Mariano Bustos Lagos, hoy diplomático. A este último lo encontré repartiendo a los presos del velódromo volantes que contenían un patrioterero y melifluido manifiesto del Partido Demócrata.

Yo vagaba por las calles de Iquique sin poder cumplir la misión que la FOCH me había encomendado. Había reunido muchos datos sobre la masacre, pero era indispensable que conversara con las víctimas y que visitara "La Coruña". A veces lograba despistar al pesquero para intentar algunos contactos. Con los compañeros que se hallaban escondidos de la policía, me entrevistaba en plena calle, en la forma más inocente posible ... La imprenta de "El Despertar", en la calle Juan Martínez entre Serrano y Tarapacá, se hallaba clausurada.

Un día fui a ver a Juan Mosca, hermano de Santiago, que tenía un taller mecánico, y al regresar al hotel me encontré con varios agentes de investigaciones que me intimaron orden de prisión. Cogieron mis maletas y me llevaron a presencia del prefecto de policía, Venegas. Este estaba de guarnición en Antofagasta y se había venido a Iquique en el mismo barco en que yo viajaba. Me comunicó que, por orden superior, quedaba preso e incomunicado.

Fui recluido en el casino de los suboficiales, donde me custodiaba un policía con el fusil bala en boca. Mi hermana Inés me llevaba alimentos y una que otra vez pude obtener algún diario de Santiago. Ocho o diez días estuve preso en el primer tramo del casino, pero parece que mi presencia molestaba a los suboficiales, quienes delante de un preso con la patilla crecida se sentían cohibidos para entregarse a su entretenimiento favorito: tomar cerveza.

Había un sargento que muy a menudo pasaba por mi puerta y gritaba:

—¿Qué esperan para matar a este desgraciado ... ? Yo no sé cuándo lo van a fondear. Si me dejaran a mí, ya vería...

Yo no sé qué sé figuraba de mí, qué creía éste sargento, miembro de mi misma clase social... Es que también se decían cosas tan absurdas ... Días después de mi llegada, se había publicado en "El Nacional" de Iquique, que yo había desembarcado muy elegante, con un abrigo con cuello de piel roja (*sic*).

Quince días llevaba preso e incomunicado cuándo me interrogaron por primera vez. Fui llevado a la presencia del mayor Picó, fiscal del proceso que se seguía, quien me preguntó:

—¿Qué vino a hacer aquí?

Se lo expliqué y una vez más saqué de la cartera la famosa tarjetita.

—¿A quién ha visto en Iquique? ¿Por qué le mandan plata de Santiago?

Se refería a algunos giros que me habían mandado, para pagar el hotel y mis alimentos.

Se lo expliqué.

—¿Qué era usted antes de ser dirigente obrero?

—Era obrero.

Le expliqué también mis diferentes trabajos en la pampa, en Iquique, en Santiago.

Tres veces me volvieron a interrogar, pero parece que el proceso no avanzaba muy rápido que digamos,

puesto que llegué a completar setenta y cinco días preso e incomunicado.

Un día leí en un diario que llegaba a Iquique una comisión de ministros, entre los que se encontraban José Santos Salas, de Trabajo, y Mardones, de Obras Públicas. Pedí verlos, y aunque Salas se interesó por conversar conmigo, el intendente Amengual no dio ningún paso para hacer posible esta entrevista. Protesté también ante el mayor Picó por la incomunicación en que se me tenía, pero este militar no me hizo el menor caso.

Más tarde cambiaron, al intemperante intendente Amengual por el general Enrique Bravo Ortiz, quien se hallaba de guarnición en Antofagasta y había sido trasladado a Iquique. Entonces me declararon en plática condicional, lo cual quería decir que podía hablar con mis parientes y con mi abogado, pero en presencia de los pesquisas.

Le pedí a Inés que me trajera al abogado Eduardo Valenzuela Muñoz, un viejo conocido radical. Había sido secretario municipal de Pisagua, en 1915, cuando yo servía la secretaría del alcalde. Valenzuela se excusó de tomar mi defensa y entonces declaré al mayor Picó que seguiría defendiéndome solo.

Dos días más tarde el general Bravo me hacía poner en libertad incondicional.

Al salir de la prisión conseguí trabar contacto con Rufino Rozas. No volví, por cierto, al hotel, sino que comía en casa de mi hermana Inés y por las noches dormía en la de un sastre que estaba vinculado al ejército. La represión empezaba a aflojar. Puse un telegrama a la FOCH pidiendo instrucciones y se me dijo que regresara a Santiago.

Para embarcarme necesitaba carnet de identidad y en el gabinete de identificación no me lo quisieron dar. Es decir, para dárme lo ponían una condición: que me cortara la barba, la negra y larga barba que me había crecido a lo largo de dos meses y medio de prisión. Era una condición bastante arbitraria, y los identificadores

183

bajaron la guardia cuando el prefecto les dijo que no había razón alguna para negar el carnet a los ciudadanos con barba.

Volví a Santiago y di cuenta de mi misión. Llevaba muchos datos sobre la represión y sobre la matanza misma de "La Coruña", aunque datos fragmentarios, pues en las condiciones que trabajé no había podido completar mis informaciones.

En Santiago alcancé a ayudar a los compañeros de Antofagasta que, en medio de la racha represiva, habían sido embarcados hacia el sur, relegados a... Melinka. ¡De Antofagasta a Melinka! Esa inútil crueldad que se emplea con los obreros, puesto que una relegación más o menos no va a mellar el temple de nadie, se hacía presente otra vez. ¡Del calor del norte y de la pampa, al frío y a las lluvias australes! Estos amigos estaban detenidos en el cuartel de investigaciones, donde llevaban ya más de veinte días. Entre otros se hallaban Salvador Ocampo, Juan Guerra, Guillermo Madariaga, Jorge Neut Latour, Francisco Massuret, Pedro Reyes Díaz, José Santos Córdova y también las compañeras de algunos de estos dirigentes.

Todos los días llegaba yo a investigaciones con colchones, frazadas, comida, ropas y dinero recolectados para los antofagastinos, que fueron después enviados a Castro y no a Melinka, donde permanecieron un mes. Los salvó la amnistía.

XVIII

Los sucesos políticos habían culminado con la nueva salida de Alessandri del gobierno y su reemplazo, como vicepresidente, por su contendor del año 20, Luis Barros Borgoño. Para contrarrestar la candidatura reaccionaria a Presidente de don Emiliano Figueroa, los elementos populares y sindicales, agrupados en la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH) habían proclamado como su candidato al impetuoso Ministro de Trabajo de los meses anteriores, el Dr. José Santos Salas.

184

El Partido Comunista decidió apoyar la candidatura de Salas, cuyo *slogan* era "Salas sale solo", pero los partidos llamados "históricos", que apoyaban a Figueroa, apelaron a todas las triquiñuelas conocidas, fraude, intervención desde el gobierno, cohecho, etc., y en octubre, dieron por triunfante a su candidato. Se pensó entonces en sostener a Salas, pues se estimaba que había obtenido el triunfo y que éste le había sido escamoteado y hasta se planeó realizar en todo el país una huelga general con este objeto y para protestar de los procedimientos electorales puestos en práctica por la derecha. A mí me mandaron a Lota para dirigir la huelga en toda la zona del carbón. Pero finalmente el movimiento no se llevó a cabo y regresé a Santiago.

Por esos días, la USRACH y el PC, reunidos en el local de la calle Río de Janeiro, elegían los candidatos a parlamentarios para las elecciones que debían verificarse en noviembre. Fueron

designados Luis Víctor Cruz, por Santiago; Salvador Barra Woll, por Concepción; Carlos Contreras Labarca, por Tarapacá; Ramón Sepúlveda Leal, por Valparaíso; Pedro Reyes Díaz y José Santos Córdova, por Antofagasta; Abraham Quevedo, por Valdivia; y Manuel Hidalgo Plaza, a senador por Tarapacá y Antofagasta.

Acababa de morir de bronconeumonía el secretario general del Partido, Galvarino Gil, cuando fui invitado a reincorporarme oficialmente a las filas, como militante. Yo comprendí que después de muchas tareas delicadas que se me habían encomendado, como la investigación de la matanza de "La Coruña" y la dirección en la zona del carbón de la huelga general —que no llegó a realizarse— ahora contaba con la confianza de todos los camaradas, y acepté entonces volver oficialmente a formar entre los cuadros del partido del Proletariado, después de nueve años de marginación.

Nuestros candidatos a parlamentarios fueron todos elegidos. Hidalgo, como siempre, dio la nota discordante, entrando en el norte, en dudosas combinaciones electorales, con los Alessandri, Jorge Wachholtz, Núñez Morgado y

185

Luis Bustamante Cordero, propietario del diario "La Provincia", de Iquique. En la elección de Barra Wolll hubo algunas dificultades debidas a un cambio de inscripción, pero Carlos Contreras Labarca en un brillante alegato ante el tribunal electoral, consiguió que esos entorpecimientos fueran obviados. Recuerdo que le pedimos que hiciera ante nosotros una especie de ensayo del alegato que debía realizar ante el tribunal. Sus argumentos eran tan contundentes y la forma de expresarlos tan lúcida, que no nos cupo duda de que la pelea iba a ser ganada. Posteriormente, en 1926, en una elección complementaria a senador por el norte, triunfó un sedicente comunista, José Luis Carmona.

El año 1927, el Partido celebró un congreso, posiblemente el tercero, en su local de la calle Río de Janeiro, en el cual estuvieron presentes, como delegados fraternales, los camaradas argentinos Rodolfo Ghioldi y Miguel Contreras. Este último era miembro del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, que funcionaba en Buenos Aires.

Nuestro Partido, como ya he dicho, se había afiliado el año 1921, en su congreso de Rancagua, a la I.C., al transformarse de Partido Obrero Socialista en Partido Comunista. Nuestra afiliación se basaba en un principio que los comunistas hemos sostenido y sostendremos siempre, existan o no organismos internacionales: el internacionalismo proletario, inherente a los principios mismos del marxismo. La I.C. era una oficina que hizo mucho bien a todos los partidos comunistas y especialmente a los partidos nuevos, jóvenes, incipientes, como era el chileno. Recabarren visitó Moscú en 1923 y los contactos que allí tuvo y todo lo que aprendió fueron de un gran interés para él, que era un autodidacto, formado en la lucha revolucionaria, antes que la literatura marxista se extendiera y divulgara

186

por el mundo. Su viaje repercutió magníficamente en la vida de nuestro Partido, no obstante que poco tiempo después él desapareció de la escena política, aunque no del corazón del pueblo chileno.

Este influjo directo alentó a muchos camaradas posteriormente y a mí mismo, después de mi primer viaje a la Unión Soviética. La Internacional nos daba la experiencia de todo el movimiento obrero

mundial. Nuestras relaciones con ella se circunscribían a intercambio de experiencias. Pensar que alguien intentó alguna vez, en Moscú, arreglar los problemas internos de Chile, es sencillamente ridículo.

También se ha hablado mucho del "oro de Moscú". Esto, para los que fingían creer en ello, consistía en enormes sumas que la I.C. mandaba a los partidos para preparar la revolución. Pues bien, nunca nuestro Partido ha tenido un centavo que no fuera aportado por el pueblo, por sus militantes o sus amigos. Así levantamos imprentas, diarios, folletos, libros, tuvimos locales, casas, y pudimos viajar cuando necesitábamos hacerlo. No siempre dispusimos de dinero para este objeto y recuerdo que una vez nuestro compañero González Vilches —más tarde diputado por Talca— tuvo que ir a la Argentina; hizo el viaje a pie, por la única razón de que ni el Partido ni él tenían dinero para pagar el tren o el avión.

El Secretariado Sudamericano nos ayudaba positivamente, con consejos e información. Al Congreso que se celebró el año 26 envió una importante carta, en la que se contenían críticas para el Partido, su organización, a base de asambleas, sus dirigentes y sus parlamentarios. Una de las críticas más graves era que no teníamos una base proletaria. A mí me chocó profundamente esta afirmación, puesto que sabía que el Partido había nacido en las salitreras de Iquique y en los frigoríficos de Punta Arenas. Pero a través de las discusiones que se promovieron, comprendí el espíritu justo de esta crítica; lo que faltaban en el P.C. no eran

187

trabajadores, sino trabajadores con una base ideológica proletaria.

Primero se celebró un Pleno que duró desde el 25 de diciembre de 1926 hasta el primero de enero de 1927, en el que participaron la dirección y los secretarios regionales. Yo asistí en mi calidad de militante y de tesorero nacional de la FOCH. El pleno estudió las críticas del Secretariado Sudamericano a diversos dirigentes. Recuerdo que a Manuel Hidalgo, por ejemplo, se le tildaba de socialdemócrata, aficionado a los enjuagues y las combinaciones electoreras con los burgueses. En muchas oportunidades el Partido le había pedido que llevara a la dirección los boletines del Senado a fin de conocer sus discursos y en general su actuación en esa rama legislativa, porque en aquella época no había otra forma de controlar el trabajo de los parlamentarios. Nunca Hidalgo entregó un solo boletín. En cambio, el nuevo senador, Carmona, llegó al pleno con los brazos llenos de boletines del Senado en que aparecían sus intervenciones.

El Congreso del Partido empezó el primero de enero, con unos setenta delegados de todo el país, entre los cuales se hallaban, amén de los parlamentarios, Samuel Carranza, Salvador Ocampo y muchos otros delegados. Yo no era delegado, sino simplemente observador, pero no me perdí ninguna reunión. En más de una se ofreció la presidencia al camarada Ghioldi. Me acuerdo de una reunión que se decía que iba a ser sensacional, porque Sepúlveda Leal iba a defenderse de las críticas que se le formulaban en la carta del Secretariado Sudamericano. Sepúlveda Leal, que se daba aires de teórico, y a quien sus amigos llamaban "petit Lenin", llevó a varios de sus partidarios de Valparaíso a escucharlo. En su discurso, no reconoció ningún error, calificó de injustas las críticas y hasta lloró.

Secretario General del Partido era entonces José Santos Zavala. El congreso tuvo una enorme importancia por un cambio fundamental que se introdujo en los sistemas orgánicos. Se acabó con el sistema de

asambleas y se adoptó el trabajo celular, con gran desconuelo de algunos camaradas, que veían que el mundo se les venía abajo porque en vez de hacer su vida política en grandes asambleas, iban a hacerla en grupos más reducidos, que permitirían desarrollar un trabajo mejor y que todos intervinieran en las discusiones y en la gran tarea de los comunistas: fijar ellos mismos la línea del Partido, su estrategia y su táctica.

La prensa de Santiago atacó la reunión y los compañeros aconsejaron entonces a Ghioldi que se trasladara rápidamente a la Argentina.

Miguel Contreras, del Secretariado de la I.C. en Buenos Aires asistió a ese Congreso, discutió con nosotros, conoció sus problemas, dio su opinión, después de informarse. Pero estaba muy lejos de ser lo que muchos creen o dicen creer: un inspector. No, la I.C. no mandaba inspectores, sino camaradas, amigos. Sin embargo, creo que hubo algunos que hicieron más daño que bien por su carácter prepotente o porque llevaban la línea de un modo dogmático, influenciando así a los militantes de partidos débiles, en forma negativa.

Cuando, por acuerdo de sus miembros, la I.C. se disolvió, durante los días de la Segunda Guerra Mundial, nuestros enemigos, los que creían o fingían creer que nosotros, los comunistas, no dábamos un paso político sin consultarlo con Moscú, tuvieron una gran sorpresa al ver que el Partido marchaba igual que antes. Y no podía ser de otra manera, pues nunca hubo tutela alguna sobre nosotros. El Partido, soberanamente, adoptó siempre sus conclusiones y éstas jamás tuvieron otro objetivo que el de hacer progresar, en un sentido u otro, al pueblo chileno.

* * *

A mediados de 1926 hubo elecciones en la FOCH y resulté elegido secretario general ejecutivo. Las fuerzas de nuestra central obrera estaban bastante disminuidas, como consecuencia de la organización de los sindicatos legales.

No pocos gremios se habían desafiado buscando el camino más cómodo. Alentado por la USRACH, que tenía varios diputados en el Congreso tomó cuerpo el movimiento de los arrendatarios, que consiguió la creación de tribunales de la vivienda y la dictación de una ley que disminuía en un 20 por ciento el precio de los arriendos. El P.C. apoyó este movimiento, participando directamente en él a través de uno de sus hombres: Emilio Zapata.

XIX

El 22 de febrero de 1927, siendo Ministro del Interior el coronel Carlos Ibáñez del Campo, se desató una fuerte ola de persecución, que esta vez no sólo iba a abarcar a los comunistas y a los elementos obreros, sino también a miembros prominentes de los partidos históricos. Aquel día, sorpresivamente fueron detenidos Barra Woll, Sepúlveda Leal, Manuel Hidalgo y Luis Víctor Cruz. Carlos Contreras Labarca estaba también en la lista, pero logró escaparse casualmente: había ido a ver a su esposa, que trabajaba en el juzgado de Santa Cruz, y de regreso a Santiago, tomó un taxi para irse a su casa, en calle Cumming a un costado del teatro O'Higgins. Poco antes de llegar allí, un vecino lo vio y le advirtió que habían ido a allanar su casa. Entonces Contreras se escondió.

También cayeron en esta misma oleada de represión el radical Santiago Labarca, el conservador Rafael Luis Gumucio, que había sido director de "El Diario Ilustrado", y aunque conservador,

combatía los arrestos dictatoriales que ya comenzaban a manifestarse claramente en el entonces coronel Ibáñez. Cayeron asimismo Manuel Rivas Vicuña y otros políticos.

Y como proyectaban hacer la cosa en grande, a través de todo el país, empezaron a detener a dirigentes obreros, allanaron las imprentas del Partido y encarcelaron también a las directivas regionales de la FOCH. Vimos así que todo se nos desarticulaba, que nuestro

190

movimiento tan fatigosamente construido a través de los años, se quedaba sin dirigentes. Yo vivía entonces en la calle Loreto. Un par de meses antes me había cambiado a una casa situada en frente de la que ocupaba. Desde nuestra ventana, Leonor, mi compañera, vio llegar a los agentes, que afortunadamente me buscaron en la vieja casa y como no me encontraron, se fueron. Pero un día terminaron por encontrarme y me detuvieron.

Me llevaron a la Primera Comisaría, que estaba llena de presos políticos. Un oficial de policía, no de esa Comisaría, sino tal vez de los organismos superiores, fue a visitarme y con muy buenas maneras me pidió que escribiera una carta reconociendo que Ibáñez era un hombre muy bien inspirado, que evidentemente quería arreglar los problemas que afectaban al pueblo. Sólo eso se me exigía para ser puesto en libertad. Ya lo había hecho, por lo demás, me advirtió el oficial, Pedro Reyes, diputado y subsecretario general de la Federación Obrera. Me negué terminantemente a escribir tal carta.

Luego llegó allí nada menos que el prefecto, el famoso Manuel Concha Pedregal, y me comunicó que en vista de mi negativa sería relegado a la Isla de Más Afuera, un peñón desolado, desierto, en el archipiélago de Juan Fernández.

—Vaya allá a hacer comunismo, me dijo violentamente.

—Muy bien, señor, le contesté.

Nos trasladaron a la Tercera Comisaría, donde se nos unió Castor Vilarín, un dirigente del Partido que durante un tiempo había estado en bastante malas relaciones con nosotros. Esto se debía a que, dentro del Partido, había formado, con otros compañeros entre los que se hallaban Isabel Díaz, Pablo López y Roberto Pinto, un grupo fraccional minúsculo, pero muy prepotente. Funcionaban en un local de calle Maipú, se hacían llamar "maximalistas" y se creían depositarios de toda la sabiduría política del mundo. Un día, allá

191

por 1923, habían ido a discutir con Recabarren y porque éste no concordó con sus planteamientos, llegaron a escupirlo en la cara. Recabarren los arrojó violentamente de su oficina.

Allí a la Tercera Comisaría, llegó a llenarnos de nuevas amenazas el general Bartolomé Blanche, que por muchos años siguió amarrado al carro de Ibáñez y que fue culpable de no pocos derramamientos de sangre chilena. En su presencia, me sometieron a interrogatorio.

—¿Cómo se llama usted?

—Elias Laferte.

—¿Dónde nació?

—En Salamanca.

—¿No ve, mi general? —dijo el oficial que me interrogaba—es él mismo. ¿Comunista?

—Sí, señor, comunista.

Me notificaron entonces en forma oficial que iba a ser llevado a la Isla de Más Afuera y me autorizaron para que consiguiera que me entregaran una cama y algunas ropas. El domingo próximo saldría para la isla, que hasta ese momento sólo había sido usada como presidio para reos de delito

común... ¡Ah, me olvidaba! También en tiempos de la independencia nacional, cuando gobernaban en Chile Marcó del Pont y su famoso mayor San Bruno, se envió a numerosos patriotas a Juan Fernández. Pero ellos no fueron propiamente a Más Afuera, sino a la otra isla, Más a Tierra, mucho menos fatídica y desolada que el inhospitalario peñón a donde nos mandaban a nosotros.

Entretanto, un buen grupo de chilenos había sido enviado fuera del país. Formaban parte de él Luis Humberto Matis, secretario regional de Santiago de la FOCH; Rufino Rozas, Ramón Alzamora, Luis Víctor Cruz, Barra Woll, Hidalgo, Sepúlveda Leal, Rivas Vicuña, Santiago Labarca y Gumucio. Fueron metidos dentro de un barco y este navio viajó de país en país, de puerto en puerto, buscando un lugar donde se permitiera

192

desembarcar a los desterrados. Pero en ninguna parte los querían recibir.

Finalmente, fueron desembarcados en El Callao, desde allí, Manuel Hidalgo y Ramón Sepúlveda Leal escribieron sendas cartas reconociendo los buenos propósitos de Ibáñez, y pudieron regresar a Chile. Posteriormente, ambos negaron haber enviado tales cartas, pero la de Sepúlveda Leal fue incluso publicada. A México se embarcaron Barra Woll, Cruz, Rufino Rozas y Ramón Alzamora, un dirigente de la USRACH, el organismo que había proclamado la candidatura del Dr. Salas. Matis se quedó en el Perú y pronto se las arregló para regresar clandestinamente a Chile, sin someterse a la humillación de escribir la consabida carta en que se ponía a Ibáñez poco menos que como el gran protector de la clase obrera.

* * *

El domingo me metieron en un estrecho coche celular, tirado por un caballo. Dentro iba también un soldado. Echaron llave a la puerta del coche y un hombre se metió la llave en el bolsillo y montó en una bicicleta. Así fue siguiéndonos todo el camino. —¿Para qué diablos nos echan llave?, le pregunté al soldado. ¿Tanto miedo tienen de que me arranque?

—Eso es lo que digo yo, contestó éste. Si al gallo ese que lleva la llave le ocurriera un accidente, tendríamos que quedarnos quién sabe cuánto tiempo metidos en este brete ...

Pero no hubo accidente alguno y llegamos sin novedad a la estación Yungay, donde me encontré con un buen lote de presos políticos. Se había corrido el rumor de que íbamos a ser embarcados allí, y no en la Estación Mapocho, y grupos de trabajadores se habían reunido en las inmediaciones de la estación.

De pronto se escucharon gritos:

193

—¡Viva la FOCH... ! ¡Viva el Partido Comunista ... !

Los policías no se hicieron de rogar para disolver a caballazos la manifestación.

Subimos al tren para acomodar nuestras pilchas. Yo llevaba un catrecito liviano, mi cama y dos maletas. Luego nos formaron y un teniente empezó a pasarnos lista:

—Señor Luis Alberto ...

—Presente.

Fue interrumpido por el capitán Cristi, que mandaba las fuerzas policiales.

—¡Aquí se acabaron los señores, mierda!

Y el policía siguió pasando lista, pero nombrando a los presos por su nombre, sin el tratamiento de señor, que según el concepto de Cristi, estaba reservado para los ricos.

En el tren nos acompañó un policía a cada relegado.

En Valparaíso nos esperaba otro grupo de trabajadores, que habían sido traídos desde el norte para ser relegados también a Más Afuera, y dos delincuentes comunes, una pareja de criminales detenida en Rengo. Se quería con ello humillarnos más, dándonos tan "agradable" compañía. Ochenta y cuatro personas subimos a bordo del "Angamos", el transporte de la armada nacional que debía conducirnos al destierro. En una bodega nos metieron a los de Santiago y en otra vecina a los nortinos, entre los que se hallaban Braulio León Peña, de la FOCH de Iquique, Juan Guerra, Salvador Ocampo y Samuel Carrasana, de la directiva obrera de Antofagasta. A través del muro que separaba las bodegas pudimos tomar contacto y saber mutuamente quiénes eran los compañeros de relegación.

Cuidándonos, quizás para que no nos diera por regresar a nado al continente, iba un teniente de carabineros, un hombre de los más antipáticos que he conocido en mi vida. Hacía gala de ferocidad, desdeñando cualquier sentimiento humano; se daba unas ínfulas

194

de verdugo que habrían parecido cómicas, si nuestra situación no hubiera sido tan dramática.

El comandante del barco, en cambio, procuraba parecer un ser humano y al lado de este teniente, llamado Julio Arlegui San Martín, nos pareció una bellísima persona. Así, por ejemplo, el comandante Fernández Aguirre, autorizó, a través del segundo oficial, que los presos dejaran la bodega y salieran algunas horas, a cubierta a respirar aire puro. Pero el teniente Arlegui, que seguramente por sus condiciones habrá alcanzado después altos grados en la institución, se negó a dejarnos subir.

Un día se permitió decir que traía instrucciones en un sobre cerrado, de fondear en el camino a dos comunistas peligrosos: Vilarín y yo. Pero el comandante Fernández Aguirre le paró el arpa a tiempo.

—Mientras yo sea capitán del "Angamos", usted no me toca a nadie.

El marino se resistía a dejar a aquel grupo de compatriotas en un lugar tan desolado e inhospitalario como la isla de Más Afuera, y hasta el último minuto trató de influir para que se le permitiera llevarnos de vuelta al continente, sin desembarcarnos en la isla. Pero recibió orden perentoria de cumplir las instrucciones y después de tres días de viaje y tres que permanecimos en las inmediaciones de la isla, sin poder desembarcar a causa del mal tiempo, fuimos enviados a tierra, un día del mes de mayo de 1927. De las bodegas del "Angamos" bajaron ochenta y cuatro presos, veintidós carabineros, diez obreros y dos contratistas, así como los caballos de nuestros carceleros. Durante tres días, metiéndonos en el mar hasta la cintura, estuvimos bajando, en maniobras muy sacrificadas, algunas provisiones que nos dejaron los marinos y elementos con los cuales iban a levantarse algunas edificaciones y a construirse un pozo de agua y algo parecido a una red de alcantarillado.

Fuimos instalados en los restos de unos pabellones que antes habían sido talleres de una antigua industria

195

beneficiadora de lobos de mar. Había allí una quebrada por la cual corría un hilo de agua, unos cerros sin vegetación y una profunda soledad. Se convirtió en vivienda una larga bodega y allí fuimos instalados, a diez metros de la más alta marea, para que la humedad se demorara menos en

metérsenos en los huesos. Por provincias o simplemente por amistades, nos agrupamos e instalamos nuestras humildes camas.

Allí, íbamos a quedar cuando partiera de regreso el "Angamos", en esa espantosa soledad, en medio del mar, sin elementos para afrontar la dureza de las condiciones y sin posibilidad alguna de regreso.

Antes de desembarcar, el comandante Fernández Aguirre nos había dirigido la palabra, sin dureza, más bien con dolor y suavidad:

—Señores, para mí es un deber muy doloroso dejarlos aquí, nos dijo. Ustedes son hombres de ideas y no delincuentes comunes. Este destierro puede ser corto o largo. Espero que sea corto. Para mí es muy triste dejarlos en esta isla, pero mi deber de marino me obliga a hacerlo. Les ruego que se comporten correctamente y obedezcan lo que las autoridades les ordenen ... Señores, si algo tienen que mandar al continente, si algo necesitan, aquí está el comandante del "Angamos" para servirles.

Entre todos logramos reunir noventa pesos y le encargamos que en un próximo viaje nos hiciera llegar una guitarra y un violín.

Contrastó otra vez esta actitud gentil y humana con la del teniente Arlegui, a quien ya le habíamos puesto el sobrenombre de San Bruno. En presencia de algunos oficiales del barco, que habían bajado a tierra y que se disponían a embarcarse, pues el "Angamos" debía zarpar, nos hizo formarnos militarmente. Todo este aparato tenía por objeto dirigirnos un discurso violento y amenazador. Nos advirtió que todos los ismos se acaban allí. Aquí —gritó delirante—, no hay más anarquismo, socialismo o comunismo. Yo no aceptaré ninguna clase de reclamos colectivos. El que tenga

196

algo que decir, viene en persona a hablar conmigo y se acabó.¿Entendido?

El dentista y el farmacéutico del "Angamos" escuchaban sin decir palabra, pero si se hubiera juzgado por sus expresiones, estaban asqueados de tanta prepotencia y ferocidad.

Entonces se produjo un hecho que nos llenó de emoción. En el momento en que se oyó sonar la sirena del "Angamos", indicando a los oficiales que estaban en tierra que volvieran a bordo, porque se iba a zarpar, el dentista, que se hallaba en la quebrada, junto a Castor Vilarín, nos gritó:

—¡Adiós, compañeros ... ! Conmigo se les va un amigo, uno más de ustedes... ¡Y en este compañero, los abrazo a todos!

-Dio un apretado abrazo a Vilarín y entre las lágrimas nuestras y una mueca de asombro de San Bruno, corrió a embarcarse en el bote que lo llevaría a bordo.

El "Angamos" partió al anochecer. A manera de saludo, de despedida, los reflectores de a bordo nos enfocaron y nosotros, los ochenta y cuatro desterrados, nos agrupamos en la playa y cantamos la Canción Nacional y la Internacional, despidiendo al barco, nuestra última amarra con Chile, con nuestras familias, con la lucha, con todo lo que amábamos.

A bordo y en tierra muchos lloraron de emoción.

XX

Al día siguiente empezó nuestra dura vida de condenados a trabajos forzados, puesto que se nos obligaba a realizar duras faenas por las cuales jamás se nos pagó un centavo. En la mañana teníamos que formarnos militarmente y esto era muy difícil en hombres que nunca habían tenido nada que ver con la vida de cuartel. Para el relegado Agapito Celis, por ejemplo, era imposible conservarse en línea cuando estábamos en posición de firmes. Optó entonces por convertirlo todo en un juego y

cuando el cabo nos pasaba lista, contestaba alegremente:

—¡Firme, mi cabito ... !

Fuimos repartidos en distintos trabajos: carpintería, albañilería, etc. A mí me tocó trabajar como oficial del gasfiter García, arreglando las canales de las casas, para que las espantosas lluvias de invierno no nos convirtieran en sapos ... Había que hacer además el aseo de las viviendas, preparar la comida y todavía servir de mozos a los carabineros. Se nombraron cuadrillas de cocineros, de panaderos, etc. Los alimentos se reducían a carnes congeladas de Magallanes.

Hicimos una cancha para jugar al fútbol, solíamos salir a pescar y andando los días, el trabajo se fue relajando. Con maderas de la isla los compañeros fabricaron guitarras, mandolinas y violines y con estos rústicos instrumentos y la guitarra y el violín que veinticuatro días más tarde nos llevó el "Angamos", se formaron estudiantinas y conjuntos musicales.

En este segundo viaje, el "Angamos" se llevó de vuelta al continente a los dos criminales de Rengo, al ferroviario Sierralta y a otro deportado.

Por las mañanas nos despertaba la voz del cabo:

—¡Alza arriba ... ! ¡Levantarse los relegados ...! ¡Cinco minutos para rascarse!

Nos lavábamos en la quebrada y luego las cuadrillas de turno preparaban el desayuno.

Y luego, a los trabajos, a la playa... Los días transcurrían en medio de una horrible monotonía. La nostalgia hacía presa de nosotros y nos poníamos a hablar de Chile, de las familias, del movimiento, de lo que ocurría en la patria lejana. Lo que más anhelábamos eran noticias, noticias, noticias.

El 11 de junio llegó el "Blanco" con relevos y catorce nuevos relegados. Se llevaron a diez de los deportados de vuelta al continente y, con gran alegría nuestra, se fue también el teniente San Bruno, para ser reemplazado por el teniente Godoy, que era más humano y nos dió

muchas facilidades para que nuestra vida fuera menos dura.

Los comunistas celebrábamos frecuentes reuniones, bajo la dirección de Maclovio Galdames, que era miembro del Comité Ejecutivo del Partido. En estas reuniones discutimos muchas cosas y analizamos una a una las críticas que se habían formulado en la carta del Secretariado Sudamericano. Los anarquistas, por su parte, celebraban sus reuniones y vivían juntos.

Para no morirnos de aburrimiento, organizamos veladas, circos y bailes, en los que no había más remedio que bailar hombres con hombres, a falta de damas. Los carabineros rogaban a los buenos bailarines relegados que les enseñaran a bailar, lo que no siempre estos compañeros hacían, porque nuestras relaciones con los carceleros solían a veces ser muy tensas. San Bruno había dejado su herencia de verdugo y muy malos recuerdos entre nosotros. Un día, por ejemplo, mientras recogíamos leña, había increpado brutalmente a Vilarín:

-¡Te voy a hacer fusilar!

-Haga lo que quiera, contestó éste con toda calma.

Los cocineros formaban lo que llamábamos el "gabinete". Cinco hacían la comida y dos la servían. Ministro del Interior era el que mejor cocinaba y ministro de Relaciones Exteriores el que se entendía con los carceleros para conseguir la carne y los alimentos. El ministro de Guerra tenía por misión defender al gabinete de los ataques de los relegados, cuando la comida salía muy mala. No disponíamos de aceite y las ensaladas se hacían con romazas de la isla. Los carabineros solían

disparar sobre los cabros salvajes, a la distancia, y matar alguno. Pero era imposible dar con ellos. Había sin embargo, un relegado que los buscaba con infinita paciencia, por días de días, pero los venía a encontrar cuando estaban podridos. Los descueraba y se llevaba los cueros a la cuadra donde dormíamos, que se llenaba de una desagradable fetidez. Era un cojo de Calama, pero su pata de palo no le impedía meterse

199

entre las quebradas y arbustos hasta encontrar los preciados cueros.

La pascua de 1927 fue muy triste. Se esperaba el barco para el 23 de diciembre, y eso significaba noticias, diarios, cartas de la familia, alimentos. Pero no llegó y tuvimos la tristeza de pasar la primera pascua solos, lejos de los familiares y a ración de hambre. La comida estaba racionada, pues se había terminado la carne y sólo nos alimentábamos de pescado.

A veces veíamos acercarse por el mar a las goletas langosteras. Las llamábamos, les hacíamos señas, pero casi nunca se aproximaban a tierra. Muy de tarde en tarde un capitán compasivo acercaba su barco a la costa y nos hacía tirar algunas langostas de regalo.

También se nos habían acabado los cigarrillos y los que aún tenían cinco o seis, los cuidaban como hueso santo. Algunos, como el anarquista Alberto Baloffet, sufrían mucho sin tabaco.

Por esos días, dos terceras partes de los relegados éramos comunistas y los otros, anarquistas y sin partido. Después, cuando trajeron a los presos comunes, que eran unos cien ladrones, éstos pasaron a ser mayoría. Los políticos éramos apenas veinticinco.

Cuando se veía un humo en el mar, la alegría nuestra era inmensa. ¡Barco!, gritaba el primero que lo divisaba y entonces nos poníamos nerviosos, pensando que venían noticias, quizás rostros nuevos, otros compañeros, quizás también la orden de devolvernos al continente y a la libertad.

El 2 de enero de 1928, la voz de ¡barco! se escuchó a las nueve de la mañana. Todos corrimos a la playa, incluso el teniente Merello, que era a la sazón jefe de la guarnición. Vimos que entre la gruesa marejada se acercaba el transporte "Águila" de la Armada.

Pero las condiciones del mar no permitieron el desembarco y el "Águila" puso proa a Toltén, en el norponiente de la isla. Inmediatamente nosotros quisimos ir hacia Toltén, pero Merello no nos permitió hacerlo y nombró una comisión para que fuera, formada por dos

200

carabineros y dos marineros que se hallaban en Más Afuera sufriendo un castigo. Un deportado, burlando la vigilancia, se agregó a ellos en el camino a Toltén, que era muy penoso, lleno de piedras y obstáculos, era cuestión de varias horas de marcha. Cuando los emisarios del teniente Merello llegaron a Toltén, un espectáculo terrible se presentó ante sus ojos. Habían comenzado el desembarco en dos botes, que avanzaban dificultosamente en el mar embravecido. De pronto, las olas barrieron a los que venían a bordo, y presos, marinos y carabineros cayeron al mar. Algunos con grandes esfuerzos lograron trepar de nuevo al bote, pero otra vez las olas los sacaron. El segundo bote logró recoger a algunos que estaban a punto de ahogarse.

Por la tarde regresó a nuestro campamento la comitiva y el carabinero Novajas dio la noticia:—_Ha ocurrido una desgracia. Más de cinco personas murieron ahogadas.

La noche se llenó de rumores y comentarios y en la cuadra no se hablaba de otra cosa que del desembarco fatal. A la mañana siguiente, Merello salió para Toltén a fin de imponerse de los hechos. De todos los que habían sido barridos de sus botes, se habían ahogado dos marineros y cinco

carabineros. Arrastrados por el agua con sus ponchos, fusiles y equipo, no habían podido sostenerse en la superficie. Sólo lograron salvarse un carabiniero y cuatro presos comunes. .

Cerca de mediodía se recibió un mensaje del teniente Merello, en que pedía a los relegados que fueran a Toltén a ayudarlo a trasladar los cadáveres. Castor Vilarín organizó la expedición. Con palos, cordeles y telas fabricó cinco angarillas y después de almuerzo partimos hacia Toltén. Pero el camino era difícil y tardamos varias horas en llegar. El teniente nos esperaba con el ceño fruncido. —Creía que no iban a venir, dijo.

—¿Por qué no íbamos a venir?

201

—Porque como se trata de carabineros, pensé que ustedes se negaban a ayudar a transportarlos...

—No —contestó Vilarín—, no nos importa quiénes sean... Al fin y al cabo son muertos.

El "Águila" seguía sin poder aproximarse a tierra. Sobre el mar flotaban aún los cadáveres de los dos marineros, que las olas no habían llevado aún a la playa.

Hablaron por semáforo con el barco.

—Llévense los cadáveres a Las Casas, hizo decir el capitán.

—Nosotros iremos apenas el mar lo permita.

Después de sacar los cuerpos de los marinos, utilizando cables y alambres, los relegados emprendieron el camino de regreso llevando los siete cadáveres. Era un camino difícil y penoso y a veces los relegados y su macabra carga rodaban entre las piedras.

Al día siguiente se cavó una zanja y los siete cuerpos fueron sepultados. Hubo un discurso del jefe de los carabineros y otro de los relegados.

Sólo el día 5 el "Águila" pudo llegar a Las Casas y bajar provisiones y pasajeros. Un bote que transportaba corderos se averió e inmediatamente se comenzó a repararlo en tierra. Del barco llevaron clavos de cobre y planchas metálicas y Braulio León Peña, que era carpintero, ayudado por presos comunes, comenzó a ponerlo en estado de navegar.

Antes de que el "Águila" zarpara en su viaje de regreso, se vio salir una lancha hacia tierra, mandada por el teniente Vega, que iba a recoger el bote. Pero no bien había despegado la embarcación del costado del transporte, cuando se oyó que lo llamaban con el megáfono:

—¡Teniente Vega, devuélvase! No hay agua a bordo y tenemos que zarpar inmediatamente para Juan Fernández.

El oficial cumplió la orden y el bote, con alegría de todos nosotros, quedó en tierra. ¡No sabíamos que iba a desempeñar más tarde un papel en uno de los más

202

trágicos episodios que se registraron durante nuestra permanencia en la isla!

Los carabineros que tenían que salir de regreso al continente, se vieron enfrentados a una situación difícil: era preciso reemplazar a los cinco que se habían ahogado y se pidió entonces voluntarios entre los que ya habían cumplido su tiempo en Más Afuera. Dos se ofrecieron, alentados por la mejor paga. A los otros tres fue preciso sortearlos y uno de los que resultaron obligados a quedarse, quería matarse de desesperación, enloquecido ante la perspectiva de seguir allí en el horrible peñón sin otra cosa que acantilados y cabros salvajes. Por fortuna un compañero se compadeció de él:

Andate al continente. Yo te reemplazaré.

El nuevo teniente, de apellido Muñoz, había sido sargento de ejército, y mediante un curso especial, había entrado como teniente de carabineros. Era un hombre más tranquilo que sus antecesores, pero

tuvo muy mala suerte en su período en Más Afuera; tan mala suerte que algunos hechos que ocurrieron le costaron la carrera.

Entre los presos comunes, en su mayoría ladrones, surgió la audaz idea de arreglar ese bote para emprender la fuga hacia el continente. Cuando le comunicaron esta idea a Vilarín, no sólo la acogió con entusiasmo, sino que se transformó de inmediato en el jefe de tan descabellada empresa. Se le había metido entre ceja y ceja que era posible llegar al continente en tan frágil embarcación. Poco a poco se empezó a usar el bote, so pretexto de pescar para mejorar un poco la comida, pero en realidad como tanteo, para probar las duelas y remos que se habían construido, en el afán de dejar el bote apto para la aventura. Un día de febrero y a manera de

203

ensayo, salieron a pescar, alejándose más de una milla de la costa.

Cuando el teniente Muñoz se dio cuenta de esto montó en cólera y juró a gritos que era la última vez que los relegados usaban el bote. Vilarín y sus compañeros volvieron con varios pescados, pero esto no atenuó la cólera del teniente, que inmediatamente les requisó los remos. Con paciencia de hormiga y dándole tiempo al tiempo, ellos lo convencieron de que les prestara los remos para salir a pescar otra vez. Cuando los consiguieron, hicieron otra intentona, pero fracasaron y volvieron a tierra como si nada hubiera ocurrido, como si se hubiese tratado de un simple paseo de entretenición.

Pero el proyecto seguía adelante y Vilarín, con algunos anarquistas, decidió emprender la vuelta al continente. En Las Vacas un lugar más o menos lejano de Las Casas, nuestra colonia, fueron juntando poco a poco algunas provisiones y guardaron también un barril lleno de agua.

Algunos relegados intentamos convencer a Vilarín de que desistiera de sus propósitos, diciéndole que tenía noventa y nueve probabilidades contra una de morir en la aventura. Pero Vilarín siguió firmemente decidido a partir. Me imagino que él pensaba que su suerte era distinta de la nuestra. Nosotros, tarde o temprano, volveríamos al continente y quedaríamos libres. Pero él tenía un proceso por la muerte de un ciudadano, propietario de la casa en que vivía su hermana, y cuando volviera sería llevado directamente a la cárcel. Así, pues, en su mente se incubó la idea de la fuga y no hubo quien fuera capaz de arrancársela de allí.

La evasión se produjo alrededor del 15 de febrero, cuando se hicieron a la mar en el bote, un panadero anarquista de apellido Zavala; un viejo matarife y esquilador de Punta Arenas; León Ravanal, anarquista también; Leyton, un obrero marítimo de Valparaíso; dos zapateros anarquistas y Castor Vilarín, electricista y

204

jefe del grupo. Aparte del barril de agua y de las escasas provisiones, no llevaban a bordo sino un miserable chinguillo, que enarbolaron como una vela. No tenían brújula, cartas de navegación ni nada que se le pareciera.

Cuando el teniente Muñoz, al ver que el bote se alejaba mucho más de una milla, y seguía adelante, llevado por su vela, comprendió lo que ocurría, corrió donde los anarquistas, para pedirles que de

algún modo hicieran volver a sus compañeros. Pero éstos se limitaron a entregarle una carta que Castor Vilarín y sus hombres habían dejado para él, diciéndole que iban en busca de la libertad o la muerte. Fue tal la impresión sufrida por el teniente, que cayó desmayado y hubo que hacerle fricciones para que volviera en sí.

Nunca se supo nada de los fugitivos. En la isla corrieron rumores de que habían llegado al continente, desembarcando cerca del río Limarí. Pero esto no pasaba de ser un buen deseo de los amigos de Vilarín y sus compañeros, especialmente de los anarquistas, porque cuando volvimos al continente tuvimos la confirmación de que jamás habían llegado a las costas de Chile, lo cual significa que murieron en el mar.

Una semana más tarde, el 22 de febrero, al cumplirse el primer aniversario del día en que nos apresaron por órdenes de Ibáñez, pedimos permiso al teniente para ir a almorzar al cerro, en unas antiguas chozas de la colonia penal. Lo que queríamos, en realidad, e hicimos allí, fue celebrar un acto, en el que quedó de manifiesto a través de todos los discursos, que ningún castigo, prisión ni relegación nos alejaría de nuestra línea de servir al pueblo. Terminamos cantando la Internacional allí, al aire libre, entre el mar y los abruptos cerros de la isla.

Coincidió que esa tarde se vio en las cercanías de Más Afuera una goleta langostera. Verla el teniente y sospechar que los relegados se habían fugado en ella fue una misma cosa. Inmediatamente hizo ensillar los

205

caballos y los carabineros salieron en nuestra busca. Con gran alivio de Muñoz, nosotros nos hallábamos descansando tranquilamente.

El teniente se puso al habla con el capitán de la goleta y le pidió que volviera de inmediato a la isla de Más a Tierra a dar cuenta de la fuga de Vilarín y los suyos.

Pero el capitán se negó, diciendo que él iba allí a pescar langostas y que volvería sólo cuando tuviera carga suficiente. Se quedó aproximadamente ocho días. Un hijo del sabio Federico Johow que viajaba en la goleta, desembarcaba todos los días para hacer estudios sobre la flora y la fauna de la isla. A través de él tuvimos muchas noticias de lo que ocurría en el continente.

En marzo llegó el transporte "Angamos", que llevaba a bordo el relevo de carabineros y una buena cantidad de nuevos relegados. Algunos de ellos quedarían en Más Afuera y otros seguirían hasta la Isla de Pascua. Entre estos últimos se contaban Gaspar Mora Sotomayor, Rogelio Rozas, de "La Nación", Eduardo Alessandri, el periodista Ramón de Lartundo, el mayor Millán Iriarte y Manuel Hidalgo Plaza. Entre los catorce que quedaron a hacernos compañía, recuerdo a Julio Moya, a Roberto Salinas Astudillo, al profesor Eugenio González y al poeta Meza Fuentes.

El nuevo jefe de la guarnición de carabineros era un teniente de apellido Palma. Durante su niñez había sido un "pelusa" del hampa santiaguina y así se explica que sintiera un entrañable afecto por los ladrones y presos comunes, mientras dejaba caer toda su autoridad sobre los relegados políticos. Claro que cuando a veces se enemistaba con sus queridos ladrones, no tenía el menor empacho en someterlos a castigos corporales. Un día se supo que dos o tres maleantes habían atentado contra uno de sus compañeros, al cual quisieron violar. El teniente Palma los hizo azotar en presencia de todos.

Eugenio González y Meza Fuentes, quizás los únicos

206

relegados que no pertenecían a la clase obrera, se habían ido a vivir en la casa del teniente. Posteriormente, Meza Fuentes se disgustó con él y Palma lo expulsó, nosotros le hicimos un hueco en la cuadra en que vivíamos y cuando el poeta pidió que se le diera trabajo como a todos, lo nombramos ayudante de panadero.

Años más tarde, en 1931, a la caída de la dictadura, Meza Fuentes publicó unas memorias en el diario "Las Últimas Noticias", en las cuales contó todos estos sucesos. Eugenio González no se sintió conforme con la versión de Meza Fuentes y lo retó a duelo. El desafío, sin embargo, no llegó a realizarse, por determinarlo así un tribunal de honor compuesto de tres personas y presidido por Carlos Alberto Martínez.

El invierno fue frío y lluvioso. Durante días enteros caía la lluvia sobre el campamento y el destierro entonces se tornaba aún más triste. Para acortar esas interminables tarde de lluvia, Meza Fuentes inauguró un curso de francés para los relegados y entre sus alumnos nos contamos Juan Chacón Corona, el poeta popular Luis Polanco y yo.

Durante el período del teniente Palma, recuerdo que uno de los presos comunes mató a otro. El teniente, lleno de furor, recorría la colonia revólver en mano y en esta frenética actitud penetró a la cuadra de los presos políticos, ni más ni menos que si el asesino hubiera sido uno de nosotros ... Cuando el culpable fue descubierto y confesó su crimen, el teniente lo hizo encerrar y lo mandó al continente en el primer barco que tocó en Más Afuera. La reflexión que muchos se hacían entonces era la de que había que matar a un prójimo para que lo devolvieran a uno a Chile...

En el mes de julio pasó el transporte "Águila", que desembarcó un nuevo contingente de ladrones y siguió luego viaje a la Isla de Pascua. Su comandante, un marino de apellido San Cristóbal, bajó a tierra al parecer con el único objeto de increparnos por nuestras ideas políticas. No se le pasó por la mente preguntar si teníamos una comida pasable o en qué condiciones

207

vivíamos, sino que se limitó a regañarnos y maltratarnos porque éramos comunistas o anarquistas o cualquier cosa; más bien porque no apoyábamos a la dictadura de Ibáñez.

De las conversaciones que sostuvimos con algunos de los tripulantes del "Águila", se pudo deducir que ese barco, a su regreso de Pascua, iba a llevar a Chile a un grupo de relegados y a otro de presos comunes. Según estos rumores, que nos tenían a todos sobresaltados, terriblemente nerviosos, volveríamos Braulio León Peña, el anarquista Baloffet, Meza Fuentes, Eugenio González, yo y otros más. También se decía que regresaría el teniente Palma, que durante su permanencia en la isla se había dedicado a coleccionar cueros de cabros y de lobos, que trocaba a los presos por cigarrillos. ¡Después, en Chile, trocaría los cueros por buenos y flamantes billetes!

El día que fuimos notificados oficialmente de nuestro regreso, hubo emoción general, lágrimas y alegría. Estábamos felices los que íbamos a regresar y también lo estaban los que veían regresar a sus camaradas, aunque ellos siguieran padeciendo en la isla.

En medio de una indescriptible impaciencia, pasaban los días y en el mar no aparecía el humito que nos indicaría que el "Águila" se aproximaba. Nada, nada... ¿No se habría hundido y esto postergaría nuestra vuelta?

Por fin, veintiséis días después de haber zarpado, volvió el transporte y nos metieron confundidos a la misma bodega a veintitrés relegados y un número igual de forajidos.. Estos eran casi todos delincuentes reincidentes y la mayor parte de ellos volvió después para una nueva permanencia en Más Afuera.

En Santiago fui puesto en libertad a fines de julio de 1928, después de un año y medio de relegación en el inhospitalario peñón de Más Afuera, sin que mediara proceso ni sentencia judicial alguna. En mayo, de 1927, Carlos Ibáñez del Campo se había hecho elegir Presidente de la República. Su único contendor en esta

208

elección había sido el candidato de los comunistas, Elías Lafertte, proclamado en el Sindicato de Tabacaleros de la calle Maipú. Los pocos votos que yo había sacado en las urnas indicaban que en Chile quedaban todavía ciudadanos que no comulgaban con las ruedas de carreta de Ibáñez.

XXI

Inmediatamente de llegar a Santiago, tomé contacto con compañeros del Partido, que se hallaba desperdigado, con flaca organización. Como secretario general actuaba Isaías Iriarte, que vivía en Valparaíso. Errores de diversa naturaleza, aparte de la feroz represión ibañista, estaban aislando el Partido de las masas. No eran ajenas a este fenómeno dos desviaciones, que posteriormente fueron analizadas desde el punto de vista político, quedando al desnudo los vicios que las promovieron y las desastrosas consecuencias que causaron.

La primera era una desviación derechista, que encabezaba Manuel Hidalgo con un pequeño grupo. La tesis que habían descubierto era "Partido ilegal, fábrica de mártires". Y era por eso, seguramente, que a todo trance querían colaborar con Ibáñez y que hacían una labor de zapa dentro del Partido. Cuando un compañero caía preso, por ejemplo, estos individuos, ni lerdos ni perezosos, hablaban con su familia para cargar la culpa de su detención a la dirección del Partido. Intrigaban a unos contra otros, sembraban la desconfianza y, por lo bajo, informaban a la policía. Muchas de las detenciones que se produjeron en ese período se debieron a delaciones del grupo de Hidalgo, que quería en esta forma desprestigiar a la dirección central.

Esta, por su parte, estaba desviada hacia un izquierdismo torpe e infantil. Por esos días la legislación social comenzaba a entrar en vigencia y el gobierno instruyó a las Juntas Provinciales del Trabajo para que no atendieran ningún reclamo de los obreros que se hallaran al margen de la legislación social. Pero la

209

consigna lanzada por Iriarte de "solos contra todos", impedía dar un paso en este sentido y se vio que de seguir por este camino, los Consejos de la FOCH iban a quedar reducidos a los militantes comunistas.

Afortunadamente un núcleo importante de la dirección central supo señalar las características falsas de ambas desviaciones y reaccionar contra ellas. Entonces acordamos incorporarnos a los sindicatos legales y seguir desde allí, y desde todos los frentes, la lucha por las reivindicaciones populares y contra la dictadura de Ibáñez.

Clandestinamente había regresado a Chile, Rufino Rozas, quien desde su destierro en México había viajado a la Unión Soviética. También había regresado desde la URSS, Bernardino Donoso. En Moscú, Donoso visitó la sede de la Internacional Comunista y habló de la situación que existía en Chile por esos días y que no era nada brillante. Mostró errores cometidos, los efectos de la represión y los afanes de la dictadura ibañista para desmontar pieza por pieza la organización

obrero que se había venido levantando a través de largos años de lucha. Pero con gran sorpresa de su parte, Donoso notó que los camaradas de la Internacional no daban crédito a sus palabras. No parecía impresionarles el desastroso cuadro que había pintado y que, fundamentalmente, representaba la situación en que se hallaba el movimiento obrero chileno.

—Nosotros, le dijeron, hemos recibido desde Chile informaciones completamente diferentes.

Desconcertado, Benardino Donoso emprendió viaje de regreso a Chile. Si en la Internacional daban crédito a informaciones muy optimistas recibidas desde Chile, ¿quién había podido mandarlas? Sólo iba a saberlo, y en condiciones bien singulares, un tiempo después.

Desde mi cargo de secretario general de la FOCH, yo me había entregado en cuerpo y alma a la tarea de reconstruir los deshechos cuadros sindicales, inspirado

210

en la nueva línea que había trazado el Partido: la de no desdeñar los sindicatos legales.

Pero la represión no había terminado y no iba a terminar hasta la caída de Ibáñez. Después habría de seguir, claro está, bajo otros nombres y otras características. Cualquiera que examine el panorama sindical y la historia obrera de Chile se dará cuenta de que, salvo escasos y muy contados períodos, el movimiento obrero ha sido siempre blanco de la persecución de patrones y autoridades.

La represión ibañista, arreció, como decía, a comienzos de 1929. En febrero de ese año hubo nuevas redadas de dirigentes y cayó Iriarte. Desde Argentina había venido Vitorio Codovilla trayendo ayuda en dinero para los presos políticos, como aporte solidario de los trabajadores transandinos. Entregó esta suma a la compañera de Iriarte.

A mí me detuvieron en mi casa y me llevaron a investigaciones. En ese mismo cuartel fue sometido a brutales torturas por los agentes, que comandaba el famoso "detective científico" Ventura Maturana, nuestro compañero Rufino Rozas. Tenían en investigaciones a un oficial especializado en la persecución de comunistas, el "Chino" Molina.

En los calabozos de General Mackenna estuvimos parte de febrero, todo marzo y todo abril. El Primero de Mayo, precisamente el Primero de Mayo, nos reunieron en el gimnasio del cuartel de Investigaciones para comunicarnos que íbamos a ser llevados a la Isla de Pascua.

Salimos para Valparaíso, fuertemente custodiados, en el tren de las once, Rufino Rozas, Andrés Escobar, Luis Peña, Aníbal González, Vásquez, a quien llamábamos el "Cuchucho", y yo. En Valparaíso nos esperaban otros presos con quienes íbamos a compartir el destierro en Pascua: San Martín, el "Ñato" Molina, de Antofagasta; Isaías Iriarte, secretario general del Partido; Maclovio Galdames y Bernardino Donoso.

Fuimos embarcados en el transporte "Abtao", que la

211

marina de guerra había encargado construir para reemplazar a otro transporte del mismo nombre, hundido poco tiempo antes. Diez días duró nuestro viaje, que no fue nada de agradable, por cierto, ya que todas las bondades y buenos sentimientos del segundo comandante de la nave, don Pedro Linchy, eran anulados por la brutalidad del capitán Silva, comandante del "Abtao".

Cuando desembarcamos, el capitán Silva nos notificó que nos dejaba alimentos para tres días.

—Y después, ¿qué vamos a comer?, preguntó uno de los relegados.

—Se mueren de hambre, dijo brutalmente el capitán.

La Isla de Pascua. Ahí nos esperaba ese peñón desolado en medio del Pacífico, con sus monstruosas estatuas, por donde jamás pasaba siquiera un barco. Para los que antes habíamos estado en Más Afuera, naturalmente no había punto de comparación: aquí siquiera había sol, calor todo el año y no el frío horrible; no había carabineros ni tenientes con ínfulas de tiranos; aquí no habría tampoco trabajos forzados ni vida en común con ladrones y asesinos.

La única autoridad de la Isla de Pascua era el gobernador, civil entonces, Carlos Recabarren. Antes había existido una policía formada por indígenas, pero había sido disuelta porque sus miembros se negaron a reprimir una huelga. En realidad, en Pascua casi todos los habitantes son parientes y no se podía pedir a los que desempeñaban el cargo de policías que detuvieran a sus propios padres, o a sus hermanos, o a sus hijos que no estaban satisfechos con los salarios y las condiciones que les imponía la compañía inglesa que explotaba Pascua. El jefe de esta policía y el único que no había estado contra la huelga, era Juan Tepano, miembro de una de las familias más interesantes y conocedoras de la Isla. Tepano servía de intérprete al gobernador. Los pascuenses le tenían respeto, pero no lo querían.

Este hombre cobró gran estimación por nosotros.

212

Pasaba en nuestra compañía todo el día, desde la hora del desayuno hasta la noche, excepto el domingo, que dedicaba a sus devociones religiosas y a alternar con sus parientes. Era desinteresado y generoso y todos los días nos llevaba frutas, carne y camotes, que en la Isla reemplazan al pan.

Nos instalamos en una casita de dos piezas situada junto a la iglesia. En una pieza dormíamos cinco compañeros y seis en la otra. Pero pronto, después de algunas incidencias políticas ocurridas entre nosotros, Isaías Iriarte y el "Chino" se fueron a vivir aparte, uniéndose con nativas.

La compañía explotadora de la isla era una rama, sólo una rama del frondoso árbol monopolista de la empresa británica Williamson Balfour y por aquellos días se encontraban en Pascua dos administradores: uno que se iba después de permanecer treinta y cuatro años allí, Enrique Helmun, y otro que venía a hacerse cargo de los trabajos de explotación del ganado lanar, Tomás East, que estaba recibiendo instrucciones de su predecesor para el manejo de la concesión.

Nosotros vivíamos continuamente bajo la mirada curiosa de los nativos, que a veces parecía vigilancia. La compañía, por instrucciones del gobernador, nos daba medio cordero diario para nuestra alimentación y nos proporcionaba vacas para que pudiéramos tener leche, de modo que por lo menos el problema del hambre, que yo había tenido que afrontar en cárceles y en Más Afuera, aquí no existía. Nos solía visitar también el "cura" de la isla, un nativo, miembro de la familia Pakarati, quien dirigía las oraciones colectivas y cantos religiosos. Estaba autorizado por el obispado correspondiente para bautizar a los niños y casar a las parejas, pero no podía cantar misa.

Los comunistas decidimos hacer una discusión política. Seguramente lo que relato podrá despertar sonrisas en los que no nos conocen bien. ¡Miren que ponerse a hablar de política en una isla a tres mil kilómetros del continente! Pues sí, tuvimos que hacerlo porque

213

existían dudas muy serias sobre algunos de nuestros compañeros y la convivencia con ellos se tornaba peliaguda y difícil. Para celebrar estas reuniones debíamos escondernos de los obsequiosos nativos, que no nos querían dejar solos a sol ni a sombra.

Se comprobó, por ejemplo, durante esta discusión, que el secretario general del Partido, Iriarte, había obrado con actitud doble, pues mientras encargaba a Donoso que explicara a los compañeros de la Tercera Internacional las difíciles condiciones en que trabajábamos en Chile, él, por su parte, había enviado una comunicación escrita dando datos completamente distintos, pintando con colores brillantes la situación de la clase obrera y del Partido. Después de esto, nos explicamos por qué lo que había dicho Bernardino Donoso en Moscú había sido fríamente acogido y calificado de falso. Comprobamos también que Iriarte, al subir al barco en Valparaíso, era el único relegado que tenía dinero y supimos que había recibido para ayuda a los presos, una suma aportada por el Socorro Rojo Internacional. Pues bien, Iriarte no había dado cuenta a nadie de este dinero, guardándolo para sí. Entonces, por unanimidad, lo expulsamos del Partido. Se aprobó hacia él una consigna de silencio: ninguno de nosotros volvería a cambiar una palabra con él. Era una especie de política de hielo, una huelga de silencio contra el mal camarada que había traicionado los principios del Partido y abusado de su cargo directivo para robar un dinero que pertenecía a los compañeros presos.

El "Ñato" quebrantó el acuerdo y fue expulsado también. Libres ya de toda disciplina y de la decencia que caracteriza a los comunistas, ambos se fueron a vivir maritalmente con nativas de la isla. Nuestro único contacto con ellos se producía cuando llegaban hasta nuestra casa a buscar la parte de carne que les correspondía. Llegaban el "Ñato" o Iriarte y nosotros les entregábamos su porción sin cambiar una palabra con ellos.

214

Un día nos llamó el gobernador Recabarren y nos entregó algunos sacos de trigo, porotos, arvejas, garbanzos y lentejas que había dejado el "Abtao", y nos dijo que podíamos sembrarlos para mejorar y variar nuestra comida. "Cuchucho", el único de nosotros que entendía en trabajos del campo, se dedicó entonces exclusivamente a la agricultura y obtuvo buenos éxitos. Nuestra comida, por otra parte, no era mala ni escasa, pero sí de una tremenda monotonía. Todos los días comíamos cazuela de cordero o chuletas, camote, plátanos, huevos y un tubérculo de la isla llamado taro. Después pudimos comer un maíz dulce de Calama, que cultivó el "Cuchucho" y que se cosechó a los dos meses y medio de sembrado.

El pescado era muy escaso, por las limitaciones que la compañía imponía a los pascuenses. Era desmoralizante ver que esa pobre gente no podía siquiera moverse dentro del territorio de la isla, que había sido siempre su propia tierra, por disposición de una compañía extranjera instalada allí gracias a una concesión bastante ridícula, pues la suma que pagaba anualmente al Estado era una miseria. Los pascuenses, por otra parte, no podían poseer colchones de lana, cueros, ovejas ni perros.

Al escribir esta parte de mis memorias he revisado una colección de cartas que escribí a mi madre y a mi compañera Leonor. Religiosamente, una vez al mes, les escribía contándoles incidencias de nuestra vida en la isla, aunque sabía que esas cartas llegarían a sus manos llevadas por mí mismo, pues no había correo ni barco alguno que pudiera transportarlas al continente. Les hablaba en ellas de nuestra vida, nuestros pocos paseos por la isla, que ni siquiera pudimos conocer entera, porque no teníamos buenos caballos ni la compañía lo permitía tampoco. Les hablaba de los nativos, que eran gentes excelentes. Los domingos, pascuenses y relegados nos reuníamos para bailar y cantar, acompañados con la guitarra de Galdames. Les contaba cómo echaba de menos el pan. En la isla no se cultivaba

entonces el trigo y muy de vez en cuando conseguimos que la pulpería de la compañía, que era muy primitiva, nos vendiera un poco de harina para hacer sopaipillas. Así, en el verano, que es cuando llueve en la isla, y de un modo a veces torrencial, nos imaginábamos estar en la patria, tomando café con sopaipillas.

Otra cosa en la que hacía mucho hincapié en estas cartas, escritas más para mí mismo que para ellas, puesto que nunca podría hacerlas llegar, les hablaba también de nuestros tormentos por la falta de tabaco. En esa época yo era fumador y me las veía negras cuando me faltaba el pitillo. A veces conseguimos un poco de tabaco inglés en la compañía. El tabaco que se producía en la isla era demasiado fuerte para mí.

Cada uno de nosotros había sido adoptado como ahijado, si así pudiera decirse, por un nativo. Este "padrino" nos llevaba regalos y comida. Andrés Escobar tenía un amigo que le hacía lavar la ropa y lo llenaba de regalos. Un día lo llevó a un potrero y le dijo:

—¿Ves esos caballos? Son míos. Ahora son tuyos. Elige los que quieras. O si quieres, te los regalo todos.

Andrés se confeccionó unas riendas y con un cuero por montura, pudo recorrer grandes extensiones de la isla. Nicolás Pakomio era el nativo que se ocupaba de que a Rufino Rozas nunca le faltaran frutas y comida. Yo era una especie de "ministro de relaciones", por lo menos así me llamaban, porque servía de enlace entre el gobernador y los relegados y también entre éstos y Mr. East, el administrador de la compañía, que era yerno del gobernador Recabarren. East solía permitirnos que compráramos en su pulpería un poco de harina, quáter o azúcar.

Durante la temporada de la esquila, East necesitó pintar sus bodegas y nos ofreció trabajo, a Aníbal González y a mí. Nos pagaba cuatro pesos diarios por nuestras faenas, que duraron unas cinco semanas. Después de la esquila, nos rebajó el salario a tres pesos, y aunque a nosotros esta medida no nos cayó bien, no estaban dadas las condiciones para declararnos en

huelga... Los salarios nos sirvieron para comprar un saco de harina y hacer sopaipillas que compartimos con nuestros compañeros.

Guardo de este trabajo un curioso certificado de competencia que nos dio el gringo East, redactado en español por demás pintoresco:

"Este es para certificar que los hombres Sr. Lafertte y el Sr. González han trabajado por la Compañía Explotadora de la Isla durante cinco semanas y de los trabajos suyos y la conducta en general yo puede decir que si han portado muy bien en todo. Y yo no puedo quejar de ellos en nada. T. C. East. Matavere, 7 de dec, 1929".

Nuestro destierro en Pascua duró desde el 11 de mayo hasta el 21 de diciembre del año 29. Los indígenas cobraron por casi todos nosotros vivo cariño y habían llegado a conocer y definir exactamente los rasgos sobresalientes del carácter de cada cual. De mí, por ejemplo, decían que era muy rabioso, pero muy bueno... Tepano me llevó varias veces a ver a los leprosos, que se hallaban aislados. Algunos se solían escapar y Tepano tenía que cazarlos a lazo.

Cuando nos embarcamos en el vapor "Antartico" fletado por la compañía Williamson Balfour, para regresar al continente, los nativos lloraron, nos llevaron tolimiros, conchas marinas y otros regalos y bailaron, en señal de despedida, danzas pascuenses y tahitianas.

El primero de enero de 1930, el "Antartico" tocaba en Quintero y nosotros, ese pequeño grupo de hombres, volvíamos a la libertad y a la lucha.

XXII

Algunas personas a quienes a través de largas prédicas se ha convencido de que nosotros los comunistas no tenemos sentimientos humanos, nos creen seres desprovistos de afectos, de amores, de sufrimientos, como no sean los de tipo político. Para qué decir que están profundamente equivocadas. Nosotros, los comunistas

217

somos, en este aspecto, como todos los hombres. La revolución, que llevamos clavada en nuestro espíritu, y el pensamiento puesto en un futuro mejor, más justo, más noble, no nos impide sentir, como todos los hombres, amores, celos, debilidades y pasiones. Estas reflexiones no tienen otro objeto que explicar la decepción que sufrí al regresar a Santiago, después de esos meses pasados en la lejana Isla de Pascua, y encontrarme con que uno de los seres que más quería, había fallado. Leonor, mi compañera de tantos años, de tantas miserias, de tantas privaciones y de tantas alegrías no había tenido fe, no había sabido esperar, como otras veces, que pasaran las nubadas pesadas y oscuras de la persecución. Nada más diré de esto. Es un capítulo que se cerró en mi vida, después de una etapa de dolor y vergüenza. El hombre con quien Leonor se había ido a vivir era precisamente de las filas enemigas; pero ni siquiera era un enemigo de clase, de convicciones, de ideología, sino un mercenario: era, en fin, un agente de investigaciones.

Me fui a vivir en casa de mi madre, en la calle Andrés Bello, y me entregué quizás con más fervor que antes a la lucha. Había llegado a Santiago el día 3 de enero de 1930 y el día 5 me encontraba participando en una conferencia nacional del Partido que se celebraba en la más absoluta clandestinidad. Allí estaban Galdames, Rufino Rozas, Hidalgo, Humberto Mendoza (Levin), Galo González, Contreras Labarca y otros compañeros. La reunión, que se realizó en una casa de la Avenida Matta, duró solamente un día, porque la persecución era violenta y prácticamente todos los que participábamos en ella estábamos sometidos a permanente vigilancia.

Esta vigilancia afectaba no sólo a los dirigentes sino a todo militante que se destacaba en el Partido. Salvador Ocampo, que trabajaba como linotipista en "El Mercurio", solía pagarle el tranvía al agente que lo seguía... Yo no tenía tanta calma y me ponía nervioso y furioso de verme seguido noche y día por una

218

sombra que no era la mía. En la mañana, cuando me afeitaba, me cortaba la cara de pura desazón. Me seguían hasta cuando salía con mi madre, cuando iba a las conferencias en la Universidad de Chile, en cualquier paso que diera. Por esos días estuvo en Santiago Belén de Zárrega y fui a visitarla, para recordar con ella los viejos tiempos del norte, donde la había conocido; pero antes de llegar a su hotel y como andaba con el agente a la cola, decidí no entrar, para no comprometerla. ¡Quién sabe qué novela no habrían inventado los que se ganaban la vida atribuyéndonos las más desorbitadas acciones!

Mientras tanto me ganaba la vida en distintos trabajos. Ya no salía el diario del Partido, ni la FOCH tenía sus oficinas a la vista de todo el mundo, como antes. Trabajé dos meses en el desempastelamiento de la imprenta Frigerio, en la calle Moneda, que administraba el escritor Gregorio Guerra. Después, Neut Latour, que tenía un pariente en la casa Grace, me consiguió una "pega" de vendedor en uno de los Almacenes Económicos, una vasta cadena de almacenes, al estilo norteamericano, que esa firma había instalado en Santiago. Me tocó el que estaba en San Pablo al llegar a Brasil. Estuve allí quince días a prueba y no me pagaron sueldo, sino algunas mercaderías. —Usted es muy buen empleado, me dijo el inspector, pero es viejo.

Yo tenía cuarenta y cuatro años, pero así son las cosas. El capitalismo le cierra las puertas a un hombre de cuarenta y cuatro años que necesita ganarse la vida, Por más que reconozca que es honesto y competente, necesitan gente fresca y activa que se mueva bastante, hasta que llegue el momento en que no sirvan. Entonces se les da el correspondiente puntapié en el trasero y se le busca un reemplazante.

Frente a mi casa, había un depósito de vinos de un demócrata. Allí se instalaban los agentes a vigilarme, lo que hacían usando un espejito. Yo no sé si esto era una muestra de ingenio detectivesco o si simplemente

219

lo hacían por divertirse. Me hallaba trabajando precisamente en el Almacén Económico de Grace cuando me tomaron preso, en abril de 1930, y me llevaron a un calabozo de investigaciones. No sé que se proponían ¿Otro viaje a las islas? ¿Quizás una relegación dentro del continente?

Me encontré en el cuartel de General Mackenna con casi todos los dirigentes, con excepción de Hidalgo. En el mes de mayo me embarcaron hacia Puerto Montt desde donde debía salir para mi nuevo lugar de relegación. A Rufino Rozas lo mandaron a Achao, a Jenaro Valdés a Castro; a un camarada zapatero, cuyo nombre no recuerdo, a Ancud, y a Ocampo a Puerto Montt. Llegamos un sábado, bajo una lluvia atroz. Nos metieron en un calabozo y al día siguiente me embarcaron hacia Calbuco en el vaporcito "Atlas".

Yo no tenía recursos de ninguna especie para poder vivir en ese lugar, donde llovía todos los días de una manera implacable. Dormía en el cuartel de los carabineros, en una cama de corcho que me habían prestado, y comía de pensión en la casa de la mujer de un cabo furriel. Allí conocí a un practicante del hospital, de apellido Valdebenito, que me ayudó mucho. Valdebenito era un antiguo navegante y años después volvió al mar y pereció en un naufragio en el Estrecho de Magallanes. Era un hombre cordial y amistoso, exuberante, vividor, bueno para la comida y el trago. El me presentó a una señora cuyo marido estaba preso por robo de animales, delito muy común en Llanquihue y Chiloé, y en cuya casa me fui a vivir una vez que recibí mi cama desde Santiago. Alcancé a pasar una noche solo, pues al día siguiente llegó a Calbuco Salvador Ocampo, que había sido despachado con camas y petacas desde Puerto Montt, y se instaló en mi cuarto.

Poco a poco nos fuimos relacionando con la gente de la pequeña isla, venciendo la desconfianza que se tenía hacia nosotros. La leyenda negra de "feroces comunistas" fue desvaneciéndose y la gente de Calbuco empezó a saludarnos, a conversar con nosotros y a invitarnos

220

a sus casas, de vez en cuando. Un día nos llamó el teniente de carabineros y nos propuso que trabajáramos ayudando a los campesinos a llenar los formularios para el primer censo agrícola que

se hacía en el país. Cobrábamos un peso por llenar cada formulario, pero no era tarea fácil debido a la natural desconfianza de los campesinos y agricultores pobres para declarar sus bienes. ¡Durante tantos años les habían robado sus tierras y esquilgado, gobiernos y hacendados, que era difícil conseguir que dieran datos claros! Frecuentemente los diálogos entre nosotros y los declarantes eran como sigue:

—¿Cuántas hectáreas tiene usted?

—Cuántas serán, pues señor...

—¿Pero cuántas?

—No son más ...

—¿Pero cuántas?

—Son muy poquitas ...

Teníamos que explicarles que no éramos funcionarios del gobierno, sino simplemente personas que les estaban ayudando a cumplir una disposición legal, que ellos no podían hacer solos, puesto que no sabían leer ni escribir. Nos ganábamos entre los dos cuarenta o cincuenta pesos diarios, con lo que pudimos sostenernos tres meses. Después nos salió un competidor, un señor Alvarado, que llenaba los formularios por sesenta centavos.

Por aquella época no sólo estábamos relacionados con los habitantes de Calbuco sino que hasta gozábamos de ciertas consideraciones. Solía visitarnos el cura y conversar con nosotros. Luego conseguimos trabajo como peones en el hospital, donde hacíamos de todo, desde lavar los vidrios hasta componer cercas y murallas caídas. Nos invitaban a fiestas y curantos y muchas, veces los calbucanos no pudieron ocultar su asombro de que los "feroces comunistas" fueran personas tranquilas, bien educadas, que cantaban como ellos, y comían y bebían con la mayor moderación.

Por acuerdo del Municipio, el tesorero comunal,

221

don Julio Contreras, me dio un empleo en la Tesorería, que consistía en preparar los recibos de avalúo. Me pagaban doscientos cincuenta pesos, lo cual alcanzaba para la pensión de ambos, ciento cinco pesos mensuales por cabeza. Pero a los tres días de estar trabajando en ese cargo, le pasaron el soplo al tesorero provincial, con sede en Puerto Montt, quien se indignó porque un relegado estaba en una ventanilla atendiendo al público. Me trasladaron dentro.

En el mes de octubre, como en todos los pueblos de Chile, en Calbuco se empezó a preparar la celebración de la Fiesta de la Primavera por elementos civiles. Pero de pronto se interpuso el cura y quiso capitalizar para la iglesia la fiesta y realizó en el teatro una gran velada, cuyo número principal fue un ballet que estuvo a cargo de las niñas afectas a la parroquia. Pero las cosas se arreglaron y se acordó que el producto de las fiestas fuera a entonar no sólo los fondos de la parroquia sino también las escuálidas arcas de los bomberos calbucanos, que, dicho sea de paso, tenían bastante trabajo cuando el fuego hacía presa de las construcciones de madera. Nos pidieron nuestra ayuda y nosotros la brindamos gustosos. Salvador Ocampo tocó varios números de violín en la fiesta del teatro y yo dirigí un ballet humorístico, parodia del que habían bailado las niñas ... Estas estaban muy enojadas, pero luego comprendieron que no había mala fe, sino simplemente un propósito humorístico... Un tiempo después la dirigente de la Juventud Católica Femenina, Teresa Ossandón, estuvo en Puerto Montt y cuando habló, como acostumbraba, muy mal de los comunistas, se encontró con la sorpresa de que no pocas damas católicas calbucanas defendían el sentido de sociabilidad de los relegados comunistas.

Mi trabajo en la Tesorería no duró mucho y nos vimos en duros aprietos para pagar la pensión. Ocampo consiguió que lo trasladaran a Cauquenes, donde tenía mayores posibilidades de encontrar trabajo, y yo me quedé solo, no por mucho tiempo, pues pronto llegaron

222

dos nuevos relegados, éstos de la clase alta: el dentista Jorge Grove y Pedro Rivas Vicuña. Este último fue trasladado y nos quedamos Grove y yo.

En el mes de julio de 1931 se produjeron grandes cambios en la política nacional. El cansancio por la dictadura de Ibáñez hizo crisis como lo hizo también la cuestión económica. La cesantía en el norte vaciaba sobre Santiago y las provincias del centro a grandes masas de trabajadores hambrientos, con sus mujeres y sus hijos. Ibáñez, que se había ascendido a sí mismo a general siendo Presidente, se vio ante un dilema: o volvía las cosas a la normalidad o caía. Llamó entonces al gobierno a un profesor de derecho, don Juan Esteban Montero y le ofreció la cartera del Interior. Montero, que era un hombre tímido, que jamás había participado en los afanes de la política, vaciló, pero la presión de los estudiantes y de los partidos políticos lo llevó a aceptar la jefatura del Gabinete. Puso como condición la vuelta al régimen constitucional, lo que Ibáñez, muy de mala gana, aceptó.

Se dictó entonces una amnistía y se nos notificó a los relegados que éramos libres para ir y venir por el país como cualquier otro ciudadano. Por Calbuco empezaron a pasar deportados que volvían a Santiago. Entre ellos pasó Manuel Hidalgo, que había sido expulsado del Partido por la dirección central, que funcionaba clandestinamente en Valparaíso. Me habló mucho de su expulsión, diciéndome que no estaba conforme con ella, y me dejó cien pesos como ayuda.

En Aysén había más de cincuenta relegados, entre los que se contaban Contreras Labarca, Justiniano Sotomayor, Ramón Sepúlveda Leal, Isabel Díaz, Humilde Figueroa, Quintana Burgos, Neut Latour, Mendoza (Levín) y muchos otros.

Los calbucanos acudieron a felicitarnos, a Grove y a mi por los acontecimientos de Santiago, que nos permitían volver a nuestros hogares.

—Yo me voy el domingo, me dijo Grove.

Yo me quedo, respondí —no tengo con qué irme.

223

Pero algunos amigos me juntaron una cantidad de dinero y Jorge Ditsel, propietario de los barcos que hacían el servicio de los canales, me ofreció pasaje gratis hasta Puerto Montt. Pude, pues, partir después de despedirme de toda esa buena gente isleña, a la que había aprendido a conocer y a querer.

En el muelle de Puerto Montt, la noche que llegamos, me estaba esperando Justiniano Sotomayor, un joven abogado radical que había pasado largos meses en Aysén con docenas de relegados más. Tomé pasaje de tercera hasta Temuco y subí al coche de primera donde me recibió la algarabía de todos aquellos a quienes se llamó "los perseguidos de la dictadura". Había euforia, alegría, proyectos, conversaciones políticas sobre lo que vendría. Pero al llegar a Temuco una ducha de agua fría cayó sobre nosotros cuando se supo que nuevos acontecimientos habían hecho girar en trescientos sesenta grados el timón de la política: Ibáñez no se acostumbraba a la democracia, había despachado a don Juan Esteban Montero y, después de un furibundo editorial escrito por el director de "La Nación", Hugo Silva, titulado "Sépanlo bien", se volvía a las arbitrariedades de la dictadura. La legalidad había sido sólo una pausa de pocos días. Los suficientes sin embargo para hacer ver al pueblo las ventajas de la libertad por tantos años encadenada.

Cuando llegamos a Temuco se estaba celebrando una gran manifestación de repudio a Ibáñez, encabezada por el radical Domingo Durán, padre del actual parlamentario Julio Durán. Los relegados conservadores que iban en nuestro tren, así como Justiniano Sotomayor, fueron sacados en hombros por los manifestantes, en medios de los vivas a la libertad y los mueras a Ibáñez y a la dictadura. Nosotros, los comunistas, nos fuimos a un hotel, dejamos nuestras maletas y nos sumamos a la manifestación, que llenaba de bote en bote la plaza de Temuco. Los oradores hablaban desde los balcones del Club de Mujeres Naturistas, situado en una esquina.

224

Nos pidieron que designáramos un orador nuestro y entonces subimos al Club, Isabel Díaz, Contreras Labarca y yo. Cambiamos ideas y acordamos que había que atacar reciamente al gobierno de Ibáñez y al imperialismo. Carlos salió al balcón y empezó a hablar en tono tranquilo, con palabras muy mesuradas, pero luego su peroración fue tomando color y calor y cuando se refirió a Ibáñez, estaba lanzado en un discurso enérgico y agitativo, que toda la plaza escuchaba en medio de un completo silencio:

-.....¡Un sargento se ha apoderado del gobierno,
decía Contreras, —pero lo peor no es eso: lo peor es que continúa ahí....!

Esto, al parecer, era lo que esperaba la policía para lanzarse a su tarea favorita de apalear a la gente. Los garrotes se alzaron sobre las cabezas, se oyeron órdenes, gritos, pitazos, caídas, y de pronto el ruido de un disparo. Muy alarmadas, las señoritas naturistas cerraron los balcones de su club, mientras el mitin se convertía en una batalla campal. Para defenderse de los carabineros, algunos manifestantes rompieron los bancos de la plaza.

En el club reinaba el desconcierto y la agitación. Algunos políticos de los partidos burgueses creyeron que lo más prudente era huir por los tejados, pero nosotros permanecemos a pie firme, esperando que subiera la policía. Esta no subió y nosotros bajamos y, ayudados por los compañeros, pudimos escabullirnos. Nos fuimos entonces a las redacciones de los diarios en busca de noticias y allí nos confirmaron la caída de Montero.

A las seis de la mañana del día siguiente, continuamos viaje en tren y llegamos a San Fernando, donde se quedaron Contreras Labarca y el anarquista Magallanes Díaz Triviño. En Chillán había bajado Quintana Burgos. Poco a poco el tren se fue quedando desocupado. En Talca conseguí algunos diarios, donde encontré una pésima noticia: en Valparaíso había sido allanada la imprenta del Partido y se había detenido a

225

unos cuantos compañeros. Entre ellos había caído el argentino Paulino González Alberdi, que se encontraba de paso en Chile. Con esto, Ibáñez intentaba dar carácter internacional al asunto. La eterna tontería: una secta internacional preparando un complot con ayuda extranjera...

En el tren, algunos relegados me propusieron que me bajara en San Bernardo para seguir a Santiago por otra vía y eludir así a la policía que seguramente estaría esperando a los deportados que volvían a Santiago, Pero yo había tenido noticias de que una manifestación nos esperaba en la Estación Alameda. Como iba en el tren Sepúlveda Leal, yo quería evitar que fuera a usar indebidamente el nombre del Partido en algún discurso, de modo que, para bajarme en San Bernardo, puse como condición que se bajara también este ex compañero. Mendoza bajó en San Bernardo, pero los demás seguimos en el tren.

En Santiago no había tal manifestación, sino sólo grupos de estudiantes aislados, rodeados de carabineros y agentes de investigaciones. El grueso de las fuerzas estudiantiles se hallaba atrincherado en la Universidad, Hubo algunos gritos, vivas, mueras y nada más, de modo que, acompañado de mis parientes, me fui a mi casa.

La capital vivía días febriles, pero llenos de animación, de calor revolucionario. Se olía en la atmósfera lo que iba a venir. En la Alameda y calles centrales, los carabineros apaleaban y disparaban sus armas tratando de amedrentar al pueblo, que parecía decidido a sacudirse de una vez por todas la dictadura. Una huelga de brazos caídos había comenzado y en ella participaban no solamente los obreros y estudiantes, sino también capas burguesas de la población, como los profesores, los profesionales, los médicos ...

El sábado 25 de julio, la presión creció, cuando se supo que los carabineros habían matado a dos jóvenes aristócratas antiibañistas: Pinto Riesco y Jaime Ortúzar. Yo salí a la calle y desesperadamente me puse a

226

buscar contactos, pero no los encontré. Fui a la Universidad, pero no pude entrar, llevado y traído por las mareas de gentes que iban y venían en un interminable flujo y reflujo, empujadas por los carabineros con sus lanzas en ristre. Fui a visitar entonces a Jorge Grove, que se hallaba en la calle Agustinas al llegar a Bulnes, en casa de Enrique Eleodoro Guzmán.

Era el 26 de julio. Al salir, a las doce y media del día, me encontré con el espectáculo que presentó Santiago ese día. Los automóviles corrían haciendo sonar sus bocinas, las gentes se abrazaban en la calle, sin conocerse. No se veía un solo carabinero ni militar por las calles. Estudiantes o señoritas dirigían el tránsito en las esquinas: Ibañez había caído y la libertad, después de largos años de ibañismo, se paseaba eufórica por las calles de Santiago. Lo mismo ocurría en todas las ciudades, pueblos y aldeas de Chile. Los carabineros, muertos de pánico, se habían refugiado en sus cuarteles.

Concurrí a los funerales de los dos jóvenes muertos por las balas policiales y allí encontré a algunos compañeros. En la noche llegó a Santiago, Carlos Contreras Labarca y con él fui a la Universidad, donde conocí a varios jóvenes del Grupo Avance, entre los que se hallaba Marcos Chamudes.

Pero no todo iba a ser alegría, expresión de júbilo por la negra etapa que parecía haberse cerrado. Al día siguiente nos pusimos a trabajar activamente, conseguimos algún dinero y arrendamos dos piezas en calle Santo Domingo al llegar a Bandera: un local sórdido y bastante insalubre, pero no teníamos mayores recursos y en él se concentraron las actividades de la FOCH y del Partido Comunista, cuyo Comité Central, que había estado funcionando en Valparaíso, bajo la dirección de Galo González, se trasladó inmediatamente a Santiago. Hubo una rápida reorganización de las fuerzas populares y mientras yo fui confirmado secretario general de la FOCH, el Comité Central del Partido eligió secretario general a Carlos Contreras Labarca.

227

Los organismos partidarios empezaron a rehacerse en todo el país, se organizaron cursos y conferencias y se comenzó también a hacer publicaciones de folletos.

Por esos días, los compañeros de la FOCH me designaron para que fuera a Montevideo a participar en una reunión de la Confederación Sindical Latino Americana (CSLA).

XXIII

A comienzos de septiembre, Montero, elegido candidato a Presidente por los conservadores y los radicales, había dejado el mando y gobernaba como Vicepresidente de la República, don Manuel Trucco. En la Cartera de Hacienda actuaba don Pedro Blanquier, un hombre que si bien había tenido el mérito de mostrar al desnudo la terrible situación económica del país, que el ibañismo ocultaba cuidadosamente, no tenía una visión amplia de las cosas y carecía de la menor sensibilidad política. Para él, en el país no había hombres, sino números. No había cesantes que marchaban semidesnudos por las calles, no había gentes sin hogar, no había niños sin pan. Todo se reducía a cifras, a tantos por cientos, a presupuestos, a sumas que debía rebajar aquí y hacer calzar allá. Las cifras son sin duda muy importantes, pero un político no puede cerrar sus ojos a una realidad como aquella, visible para todo el mundo.

Así, pues, Blanquier, había anunciado rebajas en los sueldos de los empleados públicos para poder hacer frente a los compromisos de la caja fiscal a fines de agosto. Es decir, las mismas medidas de siempre, que nada solucionan y sí abren el camino a nuevos problemas. Blanquier seguramente habría mostrado mucho asombro si alguien le hubiera dicho que existen otros recursos a los cuales echar mano en casos desesperados, que los ricos tienen la bolsa llena y las compañías extranjeras se echan al bolsillo intereses desproporcionados a los de sus capitales. No, como siempre, había que

228

acogotar a los más débiles, a los más pobres, y esta vez le tocó a los empleados públicos. La alarma que las declaraciones del Ministro de Hacienda provocaron, fue enorme y ella repercutió no sólo entre los empleados civiles de la administración pública, sino también entre los elementos armados.

Recuerdo que el día primero de septiembre llegó a Santiago, enviado por Rufino Rozas, que se encontraba en Coquimbo, un compañero de apellido Lobos, que pidió hablar conmigo y me comunicó, muy agitado por cierto, que tenía noticias de que la marinería se iba a levantar, apresaría a los oficiales y lanzaría un manifiesto al país y peticiones de carácter económico al gobierno. Algunas de estas peticiones, en la forma en que me las expuso este compañero, no estaban sólo destinadas a aliviar su suerte, la de los tripulantes de la Armada, sino a beneficiar a todo el país.

Me pareció que el movimiento era profundamente interesante y su carácter popular, por todo lo cual merecía nuestro apoyo. Acompañado de Lobos, me fui a ver a los compañeros del secretariado del Partido y ante ellos, Lobos amplió las informaciones que tenía. Los suboficiales y marineros de toda la Escuadra estaban secretamente de acuerdo para levantarse a una orden que debía darse desde el acorazado "Latorre", y a sostener un movimiento hasta conseguir imponer sus puntos de vista.

Los camaradas escucharon el relato de Lobos, supieron cómo se había enterado éste de lo que se proyectaba, y decidieron "fondarlo", es decir aislarlo, para que por ningún motivo el secreto se divulgara, mientras el Partido estudiaba rápidamente la cuestión y fijaba su actitud y la forma de ayudar a las tripulaciones. Pero, por razones que desconozco, los sublevados anticiparon su movimiento, que estalló ese mismo día primero de septiembre y la prensa santiaguina del día 2 traía ya la noticia del asombroso levantamiento.

Por esos días, se aseguró que nosotros, los comunistas, dirigíamos el movimiento de la marinería y se dijo

229

que yo andaba por Coquimbo y había tenido contacto con los sublevados. No tengo por qué atribuirme cosas que no he hecho ni tampoco cargarlas al haber del partido. Nosotros consideramos que aquel movimiento fue un intento revolucionario honesto y heroico de la marinería en la lucha por el pan, pero la verdad es como la estoy relatando. Nosotros ayudamos después, como se verá, en la medida de nuestras fuerzas, a la sublevación y a sus protagonistas, una vez vencida ésta. Pero en su gestación, el Partido fue ajeno. Supimos del levantamiento quizás al mismo tiempo que lo supo el gobierno, en Santiago —y que lo guardó en el más estricto secreto—, pero no antes.

El pliego presentado por los marineros al gobierno, en forma de ultimátum y con un plazo de 48 horas para ser cumplido, contemplaba muchas medidas justas, que habrían aliviado la economía chilena, destruida por el ibañismo. Así por ejemplo, se establecía un empréstito forzoso con cargo a los millonarios; el fomento de la industria y el comercio mediante facilidades crediticias y rebajas de los intereses bancarios; un vasto plan de obras públicas para absorber a los miles de cesantes que pululaban en todo el país y otras cuestiones de esta índole.

Entretanto, en Coquimbo la Escuadra se comunicaba con todas las unidades navales del país y el movimiento hacía rápidamente presa de todas las marinerías y de los cuarteles de la Armada en tierra. La sublevación había prendido en Talcahuano, en Valparaíso y en la base aérea de Quintero. Dirigía el movimiento el comité del "Latorre", al frente del cual se encontraba el suboficial Ernesto González, profesor primario enrolado en la Armada. Los oficiales se hallaban presos en sus camarotes, pero a nadie se le había causado daño alguno.

En Santiago se despertó tremenda alarma. En la tarde del día 2 de septiembre, un nuevo ministerio entró a reemplazar al anterior, con Marcial Mora Miranda en Interior, el general Carlos Vergara Montero en

230

Guerra y el almirante Carlos Spoerer en Marina. Tal vez simbólicamente se nombró en la Cartera de Hacienda a Arturo Prat, hijo del héroe de Iquique, por quien todos los marinos tienen un culto especial. Se hizo una declaración advirtiendo que toda rebaja de sueldo sería motivo de una ley debidamente estudiada y se envió por avión a Coquimbo, a parlamentar con los rebeldes, a dos marinos de alta graduación: el almirante von Schroeders y el capitán de navío Muñoz Artigas.

Los parlamentos fueron difíciles y enredados. Los altos jefes de la Armada no querían subir a un barco comandado por amotinados, pero no tuvieron más remedio que hacerlo. Hubo largas tiras y aflojas y se perdió mucho tiempo en detalles y cuestiones secundarias. Dos días y sus noches conversaron los sublevados con los emisarios del gobierno y cuando parecía haberse llegado a un acuerdo, que si bien no representaba un triunfo completo para los marineros, por lo menos les garantizaba que sus sueldos no serían tocados y otras conquistas de tipo económico, el gobierno rechazó algunas palabras del documento y las negociaciones se rompieron a la medianoche del día 4 de septiembre.

Entretanto, nosotros, en Santiago, procurábamos por todos los medios, ayudar a los sublevados y contrarrestar la acción de las guardias blancas, que ya se habían constituido y desfilaban militarmente por la Alameda para atemorizar a los obreros, que miraban con profunda simpatía el movimiento de sus hermanos de clase.

En el local de los tranviarios se reunieron las organizaciones afiliadas a la FOCH, de la cual yo seguía siendo secretario general. Hice un extenso informe, poniendo el énfasis en que el movimiento de los tripulantes era justo y terminé planteando una huelga general en su apoyo. Hubo una larga, difícil y enconada discusión. Los tranviarios, al principio, se oponían a la huelga, pero por último cedieron, la huelga fue aprobada y se me puso al frente de ella, para dirigirla de acuerdo con un comité con dos delegados por sindicato

231

y treinta delegados por los tranviarios, diez por cada depósito de tranvías.

En algunos aspectos, la huelga fue total, como, por ejemplo, en la movilización. No salió un solo tranvía a trabajar, y varias carretas y carretones de pan y de vino, fueron volcados en las calles.

El gobierno había decretado el estado de sitio y una manifestación de obreros comunistas y socialistas fue violentamente disuelta en Amunátegui esquina de Alameda. Todos los esfuerzos que hicieron para reagruparse fueron desbaratados por los carabineros, los cuales, después de su reclusión el 26 de julio, habían vuelto a salir a la calle, igualmente prontos para atacar a los trabajadores, como en tiempos de Ibáñez; el único cambio que se notó en ellos fue el reemplazo del viejo casco por la actual gorra. Entre los rumores que circularon, corrió el de que yo me hallaba en Coquimbo, al frente de la sublevación. Dijeron también que había sido muerto por fuerzas del gobierno, pero Marcial Mora, Ministro del Interior, declaró que no había tal cosa y, que simplemente, yo me hallaba escondido. En efecto, ésa era la realidad. Dormía en distintas casas, cada noche en una, para evitar que me detuvieran, principalmente en casa de profesores, como Ricardo Fonseca, Bernardo Ibáñez o Róbinson Saavedra. Las reuniones con Carlos Contreras, Galo González y los demás compañeros del secretariado, las celebraba en automóviles en marcha, en barrios apartados.

El general Vergara (años más tarde visitó la URSS, China y varios países socialistas, habiéndose distinguido como un auténtico partidario de la paz) fue el encargado por el gobierno del mando de las tropas para abatir a los sublevados, que contaban con la Escuela de Comunicaciones de Valparaíso y nuevas fuerzas. Los suboficiales del regimiento Maipo de Valparaíso, empezaban a dar muestras de inquietud. Se atacó Talcahuano y en Valparaíso los sublevados fueron bloqueados por fuerzas del ejército. La aviación, al mando del coronel Ramón Vergara Montero, hermano del Ministro

232

de Guerra, bombardeó los barcos que no pudieron usar sus baterías antiaéreas, y después de esa batalla aéreo-naval en la bahía de Coquimbo, el movimiento se desmoronó rápidamente.

¿Cuáles fueron las causas de que una sublevación que desde los primeros momentos había prendido como un reguero de pólvora, fuera vencida después de la primera batalla?

Hay muchas causas. Desde luego, faltó una dirección segura, una espina dorsal ideológica a ese movimiento, que fue esencialmente emocional, una improvisación que respondía a un clamor que hacía presa en el ánimo de los marineros y suboficiales. Pero ellos no sabían a dónde ir ni qué hacer. ¿Qué habrían hecho, de triunfar su movimiento? Se levantaron, en realidad, en respuesta a una indignación desesperada, a un justo temor de perder su pan, pero carecían de organización y

dirección políticas. Sus jefes mismos, comenzando por Ernesto González, no eran capaces para dirigir y encauzar el heroico impulso de sus hombres.

Comenzaron los tribunales militares a juzgar a los sublevados y a llover sobre éstos las penas de muerte o las largas condenas. En realidad, aparte del hecho mismo de levantarse y apresar a sus jefes, los tripulantes no habían cometido ni el menor acto de violencia. En Coquimbo ni en otros lugares no había sonado un disparo. Pero las leyes militares son así: hasta ahora no se sabe de ningún oficial o jefe levantado en armas —¡y vaya si los ha habido!— que haya sido juzgado, condenado a muerte o siquiera a presidio, después de los movimientos militares que se iniciaron en 1924 y terminaron en 1939, con el "ariostazo". El propio general Ariosto Herrera fue desterrado a México, donde gozó de su pensión de retiro, religiosamente pagada cada mes. Ya se sabe, una cosa son los generales y otra los suboficiales. Pero la carnicería que se venía encima logró, afortunadamente, despertar el repudio nacional. Trabajadores, estudiantes, abogados, políticos, formaron comités para luchar, primero por evitar estas

233

penas de muerte, a las cuales ya se había dado el "¡cúmplase!", y luego para obtener la libertad de los centenares de encarcelados, que por largos meses iban a sufrir en las prisiones.

* * *

Vencido el movimiento de la marinería, cancelado el estado de sitio, pude salir de nuevo a la circulación. Una conferencia celebrada por el Partido acababa de proclamarme candidato a la Presidencia de la República en la elección que debía verificarse el 4 de octubre, y cuyos oponentes principales eran Juan Esteban Montero y Arturo Alessandri Palma.

Pero el mismo día en que se realizaba la elección, yo debía salir para Montevideo, a fin de participar en una reunión de la CSLA y para dar también conferencias sobre el movimiento de los marineros chilenos, a fin de despertar la solidaridad internacional con los encarcelados. El sábado 3, el diario "La Segunda de las Últimas Noticias" publicó que los votos comunistas iban a ser cedidos a Alessandri, pero antes de partir, acompañado de Carlos Contreras fui al diario a desmentir tan absurda noticia. Pocos eran nuestros votos, pero en esa ocasión no iban a ser para Alessandri, sino para mí.

XXIV

El domingo 4 de octubre partí en el transandino rumbo a Buenos Aires, para seguir a Montevideo. Era la primera vez que abandonaba el país, y Buenos Aires se me presentó como una enorme ciudad, llena de dinámico movimiento. Nadie me esperaba en la estación, porque no se había avisado mi viaje a los camaradas argentinos. Pero dos personas aparentemente de muy buena voluntad, se brindaron para ofrecerme pasaje a Montevideo. Después supe que eran policías.

Como no tenía visación uruguaya en el pasaporte, me vi obligado a tomar pasaje de primera en el vapor que

234

había de llevarme a través del Río de la Plata. Inmediatamente que me indicaron mi camarote, dejé en él la maleta y el sombrero y me puse un jockey de viaje que llevaba en la mano y así salí a cubierta. Lo cual resultó una buena precaución, pues la policía argentina que había subido a bordo "para conocerme", se desorientó. Después de ver el sombrero en el camarote buscaron entre los

pasajeros de cubierta a uno que fuera en cabeza... Entonces me hicieron llamar a la oficina del barco. Los policías me expresaron muy cortésmente que no me buscaban para detenerme, sino simplemente para saber si estaba a bordo.

—¿Y no me buscarán, quizás —les pregunté sonriendo— porque saben que en este momento soy candidato a la presidencia de mi país?

A la mañana siguiente, cuando el barco llegó a Montevideo, divisé en el muelle a Miguel Contreras, un compañero de la CSLA que había estado varias veces en Chile. La policía fue también allí muy amable y preguntona:

—¿Cuál es el objeto de su viaje?

—Vengo a dar una conferencia.

—¿Dónde se va a hospedar?

—En un hotel, no sé en cuál. Es la primera vez que vengo a Montevideo.

Los compañeros me llevaron a un hotel de la calle Rincón y luego me alojaron en casa de un amigo de apellido Lizama. Me invitaron a visitar los locales sindicales y también la casa en que funcionaba el Partido Comunista. Allí conocí a los dirigentes Lazárraga y Gómez.

Mi conferencia se anunciaba en los diarios y en grandes cartelones callejeros. El tema no dejaba de impresionar a los que pasaban, escrito, como estaba, en gruesos caracteres: *El movimiento de la marinería chilena*.

El acto se realizó en el Teatro Albéniz, a sala llena y con entrada pagada. Durante cuarenta minutos analicé el movimiento de las tropas y suboficiales de la Escuadra

235

y relaté sus diversas alternativas. Creo que conseguí el propósito que me había propuesto, que era el de despertar una ola de solidaridad para los marineros que estaban siendo juzgados en Chile.

Atendí también una conferencia de la CSLA, en la cual trazamos planes para robustecer el movimiento obrero en América Latina e intercambiar las experiencias de todos nuestros países.

Me hallaba en Montevideo cuando se me ofreció una de las oportunidades más brillantes de mi vida: la de visitar la Unión Soviética. Cinco dirigentes obreros que estábamos en Uruguay habíamos sido invitados: dos peruanos, uno de ellos obrero textil y el otro estudiante; un polaco; un marítimo brasileño y yo.

Es difícil para mí expresar lo que sentí entonces, hacer comprender lo que para un comunista significa visitar la Unión Soviética. Yo no sé si tiene igual alegría un católico a quien se invita a Roma o un árabe que marcha hacia la Ciudad Santa donde se guardan los restos de Mahoma. En el caso nuestro no hay espejismos religiosos, pero indudablemente existen fe, confianza y cariño que se fundan en la razón, hacia el primer país donde se ha construido el socialismo. Por largos años hemos seguido paso a paso, con interés indescriptible, las realizaciones del primer Estado obrero, sus luchas heroicas, sus esfuerzos, sus errores, sus tropiezos; sus hombres, los que tuvieron la audacia de lanzarse a la tarea que cambió el destino de la humanidad, en "diez días que estremecieron al mundo", dejaron su huella allí, o todavía están al frente del trabajo. Sus nombres nos son familiares y tienen un lugar en nuestro afecto. ¿Cómo no querer conocer por nuestros propios ojos todo aquello que hemos visto en fotografía, que conocemos en libros, en revistas, en diarios, las grandes construcciones, todo aquello de monumental que tiene el socialismo? Y también, ¿cómo no querer conocer al hombre nuevo de una tierra nueva, producto genuino de un régimen nuevo?

Creo que el de esa invitación fue uno de los momentos

más felices de mi vida. Embarcamos en el vapor alemán "Cap Arcona", en tercera clase, con rumbo a Hamburgo. Era un vapor enorme, donde la gente se perdía. Despegó de Montevideo el último día de octubre de 1931 y llegó a Hamburgo el 17 de noviembre. En el viaje aprendí a conocer a los compañeros que iban conmigo. El brasileño, un negro, era muy cordial y de convicciones bien arraigadas. El estudiante peruano era sociable y amistoso, al revés de su compatriota, el obrero textil, que era huraño e indeciso.

Dos días vagamos por el puerto de Hamburgo y luego seguimos en tren a Berlín, donde permanecemos ocho días en un hotel, todos juntos, esperando el momento de seguir viaje. Nos faltaban únicamente las visas soviéticas. Ninguno de nosotros sabía una palabra de alemán, aunque un camarada cubano que nos sirvió de intérprete, solía ayudarnos y acompañarnos. Pero la mayor parte del tiempo andábamos solos por calles y plazas, conociendo la capital alemana. Hacíamos paseos en los buses especiales para turistas, comíamos en un restaurant italiano, íbamos al circo o a los teatros de variedades. Recuerdo que en una sala de *Under-den Linden*, vi una película soviética que me impresionó mucho: "Camino a la vida", basada en la obra de Ma-karenko, y que trata sobre la vida de los niños abandonados después de la guerra, y que fueron educados y readaptados. Un día vimos al kronprinz paseando por una calle de Berlín... Los locales del Partido Comunista tenían grandes letreros con la hoz y el martillo y eran para nosotros una invitación permanente. Pero no podíamos entrar; debíamos mantenernos como simples viajeros en tránsito.

Cuando las visas fueron estampadas en los pasaportes, el amigo cubano nos condujo al puerto de Stettin, en el Báltico, donde embarcamos en el vapor alemán "Strassburg", que nos llevó a Leningrado en un viaje que debía durar ocho días. En Kronstad el mar estaba helado, pues era pleno invierno y el barco tardó mucho en abrirse paso. Hacía a bordo un frío terrible y nos

entreteníamos paseando por el comedor o salón, cambiando impresiones con otros pasajeros. En Leningrado, el atraque del "Strassburg" fue difícil a causa de los bloques de hielo, que obstruían el mar junto a los muelles. Era el 4 de diciembre, el frío arreciaba y oscurecía muy temprano.

En Leningrado permanecemos apenas unas horas, en un gran hotel frente a la estación de los ferrocarriles. En la noche nos embarcamos hacia Moscú, donde llegamos a la mañana siguiente. Fuimos alojados en el hotel Myak y se nos pidió que nos preparáramos para concurrir a una conferencia en la Profintern, es decir la Internacional Sindical Roja, institución que nos había invitado.

En la Profintern, que era un vasto edificio, funcionaba una escuela que se ocupaba de enseñar exclusivamente materias sindicales y a la que concurrían, cada temporada, estudiantes de diversas nacionalidades. La conferencia que por aquellos días se celebraba, y que duró más de tres semanas era dirigida por Alejandro Losovski. Nosotros asistimos a casi todas las sesiones y en una de ellas se me ofreció la palabra. Recuerdo que comencé diciendo:

—Vengo de un pequeño país ...

Hice una exposición, que duró unos veinte minutos, sobre la situación política, social y económica de Chile y hablé también del movimiento de la marinería, que en la URSS, como en muchos otros países, había despertado enorme interés.

Comentando mi intervención, uno de los compañeros soviéticos de la Profintern, dijo después:

—El camarada Lafertte comenzó equivocadamente a hablar, al decir que venía de un pequeño país ... Chile no es un pequeño país. Un país que tiene un proletariado alerta, luchador, aguerrido, con tradiciones revolucionarias, no es un pequeño país. Un país cuya marinería de guerra es capaz de levantarse para pedir más pan y mejores condiciones de vida, no es un pequeño país.

238

Quizás el camarada Lafertte habría expresado más exactamente su pensamiento, diciendo: Vengo de un lejano país ...

Finalizada la conferencia de la Profintern, unos cuantos compañeros y yo fuimos invitados a viajar por algunas ciudades y lugares de la URSS. Un viaje realmente emocionante, que nos confirmó que lo que nosotros pensábamos sobre la Unión Soviética no era ilusión, ni exageración, sino que era la realidad. Estuvimos en Kiev, en Jarkov, en Sochi, a orillas del Mar Negro, donde conocimos las espléndidas casas de reposo de los trabajadores. Allí me encontré con Luis Carlos Prestes, con quien conversé una media hora. Después nunca más lo he vuelto a ver. Juan de Dios, el negro brasileño, y yo, visitamos también la presa de Dniepostroi, que entonces estaba sólo en construcción. Vimos la instalación de grandes turbinas, trabajo que estaba a cargo del ingeniero norteamericano Cooper. Más de un mes duró este viaje y la imagen de la URSS que entonces me formé fue la de un gran país en plena construcción, en pleno y dinámico desarrollo, que sabía acoger fraternalmente a los visitantes extranjeros.

Estando en la URSS tuve algunas informaciones —muy breves, las que llevaba el cable— sobre otra masacre en el norte, la que se llamó la "Pascua Trágica" de Copiapó y Vallenar. Los compañeros, incluidos los soviéticos, me acosaban a preguntas, pero yo no sabía más que lo que decían los cables: según estas noticias, un grupo de comunistas había asaltado el cuartel del batallón "Esmeralda" en Copiapó, la noche del 24 de diciembre, quedando varios muertos y heridos. Como repercusión, los carabineros de Vallenar, que, según los mismos cables, habían sorprendido a veinte comunistas "en deliberaciones peligrosas", los fusilaron sobre la marcha, por orden del jefe del destacamento.

¿ Con qué objeto los comunistas copiapinos iban a asaltar un regimiento?

¿Cuándo se han visto semejantes cosas, ataques tan absurdos? Por otra parte, expliqué

239

a los compañeros, las masas de Copiapó, comunistas o no, no viven en el pueblo mismo, sino en el mineral de Potrerillos. Les dije que no existe entre ellos ningún espíritu putschista, sino que, por el contrario, ellos basan su triunfo final en una gran acción de masas.

—Debe tratarse, concluí, de una nueva provocación policial, como las hemos tenido a montones en nuestro país.

Efectivamente, al regresar a Chile, me impuse en detalle de los hechos y así eran las cosas: una provocación. En cuanto a lo de Vallenar, ni siquiera ese nombre podía dársele. Eso fue simplemente un asesinato de trabajadores y el asesino, el jefe de los carabineros, no pagó por él. Quedó impune, como tantos otros.

En febrero de 1932 salí de regreso, por tierra. Pasé por Brest Litvosk, por Polonia, y Checoslovaquia, para llegar nuevamente a Berlín, donde tuve que esperar otros ocho días antes de seguir viaje. Ayudándonos con un poco de francés que sabía Da Silva, el compañero brasileño, ambos acabamos de conocer la capital alemana, antes de salir para Hamburgo, donde embarcamos en el vapor de clase única "General San Martín".

El viaje duró dieciocho días. No me dejaron desembarcar en Río de Janeiro ni en Santos, pero en este último puerto tuvimos noticias de un golpe de Estado que acababa de producirse en Uruguay, dado por Saravia, cerca de la frontera con Brasil. El negro brasileño pensó que era más prudente para él no seguir hasta Montevideo y desembarcó en Brasil. Yo decidí seguir pero al tocar el barco en Montevideo, subieron los policías y me arrestaron. Cuando me sacaban del muelle para trasladarme al cuartel en una motocicleta con *side car*, alcancé a divisar a Gómez, dirigente de los comunistas uruguayos, que iba a recibirme.

Me encerraron en una oficina, donde fui sometido a largos y muy aburridos interrogatorios. Me dijeron que iban a ponerme en libertad, que sólo faltaba que

240

tomaran las impresiones digitales, pero que el funcionario encargado de hacerlo ... andaba en el fútbol. A los compañeros que llegaron a reclamarme se les dijo lo mismo, que esa tarde quedaría libre. Así ocurrió efectivamente, y después de varios días en el hotel Rincón, me embarqué para Buenos Aires, donde tomé el, transandino.

Los policías chilenos no eran menos activos que sus colegas uruguayos y apenas pasamos la estación de Las Cuevas y entramos en territorio chileno, me quitaron el pasaporte y todos mis papeles, con gran indignación de un sacerdote chileno que venía en el tren, única persona que protestó del atropello. Era don Alejandro Vicuña Pérez, autor de biografías de filósofos y de quien se decía que tenía ideas socialistas y que había viajado por la Unión Soviética. En Los Andes fui detenido y embarcado en compañía de un agente hacia Santiago. Cuando el cura Vicuña penetró en el carro, le dije.

—¿No ve? Ya estoy detenido ...

El sacerdote increpó al agente, quien, acosado por el indignado don Alejandro, se batió en retirada, diciendo que era un simple funcionario, que cumplía órdenes y que de algún modo tenía que ganarse la vida...

—¿Y por qué no trabaja de chofer, entonces?, le gritó Vicuña de muy mal humor.

Al llegar a Santiago, nadie me esperaba en la estación. Desde Mendoza había puesto un telegrama anunciando mi llegada, pero no le habían dado curso. En la estación, los agentes y yo estuvimos media hora discutiendo. Estos pretendían que voluntariamente dejara en sus manos mis documentos. Yo me negué y dije que sólo los entregaría por la fuerza. Terminaron por soltarme y así fue como pude llegar de sorpresa a la casa de mi madre, en la calle Andrés Bello.

Estábamos en marzo de 1932. Tomé contacto con los compañeros en la oficina que el Partido había instalado en calle Arturo Prat 1111 y que se llamaba Casa del

241

Proletariado. Allí supe que había muerto el senador Oscar Viel Cabero, que iba a realizarse en el norte una elección complementaria para reemplazarlo y que mi Partido estudiaba la presentación de la candidatura de uno de sus hombres.

La derecha ya había lanzado el nombre de don Arturo Alessandri Palma, que a la caída de Ibáñez había regresado con gran pompa desde Europa. Yo me pronuncié porque nuestro candidato fuera

el compañero Francisco Torres Ríos, que falleció después; pero la mayoría de la dirección acordó llevarme a mí a la pelea y tuve entonces que salir al norte, en jira electoral. Pero antes di una conferencia sobre mi viaje a la Unión Soviética, en el Teatro Septiembre, de Alameda esquina de Lira, un domingo en la mañana, a sala llena. Fui presentado por Contreras Labarca. Días después repetí esta conferencia en el Coliseo de Valparaíso.

Partí a Antofagasta en el vapor "Aconcagua". Al llegar, me esperaba una manifestación de unas quinientas personas, con banderas y banda de música. Pero los organizadores de la manifestación eran demasiado optimistas y los gritos que más se oían eran los de "¡Viva la revolución social!" ... Les pedí que cambiaran esa consigna por otras más adecuadas a la realidad política.

Desde un ring saludé brevemente a la concurrencia, pues ese mitin era sólo preparatorio de un acto electoral que debía verificarse en la tarde. En él, junto con abordar los problemas del norte, hablé también de mi viaje por la URSS y a través de la reacción de la gente, pude darme cuenta de la gran admiración que los obreros del norte sentían por el país del socialismo.

De inmediato inicié una jira por la pampa salitrera y Chuquicamata y recorrí minas y oficinas. No me dejaban entrar, naturalmente, a las oficinas, pero los trabajadores salían de ellas para escucharme. Las proclamaciones se hacían en plena pampa, por las tardes, por las noches.

En Tocopilla me embarqué para Arica, donde me esperaba Chamudes, que era uno de los oradores más fogosos del Partido.

242

Después de una proclamación en un teatro, seguí viaje a Iquique, mis viejas canchas, pero allí las cosas no iban a ser tan fáciles como se hubiera creído. Había una gran cantidad de obreros cesantes de la Pampa que habían sido albergados en La Puntilla, el Colorado y otros sitios, y toda esta gente había sido predispuesta por la propaganda contra nosotros. El alessandrismo los utilizaba a diario para que insultaran a los comunistas y sirvieran de provocadores y de promotores de incidentes, en nuestros mítines y proclamaciones. No faltaron ni siquiera las agresiones personales la noche en que fui proclamado en Iquique.

El Partido destacó mucha gente para que tratara de convencer a los albergados de que su causa no era la de Alessandri y los ganara a las filas del movimiento popular. Pero hay que confesar que en gran parte fracasamos en esta tarea, ya que el alessandrismo se había aferrado a ellos con dientes y muelas.

La elección senatorial fue ganada por Alessandri y a mí se me motejó de "el eterno candidato", recordando que aparte de esta derrota electoral ya había sufrido dos, en las ocasiones en que el Partido me había proclamado candidato a la Presidencia de la República.

XXV

El Primero de Mayo fue muy agitado. El "civilismo", como se llamaba al régimen que había surgido después de la larga y negra etapa del ibañismo, tenía tan poco respeto por los obreros como su antecesor y el solo hecho de que quisieran reunirse en las calles o plazas para celebrar el día de los trabajadores, era considerado un acto de subversión o rebeldía, que el Ministro del Interior, Víctor Robles, se propuso castigar. Yo no fui respetado por los palos de los carabineros, que me alcanzaron en calle Estado esquina de Huérfanos. Nuestra táctica, para evitar masacres y

detenciones, fue la de celebrar mítines relámpagos, que se deshacían apenas llegaba la fuerza policial. También realizamos actos

243

conmemorativos en los locales sindicales y en la FOCH.

La consigna principal de ese Primero de Mayo, el de 1932, fue la de obtener la libertad para los marineros que llenaban las cárceles desde septiembre, en que su movimiento había sido aplastado a los seis días de comenzar. Nosotros, como muchas otras fuerzas políticas, luchábamos por una amplia amnistía.

Cansados de esperar esa amnistía, los suboficiales y tripulantes presos iniciaron en sus cárceles una huelga de hambre. A través de la prensa, la opinión del país siguió sus alternativas, y aunque algunos diarios, para desprestigiar este recurso desesperado de los marineros afirmaron que comían en secreto, la verdad es que empezaron a caer en la postración. Fueron examinados por los médicos y trasladados a distintos hospitales. El que llegó más lejos en su resistencia fue Pedro Pacheco, un profesor primario que trabajaba como suboficial preceptor en la Marina.

El gobierno fingía no escuchar el clamor popular que se levantaba en todo el país por los marineros. Pero llegó un momento en que los médicos dijeron que habían varios huelguistas de hambre a punto de morir. Entonces se aprobó la amnistía, pero no se les dejó en libertad, sino que se les relegó a distintos puntos del país.

Ese mes de mayo del año 32 se caracteriza por el ambiente de conspiración que existía en la capital. Todo el mundo conspiraba contra el gobierno de Montero, un gobierno débil y sin personalidad, que había, además, conseguido del Congreso —el mismo Congreso nombrado por Ibáñez en las Termas de Chillán— la aprobación de leyes de excepción. Expulsión de maestros, cierre de periódicos obreros, persecución sindical, nada faltaba para que hacer de él un gobierno impopular. Conspiraban los ibañistas, los militares, Carlos Dávila, que esta vez no trabajaba para su amigo Ibáñez sino para "su propio capote"; Marmaduke Grove, que acababa de ser reincorporado al ejército y nombrado jefe de la aviación; conspiraban los masones, los

244

alessandristas, los radicalsocialistas, etc. etc. Sin embargo, era a nosotros los comunistas a quienes se vigilaba ... A nosotros, enemigos de los golpes de Estado, de los *putschs*, de los cuartelazos. Si se lee, por ejemplo, el libro del general Sáez, a la sazón jefe del Estado Mayor del Ejército * se sabrá que los servicios de Investigaciones enviaban todas las mañanas un informe al Estado Mayor sobre nuestras actividades, mítines, reuniones, etc. Es decir, teníamos espías policiales en todas partes. Pero a los conspiradores, que cualquier persona habría podido señalar con el dedo, nadie pensaba en vigilarlos...

La oposición al gobierno de Montero era enconadísima. El diario "Crónica", inspirado por Alessandri, desarrollaba una terrible campaña en que señalaba con dedos de fuego los desaciertos de los "civilistas" y mostraba cómo éstos eran incapaces de dar satisfacción a los anhelos populares: reducción de la cesantía, disolución del Congreso Termal, disolución de la Cosach, el organismo que se había creado en tiempos de Ibáñez para hacer más expedita la entrega de la industria salitrera al imperialismo yanqui.

Por otra parte, se hablaba mucho también de socialismo. Todo el mundo, aún Alessandri, señalaba la necesidad de adoptar el "socialismo de Estado" como régimen de gobierno. Este socialismo era,

naturalmente, muy vago y acomodaticio. Para algunos era una cosa y para otros, otra muy diferente. Pero la palabra socialismo se escuchaba por todas partes y la idea del socialismo se prendía en el espíritu de mucha gente, ávida de buscar nuevos rumbos para la marcha del país.

La gente se preguntaba quién iba a ganar en esta carrera por ser más socialista que los otros y qué conspirador o grupo de conspiradores llegaría primero a La Moneda, porque se daba por descontado que el gobierno de Montero no tendría vida muy larga.

* Recuerdos de un Soldado.

245

Recuerdo que en los primeros días de junio llegó Isaías Soto al local del Partido, en Arturo Prat 1111, con dos paquetes de volantes que llamaban al golpe de Estado. Yo me opuse a que dichos volantes fueran repartidos.

—El Partido no puede mezclarse en golpes de Estado o cuestiones parecidas, camaradas. Esas son cosas de burgueses, dije.

Se produjo una agria discusión, durante la cual Soto me insultó. Pero yo conseguí mi objetivo, de que el Partido no se mezclara en conspiraciones.

Al día siguiente, los aviadores de Grove distribuían desde sus aviones volantes semejantes a éstos. El golpe, proyectado para el 3 de junio, se produjo el 4, después de largos parlamentos entre el gobierno y los sublevados, que se habían encerrado en la Escuela de Aviación de El Bosque. Cuando Montero se convenció de que, entre todos los regimientos de la guarnición de Santiago no había uno solo que estuviera dispuesto a defender su gobierno, entregó el mando a los rebeldes.

Yo vivía con mi madre en la calle Andrés Bello y todos los días atravesaba Santiago entero para ir al Teatro Selecta, donde estaba la oficina de la FOCH provincial; allí trabajaba, en compañía de Humberto Matis. El día 4 de junio, en la mañana, salí como todos los días, con mi portafolios debajo del brazo, pero en la puerta me esperaban los agentes.

—¿Qué se les ofrece?

—Venimos a detenerlo.

Alcancé a tirar mi portafolios al interior de la casa y los seguí. Otra vez. Otra vez deteniendo a los que repudiaban las conspiraciones, mientras los verdaderos conspiradores echaban sus planes a la vista y paciencia de todo el mundo. Me llevaron a presencia del jefe, quien me tuvo toda la mañana detenido. A mediodía me dijo:

—Va a ir a almorzar a su casa y a preparar su maleta, porque es muy probable que esta tarde tenga que salir relegado. Dos agentes lo van a acompañar.

246

Salí con los agentes y en la calle se nos juntó mi hermana, que estaba esperando en la puerta de Investigaciones. A esa hora, Santiago estaba convulsionado. Había conmoción en todas partes y los aviones de Marmaduque Grove volaban casi a ras de los tejados, distribuyendo volantes que llamaban a la revolución. A solicitud de Montero, Alessandri había ido a El Bosque a parlamentar con Grove, y fue a raíz de esta visita que se le atribuyó la famosa frase: —No afloje, mi coronel.

Cuando llegamos a mi casa, los agentes quisieron entrar, pero yo no se los permití, cerrándoles la puerta en las narices. No tuvieron más remedio que aguantarse en la calle.

Traté de escapar por la parte trasera de la casa, pero los timoratos vecinos no me lo permitieron. Los momentos eran de un enorme interés político, como para dejarse relegar así no más.

Entonces mandé a una sobrina, una niñita, a hablar con los compañeros. Salió con el pretexto de ir a comprar pan para el almuerzo. Los compañeros me mandaron decir que a las tres y media de la tarde mandarían un grupo a rescatarme. De acuerdo con el plan, los camaradas vendrían formando una bulliciosa manifestación, yo me confundiría con ellos y seguiría hasta la calle Loreto, donde me estaría esperando un automóvil.

Cerca de las tres y media de la tarde, mi sobrina, que estaba de punto fijo —igual que los dos agentes— llegó corriendo a la casa y me dijo:

—¡Ya están ahí, tío ... ! Vienen por Andrés Bello, como dos mil personas...

Eran unos quinientos, pero metían un ruido fenomenal al que se sumaba el ruido de los aviones rebeldes que volaban haciendo vibrar los vidrios de las casas de Santiago. Cuando el grupo pasaba frente a mi casa, salí y me mezclé a los compañeros. Los policías, temerosos de ser arrollados por la manifestación, se habían escondido rápidamente en unos conventillos vecinos. ¡ Son así, muy valientes, cuando tres o cuatro, armados

247

de pistolas, enfrentan a un dirigente obrero indefenso! Cuando el desfile llegó a Loreto, no estaba esperando el automóvil convenido, pero en el Parque Forestal encontré un taxi y me hice llevar a calle Catedral, donde me escondí. De allí me trasladaron los camaradas a otra casa, pero en la noche, cuando la toma del poder por Grove estaba consumada, abandoné el refugio y me dirigí a la Universidad, en la suposición de que la "República Socialista" no iba a encarcelar a un socialista verdadero como yo.

En La Moneda, el "civilismo" se había marchado, dejando el campo libre a los "socialistas", instalándose una junta de Gobierno presidida por un militar en retiro, el general Puga, e integrada por Carlos Dávila, periodista y antiguo Embajador de Ibáñez en Estados Unidos, y Eugenio Matte Hurtado, Gran Maestro de la Masonería y miembro de un partido con ideas socialistas, la Nueva Acción Política, NAP.

La Universidad era en esos momentos un hervidero humano, una especie de Smolny en miniatura... Los estudiantes iban y venían, llegaban los socialistas, la radio llamaba al pueblo constantemente y las prensas llegaban a echar chispas imprimiendo propaganda revolucionaria.

Constituimos ahí el CROC o Comité Revolucionario de Obreros y Campesinos, al cual se incorporaron estudiantes y trabajadores. También llegaron socialistas y anarquistas, pero luego se retiraron disgustados porque el presidente del CROC era yo ... Las sesiones se realizaban en el Salón de Honor de la Universidad, mientras la radio, manejada por Chamudes, explicaba los planteamientos de nuestro organismo, cuyo objetivo era enderezar los rumbos del gobierno que se había instalado en La Moneda. Puesto que se decía "República Socialista", era necesario que escuchara a la clase obrera y que marchara realmente por un camino revolucionario. En las prensas universitarias, nuestro periódico "Bandera Roja", clausurado por el gobierno de

248

Montero, se imprimía en lujoso papel *couché*, porque no encontramos otro de menor calidad.

Tanto los jefes del movimiento como los estudiantes que lo apoyaban, decidimos conservar la Universidad como cuartel general. Dormíamos ahí mismo, tendidos sobre los sofás y nos alimentábamos exclusivamente de sandwichs. Al principio, el nuevo gobierno quiso arrojarnos por la violencia cortándonos el agua y la luz; pero estas medidas no surtieron efecto y los estudiantes tapiaron con sacos la entrada de la Universidad para evitar cualquier incursión. El cuartel general del CROC era nada menos que la oficina del Rector.

El sentimiento revolucionario crecía. Algunos compañeros demasiado optimistas habían instalado en La Legua un "soviet" de obreros y cesantes ... Las calles, permanentemente estaban llenas de manifestantes que pedían a gritos que el gobierno "socialista" cumpliera como tal. Nuestra gente participaba en todos los mítines, planteando las resoluciones del CROC, que había acordado apoyar al gobierno, pero exigirle que realmente ayudara al pueblo, mediante realizaciones útiles y populares.

Yo creo que fue este ajetreo callejero, las interminables manifestaciones, los mítines en cada esquina, lo que más alarmó a la reacción, que empezó a formar secretamente las guardias blancas que se llamaron Milicias Republicanas. A lo que los gobernantes del 4 de junio hicieran, en el orden económico y social, no le temían mucho. Pero la pesadilla de ellos es el orden, el fantasma que no los deja dormir. Sin embargo, en todos esos días no hubo ningún desorden, ningún herido, ningún muerto, ningún asalto, precisamente porque el gobierno no se lanzó a represiones absurdas.

En cambio todo el mundo quería "socialismo", socializar las empresas, los Ferrocarriles, la educación, hasta 'El Mercurio', cuyos empleados y obreros se habían reunido para pedirle amablemente a don Agustín Edwards Mac Clure, que socializara el diario.

Un día el CROC acordó sostener una entrevista con

249

Grove para darle a conocer sus puntos de vista y salimos unos treinta delegados hacia La Moneda, representando a los estudiantes, los mineros de Sewell, al Partido Comunista, la Federación de Maestros y otros organismos. Habíamos acordado que yo presidiría la delegación y que Contreras Labarca expondría a Grove nuestras aspiraciones. Entramos a La Moneda por la puerta de Morando 80, pero Grove no se encontraba allí. Un joven Celis, que oficiaba de secretario, nos propuso que habláramos con el general Puga, con Dávila o con cualquiera de los ministros. Yo me mantuve firme:

—Venimos a ver al compañero Grove, y si él no está, nos vamos.

—No, no, compañeros... Espérense un poco.

Finalmente apareció Grove y los treinta delegados entramos con él al Salón Rojo de La Moneda, donde iba a verificarse la entrevista. Con Grove estaba Eugenio Matte, pero no se hallaban ni Dávila ni Puga. Yo había señalado a Grove quiénes eran los que formaban parte de la delegación, porque había muchos merodeadores que querían colarse. De todos modos éstos entraron al Salón Rojo, pero se mantuvieron separados de nosotros.

Contreras Labarca expuso los planteamientos del CROC: había que defender el movimiento, en primer término, armando a los obreros, pero no a tontas y a locas, sino organizadamente, hasta constituir una fuerza mixta de soldados, obreros y campesinos; los sindicatos debían participar en un gran organismo destinado a poner en práctica medidas inmediatas para reducir el costo de la vida y dar impulso a las industrias; era preciso dar subsidio a los cesantes, mientras se le iba enrolando

en las nuevas obras públicas o en las nuevas industrias; era preciso ocupar de inmediato las tierras inactivas y dar a los campesinos créditos, semillas y herramientas...

Grove escuchaba con aire escéptico.

—Esas cosas no se pueden hacer, compañeros, dijo finalmente. Yo les pido a ustedes apoyo incondicional

250

para el gobierno socialista, que está muy bien inspirado .. Además les pido que abandonen la Universidad, que desde ahora en adelante no será un centro de estudios para los ricos, sino para el pueblo.

—pero necesitamos un local, argumenté —y ese debe dárselo el gobierno.

—¿Qué local quiere, compañero?, me preguntó Grove.

—El Club de la Unión, respondí.

—No, compañeros, no se puede.

Alguien argumentó que el Club de la Unión tenía una deuda de varios millones.

Recordé entonces que el gobierno de Grove había disuelto el Congreso Termal.

—Denos la Cámara entonces ...

—Está muy sucia ...

—Bueno, no nos importa. Nosotros necesitamos oficinas. Denos el Teatro Municipal. Lo habilitaremos con mesas y máquinas de escribir de la Cámara.

—El Municipal, no ... Nuestro primer coliseo ... Además lo necesitaremos para hacer actos públicos. Lo mejor es que el Ministro de Bienestar Social les busque un local.

Nos retiramos y el CROC abandonó la Universidad. Al día siguiente salí con el Ministro de Bienestar, el Dr. Oscar Cifuentes, en busca de un local... Fuimos a ver el de la CRAC, la organización obrera que había creado Ibáñez para su uso particular, en calle Agustinas. Pero se había instalado allí una Gota de Leche y no podíamos desalojarla. Finalmente nos dieron un pequeño local donde había funcionado una iglesia evangelista, en Nataniel esquina de Alonso Ovalle. Pero no íbamos a durar mucho allí ni el CROC tampoco iba a durar mucho. En la tarde del 16 de junio, mientras nos hallábamos en una reunión, nos llegó la noticia de que Dávila, apoyado por algunos regimientos de la guarnición, se estaba apoderando del gobierno. Otro cuartelazo. Por radio escuchamos los desesperados llamados del gobierno, pidiendo al pueblo que fuera a defenderlo. Acordamos salir, pero informarnos

251

previamente de lo que estaba ocurriendo, quedando de reunimos de nuevo a las once de la noche. A esa hora, ya todo estaba consumado. Cuando llegamos al local de Nataniel, lo encontramos rodeado de policías. Nos fuimos entonces a Arturo Prat, a la Casa del Proletariado, donde nos llegaron las noticias de los primeros actos del gobierno davilista: ya había centenares de presos, Grove y Matte iban camino de Valparaíso, para ser conducidos a la Isla de Pascua, se estaban haciendo redadas de comunistas y socialistas, se proclamaba el estado de sitio con toque de queda a las diez de la noche ...

Con órdenes de "fondearme", me fui a una casa de la Calle Santiago Concha, donde se guardaba una pequeña imprenta de rodón muy ruidosa. Cinco días permanecí allí imprimiendo proclamas contra el gobierno. Luego me trasladé a Independencia pasado de Panteón, donde estuve escondido el fin de junio, julio y agosto, trabajando en distintas formas contra la dictadura de Dávila.

Cerca de allí vivía Bernardo Ibáñez y contra él y otros profesores, dirigió su acción la policía. Gracias a un soplo dado por un ex marino sublevado de apellido Jara, el prefecto de Investigaciones

de Valparaíso, Rencoret, llegó a Santiago y me detuvo, hallándome en compañía de Marcos Chamudes. Por cuestión de segundos, se libró de caer Carlos Contreras. Yo me había dejado crecer la barba y pensé que no me reconocerían ... Pero, por lo visto, Rencoret ya conocía este detalle.

En investigaciones nos amenazaron con golpearlos si no revelábamos el paradero de los otros dirigentes del Partido. Para asegurarme de que, si me torturaban, por lo menos esto se sabría afuera, en presencia del jefe de investigaciones Pelochouneau le conté a mi hermana Inés que estaba amenazado de flagelaciones. Esto y la molestia de los policías santiaguinos porque habían sido los porteños quienes nos detuvieron, me salvó de los habituales tratamientos de General Mackenna.

252

En Valparaíso, el profesor Anabalón, un activo miembro del Partido, había sido flagelado y asesinado. Su cuerpo se encontró después fondeado en la bahía. Responsable de ello era el prefecto Rencoret, el mismo que me había detenido. Años más tarde, este policía se ordenó de cura según cuentan arrepentido por la muerte de Anabalón ... Es curioso, unos se hacen sacerdotes por cosas así. Otros van a parar a la cárcel.

El abogado Jorge Jiles había presentado recurso de amparo en favor nuestro y un día, en el patio cinco de la cárcel, nos anunció que éstos habían sido acogidos por la justicia y que íbamos a ser puestos en libertad. Pero el alcaide, un señor Ponce, dijo que él no nos dejaba libres, aunque recibiera veinte oficios de la Corte.

—Yo sólo le obedezco a mi capitán Lazo, agregó.

Este capitán Lazo, Alejandro Lazo, es un viejo amigo de Ibáñez. Hasta fue su Ministro de Economía, últimamente. No sé si ahora serán tan amigos, ya que el general ha roto muchas de sus amistades con aquellos que nombró ministros.

Nosotros estábamos con nuestras cosas embaladas, listos para salir... pero no a la calle, sino a la relegación. En la tarde sacaron a catorce de nosotros de la cárcel, nos metieron en un furgón y nos llevaron a Talcahuano, donde nos embarcaron para la Isla Mocha. Había ya allí un número considerable de relegados, más de cien, y entre ellos me encontré con Galo González, Juan Chacón Corona, la tipógrafa de Antofagasta Inés Infante, Astolfo Tapia, Oscar Waiss. Estaba también el periodista Abraham Reynold, de quien decían que era mi secretario; hoy es subsecretario de Economía, y uno de los hombres prominentes del grupo de Volpone. Había socialistas, comunistas, anarquistas, y gente sin Partido. Cuando nosotros llegamos en el "Sibbar", los relegados nos brindaron un caluroso recibimiento.

Pero en Santiago las cosas habían cambiado. Asfixiado por el repudio general, había caído Dávila el

253

13 de septiembre, y "reinaba" el general Bartolomé Blanche.

Primero me quisieron meter en un calabozo, donde se hallaba a tratamiento especial, Juan Chacón Corona. Pero parece que después pensaron que no era yo tan peligroso. Había en la isla tres mandos: carabineros, marinos y gendarmes. Nosotros vivíamos hacinados en galpones de la remonta del ejército, bajo un pésimo tratamiento de parte de los uniformados y comiendo una comida infecta. Los domingos podíamos mejorarla, pues nos permitían ir a la playa a sacar erizos.

Esta relegación duró sólo once días. Luego supimos que a su vez había caído Blanche, derribado por un movimiento civil-militar iniciado en Antofagasta por el general Vignola y había asumido el poder, con el título de Vicepresidente provisorio, el Presidente de la Corte Suprema, don Abraham Oyanadel. El nuevo Ministro del Interior don Javier Angel Figueroa, decretó de inmediato la libertad de todos los presos políticos y nosotros pudimos, por fin, regresar. Nos condujeron a Santiago en dos coches de tercera clase, que se repletaron de presos de Santiago, Valparaíso, Antofagasta e Iquique. Nos dejaron a todos en Santiago y unos días más tarde, como secretario general de la FOCH, solicité una entrevista con Figueroa para pedirle que el gobierno pagara los pasajes a todos los nortinos que habían sido arrancados de sus hogares. El ministro me recibió muy amablemente, accedió a dar los pasajes que se le solicitaban y pidió tranquilidad, paciencia, que no se hicieran mítines en las calles, etc.

El gobierno de Oyanadel no tenía otro objeto que el de presidir las elecciones que debían realizarse en el mes de octubre y en los cuales se habría de elegir Presidente de la República, en reemplazo de Montero, y nuevo Parlamento, para sustituir al Congreso Termal, que la "República Socialista" había disuelto. El Partido me eligió candidato a Presidente y a senador por las provincias del norte, a la vez. Pero, después de algunos cálculos muy alegres, los camaradas me dijeron

254

que la senaduría por el norte estaba ganada de antemano y que me fuera al sur a trabajar electoralmente la candidatura presidencial. Así lo hice. Me fui hasta Puerto Montt, hablando en todas las ciudades de importancia, donde se celebraban proclamaciones. Los candidatos presidenciales, eran Alessandri, llevado por liberales y radicales; Héctor Rodríguez de la Sotta, por los conservadores; Marmaduke Grove, que se hallaba en la Isla de Pascua y era el candidato de los socialistas; Enrique Zañartu Prieto, financista partidario del anticonversionismo y las emisiones de billetes, por lo cual lo apodaban "Papelito", y que había colaborado con Dávila; Manuel Hidalgo, por el ínfimo grupo trotskista; y yo, proclamado por los comunistas. En estas elecciones obtuve una doble derrota.

XXVI

A fines de 1932 comenzamos a trabajar en la preparación de dos actos nacionales importantes: uno era un congreso de la FOCH; no se celebraban desde que en 1925 el ibañismo había desmontado cuidadosamente todo el engranaje del movimiento obrero, repartiendo a sus dirigentes a lo largo del país, apresándolos o mandándolos a las islas. Pensábamos realizarlo en febrero de 1933. El otro acto era una conferencia nacional del Comité Antigüerrero, preparatoria de una reunión continental, que debía verificarse en Montevideo.

El congreso de la FOCH se inauguró con un acto público en el local del Sindicato de Choferes, primera cuadra de la calle Cumming. Vinieron delegados de las zonas mineras, campesinas y fabriles más importantes y entre todos ellos se levantó con relieves impresionantes la figura de Juan Segundo Leiva Tapia, que representaba a una cooperativa de colonos agrícolas de Lonquimay. Aunque vestía como sus compañeros de trabajo botas de montar, chaqueta corta y manta de castilla, era un hombre cultivado, que argumentaba admirablemente y hablaba con lógica y al mismo tiempo

255

con pasión. Había estudiado en el Instituto Pedagógico y según entiendo se había recibido de profesor de castellano y francés. Conmovido por la miseria de los campesinos, había dedicado a

ellos su vida, a organizarlos, a levantarlos, y para esta tarea hizo lo que debe hacer un luchador: se identificó plenamente con los campesinos pobres, pasó a ser uno más de ellos.

En ese congreso, me reeligieron secretario general de la FOCH y entró también a la directiva Pablo Cuello, entre otros.

La reunión del Comité Antigüerrero tuvo lugar en San Antonio 58, en el local de la Federación de Maestros. La delegación que se eligió para participar en la conferencia de Montevideo quedó compuesta por Leiva Tapia, Juan Chacón Corona, Pedro Pacheco —uno de los dirigentes del movimiento de la marinería, que había estado a punto de morir en la huelga de hambre—, el peruano Elías Tovar y yo.

Leiva Tapia, que tenía que regresar a Lonquimay antes de seguir viaje a Montevideo, dijo que iba a pasar la cordillera por el sur. Yo fui a sacar mi pasaporte, pero el día antes de que me lo entregaran, la prensa publicó la noticia de que había orden de detención contra mí y contra Chacón Corona, por discursos pronunciados en el congreso de la FOCH y que el gobierno de Alessandri estimó injuriosos. Chacón, escapando de manos de la policía, fue a reunirse conmigo, que me encontraba en casa de Carlos Contreras Labarca. Era imposible, en esta situación, tratar de obtener pasaportes, de modo que se acordó que pasáramos clandestinamente a la Argentina. Se acordó también que Chacón Corona se quedara en Santiago y así, partimos a la aventura Pacheco, Tovar y yo.

Un arriero nos condujo a El Volcán y desde allí a unas termas calientes. Nosotros íbamos a caballo y el arriero en su mula. La primera noche tuvimos que dormir en una quebrada, en plena cordillera. Al amanecer, para evitar ser sorprendidos, partimos con muchas precauciones. Caminamos todo el día, atravesando

256

cerros y más cerros. Cuando llegó la noche, el arriero nos dijo:

—Bueno, hasta aquí no más llego yo... Les voy a dar algunas instrucciones para que no se pierdan... yo tengo que volverme con los caballos ... Sigán a pie por esta quebrada, caminando dos horas a tranco regular y van a ir a rematar frente a la aduana. Se apartan un poco para que no los vean, y pasan. Al amanecer van a llegar a San Rafael... Ahí ya no hay peligro. Toman la góndola que sale para Mendoza, y allí suben al tren, donde nadie los molestará ...

El arriero era un hombre optimista, todo lo veía con ojos luminosos y las cosas iban a correr para nosotros como sobre rieles. Contagiados con su manera de obviar todas las dificultades, nos despedimos de él y echamos a caminar en la dirección que nos había señalado. Yo llevaba alguna ropa envuelta en un chamanto y usaba como bastón una gruesa rama que había cortado de un árbol. Caminamos toda la noche, pero al parecer a tranco demasiado rápido, pues al amanecer llegamos a un valle donde vimos algunas chozas y gentes. Nos lavamos en un riachuelo, descansamos cuatro horas y luego desayunamos y echamos a andar, convencidos de que habíamos dejado muy atrás la aduana y nos hallábamos en plena República Argentina. Nos detuvimos en una casa del camino. En la puerta había un hombre que nos miró con curiosidad.

—Buenas tardes ... ¿Para dónde van ... ? ¿No quieren refrescarse un poco ... ? ¿Son chilenos? No, somos argentinos, respondí. De Buenos Aires ... Andamos de excursión.

—Bah, yo creí que eran chilenos ... Como ahí abajito está la aduana ...

La sorpresa nos dejó mudos. Nuestros cálculos habían fallado: nos quedaba un obstáculo grande cual era salvar la aduana. Habíamos cometido un error y era necesario repararlo, pensar un poco en todo eso. Aceptamos la invitación del hombre y entramos a su casa, donde nos sirvió churrascos, huevos y café. Como

realmente estábamos desconcertados, sin saber qué camino seguir, después de una breve consulta entre nosotros, decidimos confiarnos a ese hombre, y sin revelarle el objeto de nuestro viaje, le dijimos que teníamos interés en pasar eludiendo a la aduana y a la policía.

A las diez de la noche, este desconocido amigo nos sacó de su casa y nos hizo pasar por un deshecho, por donde caminamos más de una hora. Luego nos dejó en el camino y nos dijo:

—Caminen toda la noche y cerca de las cuatro de la mañana van a llegar a una casa abandonada. A unos quinientos metros de él, por el lado izquierdo, hay otra casa, donde pueden tomar desayuno antes de seguir. Digan ahí que son amigos míos. Sigán con confianza.

Nuestras nerviosas piernas marchaban a un paso más rápido que el tranco regular que se emplea en estos parajes y en vez de encontrar la casa abandonada a las cuatro de la mañana, la hallamos a las dos. Hicimos fuego y nos instalamos allí a esperar la mañana. Cuando empezaba a aclarar, oímos ruidos de caballos y voces humanas. Miré por la ventana: eran dos policías, los cuales pasaron junto a la casa sin notar que en ella había gente. Rápidamente continuamos nuestro viaje y, efectivamente, a medio kilómetro de allí estaba la casa que aquel amable amigo nos había indicado. Pacheco habló con el dueño, quien nos sirvió un suculento desayuno y, como que no quiere la cosa, nos contó que los policías acababan de estar bebiendo allí. —Sigán el camino, nos dijo, pues tienen que estar antes de las doce en San Rafael. A esa hora sale la góndola para Mendoza y no hay otra hasta mañana. ¡ Caminen con precaución, porque forzosamente tienen que cruzarse en el camino con el jefe de la aduana, que siempre viene en un cabriolé, acompañado de algún policía...

Echamos a andar. Cualquier ruido que se escuchaba nos parecía ser el del cabriolé... Después de varias falsas alarmas, vimos venir en realidad el coche y saltamos del camino para ocultarnos entre los arbustos.

Así pudimos llegar sin novedad a San Rafael. La góndola estaba vacía y, por precaución, elegimos asientos separados. De pronto subieron algunos policías y se instalaron al lado de Pedro Pacheco. Cuando se dieron cuenta de que no llevaba equipaje, se alejaron. —Disculpe, che ... Lo habíamos tomado por contrabandista.

La góndola era muy lenta, se detenía en poblados, aldeas, cruces y hasta casas. Subían y bajaban pasajeros. Otras personas detenían el vehículo y el chofer les entregaba cartas o paquetes. Cerca de las siete de la tarde llegamos a Mendoza, donde los policías quisieron someternos a un registro. —¿Qué traen de contrabando? Nos reímos.

—Nada ... No somos contrabandistas. Al ver nuestra tranquilidad desistieron. —Pues es cierto, che ...

Nos fuimos a un hotel donde nos aseamos y descansamos un poco. La primera etapa del viaje estaba cumplida con éxito. Durante el difícil viaje, yo había sido —en opinión de mis compañeros— el que mayor resistencia física demostró, a pesar de ser el de más edad de los tres y llevar más equipaje.

El viaje a Buenos Aires fue tranquilo. Por precaución nos habíamos separado, y así, si la policía detenía a uno, los otros podrían seguir y llegar a destino. Nos habíamos dado cita en una esquina de la Avenida de Mayo y al llegar a Buenos Aires, cada uno buscó un hotel donde se inscribió con nombre falso. Yo me encontré por casualidad en la calle con el secretario general del Partido Comunista argentino, pero este compañero se corrió visiblemente, evitando el contacto, pensé que

iría siendo seguido por la policía y no quería comprometerme. (Años más tarde, fue expulsado por los camaradas argentinos).

Nos dedicamos a buscar el Comité Antigüerrero en Buenos Aires, inútilmente, y con gran desesperación de nuestra parte, pues se aproximaba la fecha en que debíamos

259

hallarnos en Montevideo. Leiva Tapia, entre, tanto, había llegado a Buenos Aires y visitado el local del Partido, pero como no lo conocían ni poseía credencial, lo miraban con desconfianza. Pero yo lo identifiqué y entonces los camaradas nos sacaron de los hoteles y nos alojaron en casas de amigos. A Pedro Pacheco le consiguieron una libreta de enrolamiento argentina y con ese documento pudo entrar en Uruguay y participar en el Congreso Antigüerrero, que se estaba celebrando con asistencia de la policía... En efecto, hasta el jefe de la Policía Especial argentina había logrado colarse. Así, cuando llegó al Congreso la delegación de su país, fue posible detenerla en masa.

El peruano, Leiva Tapia —que vestía su chaqueta corta de campesino y faja roja a la cintura— y yo, fuimos embarcados en un barquito que recorría el río y bajamos en un lugar donde los otros compañeros debían recogerlos. Nos llevaron a la casa de unos amigos y en la noche salimos en un bote que había de dejarnos en Carmelo, un pueblito de la orilla uruguaya del Río de la Plata. Aproximadamente a las 3 de la mañana, después de esquivar la luz de los reflectores que alumbraban las aguas en busca de contrabandistas, atracamos en la playa de Carmelo. El botero nos dijo:

—Aquí están más seguros que en su casa ... Pueden quedarse en la orilla o irse a sentar en la plaza, tranquilamente. Nadie los molestará ni les preguntará nada. A las cinco en punto sale la góndola para Montevideo.

¡Cuan equivocado estaba!

La idea de irnos a la plaza no nos pareció muy prudente, de modo que decidimos quedarnos en la orilla del río, esperando la hora de salida de la góndola. Cerca de las cinco partimos hacia el pueblo a tomar nuestro vehículo. Nos vio entonces un policía y éste corrió al cuartel a avisar que había gente sospechosa. Minutos después estábamos detenidos y éramos llevados al cuartel, donde nos metieron en un calabozo. Naturalmente dimos nombres falsos.

260

Por esos días había conmoción en el Uruguay debido a graves e inesperados sucesos políticos internos. Se acababa de producir un golpe de estado, encabezado por Gabriel Terra, y ese mismo día se suicidó Baltasar Brum, el jefe de la oposición. Los asistentes al Congreso Antigüerrero empezaban a regresar y casi todos eran apresados.

Al día siguiente tuvimos que comparecer ante el juez de Colonia y éste ordenó que nos metieran en la cárcel.

—¿Quién va a defenderlos?

—No tenemos defensor.—Entonces, los defenderá el abogado de turno.

El abogado estuvo presente cuando declararon Leiva Tapia y el peruano Tovar y hasta les dio algunos consejos. Al otro día llegó el fallo del juez: en libertad. En realidad se había considerado que aunque no poseíamos documentos, no éramos delincuentes.

Pero la justicia en abstracto es una cosa y la policía es otra. Así fue como, antes de dejarnos libres, nos llamó el jefe de la policía y nos dijo: -Ustedes saben que Uruguay no está viviendo horas normales, de modo que yo no los voy a dejar libres ...—Pero señor, si la justicia ...

—Bueno, bueno, dijo el policía, —ya conozco la sentencia ... Todos los días los voy a soltar, pero al atravesar la plaza los detengo. La ley me permite tenerlos hasta veinticuatro horas sin necesidad de someterlos a juicio. De modo que les hago esta proposición: yo los dejo libres, pero cada tres horas ustedes se presentan aquí.

Pensando que quizás en uno de esos intervalos de tres horas podríamos fugarnos, aceptamos el predicamento del policía. ¿Qué otro remedio nos quedaba? Tres días duró este régimen, hasta que llegó a auxiliarnos un hombre del Socorro Rojo, a quien le planteamos la necesidad de organizar la fuga. Este amigo no se atrevió a meterse en un aprieto semejante. Pero ya el jefe de policía, que había sido informado de que habíamos

261

tomado contacto con un hombre de fuera, no nos volvió a dejar salir.

Discutimos con él, le hicimos ver que no éramos ladrones ni delincuentes y accedió a que saliéramos, pero seguidos siempre por un oficial vestido de civil. Luego, como todo el procedimiento resultaba demasiado complicado para la pequeña policía de Colonia, consiguió finalmente que nos mandaran a Montevideo, librándose así de su pesadilla.

En la capital, la revuelta continuaba y Terra seguía en el gobierno apoyado por los militares. En el cuartel de investigaciones procedieron a identificarnos escrupulosamente.

—Su nombre, me preguntó el oficial.

—Elias Laferte.

Uno de los policías agregó galantemente:

—Gaviño ...

Entonces recordé que me habían identificado en 1932, cuando regresaba de Europa. No tardé en ser llevado a la presencia de un alto jefe militar.

—Y usted, ¿por qué está aquí?

—No sé. Me han hecho un proceso sin que yo haya cometido ningún delito.

—Algo habrá hecho.

—No he hecho nada. Pero las cosas son así en este democrático país, dije sintiendo que la cólera me asomaba a la cara.

—Sí, democrático, aseguró el militar.

—Claro, respondí, —muy democrático, pero cada vez que he pasado por aquí me han tomado preso.

—No.

-¡Sí!

Al día siguiente nos trasladaron a la cárcel, metiéndonos en un calabozo junto a los delincuentes comunes, ladrones y criminales. Cinco días llevábamos allí cuando aparecieron los compañeros del Socorro Rojo y nos empezaron a mandar comida, porque la del presidio era asquerosa. Hasta entonces nos habíamos alimentado de café con leche, que comprábamos a los

262

carceleros. En la noche teníamos que pelear para conseguir un sitio en las tarimas donde dormir. Los maleantes se renovaban a diario, pero nosotros seguíamos allí. Unos días después me llamaron a la jefatura de la cárcel.

-¿Ha hecho alguna diligencia para conseguir documentos?

—Ninguna.

Pasaron unos días y me volvieron a llamar, para anunciarme:

—Usted y Leiva van a ser deportados a su país.—Está bien, respondí.

XXVII

Habíamos pasado veinte días en la cárcel de Montevideo, cuando fuimos embarcados en el vapor inglés "Losada". A Tovar lo dejaron allí, quizás para deportarlo al Perú. A nosotros nos metieron en un camarote, haciéndonos creer que nos dejarían en Buenos Aires.

-Nosotros no vamos a Buenos Aires, repliqué.

- Bueno, pero los dejaremos allí.

No hubo escala en Buenos Aires, sino que el barco siguió navegando hasta llegar a Bahía Blanca, donde iba a cargar trigo. A bordo, la vida era muy aburrida. A menudo Leiva Tapia y yo nos disgustábamos y estábamos horas sin cruzar palabra. Esto se debía a que este camarada era muy enojón y por quitarme allá estas pajas, me decía:

—Ya está, no me hable más compañero ...

Después se le olvidaba su disgusto y era él mismo quien reiniciaba la conversación.

Leiva se entretenía conversando largamente en francés, con una maestra inglesa que iba a las islas Malvinas. Yo no sabía francés y me aburría de lo lindo.

Media hora después de atracar la nave en Bahía Blanca, subió a bordo un cabo, seguido de cuatro soldados, y nos bajaron a la Prefectura Marítima, donde

263

nos metieron en un calabozo. Allí llegó a vernos el jefe, un militar de alta graduación a quien el contador del barco había advertido que éramos "dos peligrosos agitadores chilenos" y que uno de éstos hablaba varios idiomas. Al parecer, el jefe sólo quería echarnos una ojeada y jactarse un poco.

—Comunistas, ¿eh ... ? Yo he estado en Rusia, como agregado militar de mi patria... Pero no en esta Rusia de bandidos rojos, sino en la Rusia imperial., Hasta bailé con la zarina en una fiesta.

Me pregunté por qué lo tendrían entonces relegado en Bahía Blanca... Quizás para que masticara sus recuerdos...

Nos entregaron una colchoneta y nos instalamos en el calabozo. Después nos llamaron a comer, pero yo no quise ir. Leiva fue y volvió contando que le habían dado un excelente puchero. Al anochecer nos invadieron los zancudos de los pantanos. La lucha con ellos duró prácticamente toda la noche y no pudimos dormir. El día siguiente fue igualmente monótono. El barco seguía cargando trigo y nosotros mirando a través de las rejas, a un patio donde sólo se veían vigilantes armados. Estaban presos también un español y un marinero griego, que se había quedado sin documentos cuando su barco lo dejó en tierra.

Leiva Tapia consiguió que lo llevaran al pueblo para hacer arreglar sus famosas botas y volvió con diarios y revistas.

Una mañana, después de tomarme el jarro de café que nos daban al desayuno, miré a Leiva y le dije:

—¿Sabe qué día es hoy?

—No. ¿Qué día?

—Primero de Mayo.

—De veras, es cierto.

Para los comunistas, y también para los trabajadores no comunistas, el Primero de Mayo es un día de una solemnidad que jamás los burgueses podrán comprender. Representa para nosotros una fecha de dolor, pero al mismo tiempo de conquista, de lucha y hasta de alegría,

porque ese día se renueva nuestra fe en el triunfo final. Estemos donde estemos, juntos o separados, el primero de Mayo es un día que conmemoramos, públicamente o en nuestro interior. Las páginas más hermosas y emocionantes que he leído sobre un Primero de Mayo, conmemorado por cierto en la cárcel, en una horrible cárcel nazi de Praga, son las del checo Julius Fucik, asesinado por los verdugos de Hitler. Tanta es la importancia que yo doy al día de los trabajadores que, precisamente para preparar estas memorias, y hacer un recuento de todos los hechos de mi vida, empecé por recordar dónde había estado cada Primero de Mayo, desde mis veinte años.

Era el Primero de Mayo de 1933 y nosotros estábamos ahí, solos, metidos en un calabozo. Callamos, sumiéndonos en nuestras meditaciones. Y de pronto, como un milagro, oímos que en el patio de la prisión, alguien silbaba los primeros compases de la Internacional, aquellos que equivalen a las palabras

Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan...

Nos levantamos y corrimos hacia la ventana. Ni cortos ni perezosos, silbamos desde los barrotes los compases que siguen, los que los proletarios de todo los Países cantan ese día:

... y gritemos todos unidos: viva La Internacional.

Había, pues, otro como nosotros, preso allí, que sentía su espíritu lo mismo que nosotros ese Primero de Mayo. Era el marinero griego, quien, al oírnos, se aproximó a nuestra ventana y preguntó, en inglés:

—*Communist Party?*

—*Communist Party!*, respondimos a dúo.

Reportaje al pie del patíbulo".

Nos estrechamos las manos y al llegar la noche, a través del detenido español, que sabía un poco de inglés hablamos con el desconocido camarada, con quien el destino nos había juntado en ese lejano puerto. Supimos así la odisea del griego, quien nos contó que esperaba un barco de su bandera para regresar a Europa.

Dos días después, por la mañana, se embarcó el griego y a mediodía nos tocó a nosotros reintegrarnos al "Losada", que navegó hacia las islas Malvinas, donde había que entrar por una "puerta" muy estrecha. Sólo se puede entrar cuando penetra la marea. En ambas guerras mundiales, la escuadra británica se ha ocultado ahí de los barcos enemigos. En las islas se quedó la inglesa, que era profesora, y a Leiva se le fue su única amistad a bordo. Por la tarde, cuando la marea iba hacia afuera, salió el barco y a medianoche dejamos las islas argentinas en las que Inglaterra ha sentado por la fuerza sus reales.

Tres días mas tarde llegábamos a Punta Arenas y los agentes de investigaciones subieron a bordo. Nos desembarcaron y nos condujeron a la "pesca". Poco rato después vi entrar a un periodista a quien había conocido en Santiago, cuando trabajaba en "El Mercurio" y que ahora era director de "El Magallanes".

—No vengo como periodista, Lafertte —me dijo—, sino como amigo y quiero servirlo. Dígame qué desea, en qué lo puedo ayudar.

—Muchas gracias. Por favor, avíseles a los obreros, a los sindicatos, que estoy preso.

—Pierda cuidado. Lo haré.

En la noche llegó un obrero pavimentador llamado Juan Lafertte, quien me aseguró que éramos parientes. Nos llevó comida y camas y pudimos así estar más cómodos en la oficina de

investigaciones, donde había un fogón para la calefacción. Desde allí solíamos oír , cuando los "tiras" les pegaban a los pobres diablos presos, para que confesaran robos o quién sabe qué delitos. El jefe, Olegario Sánchez, nos dijo que no nos podía poner en libertad hasta recibir órdenes del gobierno

266

pero en cambio, llevaba a sus amigos, damas y caballeros, a que vieran a Elias Lafertte, como quien lleva a un grupo de niños al zoológico para mostrarles un animal exótico. Yo no sé si cobraba entrada por este espectáculo, pero la verdad es que no me agradaba nada ver llegar al indiscreto funcionario con sus amigos, a la salida del club, y sentirme mostrado con el dedo:

—Este es el famoso Elias Lafertte ...

—¡Ah! Este es ...

¿Qué les parece?

Los visitantes me miraban como se mira al hipopótamo o al ornitorrinco y se retiraban moviendo la cabeza.

—De modo que éste es Elias Lafertte ...

Una tarde, por fin, nos pusieron en libertad e inmediatamente nos fuimos a la casa de Juan Lafertte, donde empezaron a llegar obreros y dirigentes a conversar con nosotros. Les planteé la necesidad de que nos sacaran de Punta Arenas, pero ellos dijeron que no tenían medios para hacerlo. Salimos a caminar hacia el centro, cuando de pronto nos encontramos con Sánchez, el jefe de Investigaciones.

—¡Qué suerte que los encuentro! —nos dijo socarronamente—. Vengo a tomarlos presos, señores. Resulta que el gobierno acaba de obtener Facultades Extraordinarias del Congreso y he recibido órdenes de detenerlos, porque se les va a relegar.

Después de tres días en la cárcel, nos separaron, un día del mes de mayo de 1933. A mí me mandaron a Porvenir, en la Tierra del Fuego, y a Leiva Tapia lo relegaron a Melinka. Esa fue la última vez que lo vi.

Un pesquisa fue a dejarme a Porvenir, un pueblo que no es más que una sola calle, que en el mes de mayo entra a dormir su sueño invernal. Terminada la esquila, los trabajadores se dispersan y el gobernador se va a pasear a Santiago.

El agente, un hombre de apellido yugoslavo, como muchos habitantes de la región magallánica, me llevó a la casa de un hombre que tenía una posada, José del Carmen Gómez, a ver si éste me daba alojamiento.

267

Gómez se negó a aceptarme, pero me mandó donde un amigo suyo, en cuya casa me hicieron un hueco para que durmiera. Por la noche, cuando ya el pesquisa se hubo marchado, llegó Gómez a hablar conmigo y me pidió que al día siguiente me presentara en su casa.

—Tengo una pieza para usted —me dijo—, pero no para los policías. En mi casa tendrá cama, comida, ropa limpia y plata para el bolsillo, pero con una condición: que nunca me pague y que se olvide para siempre. José del Carmen Gómez había sido esquilador y matancero, logrando reunir un pequeño capital. Me presentó a su hermano y a su señora y los cuatro hacíamos vida familiar. El invierno era duro, de modo que se salía poco de casa. Comíamos y vivíamos la mayor parte del día en la cocina, que era la pieza más abrigada. Una vez al día tenía que presentarme al retén de los carabineros, pero después de cumplir esta antipática obligación, volvía rápidamente donde Gómez. ¡ Conocí allí a comerciantes y amigos del dueño de casa, que me ayudaron dándome ropas, libros y otras cosas. Seis años después, siendo senador de la República,

tuve oportunidad de destacar la generosa actitud de Gómez, cuando acompañando al Presidente Aguirre Cerda, me tocó volver a Porvenir, el pequeño pueblo de la Tierra del Fuego.

Un día me sacaron de Porvenir y me llevaron a Punta Arenas para embarcarme hacia Chiloé. Yo creo que esto se debió no precisamente a que alguien pensara que Chiloé es menos duro para un relegado que la Tierra del Fuego, sino a que el gobernador de Porvenir aspiraba a una vida tranquila, sin sobresaltos, lo que no era posible teniendo allí a un "agitador peligroso" como yo. Cuando me embarcaron, nevaba y hacía un frío terrible. ¡Qué habría dado por una taza de café! Pero los agentes no tenían muchas consideraciones con un relegado obrero.

Al día siguiente me embarcaron en el vapor "Magallanes", de la compañía Braun y Blanchard, arranchándome

268

en el comedor de los suboficiales. Gracias a la bondad de un sobrecargo, pude dormir en un sofá. Unos días después los suboficiales, que parece que habían tenido una discusión sobre mi persona, acordaron darme una mesa para que comiera.

Al llegar la nave a Puerto Natales, el agente que me custodiaba juzgó peligroso que yo permaneciera a bordo mientras el barco era cargado de lana, y decidió hacerme bajar a tierra y encerrarme en la cárcel. ¡Pero no contaba este sujeto con la solidaridad de los trabajadores! Estos dijeron que no descargaban ni cargaban el barco, mientras yo estuviera preso, e indicaron dos soluciones: que bajara a tierra y me quedara con ellos, como huésped, o que permaneciera en el barco. Los compañeros se pusieron firmes, en un gesto que nunca he olvidado, y el "tira" no tuvo más remedio que decir amén. Me dejaron a bordo, pero muy bien custodiado por agentes y carabineros.

El domingo bajé a tierra, llevado por los trabajadores y asistí a un banquete en mi honor, donde todo estuvo magnífico, menos la presencia del agente, que se vio obligado a participar en el almuerzo y a tragarse, aparte del rico asado, los discursos, en muchos de los cuales se puso a la policía, a los "tiras" y al gobierno, de oro y azul. Al finalizar el banquete, los trabajadores me fueron a dejar a bordo y me entregaron seiscientos pesos que habían reunido para mí.

El "Magallanes" siguió viaje al norte. El lugar de relegación que se me había fijado era Achao, en Chiloé. Pasamos el Golfo de Penas con mar mala y el barco se movía y crujía horriblemente.

La noche antes de llegar a Castro, donde iba a ser desembarcado —era el 24 de junio—, me despedí de los suboficiales y les agradecí sus atenciones, escuchando de ellos palabras de amistad y aliento. Habló uno de los suboficiales que se habían opuesto a tenerme en su mesa y a través de sus propias palabras supe yo que el concepto que este marino tenía sobre mí había variado fundamentalmente después de

269

conocerme: ya no era yo un terrorista peligroso, sino un hombre sano e idealista. El no compartía mis ideas desde luego, pero con mi actitud yo le había enseñado a respetarlas.

El jefe de policía de Castro llamó a un oficial que estaba de franco ese día y le encomendó mi vigilancia. —¡Usted me responde de él! —A sus órdenes, mi capitán.

El oficial vivía en una pensión cuyo dueño se llamaba Juan y no estaba dispuesto a perderse la fiesta que había de celebrarse esa noche, la noche de San Juan.

—Quisiera ponerle un telegrama a mi madre, que se llama Juana, le dije. —Muy bien. Lo acompañe al telégrafo. Aparte de saludar a mi madre, yo quería también que a través del telegrama, ella y los camaradas supieran dónde me encontraba.

El lunes siguiente, muy de madrugada, salí para Achao y me instalé en la pensión de la señorita Fernández, donde había estado hospedado Juan Bautista Rossetti cuando estuvo relegado en ese lugar. Pero no duré mucho tiempo en la casa, porque a menudo llegaban a beber el notario y el secretario del juzgado, un tal Barría, y cuando se emborrachaban no encontraban nada mejor que dedicarse a provocarme. Me fui a vivir a la casa de un hombre que estaba relegado también, aunque no por cuestiones políticas, sino por estafa, y que se ganaba la vida fabricando pan. Dos veces al día tenía que presentarme en el cuartel de los carabineros a firmar un libro. El demás tiempo —casi siempre estaba lloviendo— lo ocupaba en conversar con la gente o en ayudar a la confección del pan.

El 18 de septiembre se dictó una amnistía y en el mes de octubre me embarqué en el "Atlas", que me trasladó a Puerto Montt, para seguir por tren a Santiago.

270

XXVIII

Al llegar a Santiago, me fui a vivir con mi madre, en la Avenida Bellavista. Ella estaba ya muy anciana y se encontraba enferma de cuidado. Pero mi tranquilidad, la tranquilidad que para un dirigente obrero significa estar en su hogar, libre de persecuciones, no iba a durar mucho. La línea antiobrera del gobierno de Alessandri se había manifestado desde los primeros momentos. Los políticos burgueses suelen buscar de los obreros sólo sus votos. Después ya no les interesan y cada manifestación de ellos, cada huelga, cada mitin, les suena a rebelión, a subversión, a alteración de su tan cacareado orden y democracia. El orden equivale para ellos a la sumisión absoluta; que no se reclame colectivamente ningún derecho, que no se proteste contra el alza del costo de la vida, que se acepte con resignación cada nuevo zarpazo a los intereses populares.

Así, pues, rápidamente pasé a la ilegalidad, a vivir sobresaltadamente, a dormir una noche en una casa y a la siguiente, en otra, para poder continuar mi trabajo en la FOCH, en el cual me ayudaba Martínez, un compañero venezolano que la CSLA había mandado a Chile para colaborar en nuestras tareas de coordinación latinoamericana de las organizaciones obreras. En noviembre de 1933 murió mi madre y yo ni siquiera pude ir a sus funerales. Sabía positivamente que los agentes me iban a tomar preso y así fue como tuve que abstenerme, con mucho dolor, de cumplir este último deber filial. Por otra parte, aumentó mi pena la actitud de mi familia, que estaba indignada conmigo. Mis familiares me reprocharon ser uno de los factores que causaron la muerte de mi madre, por tantas penas, disgustos, inquietudes y sobresaltos que le había dado con las actividades políticas.

Quizás tuvieran razón, pero me imagino que lo mismo que a mí debe ocurrirle a casi todos los que entregan su vida a la causa de la revolución; que necesariamente deben causar inquietudes, penas, sobresaltos y dolores a

271

sus familiares, aunque no tengan ninguna voluntad de hacerlo. Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo conseguir que una madre no sufra cuando su hijo está en una cárcel infecta o en una isla inhospitalaria y lejana? Yo sabía sin duda que mi madre sufría, pero procuraba aliviar estas penas en la medida de mis fuerzas, escribiéndole a menudo y visitándola cada vez que la policía me dejaba un respiro. Desde la Isla de Pascua le había escrito por lo menos una vez al mes, aunque, nunca pude enviarle las cartas.

La verdad es que uno sabe que esas cosas tienen que pasar, cuando quiere servir la causa del pueblo. Peor si los hombres no fueran capaces de sobreponerse a esas situaciones, la causa del progreso nunca avanzaría: nadie haría ninguna tarea peligrosa o difícil. Yo sabía en esos años que mi madre nunca estaba tranquila ; no puedo jactarme de no haber tenido debilidades.

Ningún ser humano deja de tenerlas y cuando me encontraba preso en el calabozo de una cárcel extranjera o relegado entre los peñones de la isla de Más Afuera no se crea que muchas veces no pensé con envidia en la gente que anda por la calle tranquila, sin temor de que se le eche encima un "tira" de investigaciones, que puede llegar a su casa, al seno de los suyos, sin necesidad de esconderse, de vivir por años enteros en la clandestinidad, con un nombre que no es el de uno y hasta una identidad ajena.

Pero me sostenía la solidaridad y el pensamiento de que todos mis sufrimientos no eran perdidos, sino que servían, aunque fuera como un pequeño grano de arena, para edificar la nueva sociedad en que la clase obrera tendrá el lugar dirigente.

Nada más triste, pues, para mí, que el pensamiento de haber apresurado involuntariamente la muerte de mi madre. Cualquiera puede imaginarse la pena de no poder siquiera acompañarla al cementerio. Pero así es la sociedad burguesa; no da tregua a los luchadores, yo tenía que elegir entre cumplir este último deber filial y perder mi libertad, la precaria libertad que me

272

servía sin embargo para trabajar por el Partido y por la clase trabajadora.

El reclutamiento esta vez fue más largo. Entregado en cuerpo y alma a mi trabajo de organización, de publicaciones de folletos y periódicos, de intercambio de experiencias, tuve que permanecer escondido todo el resto de 1933 y todo el año 1934, con fugaces asomadas a las calles, a las reuniones, a los mítines.

En junio de 1934 se celebró un Congreso de la FOCH en el Teatro Selecta de la calle Chacabuco, del que era concesionario nuestra camarada Amador Pairoa. Yo me presenté a la sesión inaugural, pronuncié un discurso para echar a andar las tareas y luego me esfumé, evitando a la policía. En este acto impresionó mucho a los delegados de todo el país la aparición de un joven campesino de la región de Lonquimay, donde, después de muchas peripecias, había logrado volver Juan Segundo Leiva Tapia, tras nuestro desastroso viaje al Uruguay. Este joven campesino, en medio de la emoción de todos los delegados, dijo:

¡Vengo aquí a sellar definitivamente la alianza obrera y campesina!

En la tarde de ese día, me dejé ver de nuevo en el local que los ferroviarios tenían en calle Exposición, donde el congreso iba a funcionar. Rendí el informe de dirección y luego volví a desaparecer, porque la policía ya andaba detrás de la reunión. El congreso se trasladó entonces a la avenida La Paz 134, pero allí también nos siguieron la pista, la policía rodeó la casa y apresó a numerosos delegados; el poeta y profesor Gerardo Seguel, que representaba a los maestros en ese congreso, huyó por los tejados. Cayeron Chacón Corona, Cuello y muchos otros.

El Partido tenía dos diputados desde 1932, José Vega y Andrés Escobar, que había sido mi compañero de relegación en la Isla de Pascua. Ambos se movilizaron rápidamente y empezaron a sacar en libertad a los delegados. Poco a poco, el juez los fue dejando salir. El que duró más tiempo preso, fue Chacón. Pero ni siquiera

273

esa enorme redada policial había logrado desbaratar el congreso de la FOCH, que siguió funcionando en San Miguel y que a todas sus tareas tuvo que agregar la de sacar en libertad a los presos.

La persecución se había desatado, principalmente, porque por aquellos días habían estallado los sucesos de Lonquimay, en que los campesinos de la región fueron diezmados por las balas de los carabineros, a cuya cabeza se encontraba el siniestro general Arriagada. El levantamiento de Ránquil fue en realidad una rebelión espontánea, no preparada, un estallido de cólera de campesinos esquilados durante siglos y a quienes se les estaba terminando de quitar sus pobres y escasas tierras. La represión desencadenada por el gobierno de Alessandri fue simplemente salvaje: un eslabón más de la larga cadena de masacres que han ensangrentado la tierra chilena: Iquique, San Gregorio, Punta Arenas, La Coruña, Copiapó, Vallenar, Santiago, Lota, Coronel, y que luego habría de completarse con muchas otras más. En los hechos de Lonquimay perdió la vida Juan Segundo Leiva Tapia, un hombre que habría podido rendir mucho más a su clase, pues era un dirigente decidido, leal e inteligente.

En febrero de 1935, provisto de un pasaporte falso, partí a Buenos Aires a trabajar en el organismo directivo de la CSLA, que desde Montevideo se había trasladado a la Argentina, donde funcionaba en la clandestinidad. En mi pasaporte, yo figuraba como electricista y para justificar mi permanencia en Buenos Aires, hacía algunos trabajos de electricidad. En el comité de la CSLA había dirigentes obreros de Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile.

Dos veces estuve a punto de caer en manos de la policía: en una circunstancia en que iba en busca de correspondencia y luego, una noche en que me recogía dormir, en el mismo local donde funcionaba la CSLA

274

precisamente esa noche cayó por allí la policía, allanó el local e hizo "cantar", apelando a las flagelaciones, a un muchacho que cuidaba la oficina. Me refugié en casa de un extranjero y pude salvarme así de los malos momentos que habría pasado en manos de la "Especial".

En diciembre, la CSLA acordó enviar tres observadores a un llamado Congreso Latinoamericano del Trabajo, que iba a celebrarse en Santiago, bajo los auspicios de la OIT. Nos designaron al uruguayo Martínez, a un argentino y a mí y partimos separadamente hacia Santiago. Yo llegué en un avión, muy correctamente vestido, y cuando me preguntaron en Los Cerrillos dónde iba a alojarme, contesté con toda tranquilidad.

—En el hotel Carrera.

El Congreso no tuvo en realidad, mucho interés para nosotros. Se inauguró en el salón de honor del Congreso. Apenas terminó, los tres delegados de la CSLA tuvimos que escondernos porque la policía andaba en su elemento buscando obreros revolucionarios entre los delegados. El estallido de una huelga de los ferroviarios y sus consecuencias me impidieron regresar a Buenos Aires, como se verá en seguida.

La huelga de los ferroviarios estalló el 3 de febrero de 1936 y tuvo por origen la negativa del gobierno de Alessandri de pagar su gratificación a los empleados y obreros de estos servicios, que

ellos habían conquistado dos años antes, mediante una sostenida y tesonera lucha. Los tres organismos sindicales de los trabajadores del riel, la antigua Federación Santiago Watt, la Federación Ferroviaria de Chile y la Federación de Empleados Zona Sur se unieron y designaron un comando único que centralizaba la lucha por la gratificación. El Gobierno no halló nada mejor que provocar a los trabajadores, apresando a sus dirigentes. La huelga estalló entonces, y fue uno de los movimientos más importantes de esa época. Durante diez días, en las primera y segunda zona ferroviaria, los trenes de pasajeros y carga se paralizaron, aunque no totalmente; pero en tercera zona, que comprendía de Talca a Puerto

275

Montt, no se sintió el rodar de una rueda sobre los rieles. Defectos de organización y también graves defectos en nuestro trabajo de provocar la solidaridad obrera hacia los compañeros ferroviarios, condujeron a la pérdida de este movimiento, que el gobierno remató al lanzar hacia la cesantía y el hambre a seiscientos ochenta obreros y empleados. Estos sólo vinieron a ser reincorporados tres años más tarde, cuando triunfó en la lucha presidencial de 1938 el abanderado del Frente Popular Pedro Aguirre Cerda.

El mismo día 3 de febrero, busqué contacto con el comando de la huelga, porque se trataba de conseguir para ellos el apoyo solidario de todos los trabajadores y pasé a la clandestinidad, dejando la casa en que vivía con mi compañera Laura Díaz y Juanita, mi hija de cortos años.

Celebrábamos las reuniones en distintas casas y participaban en ellas los ferroviarios en huelga, los sindicatos legales y la FOCH, representada por mí, en mi calidad de secretario general.

Una noche tuvimos una reunión en la calle Santa Elena, en la casa de un obrero socialista. Estábamos vigilados y, además, había, según se dijo después, soplones entre los propios participantes. Durante la reunión, alguien abandonó la casa diciendo que tenía una cita con el propietario del diario "La Opinión", Juan Bautista Rosetti, quien había prometido un aporte económico para ayudar a la huelga. El caso es que unos minutos más tarde se dejó caer la policía de investigaciones, rodearon la casa y nos detuvieron a los diez que estábamos allí. Nos metieron en dos automóviles y salieron con nosotros para el cuartel de General Mackenna.

En el automóvil uno de los agentes me preguntó de pronto:

—¿Qué va comiendo?

No respondí, para que no se diera cuenta, por mi voz de que efectivamente iba comiendo algo. Me iba comiendo un documento que en ese momento habrían sido muy comprometedores. Cuando llegamos a General

276

Mackenna llevaba ya en el estómago, bien triturada, escrupulosamente masticada, toda la hoja de papel.

Con el pretexto de quebrar la huelga, el gobierno de Alessandri había desatado, como dije, una tremenda represión y pedido al Congreso facultades extraordinarias. Desde entonces se ha abusado extraordinariamente de este recurso; los gobiernos de González Videla e Ibáñez, gemelos en su antiobrerismo y en su adversión a la libertad, se han aprovechado de tales facultades extraordinarias para descargar horribles persecuciones contra los trabajadores. Por esos días, el cuartel de investigaciones, cuyo director general era un ex mecánico dental, Waldo Palma, hervía de movimiento. Entraban y salían presos y los agentes pasaban mucho más tiempo ocupados vigilando a los políticos y a los dirigentes obreros que a los ladrones y maleantes.

Yo sabía, por la experiencia de otros compañeros que habían tenido la desdicha de caer en manos de los agentes, que en General Mackenna no tenían muchos escrúpulos con los detenidos políticos. Los "hábilos interrogatorios" estaban a la orden del día y después de ellos, compañeros que habían entrado sanos y fuertes a los calabozos de investigaciones, salían desmoronados, con la salud resentida, y muchas veces con el cuerpo lleno de recuerdos de las violencias físicas.

Me llevaron a un calabozo y después de algunos interrogatorios, me sacaron de allí, me golpearon un poco y volvieron a llevarme a la celda, para volver a sacarme poco después. Yo no sé si aquello formaba parte de sus tácticas de ablandamiento; el caso es que cuando lo devolvían a uno al calabozo y uno creía que por fin iba a poder dormir, a descansar cuando menos, lo sacaban otra vez y venían nuevos interrogatorios y nuevos golpes.

Después me llevaron a una especie de calabozo que era como un pasillo subterráneo que según dicen, comunicaba por debajo de la calle General Mackenna, el cuartel de investigaciones con la cárcel pública. El suelo estaba lleno de agua y de barro y había allí una

277

serie de instalaciones propias de una Inquisición criolla aunque modernizadas, pues no faltaba ni siquiera la consabida máquina para aplicar la corriente eléctrica, un magneto con una especie de tubo. ¿Qué pensarían hacer conmigo? Yo estaba curtido de cárceles. Las había conocido a través de todo el país y también en Argentina y en Uruguay. Pero la verdad es que por primera vez me veía frente a la posibilidad de que me torturaran físicamente.

En el extraño calabozo había cuatro agentes que comenzaron a interrogarme, interesándose de preferencia por saber dónde vivía. Les di la dirección de San Antonio 58, que era un local sindical abierto a todo el mundo. Pero la respuesta no los satisfacía. ¿Para qué querían saber mi dirección? ¿Tal vez para buscar documentos comprometedores o algo así? ¿Acaso para tomar represalias con mi familia? —¿Dónde vives? —En San Antonio 58.

Pero no me decían "¿dónde vives?" a secas, sino que agregaban insultos y palabrotas que no me propongo reproducir.

Empezaron a golpearme. Me pegaron en el estómago, en el pecho, en la espalda. En la cara no me golpearon, tal vez para no dejar manchas muy visibles. Después de pegarme un buen rato, volvían a preguntar: —¿Dónde vives, tal por cual? Y yo invariablemente respondía: —En San Antonio 58.

Volvieron a pegarme. Después, como se convencieron de que los golpes eran inútiles, se decidieron a hacer funcionar la máquina eléctrica. Mientras dos trataban de aplicarme la corriente, los otros dos me sujetaban. Pero yo me debatía, me movía constantemente para hacerles más difícil su tarea y evitar que mi cuerpo recibiera las descargas eléctricas. Sin embargo, sentí fuertes golpes de corriente en varias partes del cuerpo. El braguero elástico que desde hace muchos

278

años uso por mi hernia, les impidió cumplir del todo el objetivo que se habían propuesto: aplicarme la corriente eléctrica en los testículos.

—¿Dónde vives...?, volvían a la carga los agentes. Mejor es que lo digas, mira que te vamos a secar a patadas.

-En San Antonio 58.

Cuando se cansaron de maltratarme, era ya medianoche, me llevaron a la oficina de Waldo Palma, un hombre alto, feo, delgado, moreno, con grandes ojos hundidos y una figura de traidor de película. Se hallaba en compañía de un señor de aire extranjero, vestido de *smoking*, que no habló

una sola palabra durante todo el tiempo que estuve allí. Me fotografiaron a granel, por todos lados, de frente, de perfil, antes que pudiera protestar frente al jefe de investigaciones:—¡Me han pegado!

—Aquí no se le pega a nadie, me respondió seca y cínicamente Waldo Palma.

—¿No? ... ¿Quiere ver las muestras? ... Me han aplicado la corriente eléctrica... Me han flagelado todo lo que han querido.

—Está equivocado, señor. Aquí no se flagela a los detenidos.

Yo no iba a ponerme a discutir. Las flagelaciones a los presos políticos y comunes, los "hábilés interrogatorios", los criminales métodos para arrancar confesiones, los conocía todo el mundo.

Los habían usado en investigaciones por largos años. Los practicó Eugenio Castro, en los viejos tiempos, y don Tancredo Pinochet los puso al desnudo en su sensacional campaña contra aquel prefecto. Después, durante la dictadura de Ibáñez, habían alcanzado gran perfección bajo el cuidado de Ventura Maturana. En los cien días que gobernó Carlos Dávila se habían extremado las cosas, cuando se fondeó en la bahía de Valparaíso al profesor Anabalón ... ¿Y qué decir del periodista Luis Meza Bell, director de "Crónica", asesinado por agentes de investigaciones? ... Ahora, en tiempos de Alessandri y bajo

279

la dirección del siniestro Waldo Palma, todo seguía absolutamente igual en General Mackenna.

Pero yo comprendí que estaba perdiendo el tiempo. Con esa gente no se discute.

Más tarde, cuando me trasladaron al calabozo, uno de los detenidos "por la patilla", me dijo:

—¿No conoce, señor, a los que le pegaron?

—No.

—Uno de ellos eran Quintín Romero.

Nada menos que Quintín Romero, el ex campeón de box, que por esos días, terminada su carrera pugilística, había sentado plaza de agente de investigaciones. Yo no lo conocía y ni aún ahora podría afirmar que se trataba de él. No tenía otro testimonio que el de un maleante preso "por la patilla". ¡Pero sí era así, no se podía negar que Waldo Palma sabía aprovechar la fuerza de los puños del viejo campeón!

* * *

Al día siguiente me llevaron a Alameda-Sur, donde estaba instalado el fiscal militar y sólo entonces supe que yo, como los otros compañeros, estaba detenido y siendo juzgado ¡por desacato al Ejército... ! A poco de comenzar los interrogatorios, el fiscal militar comprendió que no tenía nada que hacer en este asunto ni con semejantes personas. Entonces nombraron, para que se abocara al proceso, al ministro de la Corte de Apelaciones, señor Pedro Silva Fernández.

Los interrogatorios fueron largos y fatigosos. El ministro quería saber qué participación teníamos nosotros en la huelga ferroviaria, pero no le dimos en el gusto de decírselo.

Nos sacaron de investigaciones y nos llevaron a la Penitenciaría, donde nos instalaron en el famoso "patio Siberia", cerca de la pieza que ocupaba Barceló, condenado a muerte por el asesinato de su esposa, que era hija de la escritora Inés Echeverría (Iris). El ministro fue a interrogarnos allí, nos careó, nos comunicó, volvió

280

a carearnos. Después nos trasladaron al patio nueve de la Penitenciaría, donde había varios presos políticos, como Luis Solís Solís, de los sindicatos legales; el “ñato” Hermosilla, más tarde un repugnante traidor a la clase obrera; el ferroviario de San Bernardo Acevedo y muchos otros. Algunos salían en libertad, pero sus huecos se llenaban con otros detenidos.

Llegaron también algunos que según se decía habían participado en un complot para apoderarse del Estado Mayor del Ejército. Los domingos, día de visita, llevaban a los presos políticos al patio número uno, que era un poco más decente, para que vieran allí a sus parientes y amigos, mientras el patio nueve quedaba exclusivamente para los reos comunes.

Un domingo del mes de abril, no nos llevaron al patio uno y luego, el viernes santo, no nos permitieron ver a nuestros familiares. ¿Qué diablos pasará?, me preguntaba yo. Pero ni presos ni guardias podían aclararme las dudas. Ese mismo día llegaron tres agentes y me sacaron, acompañado de Víctor González, un obrero estucador de larga historia en las luchas obreras. A los dieciséis años lo habían relegado a Más Afuera y muchas veces lo habían tenido preso. Nos metieron en un automóvil.

—¿Dónde nos llevan?

—Ya lo sabrán. Por el momento, lo único que tenemos que recomendarles es que no hagan alarde de su presencia en ninguna parte. Si no ... La amenaza quedó pendiente, pero Víctor González no les hizo caso. El automóvil se había detenido en la Estación Mapocho y cuando nos hallábamos en el andén, entre centenares de pasajeros, Víctor gritó a todo pulmón:

—¡Aquí llevan preso al compañero Elias Lafertte ... !

Nos metieron en un carro y nos llevaron a Calera, donde había expectación entre los obreros, que querían vernos. Allí nos metieron en un coche de tercera clase del "Longino" en viaje con destino desconocido. Cada vez que preguntábamos dónde nos llevaban, los

281

agentes enmudecían. ¿Para qué tanta reserva? Durante todo el viaje fuimos recibiendo muestras de simpatía de los obreros. En Ovalle y en Coquimbo, los ferroviarios nos saludaron en la estación. En La Serena subieron hombres y mujeres que nos llevaban diarios, fruta, comida y dinero. Nosotros hablábamos con ellos sin hacer caso de los "tiras". En Inca de Oro, un asiento minero al norte de Copiapó, subieron dos mineros, los hermanos Hevia, y nos entregaron quinientos pesos. Pero nadie sabía decirnos a dónde nos llevaban ni para qué. Es habitual que a toda persona condenada por la justicia se le dé a conocer el fallo que le afecta, pero estas consideraciones no regían para los obreros comunistas.

En la noche del día siguiente llegamos a Baquedano, nudo ferroviario de Antofagasta a Calama, donde nos esperaban dos pesquisas más. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron rápidamente a Antofagasta, para burlar así a los obreros que se habían reunido en la estación a esperar a los presos. Una señora que había visto en el tren cuando nos bajaban, les contó:

—Los bajaron en Baquedano y los metieron en un automóvil.

Nos llevaron al cuartel de investigaciones y nos confinaron en el tercer piso, pero permitiéndonos recibir visitas de los compañeros. En el norte no se había sentido la represión desatada en Santiago y existía en cambio un gran sentimiento de expectativa por el debut del Frente Popular, que se había constituido poco antes, por las fuerzas radicales, socialistas, democráticas y comunistas. Más adelante me referiré a este extraordinario fenómeno político y a sus orígenes. La primera prueba, prueba de fuego que tenía que pasar la nueva herramienta política popular era una elección complementaria a senador, en la cual se llevaba como candidato a un terrateniente radical, el doctor Cristóbal Sáenz.

El día antes de la elección, uno de los compañeros nos dijo:

282

-Si triunfamos se los haremos saber. Pasaremos esta tarde por aquí y si nos ve con el puño en alto, es que el Frente Popular ha ganado la elección.

Pero antes de que los camaradas pasaran con su contraseña, ya nosotros sabíamos, por uno de los agentes, que el Frente Popular había pasado con buena nota su primer examen ante el tribunal de la opinión pública. Cristóbal Sáenz había sido elegido senador.

Sólo en Antofagasta, González y yo vinimos a saber el objeto de nuestro viaje al norte: el ministro Silva Fernández había dictado sentencia de extrañamiento contra nosotros y se nos llevaría a México. Se esperaba sólo que tocara en Antofagasta el vapor "Santa Bárbara", donde haríamos el viaje hasta Panamá, para seguir desde allí en otra nave hasta la tierra de Benito Juárez. Ya nuestros pasaportes habían llegado, diligentemente obtenidos por la policía.

El Primero de Mayo yo me encontraba enfermo de ictericia y era atendido —de mala gana, por cierto— por el Dr. Gregorio Oxman. El jefe de investigaciones de Antofagasta creyó demasiado peligroso que en un día como el Primero de Mayo nosotros estuviéramos en el tercer piso, donde nos hallábamos rodeados de ciertas comodidades, y nos hizo bajar y meter en un calabozo, mientras el cuartel era rodeado de un verdadero ejército de policías, para impedir quizás qué imaginaria acción de los obreros. Estos habían manifestado hacia nosotros un gran sentido de solidaridad, llevándonos ropas, comidas y toda clase de ayuda.

El día 4 de mayo, con gran despliegue policial, nos llevaron a bordo por el muelle Prat. Fueron a despedirnos, aparte de muchos compañeros trabajadores, los diputados comunistas Andrés Escobar y José Vega, el socialista Melitón Muñoz, el periodista radical Fernando Murillo Le Fort y otras personas. Por todo capital, Víctor González y yo llevábamos quinientos pesos chilenos y seis dólares. El Partido había tenido que pagar nuestros pasajes, porque esta es otra de las gracias habituales de los gobiernos burgueses: mandan a podrirse

283

a los obreros fuera de sus hogares y de sus sitios de trabajo y ni siquiera les pagan el alojamiento o el pasaje.

Antes de despedirme, conversé con los camaradas diputados.

—Compañeros, les dije, —quiero mandar un mensaje de despedida al Partido. Quiero que le digan a la dirección, que ningún destierro podrá torcerme ni doblegarme. Quiero que le digan también que, así como cuando me proclamaron candidato a senador la otra vez, yo me pronuncié porque el candidato fuera Torres Ríos, ahora yo pido ser candidato en marzo de 1937. Es la única forma de evitar estas persecuciones de los gobiernos reaccionarios.

Los compañeros prometieron transmitir este deseo a la dirección del Partido y el barco zarpó rumbo al norte.

XIX

Los marineros y oficiales del "Santa Bárbara" nos daban buen tratamiento. No podemos quejarnos de ellos. En Arequipa subieron a bordo dos policías peruanos a notificarnos que no podíamos bajar a tierra. Después de cumplir su misión, uno de ellos, un hombre joven, se puso a conversar aparte

con Víctor González y le dijo que lamentaba mucho tener que cumplir tales órdenes, pero que no tenía más remedio que hacerlo; le contó confidencialmente que era aprista.

En El Callao, igual notificación e igual prohibición. Menos mal que ahí pudimos cambiar nuestros escualidos pesos chilenos, recibiendo ... doce dólares. En Guayaquil los tripulantes nos invitaron a bajar a tierra con ellos, diciéndonos que daban la película de Chaplín "Tiempos modernos". González obtuvo permiso y bajó. Regresó a bordo elegantemente vestido, con un traje que le habían comprado los marineros del "Santa Bárbara". Estos buenos amigos, antes de llegar a Panamá hicieron una

284

suscripción y nos reunieron veinticinco dólares. González y yo fuimos a sus camarotes a darles las gracias y les hablamos de la solidaridad entre los trabajadores, de cualquier nacionalidad o profesión que sean. Hubo intensa emoción entre todos. Algunos tripulantes chinos se hacían traducir nuestras palabras. Cuando terminamos, los marineros nos juntaron aún más dinero y se despidieron de nosotros abrazándonos. En Panamá fuimos llevados a la "Cuarentena". Se le daba este nombre a un recinto rodeado de rejas de alambre de púa donde permanecían todas aquellas personas que tenían alguna irregularidad en sus papeles o en su situación migratoria. Bajo dirección norteamericana, se seguía allí un régimen semicarcerario muy desagradable. Todo lo ordenaban con pitos. Pitazo para ir a comer, pitazo para retirarse a dormir, pitazo para apagar la luz... Enteramos once días en medio de un calor espantoso, que se traducía en un eterno sudor pegajoso en nuestros cuerpos. Era una espera mortal, esa del barco que había de llevarnos a México, durante la cual no teníamos otra entretención que leer "La Estrella", un diario bilingüe, editado la mitad en español y la mitad en inglés.

Un día, aburridos ya, hicimos un escándalo hasta que se presentó ante nosotros la gringa que había inscrito nuestros nombres y datos al llegar. Le dijimos que teníamos que ir a la ciudad de Panamá a hacer algunas compras. En realidad, más que nada queríamos ir para tomar contacto con el abogado Porras, un líder socialista panameño. Después de mucho pelear, la gringa nos prometió que podríamos salir al día siguiente, a las nueve de la mañana, pero que tendríamos que recogerlos a las cinco de la tarde. Si no, nos traería la Policía...

Porras, que después fue embajador de su país en Inglaterra, nos recibió en su oficina, en la Plaza Santa Ana, y nos invitó a almorzar en su casa. Conversamos largamente de la política en nuestros respectivos países y nosotros aprovechamos para contarle los primeros

285

triumfos del Frente Popular en Chile y las interesantes perspectivas que se abrían. A las cinco volvimos a la "Cuarentena" y dos días más tarde éramos embarcados en el vapor "Santa Isabel", que había de dejarnos unos días después en el puerto mexicano de Mazatlán, los últimos días de mayo de 1936. No tuvimos dificultades para desembarcar porque el Presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, había mandado un telegrama a los servicios de Migración ordenando que se nos diese toda clase de facilidades. Pero, por otra parte, nos sentimos desalentados al ver que nadie, ningún dirigente obrero o político, nos esperaba en el muelle. Nos fuimos a una pensión barata, donde por un peso cincuenta, moneda mexicana, nos daban comida, una cama de lona y una colcha para dormir.

Andábamos felices de sentirnos en libertad, después de cuatro meses de cárceles. Nos paseábamos por calles y plazas mirándolo todo con los ojos llenos de alegría. México es todo colorido y la

primera impresión del que llega es así: uno casi se enamora del color y la musicalidad de México. Fuimos al sindicato de ferrocarrileros a ver si nos era posible conseguir pasajes libres hasta la ciudad de México. Al volver a la pensión, nos esperaba un enviado de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que era dirigente de los obreros cinematografistas de Culiacán, Estado de Sinaloa.

—Compañeros, nos dijo, —los andaba buscando por todas partes. ¿Dónde diablos se habían metido? Me atrasé un poco y no alcancé a estar para la llegada del barco, pero traigo encargo de la CTM y, especialmente del compañero Lombardo Toledano de darles la bienvenida ... Dejen esto y vamonos al hotel.

Pagó los gastos de la pensión y nos llevó al mejor hotel de la ciudad, donde se hallaban alojados pasajeros del "Santa Isabel" que venían en primera clase ... Nos paseó en automóvil, nos mostró la ciudad, nos llevó al cine, nos invitó a comer y nos dio cincuenta pesos a cada uno.

286

Al día siguiente nos embarcó hacia la capital, en segunda clase.

Al pasar por Guadalajara, la hermosa ciudad del Estado de Jalisco tan explotada por las películas mexicanas, vimos por primera vez la bandera rojinegra de la CTM al frente de un movimiento huelguístico, en una imprenta. Varios trabajadores estaban sentados bloqueando la entrada de la imprenta, amparados por la enseña huelguística. Estas guardias son muy corrientes, o mejor dicho se practican en todas, las huelgas en México. Un artículo de la legislación del trabajo señala que en caso de que los patrones no quieran someterse al fallo de los tribunales del trabajo, los obreros pueden tomar la industria y manejarla en cooperativa. Las guardias tienen por objeto velar porque nadie toque ni saque herramientas o bienes.

A las nueve de la mañana del siguiente día llegamos a México. En la estación nos esperaban el líder obrero Vicente Lombardo Toledano, el dirigente sindical Valentín Campa, el dirigente comunista Miguel Velasco y otras personas. Nos llevaron al hotel Canadá, donde estuvimos cuatro o cinco días, y después nos dedicamos a buscar un alojamiento más modesto, porque el dinero se nos terminaba y el porvenir se nos presentaba negro. Yo fui invitado a vivir en casa de una compañera, la doctora Ester Chaepa, casada con el periodista Arturo Lorenzo, y allí tuve siempre comodidades y atenciones que transformaron mi destierro en México en una etapa que no habría imaginado. En cuanto a Víctor González, halló trabajo como estucador en una empresa que dirigía un aprista peruano desterrado en México, de apellido Odiaga.

Asistíamos a todos los actos políticos, a los desfiles, a las concentraciones obreras y populares y seguíamos lentamente, la marcha de Chile y del mundo. En España acababa de producirse la brutal agresión del fascismo franquista, italiano y alemán contra la República y México comenzaba a ayudar efectivamente al legítimo

287

gobierno español, vendiéndole fusiles y municiones y mostrando una gran solidaridad antifascista.

Por aquellos días se produjo en México una de las huelgas más importantes que he presenciado, la de los electricistas, que reclamaban mejores salarios. Durante diez días estuvieron parados los tranvías, los cines, las minas, las fábricas y México no tuvo alumbrado público ni particular. Todas las gestiones para arreglar el conflicto fracasaban, incluso una realizada por Luis I. Rodríguez, entonces secretario particular del Presidente Cárdenas y más tarde embajador en Chile. Pero Cárdenas era un leal amigo de los obreros y cuando todos estos afanes se hubieron agotado, tomó en

sus propias manos el problema y en menos de veinticuatro horas solucionó la huelga, ganándose la gratitud de los trabajadores, que quedaron conformes con su intervención.

El 20 de noviembre, aniversario de la Revolución Mexicana, asistí al gran desfile obrero que se realiza todos los años en el Zócalo, frente al Palacio de Gobierno, y que por su magnificencia evoca los desfiles del 7 de noviembre en la Plaza Roja de Moscú. Me tocó ir en primera fila, a la cabeza de las organizaciones obreras, del brazo de Lombardo Toledano y otros dirigentes, como se acostumbra en México. Me pidieron que hablara al pueblo desde la tribuna que se había levantado y tuve el orgullo de que la voz de los trabajadores chilenos resonara allí, junto a la del pueblo mexicano y de la República Española en guerra, que estaba presente en el espíritu de todos. El desfile duró desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. Conocí en esa oportunidad a importantes personalidades de la República Española, como Marcelino Domingo y Gordon Ordaz, este último embajador de España en México.

Participé en los comités de ayuda a la República Española, me relacioné con desterrados centroamericano y trabé firme y duradera amistad con el escritor y líder de los trabajadores cubanos Juan Marinello.

También me relacioné con los obreros gráficos y en

288

más de una ocasión acompañé a Lombardo a concentraciones que se realizaron en provincias. En un mitin que se verificó en la ciudad de Puebla, habló Víctor González. Recibí muchas muestras de afecto. Un día me llegaron diez dólares que desconocidos amigos de Estados Unidos me enviaban para mi sustento. Conocí las tardes de toros, la fiesta favorita de los mexicanos, el fútbol y las grandes ceremonias del 16 de septiembre, aniversario nacional, en que el Presidente hace sonar en la ventana del Palacio de Gobierno la campana de la iglesia de Dolores, la misma que tocó el cura Hidalgo en 1810 para llamar a la insurrección contra los españoles.

Me vinculé, en fin, intensa y estrechamente a la vida del pueblo mexicano.

289

290 (en blanco)

QUINTA PARTE

DEL FRENTE POPULAR AL FRAP

291

292 (en blanco)

X X X

El primer domingo de marzo de 1937, yo esperaba nerviosamente en la capital de México las noticias de Chile. En cartas de los compañeros, nos habían llegado hasta el destierro noticias sobre los avances del Frente Popular, que empezaba a prender en las masas chilenas, por más que entre los dirigentes se desarrollaban intrigas y maniobras subterráneas por el predominio de una o de otra de las fuerzas que lo constituían.

Tenía algunos amigos en el diario del gobierno de México, "El Nacional", y allí me enteré por las noticias cablegráficas de que nuestro Partido y el Frente Popular habían obtenido sonados triunfos en las elecciones de parlamentarios. Yo mismo acababa de ser elegido senador por las provincias del norte y me dispuse a regresar de inmediato a Chile.

Jamás Víctor González o yo habíamos visitado la Embajada de Chile en México, pero el cónsul Domingo Barros Parada nos buscó para comunicarme oficialmente mi elección. El mismo se encargó de arreglarnos los pasaportes y llevarlos a la casa en que yo vivía. El Partido había pagado los pasajes para que volviéramos en uno de los barcos japoneses de la línea Nippon Yusen Haisha, que hacían el servicio entre Manzanillo y Valparaíso, pero habíamos recibido una invitación de obreros chilenos residentes en Nueva York para que visitáramos esa gran ciudad. El cónsul Barros Parada nos ayudó a cambiar los pasajes para que en vez de embarcarnos en Manzanillo, lo hiciéramos en Nueva York.

Salimos, pues, hacia Estados Unidos, pero nos atajaron en la frontera de Laredo, no por parte de los norteamericanos, sino de los mexicanos, pues habíamos omitido el trámite de obtener el permiso de salida. Rápidos telegramas enviados al Presidente Cárdenas, a

293

Lombardo Toledano y al secretario general del Partido Comunista, Hernán Laborde, allanaron las dificultades y pudimos seguir viaje hacia Nueva York en tren, a través de Saint-Louis Missouri. Tres días permanecemos solamente en la enorme ciudad norteamericana, viendo cuanto nos fue posible ver y asombrándonos a cada paso de su inmenso poderío industrial. En el Club Obrero Chileno se nos ofreció un banquete, en el cual conocí a compatriotas que residían allí por largos años, como Ernesto Silva, el dibujante Benjamín Díaz Ossa, el ferroviario Romo y otros. Visitamos el "Daily Worker", el diario de los comunistas yanquis, donde conocimos a algunos compañeros.

Tres días más tarde tuvimos que embarcar en el vapor "Santa Clara", de Grace, y después de pasar, por primera vez, el Canal de Panamá, entramos al Pacífico y llegamos a Arica, donde nos esperaban Carlos Contreras Labarca, Justiniano Sotomayor, Juan Guerra. Allí mismo me informaron de los progresos alcanzados. El Partido estaba en la legalidad y un buen número de diputados había sido elegido, entre los que se contaban Carlos Contreras Labarca, nuestro secretario general, Vega, Guerra, Andrés Escobar, Chamudes y Pairoa.

Después de un mitin en Arica, seguimos viaje en dos automóviles hasta Iquique y después de varios mítines en la pampa salitrera, la región que me había hecho senador, continuamos a Tocopilla. El primero de Mayo participé en actos en María Elena y Pedro de Valdivia, terminando esa jira en Sierra Overa, provincia de Antofagasta. Seguimos a Pueblo Hundido, donde nos esperaban los mineros Hevia que nos llevaron en automóvil a Inca de Oro, para participar en un mitin en un teatro.

Después seguí a Santiago, donde pude encontrar por fin a mi compañera y a mi hija Juanita, que había crecido mucho. El 15 de mayo asistí a una sesión preparatoria del Senado. Aparte de mí, habían sido elegidos senadores por las provincias del norte, Oscar Schnake,

secretario general del Partido Socialista, el radical Osvaldo Hiriart Corvalán, el conservador Miguel Cruchaga y el liberal Fernando Alessandri Rodríguez.

* * *

En octubre de 1937, después de haber participado en algunos debates del Senado con discursos de carácter crítico, pero también constructivo —entre los cuales recuerdo el que se refería a la parcelación de los fundos de Salamanca, que empujaba el senador por Coquimbo Abraham Gatica— tuve que salir de viaje. Esta vez, tres dirigentes del Partido habíamos sido invitados a asistir a la celebración del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, en la URSS, y se acordó que fuéramos Galo González, Raúl Barra Silva y yo. Galo y yo nos embarcamos juntos y posteriormente lo hizo Barra. Pasamos por Nueva York, donde conversamos con Earl Browder, a la sazón secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, y seguimos viaje a Europa en el vapor "Queen Mary", una inmensa ciudad flotante y en aquellos días el barco más grande del mundo.

Desembarcamos en Cherburgo y seguimos por tren hacia París, donde tuvimos que esperar algunos días, porque aún no se recibía en el consulado soviético la autorización para otorgarnos las visas. En París existía una gran agitación y aunque gobernaba el país el Frente Popular, con el socialista León Blum como Primer Ministro, había muchas restricciones políticas. La presión popular para que el Frente Popular francés ayudara al gobierno de la República Española, se estrellaba contra la actitud de Blum, empeñado en una anticipada "no intervención". Una delegación española que iba a Moscú a participar en la celebración de la Revolución de Octubre, no pudo desembarcar en París y las puertas del tren en que viajaba fueron cerradas con llave.

Asistimos Galo y yo a un mitin en el Palacio de los Deportes, para llamar a la solidaridad con la

República Española, en el que hablaron el anciano líder comunista francés Marcel Cachin, la diputada socialista Margarita Nelken y el español Juan Comorera, entonces secretario general del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Mi visación fue la primera que llegó, y el 4 de noviembre partí hacia Moscú, mientras Galo aguardaba en París. En Viena perdí el tren y tuve que quedarme ocho horas esperando el tren de Italia. Llegué a Varsovia, pero me encontré allí con que todos los trenes hacia Moscú iban llenos y hube de esperar hasta el día siguiente. Por fin, el día 7 a las diez de la mañana llegué a la capital soviética y fui conducido al Hotel Moscú. Por las calles se veían largas colas de gentes que avanzaban en el desfile hacia la Plaza Roja. Era imposible ya presenciar las fiestas de ese día, pues el inmenso gentío impedía todo acceso hacia la Plaza Roja. Mi intérprete, el camarada Glasbau, era un viejo amigo. Lo había conocido en mi viaje anterior, seis años antes, y habíamos simpatizado mucho.

—Prepárese, camarada Lafertte, me dijo. - Vamos a salir en una jira por el país, que durará aproximadamente un mes. Irán cuatro o cinco latinoamericanos y numerosos españoles.

En los alrededores de Moscú y Kíev fuimos a visitar hogares, colegios y granjas donde se hallaban los niños españoles que habían sido llevados a la URSS para librarlos de los riesgos de la guerra, y sobre todo del hambre. Estaban en espléndidas condiciones materiales, como pudimos constatarlo,

pero, sin conocer aún la lengua rusa, lejos de sus padres y de su tierra, los niños experimentaron honda emoción al hallarse entre gentes que hablaban el español. Cuando nos despedimos de ellos, nos abrazaron y nos besaron, y muchos lloraban.

Volví a ver la represa de Dniepostroi que ahora, terminada y en pleno funcionamiento, se llamaba Dnie-progress. Visitamos Kíev, la nueva capital de Ucrania, y durante más de veinticinco días viajamos por

296

distintas ciudades en un tren especial, conociendo distintos aspectos de la vida soviética, admirando sus koljoses o granjas colectivas, sus óperas, sus casas de la cultura, las fábricas, las plantas de la industria pesada y la vida de los obreros y campesinos. Al regresar a Moscú, encontré a Galo González y a Barra Silva y con ellos fui a Leningrado a despedir a los españoles —comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos— que iban a embarcar de regreso a su país. Pero el mar estaba helado y fue necesario postergar la salida, lo que aprovechamos para visitar algunas fábricas. Recuerdo que un día, en una fábrica de calzado, asistimos a una asamblea de trabajadores en la que hubo de parte de éstos, fuertes críticas a la dirección de la industria. Al final pidió la palabra Bedra, una anarquista española, quien lloró de emoción al decir:

— Camaradas, yo creía que en la Unión Soviética no existía la crítica, pero tengo que confesar que todo lo que he visto en este viaje, me ha hecho cambiar de opinión.

Después que los españoles hubieron partido, nosotros regresamos a Moscú, donde presenciamos las elecciones de diputados al Soviet Supremo el 12 de diciembre de 1937 y escuchamos por radio la proclamación del camarada Stalin, candidato a diputado también, realizada en el Teatro Bolshoi. Conocimos a Dimitrov y Manuiski en las oficinas del Comintern y en marzo de 1938 salimos de regreso por tren, hacia Francia, a través de Polonia. Como a Galo González y a Barra Silva les negaran la visa norteamericana, se embarcaron de regreso en el vapor inglés "Reina del Pacífico". Yo me embarqué hacia Nueva York, seguí hasta Arica en un vapor de la Grace Line y desde allí, por avión a Santiago, para alcanzar a llegar al Congreso que el Partido estaba realizando en su local de Rosas esquina de Puente, en el cual se ratificó la política del Frente Popular seguida hasta entonces.

297

XXXI

La idea del Frente Popular, como herramienta para que el pueblo alcanzara grandes progresos en muchos países del mundo, nació en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, que se celebró en Moscú en 1935. Y digo la idea, porque naturalmente esa consigna tenía que variar, de acuerdo con las condiciones de cada país. En Chile, por ejemplo, país sometido al imperialismo, no íbamos a hacer un Frente Popular igual que en Francia, que es un país imperialista. Pero se trataba de unir a las fuerzas democráticas, las de extracción obrera con las de la pequeña burguesía en una agrupación destinada a conservar —o implantar— regímenes democráticos, impidiendo el desarrollo del fascismo. Desde Alemania e Italia, el fascismo se iba generalizando poderosamente en distintos países y donde quiera que surgía, era alentado por imperialistas, terratenientes o grandes burgueses para mantener a raya a las fuerzas obreras.

En Chile existía también un grupo nazi bastante fuerte, que reconocía como "führer" o jefe, al abogado Jorge González von Marées y como ideólogos al economista Carlos Keller y los periodistas René Silva Espejo y Fernando Ortúzar Vial, hoy flamantes demócratas. Esta gente irrumpía en las concentraciones obreras y asaltaba los mítines populares, desencadenando una violencia desconocida en el país. El Partido nunca los siguió en sus provocaciones, pero a veces fue preciso defenderse de sus ataques armados y entre los años 1935 y 1937 hubo encuentros en que quedaron heridos graves. En una de estas escaramuzas, los nazis asesinaron al joven socialista Héctor Barreto, que era toda una promesa política y literaria.

Pero el Frente Popular, como lo concebíamos nosotros, debía ir más allá y luchar por transformaciones sustanciales en la economía chilena, manejada por los grandes hacendados y los imperialistas yanquis. El secretario general del Partido, Carlos Contreras Labarca, había participado en el Séptimo Congreso de la Internacional

298

y al regresar a Chile nos habló con gran entusiasmo de esta herramienta política. Existía ya en nuestro país, algo que podía ser el esqueleto del Frente Popular y que era el Block de Izquierdas, organismo del que formaban parte el Partido Socialista, el Radical Socialista, el Partido Democrático y un grupo de expulsados de nuestro partido que se hacían, llamar pomposamente Izquierda Comunista. Nuestra idea fue la de transformar este organismo en un amplio Frente Popular.

Por otra parte, desde mucho antes se venían realizando gestiones de acercamiento entre todos los partidos democráticos. Recuerdo que en 1935 se produjo la vacancia de una senaduría por Santiago. Los socialistas, que eran ya un partido muy fuerte, pensaron en lanzar la candidatura del escritor Ricardo Latcham, a la sazón regidor municipal de Santiago. Pero nosotros pensamos que uniría más a las fuerzas democráticas, la candidatura de un periodista radical-socialista, Juan Luis Mery. Mery había sido procesado por el gobierno de Alessandri a raíz de una campaña que había hecho en el diario "La Opinión" contra el acuerdo Ross-Calder, y la justicia había dictado contra él sentencia de expatriación. Lo buscamos y le dijimos que no se fuera, porque íbamos a luchar por hacerlo senador. Una vez alcanzado el triunfo, la sentencia quedaría nula. Incluso escondimos a Mery, que temía ser apresado. Sólo salió de su "fondeadero" para hablar en los funerales del político radical Pedro León Ugalde, fallecido por aquellos días. También habló Chamudes y él y otros oradores plantearon la necesidad de unirnos en un fuerte y poderoso bloque. En la elección, Mery obtuvo más votos que su contrario, pero la reacción, mediante uno de sus hábiles trucos, hizo elegir al conservador Ureta.

Tengo que decir, entre paréntesis, que el hecho de que no apoyáramos la candidatura de Latcham en esa ocasión, por motivos exclusivamente políticos, que él comprendió, no afectó la buena amistad que tenía este

299

intelectual con los comunistas. Él era un decidido partidario del Frente Popular y combatió por él dentro de su partido. Un tiempo después, fines de 1937 y comienzos del 38, una fracción del P.S., encabezada por Latcham y Amaro Castro, ambos diputados, se desprendió del tronco socialista por desacuerdo político con la línea de Oscar Schnake. Ellos tenían un pensamiento más afín con nosotros y he ahí que Latcham y Castro solicitaron su ingreso al P.C., el que les fue acordado. Castro incluso asistió a un pleno de nuestro Partido. Pero después ni ellos ni nosotros movimos la

cuestión de la afiliación, quizás con el ánimo de no empeorar las relaciones, ya bastante malas, con el P.S., y el tiempo diluyó estas relaciones.

Así, pues, al lanzar, el año 35 la idea del Frente Popular, pusimos el acento en los problemas de la liberación nacional, tan importantes para nosotros, en la huella que por aquellos días seguían los chinos. Algunos políticos de diferentes partidos, acogieron la idea con enorme entusiasmo, como Rosetti, Justiniano Sotomayor y, sobre todo, Juan Antonio Ríos, que era presidente del Partido Radical. Conversamos mucho con Ríos y él comprendió que era el camino más adecuado para derrotar al fascismo y a la derecha, que se disponía a elegir, en 1938, a su personero más antipático y antipopular, Gustavo Ross, como Presidente de Chile. Ríos nos ayudó mucho en las gestiones preliminares para formar el Frente Popular. Hubo ocasiones en que el secretario general del P.C. tenía que sostener entrevistas con otros políticos a escondidas de la policía. Pues bien, muchas de estas conversaciones se desarrollaron en el automóvil de Juan Antonio Ríos, manejado por él mismo.

Quien lanzó la idea del Frente Popular entre los radicales y la defendió con ahinco, calor y valentía, fue Justiniano Sotomayor, que se transformó en el campeón de la iniciativa. Pero la derecha radical, el sector latifundista, que incluía a don Pedro Aguirre Cerda, Duhalde, Figueroa Anguita, los Moller, Cristóbal Sáenz, etc,

300

combatía a muerte la idea del F.P., en defensa de sus intereses agrícolas. ¡Quién iba a decir, andando los días, que Sáenz sería el primer senador del Frente Popular y Aguirre Cerda, el primer presidente!

Por otra parte, hallamos en el Partido Socialista un tremendo obstáculo para llevar la idea adelante. ¿A qué se debía esta oposición, cuando los socialistas de diversos países, como Francia y España, por ejemplo, formaban ya en los frentes populares y habían visto que era la forma más adecuada en esa época para luchar contra los fascistas y reaccionarios? La cosa era muy sencilla: la Izquierda Comunista se había vaciado en el P.S. y aunque eran pocos, pesaban mucho en las decisiones del partido. Hidalgo, Mendoza, Neut Latour, Zapata y unos cuantos más que habían sido expulsados de nuestro Partido, eran ahora, según decían, "generales" en la tienda socialista, y en verdad, tenían una fuerte influencia en la dirección del P.S.

Capitaneaba a los trotskistas Manuel Hidalgo, quien, desde los días iniciales del P.C., en 1921, se había mostrado como hombre personalista, poco amigo de respetar las decisiones colectivas. Ya el año 1922, cuando en el Congreso de Rancagua el Partido Obrero Socialista se transformó en Partido Comunista afiliándose a la internacional, Hidalgo se opuso. Mientras Recabarren mostraba sus hechuras de sindicalista revolucionario, Hidalgo no era otra cosa que un reformista. En 1925 fue elegido senador y ya he relatado cómo se comportó al subirse al carro de Ibáñez. Con él, otros hombres del Partido tuvieron igual actitud, como los diputados Corcova, Pedro Reyes, Sepúlveda Leal, Quevedo y el senador Carmona, por Antofagasta. Hay artículos firmados por algunos de estos caballeros que se publicaron en "La Nación", donde se atacan las decisiones del P.C. y se alaba a Ibáñez. Pero Hidalgo seguía en el Partido y cuando Ibáñez formó la Cosach, se le encomendó leer un discurso en el senado, en el que se combatía violetamente esta medida. De malas ganas, obedeció.

Pero más tarde, se le escribió un nuevo discurso que

301

debía leer, contra una ley represiva que Ibáñez había mandado al Parlamento, e Hidalgo, que no se atrevió a afrontar las iras de palacio, se negó a hacerlo. Entonces se acordó marginarlo. Pero gracias a la debilidad orgánica del Partido, este hombre seguía acudiendo a reuniones, aunque ideológicamente estaba a cien leguas. El año 30 se le expulsó definitivamente, porque ya había formado, con Mendoza, un grupo, que se hacía llamar abiertamente "trotskista" y se proclamaba antisoviético. Cuando trotskistas y comunistas se hallaban desterrados en Aysén, el año 31, Mendoza y compañía echaron a correr la especie de que un marinero había escuchado en la radio de la Armada una información según la cual Trotsky había dado un golpe de Estado triunfante en Moscú y Stalin había sido fusilado...

En realidad, en una época hubo cierta confusión en el elemento obrero, pues como estos señores se hacían llamar Izquierda Comunista, algunos creyeron de buena fe que ellos formaban el verdadero Partido Comunista.

Era, pues, con esta gente la que había que luchar y con la derecha radical.

Creo que lo verdaderamente serio que consiguió el Partido en esos días fue promover un debate verdaderamente nacional, que rebasaba ya los marcos de partidos, sobre el Frente Popular. Todo el mundo hablaba sobre eso, los diarios lo debatían y, sobre todo, las masas empezaban a interesarse en el asunto y a considerar las proyecciones de esta iniciativa política. Chile, por aquellos días, puede decirse que se remeció con la cuestión del Frente Popular. Nuestro Partido hizo un gran esclarecimiento en el país, en concentraciones, actos, publicaciones, folletos, prensa, etc. Fuimos incluso a los partidos amigos —y no amigos—, a mostrar las ventajas de nuestro planteamiento, a veces en condiciones bien difíciles. Contreras Labarca estuvo en dos congresos socialistas y habló entre rechiflas, gritos e insultos, en medio de un ambiente caldeado, en cuya preparación no dejaba de advertirse la mano trotskista.

302

Y el resultado fue positivo. Contra la opinión del sector terrateniente, el Partido Radical aceptó el planteamiento que hizo Justiniano Sotomayor en la asamblea de Santiago, apoyado por Juan Antonio Ríos. Los dirigentes socialistas, bajo la presión de sus bases y de las masas nacionales en general, no tuvieron más remedio que echar adelante por el camino del Frente Popular.

Entonces los nazis empezaron a encontrarse con una fuerza grande y organizada que no iba a dejarlos, y finalmente no los dejó avanzar; y la reacción vio que las cosas se le presentaban feas para 1938, porque el Frente Popular, una fuerza nueva, joven, impetuosa, había decidido llevar candidato a la Presidencia de la República. La forma de designar el candidato fue otro de los muchos escollos que había que afrontar, que surgían todos los días. Los radicales alegaban su mejor derecho a aportar el candidato, pues eran el partido mayoritario; los socialistas hablaban de un "plebiscito", pero nadie sabía cómo podría realizarse un plebiscito; los comunistas planteamos entonces la necesidad de realizar una "convención", en la cual se elegiría el abanderado del F.P., ya que éste traía al país una política nueva, en la que no contaban tanto los hombres como los programas. Esta idea fue la que triunfó.

Recuerdo que por aquellos días se habló mucho de un pretendido ibañismo dentro del P.C. Ocurría que un grupo de gentes, entre los que formaban los nazis de González von Marées, había proclamado la candidatura de Ibáñez y estas fuerzas consideraban la posibilidad de que se sumaran a los de ellos, los votos comunistas. Por nuestra parte, nosotros buscábamos la manera de ganar para la causa del Frente Popular, que todavía no tenía candidato, a elementos democráticos que formaban en las huestes de Ibáñez, porque queríamos que llegaran al F.P. las más amplias capas ciuda-

danas. Para aclarar las cosas, se discutió en el seno de la dirección del Partido un manifiesto, que se publicó en "La Hora" y que tuvo una tirada especial de más de

303

cien mil ejemplares. Se llamaba "Mensaje al pueblo chileno" y en él planteábamos los objetivos de la lucha popular y llamábamos a todos los chilenos democráticos y patriotas a engrosar las filas del F.P. Con respecto de Ibáñez se decía textualmente: "Los comunistas no somos ni seremos jamás ibañistas, porque somos comunistas".

XXXII

El 25 de octubre de 1938 debía elegirse al nuevo Presidente de la República, para reemplazar a Alessandri. El gobierno y la derecha maniobraban ya a toda máquina para dejar como sucesor de Alessandri a Gustavo Ross Santa María, el único candidato visible de sus filas, hombre que había concitado el repudio de todo el pueblo por la política fría, de hambreamiento, y profundamente antipopular que había desarrollado desde su cargo de ministro de Hacienda. Se sabía de él que había vivido un largo período de su vida en Europa y que tenía depositada en bancos y empresas europeos su fortuna. Era uno de esos hombres para quienes sólo existen las cifras, los guarismos, las estadísticas. El factor humano no cuenta en sus cálculos. La estrechez económica en que habían vivido los asalariados durante su gestión ministerial era un factor que sí iba a contar en la lucha política.

El Frente Popular, después de su triunfo parlamentario en las elecciones de 1937, estudiaba seriamente la posibilidad de que un hombre de sus filas fuera elegido presidente. Los radicales, en una lucha interna en que Juan Antonio Ríos y Pedro Aguirre Cerda se disputaron palmo a palmo los votos de sus asambleas en todo el país, habían designado a este último su candidato. La otra figura que se destacaba dentro de las huestes del Frente Popular era la del presidente y líder del Partido Socialista, Marmaduke Grove. Los socialistas, en cuatro o cinco años de existencia, habían crecido extraordinariamente

304

y su partido se perfilaba como uno de los más fuertes entre todos los de extracción popular. La convención en que debía elegirse el candidato se inauguró, simbólicamente, el día 14 de abril de 1938, aniversario de la proclamación de la República Española, lo que era justo si se considera que bajo el signo y la bandera de lucha de ayuda a España republicana en guerra, el Frente Popular había logrado llegar al corazón de las masas populares. La inauguración tuvo lugar en el Caupolicán, lleno de bote en bote y las sesiones de trabajo se hicieron en el Congreso. El reglamento de la convención establecía que para la elección del candidato presidencial serían necesarios dos tercios de los votos de los mil doscientos participantes, que estaban distribuidos así: Partido Radical, 450; Partido Socialista, 350; Partido Comunista, 120; Partido Democrático, 120. Participaba también en la convención, con 60 votos, la Confederación de Trabajadores de Chile, que acababa de constituirse, en reemplazo de la vieja y heroica FOCH, cuyas combativas huestes se habían enrolado en la nueva central; de estos 60 votos, 30 eran comunistas y 30 socialistas.

En las primeras ruedas, cada partido votó por su propio candidato: los radicales por Aguirre Cerda, los socialistas y la mitad de la CTCH por Grove; los democráticos por Juan Pradenas Muñoz y los comunistas y media CTCH por Elías Lafertte. Era una lucha terrible, con miras de nunca acabar. Se estudiaban más y más combinaciones para hacer triunfar a un candidato, pero se llegó a la conclusión que era imposible que ninguno de los candidatos obtuviera los dos tercios de los

sufragios si no mediaba un acuerdo previo de los Partidos. Todo el día viernes y el sábado siguiente a la inauguración, se estuvo votando así, barajando fórmulas y buscando la manera de salir adelante, para evitar que las cosas fueran a parar a un callejón sin salida; pero ni radicales ni socialistas, aferrados con dientes y muelas a sus candidatos, cedían. Por otro lado entre comunistas y socialistas se había creado una

305

situación tensa y muy delicada, porque nosotros no nos resolvíamos a apoyar a Grove. Nosotros, en realidad aunque hubiéramos apoyado a Grove, tampoco habríamos dado los dos tercios de mayoría, de modo que esta inquina de los socialistas no tenía razón de ser. En la mañana del domingo, se logró el acuerdo previo indispensable y Pedro Aguirre Cerda fue proclamado sin votación, candidato del Frente Popular por unanimidad. Aguirre Cerda era un viejo y experimentado político radical, con un pasado parlamentario y ministerial que le permitía afrontar esta elección. Profesor secundario y universitario, había observado una tranquila oposición a la dictadura de Ibáñez, por lo cual había debido expatriarse. Sus libros sobre los más candentes problemas nacionales lo presentaban como un político estudioso, comprensivo de nuestra realidad nacional. Su carácter era alegre, socarrón a veces y creo que su aspecto de roto chileno, con los bigotes caídos en los extremos y los ojos "achinados", lo ayudó mucho a ganar la simpatía popular. No era orador fogoso, pero indudablemente sabía decir las cosas. Las largas jiras políticas y electorales en que me tocó acompañarlo, me dieron la oportunidad de conocerlo y más adelante tendré oportunidad de hablar sobre sus costumbres y su carácter.

Es inútil decir, que aunque el triunfo de Aguirre Cerda se había obtenido por acuerdo expreso de todos los partidos que formaban el Frente Popular, los socialistas quedaron profunda e injustamente heridos por nuestra actitud. Ese día, inmediatamente que se produjo la elección de candidato, los dirigentes comunistas que habíamos participado como delegados a la convención, volvimos a la reunión del Congreso que el Partido estaba realizando y que se había suspendido a causa de la convención. En la tarde, se presentó en nuestro local Aguirre Cerda a agradecer nuestros votos y nos invitó a una manifestación que esa misma noche ofrecería en el Lucerna, un salón de té de la calle Ahumada.

A la hora de los discursos, hablaron representantes

306

de todas las fuerzas del FP, pero cuando se anunció que hablaría yo, en nombre del PC, los socialistas prorrumpieron en gritos y silbidos y durante todo mi discurso formaron un chivateo que impidió que se oyera lo que yo decía. Los radicales estaban indignados ante esta actitud y recuerdo que el diputado radical Gabriel González Videla, que en esa época se mostraba muy amigo de los comunistas, se subió espectacularmente a una mesa, se sacó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa y desafió a pelear a cualquiera de los socialistas que me habían pifiado ... Tuvieron que calmarlo para que no se lanzara contra el propio Marmaduke Grove. Nosotros, con la mayor calma, nos retiramos del recinto y nos fuimos al local del Partido a estudiar la situación. Se agregaron a nosotros y participaron en esa reunión González Videla, Justiniano Sotomayor y Fernando Maira, diputados radicales los tres.

También iba a realizarse en el restaurant de la Quinta Normal una comida en la que se cambiarían ideas para planificar la campaña electoral, pero, en el estado que se hallaban las relaciones socialistas-comunistas, nosotros teníamos dudas sobre si asistir o no. Los radicales nos aseguraron

que habían hablado sobre el particular con Marmaduke Grove y que éste había prometido dar una explicación sobre los vergonzosos sucesos del Lucerna. En este entendimiento, concurrimos a la comida, que se realizó en medio de una atmósfera muy desagradable. No se produjo la anunciada explicación de Grove y las cosas siguieron marchando mal entre socialistas y comunistas, lo cual, como es natural, repercutía en la unidad y solidez del FP. Su articulación era feble, la unidad de las fuerzas populares ficticia y la rivalidad socialista-comunista, cada día más enconada. Entretanto, la derecha había proclamado ya a Gustavo Ross y presentaba un sólido bloque conservador-liberal, mientras un grupo de amigos personales, con los nazis de González von Marées a la cabeza, apoyaba la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo.

Creo que vale la pena hacer algunas reflexiones sobre

307

estas estériles rivalidades entre comunistas y socialistas, que tanto han perjudicado al movimiento obrero chileno. Si uno, ya con las perspectivas de los años y pasado todo apasionamiento, se pone a pensar en esas rencillas, llega a la conclusión de que ninguna causa verdaderamente sería podía justificarlas. Socialistas y comunistas éramos partidos obreros, que sustentábamos —y sustentamos— la ideología marxista; ambos queremos alcanzar el poder para cambiar la estructura económica y social de Chile, avanzando hacia nuevas "formas que permitan una mejor distribución de la riqueza, la liquidación del feudalismo en el campo y la nacionalización de las riquezas. Entonces ¿a qué podía deberse esta rivalidad? Las diferencias estratégicas y tácticas, así como una visión distinta de las cuestiones internacionales, no podían justificar la lucha sorda y enconada que por muchos años sostuvimos socialistas y comunistas y que ha retrasado incalculablemente el progreso de la clase trabajadora.-

Pero como no hay mal que dure cien años, estos graves errores han sido corregidos, afortunadamente, y sin detenerse a establecer "quien tuvo la culpa", como se hace en las disputas conyugales, hoy, socialistas y comunistas hemos comprendido la inutilidad, la vaciedad de esta actitud y hemos terminado para siempre con absurdas rivalidades. Ahora comunistas y socialistas hablamos un lenguaje franco y definimos todas nuestras diferencias sentándonos a una misma mesa de debates, mientras las bases de nuestros partidos y las juventudes de ellos se estrechan las manos, anudan una amistad inquebrantable y marchan juntos hacia su gran destino en fraternal comunidad.

A fines de abril partí al norte a preparar una jira de Aguirre Cerda a la pampa, visitando las oficinas salitreras Pedro de Valdivia, Vergara, Coya y María Elena. El 30 de ese mes, Aguirre Cerda se embarcó para el norte en el "Reina del Pacífico" con sus amigos, a la cabeza de los cuales iba Mario Bunster. Llegó a Iquique el 3 de mayo, alojándose en la casa del ex senador

308

radical Jorge Wachholtz y fue proclamado en el Teatro Municipal. Al día siguiente partimos a Huara y visitamos luego todas las oficinas hasta Camiña, cerca de la estación Catalina. En todas las proclamaciones yo me dirigía a mis amigos y viejos compañeros de faena y les hablaba de la gran fuerza en marcha, el Frente Popular, el único movimiento capaz de apresurar el proceso democrático y el bienestar económico en el país. Acordamos que un grupo de dirigentes, sin el candidato, fuera a Pisagua, y se nombró a Oscar Schnake, al radical Humberto Brañes y a mí. Era el día que se elegían los alcaldes y se había producido una *impasse* en Iquique, donde los comunistas habían obtenido mayoría de regidores, pero necesitaban los votos radicales para obtener un alcalde de sus filas. A pesar de que los pactos del FP establecían claramente que se elegiría alcalde a un regidor del Partido que hubiera alcanzado la mayoría, los radicales de Iquique, aconsejados

telefónicamente por el diputado Brañes, que desde Pisagua les ordenó que "marcaran el paso", se negaban a dar los votos. Esa misma noche conversé con don Pedro y le planteé seriamente la cuestión.

¡Pero Lafertte —me dijo—, cómo me trae a mí esos problemas! Como si yo tuviera pocos...
-Son problemas del Frente Popular, don Pedro —le repliqué—, y usted es su abanderado.

Aguirre Cerda arregló la cuestión y el voto de los radicales contribuyó a que se eligiera alcalde a un comunista en el puerto de Iquique.

La jira continuó. Los trabajadores del salitre reclaman siempre a un comunista entre los oradores ,y, cuando por razones de organización, o de desorganización, no iba un dirigente del Partido, los pampinos se negaban a asistir a las concentraciones. La jira electoral fue de enorme importancia. Permitted ganar a las masas y dar confianza, a través de todo el país, no sólo al proletariado y a los campesinos, sino también a tímidos sectores medios que se imaginaban que el advenimiento de un gobierno de Frente Popular

309

traería aparejada una serie de atentados contra la propiedad, la Iglesia y hasta contra la moral...

Fue un jira muy larga y detallada, una de las jiras electorales más completas que candidato alguno haya realizado a través del país, pues abarcó desde Arica a Chiloé, comprendiendo más de ciento cincuenta ciudades, pueblos, aldeas y lugares. Don Pedro hablaba en las proclamaciones y banquetes. Oradores obligados en todos los actos éramos Grove y yo. Yo hice prácticamente toda la jira, con la excepción de algunos lugares de Valparaíso y O'Higgins, porque mis deberes de senador me llamaron a Santiago. Hubo proclamaciones en los teatros, en las plazas o en plena pampa, con los asistentes sentados en el suelo, a la luz de la luna, en multitudes impresionantes. En María Elena, por ejemplo, se acostumbraba que los candidatos hablaran fuera de la oficina, en plena pampa, sobre un enorme tambor de aceite. Don Pedro quería que la proclamación se hiciera en la plaza, pero la masa dijo que no, que no había que romper la tradición y el candidato no tuvo más remedio que ceñirse a los deseos populares. Fue aquella una de las concentraciones más concurridas y solemnes de toda la jira.

Candidato y comitiva se hallaban en Chuquicamata cuando supimos los incidentes que se habían producido en el Congreso, al inaugurarse el período legislativo el 21 de mayo: por defender al diputado nazi Jorge González von Marées, Gabriel González Videla, Presidente de la Cámara, había sido apaleado por los carabineros, como también los diputados radicales Justiniano Sotomayor y Fernando Maira. Estos incidentes no le gustaron a don Pedro. Estimó que eran una provocación.

Al llegar a Antofagasta, hubo incidentes provocados por las autoridades alessandristas, que intervenían descaradamente contra el candidato del FP y en favor de Gustavo Ross. Pero donde tuvimos quizás la aventura más pintoresca de toda la jira, fue en una vieja oficina salitrera cerca de Taltal, llamada "Santa Luisa", que trabajó durante setenta años y que hoy no existe.

310

El administrador de ella, Pantaleón Núñez, gobernaba como amo y señor, habiendo implantado un sistema de relaciones que se parecía mucho a una dictadura terrorista.

Don Pedro y los miembros de su comitiva íbamos a alojar en las casas de la administración, donde don Pantaleón había arreglado espléndidos dormitorios. Mientras nos lavábamos, después del viaje, notamos que el comedor estaba preparado como para un gran banquete, con flores y banderas. Cuando llegamos al teatro de la oficina, para realizar la proclamación, la sala estaba llena de bote a

bote, pero los asistentes guardaban un silencio impresionante. Nadie lanzó un grito, un viva, ni siquiera un aplauso, mientras candidato y acompañantes tomábamos asiento en el proscenio. Don Pantaleón, administrador por más de cincuenta años de la oficina, y bajo cuya férula habían pasado tres generaciones de pampinos, se sentó entre nosotros.

Para participar en la proclamación, desde Taltal había ido en su automóvil un médico que presidía la asamblea radical. Le había solicitado asiento en el coche un capitán de carabineros que se manifestaba empeñado en ver y oír a Grove. Después supimos que era el jefe de la guarnición de carabineros que estaba en la Isla de Pascua, cuando se fugó de ella Marmaduque Grove, desterrado en tiempo de la dictadura de Carlos Dávila.

Los discursos comenzaban y terminaban sin que se oyera el más leve rumor, hasta el punto que se hubiera dicho que era aquella una asamblea de fantasmas. Los oradores hacían inauditos esfuerzos por despertar a esa gente, por hacerla reaccionar, aplaudir, gritar, pero era inútil, el acto seguía dentro de un clima de helado silencio. Cuando se anunció que iba a hablar Grove, uno de los trabajadores se levantó de su asiento y gritó:

—¡Viva don Marmaduque Grove!

|-Bastó esa sola manifestación para que lo sacaran preso en seguida. Nos miramos a las caras, confundidos.

Pradenas, en su discurso, se refirió al incidente y denunció

311

los métodos dictatoriales usados en aquella oficina. Al final del acto tomó la palabra don Pantaleón y después de lanzar una filípica contra los políticos, dijo que a ese trabajador no lo habían detenido por avivar a Grove sino porque estaba borracho, lo que a todas luces era falso.

Nos acercamos a don Pedro y le planteamos la necesidad de darle una lección a ese individuo. Después de un cambio de impresiones, decidimos seguir a Taltal, dejándolo con su cena y sus camas hechas. Llegamos a las dos y media de la mañana, muertos de hambre y de fatiga, pero todo el mundo manifestó su satisfacción porque alguien había sido capaz de pararle el carro al amo y señor de "Santa Luisa". Al día siguiente, en el gran banquete que se ofreció en Taltal al candidato, fueron descubiertos y obligados a retirarse de inmediato, dos agentes de investigaciones.

La jira por el norte terminó en Sierra Overa, una mina de oro en la Estación Altamira. Seguimos por avión a Ovalle para continuar en tren a Santiago.

En San Fernando, la proclamación, en plena plaza, fue interrumpida por una banda de provocadores, en su mayor parte nazis de González von Marées, quienes atacaron a los frentistas en numerosas escaramuzas, en las que no solamente usaron sus puños, sino también piedras, cuchillos y las pesadas hebillas metálicas de los cinturones de sus uniformes. Esta gente usaba camisas pardas y, en general, un traje muy parecido al de sus modelos, los nazis alemanes. Los frentistas se defendieron y hubo heridos y contusos.

Tres días estuvimos recorriendo la zona de Curicó. En Hualañé, en el lugar de la proclamación, los partidarios de don Pedro levantaron un estrado que más parecía un altar, con ramas y flores ... Sólo faltaron velas encendidas. Nos hallábamos allí cuando fueron a invitarnos para que se hiciera una proclamación en Lontué. Algunos compañeros hablaron conmigo y me dijeron que no tenían un sitio adecuado para realizar el acto; el único local disponible era de propiedad de un

312

comerciante radical y éste exigía, para prestarlo, que se le consiguiera una patente para instalar una panadería ... Finalmente, la proclamación se hizo en una herrería y la "chancha" del herrero sirvió de tribuna a los oradores. Entre los asistentes había un niño pobre, pero muy limpio, hijo de uno de los obreros frentistas. Yo lo senté a mi lado y cuando hablé, lo comparé en mi discurso a Aguirre Cerda cuando niño.

—Este es Pedro Aguirre Cerda cuando niño —dije—. Así era nuestro candidato.

Después don Pedro me dijo en el tono socarrón que usaba cuando se ponía a bromear:

—¡Este Lafertte! ... Tenía que buscar al chiquillo más feo del pueblo para compararlo conmigo..

Después de la proclamación, el comerciante radical que había negado su sala, nos invitó a beber una copa en su casa. Don Pedro se negó a ir, por consejo mío.

La jira continuó por Talca, Linares, Maule,Ñuble, Concepción, Arauco. Nos hallábamos por segunda vez en Concepción cuando tuvimos la noticia de los sucesos del 5 de septiembre, el frustrado *putsch* de González von Marées, la horrorosa matanza en el edificio del Seguro Obrero realizada por el siniestro general Arriagada, de carabineros, y la prisión de Ibáñez, como uno de los complotadores.Las noticias causaron alarma. Algunos se resistían a volver y querían esperar allá que los acontecimientos de Santiago se aclararan. Pero las condiciones políticas hicieron necesario un rápido regreso y el 6 de septiembre amanecimos en Santiago.

Después, Aguirre Cerda se entrevistó en la cárcel con Ibáñez y éste le cedió los votos de sus partidarios a cambio de una amnistía que le permitiera salir en libertad.

En Lota, la proclamación se hizo en Plaza Chañarcillo, sobre un camión metido en el barro. Por una maniobra, se invirtió el orden en que habitualmente se pronunciaban los discursos y entonces manifesté que yo no hablaría.Don Pedro me pidió que depusiera mi actitud y hablé al final, cerrando la manifestación.

313

El orden de los discursos había sido establecido por el propio Aguirre Cerda, después de las primeras proclamaciones.Este decía:

—Primero debe hablar un orador de la localidad, que por lo general no emociona, pero pone las cosas en su lugar; después habla Grove, que tampoco emociona, pero excita; luego hablo yo, que no emocio, pero en cambio me emocio; y después debe hablar Lafertte, porque sí emociona a la gente.

En la jira por el sur, las masas no se enfervorizaban con Aguirre Cerda, pero poco a poco se iba ganando terreno y votantes, a través de un trabajo paciente, que habría podido ser muchísimo más fácil y mejor si el Frente Popular hubiera tenido una organización fuerte y monolítica. Desgraciadamente no era así y los socialistas seguían en provincias la misma línea que en Santiago, de adversión y enemistad con los comunistas. Los radicales, por su parte, estaban ligados sólo de un modo superficial y ocasional a los partidos obreros.

En las provincias de Malleco y Bío Bío, el candidato instaló su cuartel general en la casa de los Moller, terratenientes radicales del sur. En una de las estaciones nos encontramos con Ross y su comitiva y ambos candidatos hicieron viaje en el mismo tren entre Renaico y Cañete. A Carahue, donde vivía el diputado radical, Armando Holzapffel, llegamos de noche y acompañó al candidato un impresionante desfile de antorchas bajo la lluvia. Dos damas, una morena y una rubia, madre y cuñada del dueño de casa, se apoderaron de don Pedro y lo sentaron entre ellas.

La proclamación se hizo en una bodega de frutos del país, animada por una excelente banda de músicos. En Puerto Saavedra, la tierra de Ricardo Fonseca, la espesa lluvia del sur no nos abandonó

ni un instante. Los oradores hablamos desde los balcones del hotel y el gentío escuchaba aguantando el agua sobre sus cabezas. En Nueva Imperial, el senador radical Hernán Figueroa Anguita se sentó por primera vez en una mesa junto a los comunistas, a quienes detestaba. Quizás fue a causa de esta impresión de

314

estar junto a un "terrible rojo" como yo, que sufrió un desmayo y al caer, se pegó en la cabeza. Entre los que se hallaban allí había dos doctores: el demócrata Pedro Gajardo y el radical Cristóbal Sáenz. Ambos, muy confundidos, pedían con verdadera aflicción: —¡Traigan un médico, pronto!... A menudo, durante la jira, don Pedro conversaba con los dirigentes de partido que lo acompañábamos, para sondear nuestro pensamiento con respecto al futuro.

—¿Ganaremos la elección? ... ¿Qué les parece a ustedes?

Algunos dudaban y otros eran francamente pesimistas, como por ejemplo Osvaldo Hiriart, radical más afecto a Ibáñez que a Aguirre Cerda.

—El único que tiene un pensamiento claro es Lafertte, —decía don Pedro—. Siempre me dice: ¡ganaremos! Las condiciones se presentan bien. La plata de Ross nos va a hacer mucha mella, pero no vamos a perder.

Había también cabalas y repartos presupuestívoros, principalmente entre los radicales. Para ellos, cada radical de los que acompañaban a don Pedro en su jira era "un ministro de lujo" en ciernes. Así se hablaba de ministerios para éstos, subsecretarías para estos otros y vicepresidencias de cajas para los de más allá, todos radicales, por supuesto. Don Pedro solía pararles el carro diciéndoles:

—No hay que repartirse la leche antes de comprar la vaca... Mis amigos radicales sólo piensan en ellos mismos ... ¿Y los socialistas? ¿Acaso no van a tener nada?... ¿Y los comunistas, que tanto ayudan en todas partes?... En cada ciudad de importancia, don Pedro desaparecía sin que nosotros supiéramos dónde andaba ... Supongo que se encontraba visitando a los masones locales. La jira era económica y modesta. A los ciento cincuenta lugares que se visitaron a lo largo del país, se viajó con gran esfuerzo de cada uno de los partidos que formaban el Frente Popular. Se solía llamarnos "la comitiva de franciscanos". El que más gastaba era el

315

radical Mario Bunster. Darío Poblete actuaba como secretario privado de don Pedro.

Al final de la jira, el Partido dispuso que me quedara en Santiago, pues estaba enfermo del estómago. Pero don Pedro pidió como un favor especial que me fuera a trabajar en Tarapacá. El día 25 de octubre, la fecha de la elección, me hallaba en Huara, donde conseguí poner en libertad a dos frentistas detenidos por el jefe de carabineros. En la noche, al conocerse la noticia del triunfo, hubo verdadera euforia popular en toda la pampa. Tarde de la noche, bajé a Iquique, donde caí a la cama. El médico que me examinó, dispuso que me trasladara de inmediato a Santiago. En el tren tuve que ir todo el tiempo en cama. Tres o cuatro días más tarde, don Pedro Aguirre Cerda, presidente electo, me fue a visitar en mi modesta casa, en la calle Santiago, entre Gálvez y San Diego.

El día 23 de diciembre de 1938, en impresionante ceremonia, Aguirre Cerda se hizo cargo de la Presidencia. De distintos países vinieron misiones diplomáticas, integradas algunas por personalidades verdaderamente democráticas. El 25, día de Pascua, acompañé a doña Juanita Aguirre de Aguirre Cerda, la esposa del presidente, a repartir juguetes entre los niños proletarios.

Al asumir el gobierno, Aguirre Cerda pidió al Partido Comunista que designara ministros, pero el Partido declinó el participar en el gabinete. Daría todo su apoyo al gobierno, pero desde fuera. Nos pidió entonces el presidente una lista con nombres de camaradas que pudieran ocupar puestos en la

administración pública. La lista se entregó, los candidatos fueron entusiastamente aprobados por don Pedro, pero ... no se designó a ninguno.

XXXIII

El 24 de enero de 1939, a un mes justo de la toma del poder por Aguirre Cerda, sobrevino el terremoto que destruyó Chillán y Concepción y numerosos pueblos de

316

esa zona. El 25, el Presidente salió hacia los lugares afectados llevando una comitiva en la que no creyó conveniente incluir a los comunistas. Siguiendo instrucciones del Partido, me trasladé por mar desde Valparaíso a Talcahuano, tan rápido como fue posible, y colaboré en lo que pude con las autoridades. Después me fui a Chillán, donde me reuní con el diputado del PC, Oscar Baeza, que desempeñó un papel muy importante en los auxilios a heridos y damnificados. Unos días más tarde regresé a Santiago, de pie, en un avión que conducía heridos.

A raíz de esta catástrofe, el Presidente invitó a los jefes de los partidos del FP para estudiar los proyectos de creación de la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y la Corporación de Fomento de la Producción. Fue una reunión en la que hubo roces y malestar. En el Congreso la pelea fue tenaz, porque la derecha, si bien no se atrevía a negar su apoyo al primero de estos organismos, para no malquistarse con los habitantes de dos provincias, se oponía en cambio decididamente a la Corporación de Fomento, porque su creación significaba, a juicio de los reaccionarios, la intervención del Estado en la industria privada. ¡Pero cómo han aprovechado después ellos mismos este organismo! El Partido tuvo un papel importante en el esclarecimiento, ante vastos sectores del país, del significado de estos dos organismos. Ganamos la pelea.

En septiembre de 1939, decidí operarme de una hernia inguinal, que por espacio de veinte años me había amargado la vida. Me operó en Viña del Mar, el doctor José García Tello y aparentemente quedé bien. Cuando un tiempo después, sentí que el mal de nuevo me acometía, consulté a García Tello, quien me dijo: —Cosí el traje para que no se siguiera rompiendo; pero la culpa no es mía si la tela era mala. En el mes de octubre, don Pedro me extendió una invitación para que lo acompañara en un viaje presidencial a Magallanes, donde iba a estudiar y resolver sobre el terreno, difíciles problemas de la zona.

317

Fuimos en tren hasta Puerto Montt y entre otras personas que formaban parte de la comitiva del Presidente, recuerdo a doña Juanita, su esposa, desde luego; al senador radical Alfonso Bórquez; al diputado zonal Efraín Ojeda, del Partido Socialista; a Julio Barrenechea, Raúl Morales Beltrami, Alfredo Rosende, el intendente de Concepción Rivera Parga; el edecán Torres Hevia, a quien llamaban "Capitán Niebla"; el vicealmirante Julio Allard; el "vigía del aire", Ismael Edwards Matte; el general de brigada Alfredo Portales, el general Reeves, de carabineros; el periodista Juan de Luigi, aparte de numerosos reporteros y fotógrafos de la prensa. En Puerto Montt debíamos embarcarnos en el "Araucano", de la Armada Nacional.

Para los aristocráticos oficiales de la Armada era un plato un poco fuerte sentar al senador comunista en el comedor del comodoro, donde iba el Presidente y los senadores. La primera noche, en efecto, no me llevaron a comer ahí, poniendo en cambio mi cubierto en el comedor de oficiales, donde iban los diputados. Pero al día siguiente me avisaron que mi asiento estaba en el comedor de arriba, en el del Presidente. Cuando llegué a la mesa, don Pedro me gastó algunas bromas.

—¿Y qué se hizo anoche, Lafertte?

—Estaba en el barco, Presidente.

—No, usted no estaba, dijo con tono socarrón. Lo buscaron por todas partes y no lo pudieron encontrar.

La verdad la supe después: don Pedro había preguntado a los marinos por mí y ellos, para justificar su arbitraria discriminación, le habían respondido con el consabido:

—Es comunista.

—Sí, dijo don Pedro. Es comunista, pero es senador. Desde mañana quiero verlo en esta mesa.

Como lo hicieron con los demás senadores, pusieron a mis órdenes un ordenanza; pero yo no lo ocupé jamás. El viaje fue rápido, matizado por algunas cosas que yo veía por primera vez, como por ejemplo un ejercicio de tiro sobre blancos flotantes.

318

La noche antes de llegar el barco a Punta Arenas, los trabajadores de los frigoríficos se habían declarado en huelga, porque no se accedía a lo que solicitaban en sus pliegos anuales. Antes de que el barco atracara, don Pedro envió en un destróyer al senador radical Alfonso Bórquez y al diputado Efraín Ojeda para que conversaran con los huelguistas, diciéndoles que si no suspendían el movimiento, él estaba dispuesto a no desembarcar y a volverse al norte. La huelga no se suspendió ni don Pedro cumplió tampoco su amenaza. Hallándose allí el Presidente, los trabajadores pusieron fin a su movimiento, una vez que sus peticiones fueron atendidas. Se habían levantado arcos de triunfo para recibir al Presidente, pero uno de los vendavales corrientes en la región los derribó y ya no hubo tiempo para volver a alzarlos.

Estuvimos en la más austral ciudad de Chile unos doce días, durante los cuales el Presidente inauguró algunas obras, puso primeras piedras de otras y conoció las más apremiantes necesidades de la región. En más de una de estas ceremonias, me pidió que hablara en su nombre. Llovía permanentemente, y fue bajo una de estas terribles lluvias australes que viajamos a Porvenir, en la Tierra del Fuego, donde yo había estado relegado en tiempos de Alessandri. Allí volví a ver a José del Carmen Gómez, el hombre que me había dado alojamiento y comida con la condición de que no le pagara nunca. Fuimos también a Puerto Natales, donde visitamos los frigoríficos y presenciamos la faena de la esquila y el carneo. La carne de primera y la de segunda eran exportadas a Inglaterra; la de tercera se enviaba para el consumo de Santiago ... Hacía frío y las ciudades y puerto australes vieron pasar, como las habían visto antes, durante la jira electoral, al Presidente y a su partidario el senador comunista, con sus bufandas a cuadros que las caricaturas políticas se habían encargado de popularizar ...

Pasamos también en ese viaje por Aysén y el istmo de Ofqui, donde vimos la construcción de un canal sin esclusas que se hacía allí.

319

De regreso, don Pedro se embarcó en el "Latorre" y continuó viaje por el océano. A mí me tocó seguir en el "Araucano", por los canales. Nos reunimos en Castro y desde allí continuamos todos, en el "Araucano". Mientras el Presidente iba a hospedarse en Puerto Varas, yo me quedé en Puerto Montt. Había allí algunas huelgas y quería informarme sobre ellas a través de los compañeros, y especialmente de Subiabre, que era uno de los dirigentes regionales del Partido. Después le presenté a don Pedro una síntesis de los problemas. Este habló con el gobernador y se encontró pronto solución, poniéndose así fin a la huelga.

De regreso a Santiago el Presidente se detuvo en Rosario, invitado por Roberto Wachholtz a visitar su hacienda. Yo seguí viaje a la capital.

* * *

En noviembre de 1941, me hallaba de nuevo en Magallanes, en una jira política que había durado más de un mes, procurando ayudar a resolver problemas que se suscitaban en Punta Arenas, en Porvenir y en Natales, con motivo de la esquila, que hacía afluir gran cantidad de gente. Allí tuve la noticia de la muerte de don Pedro Aguirre Cerda, que produjo una fuerte y penosa impresión en el pueblo. A mí me resultaba casi increíble, por más que sabía que don Pedro no estaba bien de salud. Desde la jira electoral lo había visto tomar remedios por cantidades. Todo el tiempo estaba consumiendo aspirinas y tabletas. Quise regresar de inmediato a Santiago, para concurrir a los funerales, pero no había avión en qué hacerlo. Participé como orador en un acto que se hizo en el teatro de Punta Arenas para rendir homenaje al primer mandatario.

La situación política no era fácil entretanto, en Santiago. El Frente Popular había sido roto unos meses antes por el líder socialista Osear Schnake, quien, a su regreso de un viaje a Estados Unidos, pronunció en el Caupolicán un violento discurso anticomunista, declarando

320

deshecho el FP. Aguirre Cerda, en presencia de los periodistas, le había telefoneado para felicitarlo. Como vicepresidente de la República, quedó el radical Jerónimo Méndez, quien había de presidir la próxima elección presidencial, convocada para los primeros días de 1942.

Los candidatos que surgieron a la arena política parecían definir muy claramente a izquierdas y derechas: Juan Antonio Ríos, radical, representaba a las primeras; conservadores y liberales llevaban fervorosamente a Carlos Ibáñez del Campo. Ambos postulantes eran amigos personales, pero Ríos dijo que la amistad era una cosa y otra distinta la política. Nosotros nos vimos frente a una situación bastante delicada con respecto del problema de la sucesión presidencial. Juan Antonio Ríos, aunque apreciaba el peso de nuestros votos, no quería solicitarlos públicamente; en esa época su antigua amistad hacia los comunistas se había enfriado considerablemente. Para nuestros camaradas, por otra parte, era un trago amargo tener que votar por Ríos. Un poco antes había regresado precipitadamente de Francia, donde desempeñaba el cargo de Embajador de Chile, Gabriel González Videla, y en una concentración que los radicales celebraron en el Caupolicán, había pronunciado un discurso de clara definición antifascista. Nosotros apoyábamos su postulación, pero aún entre sus propios correligionarios, su candidatura no lograba echar raíces. Ríos, en cambio, llevado por fuertes sectores radicales, andaba ya en jiras electorales por el interior del país.

Reunida la Comisión Política del Partido, se vio que nos encontrábamos en un callejón sin salida, y se resolvió que en un plazo de veinticuatro horas había que encontrar una solución y un candidato. Ese día recibí un llamado telefónico del Embajador de México, Octavio Reyes Spíndola, quien me invitaba a ir a la Embajada a conversar con él. La proposición que allí me hizo fue muy concreta: quería que asistiera a una reunión con dirigentes radicales, democráticos y socialistas. Era una situación difícil resolver ahí

321

mismo una reunión ¡con socialistas!, después de todo lo que había pasado y de la lucha que llevábamos contra la línea impuesta por Schnake.

Pero la reunión fue aceptada y ése mismo día, a las seis y media de la tarde, nos reuníamos en la oficina de Marcial Mora, al costado del Hotel Carrera, Schnake, Pradenas Muñoz, Mora, Carlos Contreras y yo. Se planteó allí que todos los partidos que el año 38 habían apoyado a Aguirre Cerda, esta vez fueran con Ríos. Nos pidieron que retiráramos nuestro apoyo a González Videla, a quien ni siquiera los grupos radicales seguían.

Se acordó celebrar una nueva reunión, esta vez con González Videla, quien se puso a gritar y a vociferar, con una furia que parecía locura. Tiró tinteros y ceniceros y dio alaridos. Fue en fin, lo que los periodistas llaman "una acalorada discusión", pero a González Videla, que estaba poseído de una especie de locura porque no se le apoyaba, fue necesario inmovilizarlo tomándolo de los brazos, lo que hizo Pradenas Muñoz, el más fuerte de todos los que estábamos allí. Lo sacaron a la sala de espera, hasta que se tranquilizó, y luego yo lo llevé hasta el local del PC, que tenía por aquellos días una casa de dos pisos en Moneda esquina de Mac-Iver.

La realidad política y la necesidad de detener a Ibáñez determinaron finalmente el apoyo a Ríos. Para la propaganda electoral, el Partido recibió una suma bastante ridícula, veinte mil pesos, pero con nuestros propios recursos y con la ayuda del pueblo, llevamos adelante una intensa campaña. Yo participé también en una gestión realizada por los presidentes de todos los partidos que apoyaban a Ríos, con Alessandri, para pedirle su ayuda. Obrando contra el propio partido en el cual reconocía filas, el Liberal, que oficialmente estaba con Ibáñez, el "León" prometió poner todo su peso político en favor de Ríos y lanzar a todos sus amigos y partidarios en la pelea electoral contra Ibáñez. En esa misma reunión se acordó que el viejo político hablara en un gran mitin de masas que se haría en la Plaza

322

Bulnes. Cuando nos despedíamos, Alessandri me dijo: —Me alegro mucho de verlo, Lafertte . . . Usted sabe que yo quería mucho a Recabarren..., En política estas cosas suelen ocurrir de vez en cuando y no hay más que apretar las mandíbulas y, si es posible sonreír ... ¡Cuántas veces no me había tenido preso Alessandri! Hasta torturas físicas había recibido de su jefe de investigaciones y guardaespaldas Waldo Palma... Y sin embargo, allí estaba con él, tratando del apoyo a un candidato ... Después me abordó su hijo Fernando, para pedirme la seguridad de que su padre no tendría nada que temer en esta aparición pública. —Yo le respondo, don Fernando —le dije— de que don Arturo sólo recibirá de los comunistas muestras de respeto.

El mitin fue sensacional y los oradores hablamos desde una espectacular tribuna. Después que hicimos uso de la palabra los presidentes de los partidos, le tocó el turno al "León", quien dialogó con el público, usó sus muchos y viejos recursos oratorios y atacó duramente a Ibáñez. . Yo no participé en las jiras electorales, pero Carlos Contreras fue al norte con González Videla, que se había transformado ya en fervoroso partidario del candidato radical.

En la elección, los comunistas trabajaron a regañadientes, pero con lealtad. Ríos, por su parte, aceptó los votos y el apoyo comunista contra su voluntad íntima, sólo por necesidad política. Después de su triunfo, cuando los comunistas lo fuimos a felicitar, habló de distintas cosas que hicieron concebir esperanzas. Se refirió acremente al monopolio del Banco de Chile, al cual, dijo, sólo le faltaba controlar los prostíbulos... espontáneamente prometió hacer algunos nombramientos y pidió una lista de comunistas. Se le entregó, pero como ocurrió con don Pedro Aguirre Cerda, tampoco designó a ninguno. Cuando en junio de 1941 la Unión Soviética entró en guerra y el carácter de ésta cambió, costó mucho que

323

Ríos accediera al rompimiento de Chile con el Eje. El tenía afinidad con los alemanes y se resistía. El movimiento chileno, que se canalizó a través de la "Unión para la Victoria", presidido por Marcial Mora, tuvo un gran papel en la justa actitud antifascista que asumió luego el gobierno de Chile.

XXXIV

El Pleno de 1940 fue un acontecimiento importante dentro de la vida de nuestro Partido. Asentado sobre principios ideológicos inflexibles, con una base de estudios seria y un fuerte sentido crítico y autocrítico, en ese pleno el P.C. tuvo una recia sacudida. Abundaron las críticas, de las cuales no se libró ni el secretario general. El subsecretario, Raúl Barra Silva, fue reemplazado en su alto cargo y pasó a ser un simple militante de base. Un diputado fue expulsado y otro severamente amonestado. El Partido acordó además la incompatibilidad de sus militantes con la masonería.

¿Por qué se adoptó este acuerdo? ¿Acaso nuestras ideas no podían llevarse hasta el seno de "las logias, como se llevan a todas partes? Efectivamente, pero un comunista no podía —se dijo en ese pleno— estar sometido a dos disciplinas: a la del Partido y a la de la masonería. Se consideraron otros factores además, la composición clasista de la institución masónica, etc. Todos los militantes comunistas que eran masones, renunciaron de inmediato y espontáneamente a las logias, cuando se enteraron del acuerdo del noveno pleno.

Una de las medidas calificadas de sensacionales fue la que se adoptó en esa oportunidad de expulsar a Marcos Chamudes, a la sazón diputado comunista, elegido con alta mayoría en Valparaíso. Hay partidos comunistas donde la grave sanción de la expulsión es usada con mucha frecuencia. El Partido Comunista chileno es muy parco en esta clase de castigos y jamás expulsa a uno de sus hombres sin agotar todos los medios para no perderlo: las conversaciones, los consejos, las amonestaciones.

324

Con Chamudes todo fue inútil y su historial de mal comunista fue acumulando mayores y mayores calamidades. Había ingresado a nuestras filas nueve años antes, siendo estudiante, y se le dieron todas las oportunidades para que se desarrollara. Era orador de fuste y en una época lo creímos un buen revolucionario, hasta el extremo de acordar llevarlo como candidato a diputado en las elecciones de 1937. Pero su moral se relajó, sus contactos, en la Cámara y en los círculos políticos con personeros de la burguesía, lo ganaron para la vida fácil y se dio el caso así de un diputado "comunista" que se vestía de etiqueta para ir a jugar en la ruleta del Casino de Viña del Mar.

Como diputado por Valparaíso, debía asistir a concentraciones populares en los pueblos de su provincia y en vez de hacerlo, se iba a jugar a Viña. ¡Si hasta llegó a proponer al Partido que le dieran cinco mil pesos y él en la ruleta los convertiría en cincuenta mil!

Amigos íntimos suyos habían sido dos provocadores que vinieron a Chile y, a causa del carácter acogedor y espontáneo de los chilenos y del sentido fraternal, de internacionalismo proletario de los comunistas, se acomodaron entre nosotros y sembraron su mala semilla en el Partido. Uno era un alemán que había estado en la URSS, Cazón, quien por largos meses convivió con nuestro Partido; en 1937, cuando luchábamos por hacer del Frente Popular una herramienta verdaderamente nacional, él había introducido un verdadero contrabando que prendió en algunos compañeros: el ibañismo. Afortunadamente fueron pocos los que comulgaron con esta rueda de carreta y cuando hubo que aclarar la posición del Partido en el "Mensaje al pueblo chileno", el Comité Central, por unanimidad, aprobó la fórmula de "los comunistas no somos ni seremos jamás ibañistas porque

somos comunistas". Estoy convencido de que este Cazón, que después de andar en varias aventuras políticas se fue a Ecuador, donde murió loco, no era en esa época otra cosa que un agente de Ibáñez que se había enquistado entre nosotros.

325

El otro, era el famoso Eudocio Ravines, peruano, quien llegó a Chile por el año 1937, dando a entender que era un enviado de la Internacional Comunista... En menos que canta un gallo comprobamos que esto era completamente falso y le hicimos ver cortésmente que su deber, como comunista peruano, era irse a trabajar por la liberación de su país. Aceptó esta tesis y dijo que empezaría a arreglar sus maletas ... Pero no se fue, sino que se quedó entre nosotros y, en parte por ayudarlo a ganarse la vida, porque se había casado con una chilena, y en parte por debilidad y por falta de cuadros, le dimos trabajo en publicaciones del Partido. Lo que ocurrió con él fue fantástico. Cuando en 1939, la URSS firmó el pacto de no agresión con Alemania, este individuo interpretó, o fingió interpretar, un convenio no activo sino simplemente de no atacarse, como una alianza ya no sólo militar, sino hasta ideológica entre los comunistas y los nazis... y las publicaciones en que él intervenía tomaron un carácter acentuadamente pro nazi que hubo que cortar de raíz. El secreto lo supimos después. Como lo que nosotros le pagábamos como periodista era un sueldo muy modesto, Ravines cobrara otro mucho más suculento de la Embajada de Hitler en Santiago ... Todas estas villanías las reconoció ante los dirigentes del Partido, pues en el fondo aspiraba a algo en que no se le iba dar en el gusto: su expulsión. Nosotros no podíamos expulsarlo, simplemente porque como extranjero, no era miembro de nuestro Partido. Quienes lo expulsaron después, y con justa razón, fueron los comunistas peruanos.

Después que rompimos con él y lo arrojamos de nuestros órganos de prensa, Ravines se fue a trabajar en el diario de Rossetti "La Opinión", que entonces era casi órgano pro nazi. Luego abandonó nuestro país y se fue al Perú. Sus actividades posteriores de provocador internacional son bien conocidas. Culminaron ellas con un libro en el que deja escapar todo el veneno

326

que lo llena por dentro, libro que los norteamericanos han traducido, publicado y divulgado en todas partes con sospechoso interés.

Y puesto que estamos hablando de personas que no fueron capaces de soportar el camino de un comunista, que a ratos no deja de ser duro y difícil, pero que en cambio despierta siempre la satisfacción grande de estar luchando por la más justa de las causas, me viene a la memoria el caso de otro hombre que fue miembro de nuestro Partido y salió de él por la oscura puerta de la expulsión: Luis Hernández Parker.

Luis Hernández P., que usaba en el Partido, el nombre de Luis Frías, pues estábamos en un período ilegal, llegó a ser secretario general de la Juventud Comunista y como tal participaba en las deliberaciones de los más altos organismos del Partido. Los jóvenes le tenían gran cariño y todo hacía pensar que andando el tiempo, Hernández Parker llegaría a ser un sólido dirigente del PC. En 1935 fue a la Unión Soviética y después a una reunión de jóvenes en Argentina. Allí la policía lo tomó preso y según dijo, fue flagelado. Cuando regresó a Chile contó su detención con caracteres dramáticos, pero se guardó muy bien de decir que él, por su parte, había contado a la policía todo lo que sabía sobre el Partido y sus hombres. Aquí se le festejó y se le saludó casi como a un mártir de la causa... Pero un día llegó desde Buenos Aires, mandado por los camaradas, argentinos, un ejemplar del diario "Clarín", donde se contenían todos los detalles de las revelaciones de Hernández Parker. El título de la información era: "Un comunista chileno canta como canario".

Efectivamente, había cantado como un pájaro. Requerido por el jefe de policía — según confesión propia, más tarde— se había sentado ante una máquina con el encargo de escribir todo lo que sabía sobre el Partido, sus relaciones, sus contactos, sus métodos, sus hombres,

327

direcciones, etc., etc. Todo lo había dicho, en una época de ilegalidad, con consecuencias imprevisibles, pero que podían sospecharse...

La dirección provocó una reunión conjunta de los comités centrales del Partido y la Juventud y en ella se le mostró el ejemplar de "Clarín". Hernández Parker se derrumbó y confesó que era verdad, que había dicho todo eso, y que a su regreso había mentido al Partido. Su confesión, aseguró, era producto de golpes por parte de los policías argentinos. Más tarde, hablando a los jóvenes de mi Partido, yo les dije que los golpes no eran una justificación. A mí también me han golpeado. Pero cuando uno está completamente identificado con el Partido, no hay tortura que valga.

El proceso de Hernández Parker duró un día y una noche completos y alcanzó instantes de intenso dramatismo. Los jóvenes, los dirigentes que habían puesto toda su fe en su secretario general, no querían creer a sus ojos ni a sus oídos. Hubo entonces quienes lloraron. Hernández Parker firmó un documento en el que reconocía todas sus deleznable acciones y fue expulsado. Pero los jóvenes se sobrepusieron al golpe y ninguno se perdió, gracias a que la dirección del Partido había tenido el tino de convertirlos en testigos de todo ese dramático caso.

Este periodista ha pretendido que el Partido lo ha perseguido, después de su expulsión. Eso, naturalmente es falso. Nos olvidamos de él, como lo hacemos con todos aquellos que abandonan, por debilidad o falta de valor, la causa de los que luchan por la liberación del pueblo chileno.

XXXV

Por los días en que los militares argentinos rompieron la continuidad constitucional para dar lugar a una larga y dura etapa que iba a culminar con Perón y el peronismo, tuve que ir con el diputado socialista Astolfo Tapia, a una reunión en Montevideo, donde se iba

328

a estudiar la situación porque pasaban los refugiados españoles en los distintos países de América Latina. Apenas atravesamos la frontera y nos adentramos en territorio argentino, nos quitaron los pasaportes y nos pusieron un vigilante. A los militares argentinos les importaba muy poco que fuéramos parlamentarios de un país vecino.

Al llegar a Mendoza nos llevaron al cuartel de policía, donde después de tratarnos con cortesía, nos dejaron aparentemente libres. Llamé por teléfono a Benito Marianetti, senador provincial argentino y hombre de mucho prestigio en la zona, quien nos acompañó a la estación. Pero Tapia y yo sabíamos que nuestra llegada a Buenos Aires había sido anunciada por teléfono y no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta que íbamos a tener dificultades. Efectivamente, no bien pusimos el pie en el andén de la estación bonaerense, cuando nos echaron mano y nos llevaron al cuartel de la famosa Sección Especial. Sobre el escritorio del jefe que nos atendió había dos carpetas, al parecer repletas de documentos con nuestros antecedentes. En la cubierta de la primera decía: Elías Lafertte. Me las arreglé para ver la cubierta de la otra, esperando encontrar el nombre de Astolfo Tapia. Pero

... también decía mi nombre. Después de largas explicaciones y preguntas, media hora más tarde nos dejaron libres.

No queríamos dar lugar a que nos molestaran y nos vejaran más aún, así es que rápidamente y antes que los pesquisas pudieran seguirnos, nos metimos en un taxi y nos fuimos a la Embajada de Chile. El embajador, Conrado Ríos Gallardo, no se hallaba allí, pero estaba en cambio el entonces embajador de Chile en Bolivia, Benjamín Cohen, quien se hallaba enfermo de gripe. Se levantó, nos atendió y consiguió que el secretario de la Embajada, Alberto Sepúlveda Contreras, nos acompañara al barco.

La conferencia duró cuatro días, al cabo de los cuales pudimos regresar a Chile sin mayores novedades.

329

En 1944 viajé a México, invitado a asistir, como delegado fraternal, al Congreso del Partido Comunista, que se inauguró en el gran Teatro de Bellas Artes. El general Lázaro Cárdenas, que había sido nombrado Ministro de Defensa Nacional para afrontar los compromisos militares de México, que había declarado la guerra al Eje, me invitó a almorzar en su casa. Me invitó también el licenciado Villalobos, presidente del Partido de la Revolución Mexicana, a una comida en la que estuvo presente Oscar Schnake, a la sazón embajador de Chile en México. En ese viaje tuve oportunidad de conocer al embajador de la Unión Soviética en México, Constantin Oumanski, quien murió poco después en un desgraciado accidente de aviación en el aeródromo de México.

Después me dirigí a Estados Unidos, invitado por el Partido Comunista de ese país a los actos en los cuales se cambió el carácter del partido, transformándose en Asociación de Estudios Comunistas. Fue este un desgraciado error estratégico del secretario general Earl Browder, un error colaboracionista que se basó en la falsa premisa de que el capitalismo norteamericano tenía un carácter distinto y excepcional; pero un error que los camaradas norteamericanos tuvieron que pagar caro, pues se frenó el desarrollo del partido y sus posibilidades políticas en años que fueron decisivos. Conocí allí a William Z. Foster y a Eugene Dennis, actuales dirigentes del P. C. yanqui. La clausura del congreso, en el Madison Square Garden de Nueva York, fue un acto imponente. A pedido de los compañeros, hablé expresando la esperanza de los comunistas chilenos de que nuestros hermanos norteamericanos fueran nuestros mejores aliados en la lucha contra el imperialismo yanqui.

En Nueva York me invitó a almorzar el cónsul general de Chile, don Alfonso Grez, con Salvador Ocampo, que también se hallaba allí. En ese almuerzo encontré a algunos chilenos ricos, residentes en Estados Unidos, como don Francisco Petrinovic, hombre de

330

grandes empresas, y otros procedentes de Chile, que se hallaban en Nueva York por cuestiones de negocios, como el senador Hernán Videla Lira y un famoso propietario de viñas, don Ismael Tocornal. Después del almuerzo, el señor Tocornal invitó a los comensales a ver una película sobre el trabajo en sus plantaciones vinícolas. La película mostraba un luminoso mundo donde todo era armonía entre trabajadores y patrones, junto a las viñas cargadas de hermosos racimos y luego en las bodegas donde se elaboraban los vinos Tocornal. —La película es muy bonita, dije, —pero me gustaría ver por mis propios ojos las faenas en la viña. ¿Por qué no me invita, señor Tocornal? — Con mucho gusto, senador. Queda invitado. Andando el tiempo, don Ismael Tocornal se acercó mucho al movimiento popular, sin excluir por cierto a nuestro Partido.

Pero la invitación concertada en Nueva York no llegó jamás a hacerse realidad. Tocornal se suicidó un tiempo después, a causa de malos negocios, según se dijo.

Regresé de Estados Unidos en junio de 1944 y en enero del año siguiente me fui al norte a trabajar en las elecciones de parlamentarios. El Partido había cedido el primer lugar en la lista de senadores, que nos correspondía en atención a la cuantía de nuestras fuerzas, al radical Gabriel González Videla. Lo acompañé en varias proclamaciones, pero él sólo acudía a estos actos en los lugares más importantes. No se daba la molestia, por lo general, de ir a los lugares pobres.

El Partido me había proclamado como candidato a la reelección. El nuevo senador iba a ser Pablo Neruda, proclamado ya por el P.C. Hicimos casi toda la campaña juntos y a través de nuestros viajes por la pampa fui dándome cuenta cómo el norte, con su vida dura y violenta, iba penetrando en el espíritu del poeta. ¿Este conocimiento del norte por parte de Pablo, del

331

cual fui testigo paso a paso, se tradujo después en estrofas magníficas de su "Canto General".

La más hermosa proclamación, quizás no desde el punto de vista político, pero sí desde el punto de vista humano, fue en el campamento La Paloma, de la oficina "Concepción", en el cantón Pampa Unión, de Antofagasta. El mitin se realizó en una calle del campamento, donde vivían de preferencia los particulares, que siguen la veta de caliche y trabajan sin mecanización. La luna llena iluminaba la pampa. Los niños corrían entre los manifestantes que estaban sentados en el suelo, inmóviles, mirando con sus ojos que en la noche, parecían tizones. Pablo estaba emocionado; lo sentía revolverse a mi lado y yo, por mi parte, no pude contener las lágrimas cuando los trabajadores rompieron a cantar el "Canto de la Pampa", en el que se confunden la triste aridez del desierto, la sangre derramada por los pampinos en las matanzas y la esperanza de días mejores para todos los pobres.

Los cinco senadores elegidos por el norte fueron dos radicales Gabriel González Videla y Pedro Opitz, dos comunistas, Neruda y yo, y el liberal Fernando Alessandri. En Concepción fue elegido Salvador Ocampo y en Curicó Amador Pairoa. Pairoa, que estaba enfermo de cáncer, luchó bravamente en el Senado, al mismo tiempo que libraba una dura batalla con su enfermedad. Como necesitaba operarse y este género de operaciones estaba muy desarrollado en el Hospital Militar de Buenos Aires, Pairoa llamó telefónicamente a Perón y le preguntó si un senador comunista chileno podía ir a operarse en ese hospital sin que la policía lo molestara. Perón le ofreció toda clase de garantías y Pairoa hizo el viaje. No lo molestaron en absoluto. Ni siquiera le cobraron por la operación, pero su mal estaba ya muy desarrollado y un tiempo después murió.

El Presidente Ríos hizo un viaje de buena voluntad a Estados Unidos y diversos países latinoamericanos, dejando en su reemplazo, como vicepresidente de la República, a Raúl Morales Beltramí. Se sabía que Ríos

332

estaba muy enfermo, pero al regresar se vio que su mal estaba extraordinariamente avanzado y ya a nadie le cupo dudas de que otro Presidente no iba a terminar su período. Ríos cayó a la cama en

su casa de Paidahue y no volvió a levantarse, mientras, sin esperar siquiera el desenlace previsto, los que aspiraban a sucederlo tiraban líneas preparando sus candidaturas.

Cuando el Presidente murió, yo me hallaba enfermo con un terrible ataque al hígado. Alfredo Duhalde que había asumido la vicepresidencia durante la enfermedad de Ríos, el 28 de enero de 1946, durante un gran mitin que se efectuaba en la Plaza Bulnes para protestar contra una medida gubernativa, la de despojar de su personalidad jurídica al sindicato salitrero "Mapocho", que se encontraba en huelga, ordenó disparar, produciéndose una verdadera masacre que ensangrentó la Alameda. Una joven comunista, Ramona Parra, y otros camaradas, cayeron bajo las balas de los carabineros.

Neruda y yo nos hallábamos en el norte, procurando ayudar a los huelguistas. La oficina "Mapocho" estaba custodiada por tropas y no nos dejaron entrar, sin tomar en cuenta nuestra investidura de senadores. Tuvimos que hacer el mitin fuera de la oficina "Humberstone". Después fuimos a la oficina "Mapocho" y ocurrió igual cosa: hablamos en la cancha de tiro al blanco. En "Pan de Azúcar" hablamos en la Filarmónica y en la noche cuando íbamos de regreso, oímos a través de la radio del automóvil, la noticia de la despiadada matanza de la Plaza Bulnes: Ramona Parra había sido abatida a tiros y el diputado Andrés Escobar gravemente herido a sable en la cabeza. Al llegar a Iquique fuimos a los diarios a buscar noticias. Allí conocimos en toda su bestialidad la forma en que el gobierno había disuelto el mitin de la CTCH.

Las consecuencias políticas de esta masacre se produjeron al día siguiente, cuando Bernardo Ibáñez entregó el movimiento de los obreros y una parte de los socialistas acordó ir al gobierno. La CTCH se dividió y

333

mientras la fracción socialista seguía la dirección progubernista, los demás emprendimos la lucha contra Duhalde.

Esta grave y estéril división obrera duró siete años, hasta que en 1953 los obreros y empleados de todo Chile unieron sus fuerzas en la Central Unica de Trabajadores.

XXXVI

La elección presidencial para llenar el hueco que había producido la muerte de Juan Antonio Ríos debía realizarse el 4 de septiembre de 1946. En la lucha interna del Partido Radical, Gabriel González Videla había vencido a Alfredo Duhalde, cuyas aspiraciones presidenciales se ahogaron en la sangre de la Plaza Bulnes. Tenía además González Videla el apoyo de los comunistas y de un grupo de socialistas. Los otros candidatos fueron el liberal Fernando Alessandri, quien aceptó de muy malas ganas la postulación, y el conservador Eduardo Cruz Coke, apoyado por su partido y por los falangistas.

Yo casi no participé en las jiras en apoyo del candidato de la izquierda; a la mayor parte de ellas fue Carlos Contreras Labarca. Pero el Partido se jugó entero, con gran lealtad, poniendo todo su peso en favor del hombre en quien tantas esperanzas el pueblo había cifrado. Pablo Neruda dirigió la propaganda nacional. Yo hablé solamente al regreso de una de las jiras electorales por las provincias, porque Contreras Labarca se hallaba afónico. Ya se sabe cómo, con los sufragios comunistas, González Videla obtuvo el mayor número de votos, sin alcanzar la mayoría absoluta. El Congreso Pleno debía, en ese caso, elegir al presidente. Cruz Coke no abrió la boca para declinar su

participación en una posible maniobra del Congreso Pleno, de modo que se promovió una gran movilización de masas para hacer saber al país que cualquier solución que no fuera la lógica proclamación de González Videla, sería resistida

334

por el pueblo. Por otro lado, hubo sondeos a jefes militares, quienes expresaron que el Ejército no estaba dispuesto a permitir que se torciera la voluntad popular.

Las cosas no se desviaron, sin embargo, pues el Congreso Pleno proclamó a González Videla. Para celebrar esta decisión hubo un gran mitin en la Plaza Bulnes, donde se produjo la primera advertencia que el pueblo hacía al nuevo presidente, en el sentido de que se mantuviera fiel a sus compromisos. Fue hecha por el disputado comunista César Godoy, cuando dijo, en un discurso que causó sensación, que el pueblo estaría con él, quedándose no a las puertas de La Moneda, como ocurrió con los presidentes anteriores, sino dentro, vigilando para que no se apartara ni un centímetro de las aspiraciones populares. A González Videla, que por aquellos días alardeaba de un amor al pueblo inigualable y de una amistad hacia los comunistas que nada podría romper, el discurso le cayó malísimo y dejó ver su despecho en seguida. Cuando habló dijo que nadie tenía derecho a dudar de él. A mí, el planteamiento de Godoy me pareció claro, justo y valiente. Me levanté de la silla y abrazándolo, le dije: —¡Así habla un comunista!

No asistí a la toma del poder por dos razones: la primera es que me hallaba enfermo, en Villa Alemana; la segunda es que no quería al nuevo presidente. No quiero dárme las de vidente ni de brujo. Me equivoco, como todo el mundo y los métodos de trabajo del Partido, la crítica y la autocrítica, me han enseñado a reconocer mis errores para poder corregirlos. No es que en mi mente yo estuviera viendo todo lo que íbamos a sufrir, el país y nosotros, con González Videla; no es que sintiera por anticipado sus traiciones y sus villanías políticas. Había trabajado por él, le había dado mi voto y había conseguido miles de votos para él, pero no me gustaba, no lo quería. A don Pedro Aguirre Cerda había llegado a tomarle afecto a través de un largo conocimiento y de la intimidad que suelen crear las jiras políticas; a Juan Antonio Ríos le tenía respeto; no

335

era un hombre que inspirara cariño, pero sí sabía conllevar su cargo con dignidad, con decencia y la prueba es que, a pesar de que el apoyo comunista no le gustaba en lo más íntimo de sí mismo y sólo lo aceptó como un factor político necesario a su triunfo, jamás tuvo la idea de traicionarnos, de ilegalizarnos, de atacarnos. Por el contrario, siempre nos trató con fría, pero muy cortés deferencia. A Gabriel González Videla no lo quería. No me gustaba como hombre ni como político. Más de una vez el Partido me llamó la atención porque no concurría a los actos oficiales. Nuestra disciplina partidaria abarca de capitán a paje, desde el más humilde militante recién ingresado hasta el Presidente del Partido. Así es como recuerdo que una vez me invitó a su despacho Ricardo Fonseca, entonces secretario general, y me amonestó por el desgano con que siempre acogía las invitaciones de La Moneda.

Pero algunas veces encontré a González Videla en ceremonias oficiales. Una vez en la Embajada de Uruguay, otra vez en la Embajada Soviética.

—Aquí no está usted en su casa, me dijo a manera de broma, cuando nos encontramos en el salón del Embajador Zhukov. —Ni usted en la suya, le respondí tranquilamente. Una vez acompañé a La Moneda a una delegación de republicanos españoles. A través de su edecán, el presidente manifestó que si quería entraba yo, pero que no recibiría a la delegación.

—Muchas gracias, señor —respondí al edecán—, pero no tengo nada personal que decir al Presidente.

Y me retiré con los republicanos, a quienes acompañaba también el general (R) Valencia. Me hallaba también enfermo cuando juró el primer gabinete del nuevo mandatario; entre los ministros se hallaban Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha; éste se transformó años más tarde en un tráfugo, para conseguir buenas "pegas" del gobierno de Ibáñez.

336

En 1947 estaba pasando unas vacaciones en el norte con mi familia, cuando se produjo una huelga de los trabajadores del cobre, en Chuquicamata. Para la solución del conflicto, había sido designado arbitro Moisés Poblete Troncoso y los trabajadores quedaron satisfechos de su fallo; no así la compañía, que apeló al Juzgado del Trabajo. Los obreros declararon entonces la huelga. Buscando un arreglo que favoreciera a los obreros, se hallaban en Antofagasta los diputados comunistas Bernardo Araya, Díaz Iturrieta y Víctor Contreras. Después llegó desde Santiago un avión en que viajaban el radical Osvaldo Sagúes, el falangista Isla y Oscar Astudillo.

—Camarada Laferte —me dijo Astudillo—, usted tiene que representar al Partido en la solución de este conflicto.

—Pero yo estoy de vacaciones ...

—La dirección del Partido le pide que suspenda sus vacaciones y se dedique a este trabajo.

—Bien, camarada, lo haré.

Había regresado aquella misma mañana de Chuquicamata y tuve que volver de nuevo al mineral, sin haber tenido tiempo siquiera para almorzar. Allí, nos entrevistamos con los dirigentes políticos y sindicales, que dejaron sus escondites para participar en estas pláticas. Ellos estaban empeñados en mantener la huelga mientras la compañía no retirara su demanda. Se les explicó que todas las medidas estaban tomadas para conseguir un arreglo satisfactorio, en el cual el propio gobierno se hallaba muy interesado; pero era preciso suspender previamente la huelga. Acordamos entonces que se hiciera un mitin en la Plaza de Chuquicamata para que los propios trabajadores decidieran lo que había que hacer.

El ambiente estaba muy caldeado y nadie quería oír hablar siquiera de arreglo y de suspensión del movimiento. Bastaba que un orador subiera a la tribuna y mencionara la palabra "arreglo" para que estallaran las

337

pifias de los trabajadores. Fueron pifiados sucesivamente el radical, el falangista y hasta el propio diputado comunista Díaz Iturrieta. Entonces me pidieron que hablara.

—Hable usted, camarada Laferte ... A usted no van a pifiarlo y podrá explicarles todo.

Efectivamente, no me pifiaron. En la pampa, desde largos años había una tradición de respeto para el viejo dirigente que había aprendido a ganarse la vida en esas secas soledades.

—Compañeros ... Ustedes me conocen ... Somos viejos amigos ... Vamos a hablar como amigos ... No me pifiaron, pero noté un silencio frío. No me aplaudieron tampoco. Me escucharon con un respeto cortés, pero la proposición que hice para ir a un arreglo cayó en el vacío y no fue aprobada.

Más tarde cuando habló un dirigente de los propios trabajadores del cobre, los silbidos se renovaron. Subió entonces a la tribuna el diputado Bernardo Araya, que era secretario general de la fracción que controlábamos en la CTCH, y propuso resolver por votación el asunto. Fue un serio

error, porque los trabajadores tuvieron la sensación de que se intentaba romper la unidad con que ellos habían afrontado el conflicto. Araya tuvo que echar pie atrás cuando comprendió que había dado un paso en falso.

Dirigentes y parlamentarios volvimos al hotel, profundamente desalentados por el fracaso de nuestra gestión. ¿Qué hacer? Me puse a examinar el asunto y pensé que en todo esto había un error: se había informado a los dirigentes políticos y a los dirigentes sindicales de los trabajadores y luego se había optado por la consulta pública, en plena plaza. Nos habíamos saltado una gestión importante: nadie había consultado a las bases sindicales como tales.

Entonces propuse que se celebraran dos reuniones, una en el gimnasio y otra en el edificio en construcción de los sindicatos, para que las asambleas sindicales pudieran conocer detalladamente y discutir a fondo las

338

bases del arreglo propuesto,—Concurrí, a ambas reuniones, pero no me senté, en las mesas de la presidencia, sino atrás, como un trabajador más. Se discutió con las bases, y ya no sólo con los dirigentes, y éstas comprendieron que el arreglo ofrecía ventajas, y por más de los dos tercios de mayoría, acordaron suspender la huelga.

* * *

El rompimiento con González Videla se produjo, en abril de 1947, a cinco meses de iniciado su gobierno. Para mí, esto no constituyó una sorpresa porque ya había muchos síntomas que permitían ver venir este acontecimiento. Puede decirse, que desde el primer día de su gobierno, en, que tres ministros de nuestro Partido entraron a compartir las tareas del gobierno con tres radicales y tres liberales, nos habíamos dado cuenta de que era el Presidente de la República un hombre sensible a la presión del imperialismo, así como también de las altas capas feudales del país. Los honores y ditirambos lo halagaban, los elogios le gustaban, vinieran de donde vinieran; la aristocracia lo seducía, a él, un provinciano de la más modesta clase media.

Desde los balcones de La Moneda seguía vociferando que ni Dios ni el diablo lo apartarían del pueblo; pero, balcones adentro, la cosa era muy distinta. Había llevado al gobierno a los liberales, que no lo acompañaron en la campaña presidencial ni votaron por él, sino por Fernando Alessandri, ¿para qué? En confianza les había dicho que para que nos vigilaran a nosotros y contrarrestaran lo que él llamaba nuestros excesos. Así la acción desde el gobierno se hacía estéril. Nuestros ministros eran los más dinámicos, los que llevaban planes, realizaciones, cosas para hacer de inmediato, inspiradas todas en el programa triunfante el 4 de septiembre; pero allí estaban los liberales, para oponerse a todo y tratar de esterilizar nuestra acción. Los radicales se dedicaban a conciliar las posiciones, como si nuestros

339

ministros hubieran sido ogros dispuestos a comerse el país ... Un examen atento de los proyectos y de lo que —a pesar de todo— los ministros comunistas hicieron, mostrará, sin embargo, que no hubo nada desorbitado ni extremista.

A González Videla no le gustaba que los ministros comunistas se reunieran con el pueblo, como lo hacían a menudo, para darle cuenta de la marcha del país. No, él quería un apoyo incondicional que se hiciera solidario aún con aquellas cosas que nuestros ministros rechazaban en las discusiones del

consejo de gabinete. Debe haber sido para él una ducha de agua helada el momento en que Fonseca desvaneció sus ilusiones cuando le dijo textualmente:

—Debo decirle, presidente, que los comunistas no somos incondicionales de nadie, de ningún hombre, ni siquiera del secretario del Partido. Sólo somos incondicionales del pueblo, del programa que juramos cumplir, y sólo en la medida en que usted cumpla con este programa lo apoyaremos resueltamente.

Pero ya se sabe lo que pasa con las promesas y los programas, entre este tipo de políticos. Primero vino la obligada renuncia de los ministros comunistas, Carlos Contreras Labarca, Víctor Contreras y Miguel Concha, y aunque González Videla siguió jurando, pero ahora por lo bajo, que estaba con nosotros, que volveríamos a gobernar con él, pero que por el momento nos convenía "submarinarnos", el Partido ya no podía creerle, y muy lejos de "fondearse" siguió trabajando a la luz del día y al frente de las masas.

No teníamos, en realidad, de qué avergonzarnos. Nuestros ministros habían salido del gobierno tan pobres como ingresaron, con la frente alta. Durante los cinco meses en que habían gobernado, no se había autorizado ni una sola alza de precios ni ningún lanzamiento. Se había conseguido expropiar siete fundos en el Norte Chico, treinta y cinco mil hectáreas en otras partes del país y la gran hacienda Ñanco de Malleco para entregarlos a la explotación de campesinos pobres y

340

aumentar la producción agropecuaria; se había obtenido la expropiación del Ferrocarril Salitrero inglés de Tarapacá y del de Concepción a Curanilahue, que eran de propiedad de empresas privadas; se había decretado el estanco del trigo y la harina y establecido el corte único del pan, para evitar la especulación con el pan llamado de "tipo especial" ... Pero en su realización práctica, varias de estas medidas fueron saboteadas por González Videla y sus colaboradores radicales y liberales, so pretexto de falta de fondos, etc. Lo que había era que estas cosas tenían que malquistar a González Videla con la derecha y por eso él se resistía a aceptarlas.

Había otras dos razones que determinaron la actitud de González Videla, su traición, que algunos han llamado "la vuelta de chaqueta más sensacional de la historia de Chile". En unas recientes elecciones municipales, el Partido Comunista había obtenido más de 90 mil votos contra 32 mil que obtuviera tres años antes y esto llenó de alarma a radicales y liberales. Por otra parte, uno de los diplomáticos de nuevo cuño, Carlos Valenzuela, que en otra época había sido miembro del P.C., transformándose después en uno de los íntimos de González Videla —una especie de anticipación de los actuales "orejeros"—, le había informado desde Europa que la tercera guerra mundial estallaría antes de tres meses. Todos los países latinoamericanos, según González Videla, tendrían que alistarse de inmediato bajo las órdenes de Estados Unidos y, en un régimen tal, los comunistas no podrían desempeñar ningún papel.

Las escalas de la traición fueron las siguientes: expulsión del gabinete de los comunistas, escandalosas provocaciones a los representantes diplomáticos de los países socialistas, siembra del terror y la miseria entre los trabajadores de la zona del carbón y sus familias, facultades extraordinarias, creación del campo de concentración de Pisagua y envío al Congreso del inaudito proyecto de ley de Defensa Permanente de la Democracia.

341

La batalla parlamentaria contra esa ley fue brava y en ella los comunistas nos empleamos a fondo, acompañados por otras fuerzas, como los diputados falangistas y uno que otro radical

independiente. Iban a la Cámara y al Senado, a defender, la "Ley Maldita"; como la bautizó de inmediato el pueblo; algunos ministros de González Videla, entre los que recuerdo al general Guillermo Barrios Tirado, al almirante Immanuel Hólger, a Enrique Molina, rector por muchos años de la Universidad de Concepción y filósofo de la burguesía chilena; después, Molina tuvo un sonado disgusto con la esposa de González Videla; Joaquín Fernández, que en otra época, cuando se sentía presidenciable, tanto buscó la amistad de los comunistas; Jorge Alessandri y otros. Cuando, después de tremendos alegatos, interrupciones y pifias, éstos señores se retiraban juntos, se les gritaba: —Fuera la familia Truman."..

Los cinco senadores del Partido pronunciamos sendos discursos contra la Ley Maldita, haciendo ver la traición de la burguesía, que se juntaba otra vez con los elementos feudales y el imperialismo, para atacar al pueblo. Hicimos ver que, andando el tiempo, y como ocurre siempre, este instrumento de tortura y destrucción destinado a los comunistas, sería usado contra todos los que osaran levantar cabeza para discutir a los yanquis su derecho a estar entre nosotros como en tierra conquistada y también contra los que quisieran hacer oposición a gobiernos, como él de González Videla, con tendencias dictatoriales. El tiempo nos ha dado la razón, pues la "Maldita" ha sido aplicada no sólo a los comunistas, sino a socialistas, radicales, falangistas y hasta liberales.

Don Arturo Alessandri, que presidía el Senado, no nos negó, antes bien nos facilitó nuestro derecho a expresarnos contra esa monstruosidad jurídica incubada en el cerebro de un enfermo.

En 1948, la traición de González Videla se había consumado por entero y su furibunda acción se había desplegado en todas direcciones."El Siglo" había sido

342

cerrado, sus trabajadores hechos presos; la policía política los reconoció llevando en las manos fotografías, que, les proporcionó el propio González Videla, tomadas cuando él, candidato triunfante, visitara a los obreros del diario para agradecerles su ayuda... El Partido se hallaba en la más absoluta ilegalidad.

Recuerdo que cuando Pablo Neruda se hallaba escondido en Valparaíso, acosado por los policías de González Videla, que lo buscaban activamente en todo el país, el permiso que le había dado el Senado estaba a punto de expirar y entonces hablé con don Arturo Alessandri y le solicité que accediera a entrevistarse con Neruda. El "León" accedió y acudió, completamente solo, a la casa del diputado Luis Valenzuela, en la calle San Alfonso.

La entrevista fue larga y a solas con Pablo. Pablo le pidió una renovación de su permiso y él, en su calidad de Presidente del Senado, se la acordó.

—Entonces vamos a hablar con el señor Altamirano, el secretario del Senado, dijo Neruda.

—No hace ninguna falta, Pablo, contestó Alessandri. Con mi autoridad de presidente, yo le renuevo su permiso y basta.

Al vencerse el nuevo plazo, Neruda, que se hallaba gravemente enfermo en México, pidió una nueva renovación, acompañando al Senado toda clase de documentos y certificados médicos debidamente legalizados. Pero esta nueva ampliación no le fue otorgada y se declaró la vacancia de la senaduría por el norte.

Candidato de la Alianza Democrática para ocupar este cargo fue designado Santiago Labarca, pero este político, por su cuenta y sin consultar a los organismos directivos, hizo un compromiso con el magnate salitrero Osvaldo de Castro, que postulaba a una senaduría por Concepción, también vacante, ofreciéndoles los votos de la Alianza Democrática. Yo rechacé este compromiso, en cuanto

se refería a los votos comunistas, y Labarca renunció entonces a su postulación. Después de muchos quebraderos de cabeza, gestiones y pláticas, se

343

acordó apoyar al falangista Radomiro Tomic, quien ganó la elección contando con el decidido apoyo de los comunistas.

El 21 de julio de 1949 murió, enfermo de cáncer, el secretario general del Partido, Ricardo Fonseca, elegido para ese cargo en noviembre de 1946, cuando su antecesor, Carlos Contreras Labarca, había entrado a formar parte del gobierno, como ministro de Vías y Obras Públicas. Su muerte, aunque esperada, pues el estado de su salud y la inutilidad de las intervenciones quirúrgicas eran bien conocidas, provocó una dolorosa consternación, no sólo entre los comunistas y el magisterio —al cual Ricardo pertenecía— sino entre la clase obrera en general.

Yo me hallaba enfermo de gravedad, pero me levanté de la cama y me fui al local en que se velaban sus restos, la Federación del Cuero, en la calle San Francisco. Los anarquistas, en un gesto fraternal, habían pedido que en su sede se rindiera este último homenaje al gran dirigente comunista.

Ante el ataúd desfilaron miles de personas y dos días más tarde se hicieron los funerales, a pie, en medio del consiguiente despliegue policial del gobierno. Después de dos años de persecución e ilegalidad, salió a la calle la bandera del Comité Central del Partido Comunista y los esbirros de La Moneda no se atrevieron a tocarla. Un imponente e inmenso cortejo cruzó Santiago por la calle Arturo Prat, Ahumada y por la Avenida La Paz hasta llegar al Cementerio General. Estaban presentes todos los dirigentes del Partido, incluso aquellos que, por ser especialmente buscados por la policía, debían vivir una vida subterránea, como Galo González.

Yo despedí los restos en un discurso a nombre del Partido y habló también Leonardo Fonseca, un hijo de trece años de nuestro secretario general, lo que constituyó una nota que llevó las lágrimas a todos los ojos.

344

En 1950, el campo de concentración abierto por González Videla en Pisagua se hallaba lleno de ciudadanos ; llevados desde los más distintos lugares de la República. Yo fui a Iquique y quise visitar Pisagua, pero las autoridades militares me lo impidieron, a pesar de mi investidura parlamentaria y de que, por lo menos teóricamente, cualquier chileno puede recorrer cualquier punto del territorio nacional. Pude, sin embargo, controlar en Iquique la llegada de un camión cargado de provisiones, ropas y libros que enviaban a las víctimas de Pisagua los organismos de solidaridad y ayuda establecidos en el país.

El campo de concentración empezaba a tener sus mártires. Primero murió Félix Morales, un joven pintor y decorador, hijo de mi viejo compañero Natalio Morales, con quien fui, desde la oficina "Ramírez" a Huara, a conocer a Luis Emilio Recabarren, en 1911. Después le tocó el turno al ex diputado y ex intendente —nombrado por el propio González Videla— Angel Veas.

La huelga de hambre declarada por los trabajadores relegados, unida al clamor de todo Chile contra tan brutal sistema de represión, permitió que terminara esta vergüenza nacional, que quedará para siempre como una espesa y sucia mancha en el rostro democrático de Chile .

XXXVII

Por aquel tiempo empezaron a notarse en el Partido algunas cosas extrañas, que sucedían al margen de línea estratégica de lucha que éste se había trazado . Después de algunas investigaciones y por una carta que recibimos de un camarada nuestro que viajaba po Europa, se llegó a descubrir la madeja y el origen de esta acción fraccional. Uno de los dirigentes, Luis Reinoso, era quien, desde su alto cargo de secretario

345

de organización del Partido y a escondidas de los compañeros de la dirección, introducía esta línea de acciones descabelladas.

Ya desde tiempo de Ricardo Fonseca se había notado que Reinoso mantenía extrañas posiciones con respecto de problemas fundamentales. Al propio Fonseca le habían chocado estas actitudes, y había recomendado que se tuviera cuidado con Reinoso, que se conversara a menudo con él para sacarle de la cabeza estas ideas.

Por mi parte, yo había notado una situación de beligerancia entre Reinoso y el secretario general, Galo González, y muchas veces se quiso promover un entendimiento; pero éste debía hacerse a base de un acatamiento de las resoluciones del Partido y no de que se siguieran directivas fraccionales. En nuestro Partido puede discutirse de todo; nunca se le ha impedido a nadie decir todo lo que piensa sobre problemas, cuestiones políticas, métodos, táctica y estrategia o sobre personas. Pero una vez que una resolución es adoptada por mayoría, la minoría tiene que cumplir esa resolución, poniendo en ella todo el fervor posible. Así obramos los comunistas y así se explica que tengamos una línea firme, sin vacilaciones, sin fraccionalismos. Esto fue lo que no quiso comprender Reinoso.

Este era partidario de la acción directa, del terrorismo, métodos que el Partido siempre ha rechazado. Había intentado formar lo que llamaba "el activo" del Partido, es decir, grupos de asalto que quemaran panaderías, volcaran micros, etc., para hacer ver el descontento de las masas por las alzas. A este tipo de provocación obedeció una concentración convocada en el Caupolicán y que no se realizó por falta de permiso. Reunidos los manifestantes en la Avenida Matta, en un mitin relámpago en el que hablaron Humberto Martones y Juan Vargas Puebla, la policía atacó a balazos, sin consideración alguna y cinco o seis personas quedaron tendidas, muertas o heridas, en medio de grandes charcos de sangre. Otros nos salvamos de las balas refugiándonos en el restaurant "Los tres mosqueteros".

346

La política propiciada por Reinoso era de violencia y terrorismo. Propuso, por ejemplo, que el Partido montara una fábrica clandestina de armas, lo que a su juicio era mucho más importante que mantener un diario. En una delegación que fue a la Union. Soviética, logró introducir a uno de sus hombres, de apellido Cares, quien pintó allá cuadros de la política chilena que no correspondían en absoluto a la realidad.,

Cuando más tarde quedó al desnudo esta larga cadena de maniobras, Reinoso y sus cómplices fueron llamados a la comisión de disciplina, que yo presidía. Reinoso se negó a concurrir. Después de un largo y acucioso proceso interno, fueron expulsados Reinoso y sus principales lugartenientes: Cares, Daniel Palma, secretario general de la Juventud Comunista y más tarde, Jamet.

Operando así, terminó este extraño cáncer en el Partido, donde no tienen asidero el terrorismo ni el espíritu fraccionalista. Estos hechos me hicieron recordar un fenómeno que existió en el partido uruguayo, con el hijo del secretario general, Gómez, quien dirigía a grupos militarizados. Afortunadamente, entre nosotros estos graves defectos no alcanzaron a prender y con la expulsión de Reinoso, se acabaron su famoso "activo", y su ejército clandestino y su proyectada fábrica de armamentos.

El Primero de Mayo de 1951 viajaba yo hacia la zona del carbón a participar en los actos conmemorativos. En el mismo autocarril iban también varios delegados al congreso del Partido Agrario Laborista, que se realizaría en Chillan. Fue ese el congreso en que se proclamó a Carlos Ibáñez candidato presidencial para suceder a González Videla, que entraba ya ¡por fin! en su ocaso. El PAL se dividió y un grupo se marchó, encabezado por el senador Jaime Larraín García Moreno y el diputado Julián Echavarrí y formó el Partido

347

Nacional Agrario. Ibáñez era el primer candidato proclamado para la lucha del 52, con más de un año de anticipación.

Días más tarde fui invitado a la clausura del congreso del Partido Democrático del Pueblo, que formaba parte del Frente del Pueblo. En la mesa de honor se encontraba también Ibáñez, quien fue proclamado candidato presidencial. En mi discurso, aplaudí todas las conclusiones del congreso, en orden a resucitar la democracia, tan pisoteada por González Videla, menos la proclamación de Ibáñez. Pero esto no fue inconveniente para que algunos suspicaces empezaran a hablar de la existencia de "ibañismo" dentro del Partido Comunista.

Más tarde, como en el agrariolaborismo, el fenómeno se hizo presente también cuando el socialismo popular aprobó el apoyo a Ibáñez. Salvador Allende, Astolfo Tapia, José Tohá y un sector del PSP abandonaron sus filas y entraron a formar en el Frente del Pueblo. En noviembre de 1951, el Frente del Pueblo proclamaba la candidatura presidencial de Salvador Allende y la opinión nacional pudo ver así que había un fuerte sector de la izquierda que no estaba de acuerdo con el "mesianismo" ibañista. En las conversaciones anteriores que el PC había sostenido con los socialistas populares, habíamos contraído el mutuo compromiso de no proclamar a ningún candidato antes de consultarnos. Pero el apoyo a Ibáñez del PSP se produjo en ausencia de Raúl Ampuero, que se hallaba en viaje por Argentina y Uruguay.

Acompañé a Allende en casi toda su jira electoral. Estuve con él en Tarapacá, Antofagasta, Valparaíso, Talca, Valdivia, Magallanes ... Cuando nos hallábamos en el Norte Chico sufrí una peligrosa hemorragia interna y hube de regresar precipitadamente a Santiago. El doctor Eduardo Abud Pezoa, que me examinó, ordenó operación inmediata y el 3 de agosto, un mes antes de la elección, me operaba en la Clínica Alemana.

348

Hasta diciembre de ese año no pude abandonar mi casa ni mi cama.

En enero de 1953 me trasladé de nuevo al norte y de nuevo a trabajar por la candidatura de Allende, esta vez a senador por Tarapacá y Antofagasta. En Santiago, entretanto, la opinión pública se

conmovía por la visita de Perón, mientras los trabajadores forjaban en la fragua de la unidad, su mejor herramienta de lucha la Central Unica. Volví a Santiago en marzo, cuando ya Allende había triunfado. Los otros senadores elegidos por las provincias del norte fueron Marcial Mora, Fernando Alessandri, Guillermo Izquierdo Araya y Raúl Ampuero. La existencia de la Ley Maldita me había impedido presentar, por tercera vez, mi candidatura.

Cuando terminaba mi segundo período en el Senado, y antes de abandonar la corporación donde durante dieciséis años había trabajado como legislador, aportando mi modesta ayuda a tantos y tantos proyectos que favorecieron al pueblo chileno, y de combatir tantos otros que lo perjudicaban, pronuncié una especie de discurso de despedida en el que dije que no volvería allí, no porque las urnas me negaran su apoyo, sino por una discriminación arbitraria creada por una ley más arbitraria aún. Seguiremos luchando, dije, para acabar con esta barrera infame y en bien del pueblo y de la clase obrera de Chile.

En 1953 y 1954, a pesar de mi enfermedad, fui a la zona del carbón porque los mineros querían conmemorar en presencia mía el aniversario de la muerte de Luis Emilio Recabarren. Todos los Primeros de Mayo me han visto también en las concentraciones públicas, apoyado en un bastón, es cierto, pero firme en la cita que todos los años tenemos los trabajadores. En 1955 me llovió sobre mojado, cuando una nueva enfermedad vino a hacer presa de mi organismo ya bastante quebrantado: una arterioesclerosis trombótica en el pie y la pierna izquierda. El 11 de julio salí de

349

viaje hacia la Unión Soviética —mi tercer viaje al país del socialismo— para someterme al tratamiento en el Hospital Central de Moscú. Regresé, casi mejorado, en noviembre, después de haber reposado un mes en el sanatorio de Barbija, a treinta y cinco kilómetros de la capital soviética. Mi enfermedad no me permitió, durante este viaje, desplegar la misma actividad que en los anteriores; pero me las arreglé para ir al ballet, visitar la Exposición Agrícola, que fue una fabulosa muestra del desarrollo alcanzado en el campo, y asistir, el 6 de noviembre, al acto conmemorativo de la Revolución, que se realizó en el Teatro Bolshoi, presidido por Jruschov, Bulganin, Mólotov y Kagánovich, quien pronunció el discurso oficial.

La enfermedad me limita hoy casi toda actividad, como no sea la de leer gran parte del día, pero no es ningún impedimento para que los tribunales, de vez en cuando y a requerimiento del gobierno ibañista, me detengan, aunque sea en un hospital, como ocurrió en mayo de 1956. En ese proceso se me acusó del tremendo delito de haber sido reelegido Presidente del Partido Comunista en el X Congreso al cual, por razones de salud, no pude asistir.

Cuando el ministro sumariante me preguntó:

—¿De modo que usted fue elegido presidente ... ?, yo le contesté con la cabeza en alto:

—No, señor ministro; no he sido elegido, he sido reelegido, lo cual es para mí el más grande honor que pudiera caberme.

El 19 de diciembre de 1956 cumplí setenta años de edad y fue para mí una satisfacción inmensa recibir distintos homenajes de la clase obrera. Me llegaron cartas y regalos, del norte, del sur, de la capital. Me conmovió ver cómo la clase obrera nunca olvida a sus hijos, a los que de un modo u otro, con brillo o modestamente —como yo— han luchado por ella. El diario "El Siglo" publicó una edición extraordinaria reflejando algunos aspectos de mi vida y un numeroso grupo de amigos, comunistas y de otros partidos, obreros e

350

intelectuales, políticos y profesionales, desafiando la Ley Maldita, me ofreció una manifestación pública en la que se dijeron muchas cosas para mí muy halagadoras, la principal de ellas que yo era un hijo digno de mi clase.

Ahora espero. ¿Qué espero? ¿La muerte? No, nada de eso. La muerte vendrá a su debido tiempo, pero yo no pierdo el mío aguardándola. No, lo que yo espero es el triunfo, el triunfo final de los trabajadores en la lucha que tienen entablada y en la que me cupo participar, como un soldado más, durante cincuenta años de mi vida.

351

352 (en blanco)

INDICE

DE LOS EDITORES	9
DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA, LUIS CORVALAN, EN LOS FUNERALES DEL CAMARADA ELIAS LAFERTTE.....	11
<i>Primera Parte</i>	
BAJO EL SOL DE LA PAMPA	17
<i>Segunda Parte</i>	
A LA SOMBRA DE RECABARREN	68
<i>Tercera Parte</i>	
LA LUCHA POLÍTICA.....	119
<i>Cuarta Parte</i>	
PRISIONES Y DESTIERROS.....	173
<i>Quinta Parte</i>	
DEL FRENTE POPULAR AL FRAP	291

353

354

Este libro fue impreso
en los talleres gráficos
Horizonte, Lira 363,
Santiago de Chile, 1961.